**Capitulo 1**

By Adam  
  
-¡Adam, maldito vago, han vomitado en el baño! Hace media hora que te lo dije, demonios, ¡límpialo! – Habermman da órdenes y mi deber es acatarlas. No soy un dependiente muy activo, ni tampoco muy espabilado, por lo que se puede decir que me merezco los gritos, así que sin más, cojo la cubeta de agua y la fregona y me dirijo a los baños.   
  
Los clientes ya se han ido. Es hora de cerrar. Es raro que una pastelería cierre a la una de la mañana, pero este lugar engaña con el escaparate tan familiar y esponjoso. En realidad, hace tanto de bar como de panadería, además de vender pasteles y helados. Es un lugar extraño al que llegan alumnos de universidad por las mañanas, familias por la tarde y hombres borrachos por la noche. Habermman, el dueño, tiene buena vista comercial. Sabe reconocer un diamante en bruto cuando lo ve, sin embargo, de eso hay poco en estos lares. Así que se conforma conmigo.   
  
Al entrar al baño, encuentro un desagradable olor a vomito que empieza extinguirse poco a poco. Él, tapándose la nariz con una mano, está fregando el suelo con una mueca de asco.   
  
-¡Argg! – se queja y cuando termina de limpiar y hunde la fregona en el cubo, veo como sufre una arcada que le hace acercarse al inodoro. Pero no vomita. Se reprime y sacude la cabeza. – Qué asco.   
  
-¿Qué haces aquí todavía? Tu turno terminó hace horas. – pregunto. Mi compañero, Bill, se vuelve con curiosidad.   
  
-Ah, bueno, mañana empiezo las vacaciones y quería dejarlo todo bien limpio para reservar mi plaza. Ya sabes, casi acabo en la calle aquella vez. ¡No quiero que el jefe piense que soy un perro! – sonríe. Un perro. La palabra casi me provoca risa.   
  
Nadie, a no ser que se trate de un desconsiderado sin corazón, pensaría que Bill es un perro. Su turno empieza a las nueve de la mañana y a la una de la tarde, vuelve a casa. A las cinco, está aquí otra vez hasta las nueve de la noche. Bill no es un vago como yo. Sólo ha faltado dos veces al trabajo, cuando cogió un catarro de verano, dos días seguidos. Luego, volvió con energías renovadas y aguantó media hora de gritos de Habermman. Después, trabajó tanto, que me encontré sin ninguna tarea que hacer, al igual que Heidi. Desde entonces, no ha parado.   
  
Viéndolo reír, me acuerdo del aspecto demacrado de la primera vez que lo vi. Las mejillas chupadas y los brazos esqueléticos comparables a los de un anoréxico. Los ojos apagados, la palidez y el cansancio siempre patente en la cara. Aún al principio, había demostrado tener una gran energía. Estando incluso enfermo había dado más que yo en dos días de trabajo seguidos, pero eso no era nada comparado con lo que había hecho después, una vez curado. La diferencia entre el antes y el después era impresionante.   
  
Mi compañero me había dado grima al primer vistazo, pero ahora… era diferente.   
  
Mientras se cambia de ropa y se quita el uniforme, lo observo de reojo. La espalda de un blanco enfermizo hace meses, llena de pellejo transparente, se ha convertido en un terreno ancho, de una palidez sana y bonita, unos hombros finos y brazos que, aunque no muestran una musculatura sorprendente, han recuperado grosor, color e incluso voluminosidad. Cuando Bill los alza para ponerse la camiseta, puedo captar el movimiento de los bíceps y el del tórax. No es un chico musculoso, pero con la aparición de la grasa, ha llegado también cierta forma dura y atlética que te hace pensar dos veces con quién te estás metiendo. Nunca le he tocado las piernas, pero tienen pinta de ser duras como el mármol y el trasero… bueno… se nota que Bill ha estado haciendo ejercicio durante toda su vida, aunque nunca le he preguntado por ello.   
  
Sus casi dos metros de altura hacen retroceder a más de uno, aunque cualquiera que lo tenga cerca durante más de diez minutos puede darse cuenta de que es alguien pacífico e inocente. Sobre todo eso. A veces le cuesta pillar alguna que otra indirecta y otras veces, ve directas donde no las hay. Bill es un poco… tonto. Y eso llama mucho la atención de los hombres.   
  
Las chicas ven en su cara un niño que despierta su amor maternal. Los hombres ven algo más… lujurioso. Como el rostro de un adolescente que se hace el ingenuo y, cuanto más ingenuo se hace, más monstruoso puede ser en otros aspectos más placenteros. Tiene cara bonita, ojos grandes y expresivos cuando está contento y afilados y agresivos cuando no está para juegos.   
Su pelo es precioso y crece rápido, aunque sé que su verdadero color es un rubio oscuro, no un negro noche.  
  
Encima es agradable y tiene carácter.   
Sobra decir que me gustaría tenerlo como pareja. Es imposible que exista hombre en este mundo que deseara lo contrario. Claro, que hay un problema.   
  
-Entonces, ¿te vas de vacaciones? – pregunto, colocándome el cinturón sobre los pantalones.   
  
-Sí. ¡A un lago, cerca de la Selva Negra! ¿No es genial?   
  
-¿A un lago? ¿Cómo se llama? Quizás sepa dónde está. – Bill se encoge de hombros.   
  
-No tengo ni idea. Sólo sé que es un lago. Pregúntaselo a Heidi, ella también viene. Bueno, ¡vienen todos los Encadenados! Pero eso mi hermano no lo sabe todavía.  
  
-Ah. – Bill coge la mochila y se la carga al hombro, a punto de salir por la puerta. No lo veré hasta dentro de varios días y eso, me hace hablar. – Oye… ¿Te gustaría salir a comer algún día por ahí? – Bill se vuelve, con una ceja alzada.   
  
-¿Salir? ¿Contigo? – sabiendo que es demasiado descarado admitirlo, me invento algo más.   
  
-No. Con Heidi, con Andreas y demás. Ya sabes, todos los que trabajamos o alguna vez hemos trabajado aquí. – Bill asiente lentamente, pensándoselo.   
  
-Hum… bueno, tal vez. Si me decís día y hora.   
  
-Te llamaré cuando nos aclaremos, aunque… bueno, cuando me des el número. – dejo caer como quien no quiere la cosa.   
  
-¡Ah, claro! Tengo un curioso lío de móviles, así que cuando vuelva de vacaciones te lo doy ¿vale? Aún no he memorizado mi nuevo número. – vuelve a sonreír. Ah, claro. Bill también tiene unos dientes bonitos, no perfectos, pero realmente blancos.   
  
-De acuerdo. Hasta después de las vacaciones. – Bill mueve la mano mientras abre la puerta y sale.   
  
-¡Hasta luego! – cuando la puerta se cierra, yo observo su taquilla cerrada y luego, la papelera. Algunas vendas manchadas de sangre están ocultas en el fondo, lo sé. Bill tiene un hábito extraño, aunque cada vez encuentro menos sangre en las baldosas del baño y menos restos de alcohol y desinfectante. Algún fallo debía tener, por supuesto.  
  
Cuando salgo de los vestuarios y cojo las llaves para cerrar la tienda, veo una escena un tanto desagradable a través de los cristales del escaparate que dan a la calle. Como todas las noches, sea la hora que sea, el Capitán de los barrios bajos espera a su hermano en la acera de en frente. Busco un regalo en sus manos, un paquete con un lazo rojo o un peluche gigante, pero no encuentro nada. Durante estos meses trabajando con Bill he podido apreciar que, el día en que viene cabreado al trabajo, con esos ojos afilados y distantes y esos gruñidos que suelta cuando le hablas, Tom aparece a recogerlo (como siempre) con algún regalo. Solo le da regalos cuando Bill está cabreado, lo que me hace pensar que él es el causante de su cabreo y viene a hacer las paces. Nunca ha traído flores ni nada parecido, pero sí grandes animales de peluche, un gato, una cobaya y alguna que otra cadena o anillo. Fue así como me entere de que a Bill le encantan los animales.   
  
Tom me parece una persona sumamente irritante y falsa. Cuando su hermano no está delante, se pelea con aquellos que se interponen en su camino. Cuando Bill aparece, relaja los puños y se vuelve tan pacífico y sumiso, que da asco. Supongo que el hecho de que sean hermanos gemelos tiene algo que ver.   
  
Hoy, Tom ni trae un regalo, ni trae la moto en la que suelen volver a casa. Bill conduce a veces, con mucha torpeza. Creo que él intenta enseñarle. Hoy, Tom se presenta con las manos vacías y con un cigarro que tira al suelo y aplasta en cuanto aparece su hermano. No era un cigarro, si no un porro. A Bill no le gustan nada los porros.   
  
Bill pone mala cara y le dice algo, señalando el porro aplastado en la acera. Tom le suelta una frasesita sarcástica, con una sonrisa típica del chico malo de una película y Bill le da la espalda, cruzado de brazos. Hoy puedo apreciar algo extraño en la escena. Tom está muy meloso, más de lo acostumbrado. Rodea a Bill con los brazos, le tapa los ojos y le dice algo al oído. Mi compañero deja de gruñir y se ríe y enseguida vuelven a estar tan tranquilos. Tom le abraza por la espalda y no se suelta ni cuando Bill se lo pide. Le dice cosas que me carcome no saber y luego, agarrándolo por la barbilla, le da un beso en la boca.   
  
Estoy a punto de atragantarme con mi propia saliva. Bill y Tom siempre han sido mimosos. Ricky, la hermana de Heidi que se pasa tanto por aquí, lo dice mucho. El Capitán pierde la polla por el culo de su hermano y cuando la busca, no la encuentra.   
  
No pensaba que se refería a esto cuando lo decía.   
  
Bill está ruborizado y se aparta de un empujón mientras Tom sonríe con esa maldad verdadera que intenta ocultarle a su hermano. El Capitán es malo, malo de verdad y Bill no se ha dado cuenta de ello aún. Parece que no le gustan las demostraciones de afecto en público, pero a esas horas de la noche no hay apenas nadie por la calle. Tom alza la mano entonces, ofreciéndosela y Bill, atorado, mirando de un lado a otro asegurándose de que nadie les ve, acepta su mano. Los veo irse por el camino de siempre, con los dedos entrelazados y se me revuelven las tripas.   
  
Antes de desaparecer de mi vista, puedo asegurar que Tom desvía la mirada hacia el escaparate y me pilla observando la escena. Me mira intensamente, como si para él fuera un insecto que resulta tan fácil de aplastar, que ni siquiera le merece la pena hacer el esfuerzo. Ahí está el auténtico Tom, el manipulador, el chantajista, el agresivo, el que te hace temblar… el asesino.   
De hecho, con esa mirada me advierte, me amenaza con destriparme y sé que cumplirá su amenaza. Yo nunca le he caído muy bien.  
  
Bill le dice algo y deja de mirarme, sonríe con suficiencia y desaparecen los dos juntos por la calle.   
  
Yo lo odio todavía más.  
  
Antes de cerrar la tienda, entro al baño para lavarme la cara de imbécil que se me ha quedado al ver como mi compañero se morrea con su hermano. Ha sido tan repulsivo, que me entran grandes arcadas y no por el hecho de ser hermanos, no. Es vomitivo porque es Tom. Tom el Piojoso, Tom el Apestoso, Tom el Repulsivo, Tom, el que no se lava, el meón, el del mal olor.   
  
Recuerdo perfectamente a ese Tom, el de hace ¿cuánto? ¿Quince años? El Tom que iba a la guardería con la ropa sucia, con la cabeza plagada de piojos que saltaban y se revolcaban en su pelo grasoso, tan sucio, que de rubio pasaba a ser negro y se le pegaba a la cara. Cuando se rascaba la cabeza, los piojos saltaban. Su ropa olía a meado y nadie quería sentarse con él en su pupitre. Apestaba, él y su peluche, ese muñeco tan raro que siempre llevaba encima también. Le llamaba Billy, lo recuerdo y hablaba con él más que con los niños de la guardería. Le tiraban piedras y Tom lloraba como un descocido.   
  
Tom era feo, olía mal, estaba loco porque hablaba con un peluche y jugaba solo con él y cuando lo rompieron… se volvió un loco aún mayor.   
  
¿Qué había sido de ese Tom Apestoso? ¿Qué había sido de los niños de la guardería que se metían con él? Él… los masacró uno a uno. No tuvo piedad.   
  
Recuerdo lo que pasó el día que llegó la policía a la guardería. Yo acababa de cortar el césped y de recoger un jarrón roto que se había caído al suelo accidentalmente, para que los niños no se hicieran daño. El acto no sirvió de nada, porque los niños no salieron ese día a jugar. Se retrasaban y eso me olió muy mal, así que entré en la clase para preguntar y la escena me dejó trastornado. Los niños vomitaban, lloraban, se tiraban en el suelo y gritaban con las manos en el estómago, encogiéndose sobre sí mismos. Las maestras los imitaban, intentando levantarse para llamar al hospital sin mucho éxito. Mamá, controlando el vomito, se arrastró hasta mí entonces y gritó que llamara a una ambulancia. Yo corrí hasta el teléfono y en ese momento, lo vi.   
  
Tom, el Apestoso. Tom, el Pijoso. Tom, el que olía mal, tenía el cable del teléfono en la mano. Lo había roto, y también los demás teléfonos de la guardería. Las luces estaban apagadas, la calefacción había dejado de expulsar calor en aquel invierno tan frío, el agua se había cortado, las ventanas estaban cerradas y el gas, abierto.   
  
Tom y yo nos miramos y el miedo y la soledad que había visto en él el día anterior había desaparecido. Ahora, lo que transmitía era una indiferencia tal, que parecía inhumana.   
  
Aquel día salí de la guardería, llamé a los vecinos y llegó la ambulancia, los bomberos y la policía. Tom y yo éramos los únicos que no se habían puesto enfermos y cuando la poli investigó lo sucedido, llegó a una conclusión. Alguien había echado matarratas en la comida y algunas cosas más nocivas de las que no tenían especial conocimiento. Alguien había abierto el gas y había cortado la comunicación. Aquello parecía ser un intento de genocidio e infanticidio colectivo, pero como no encontraron pruebas concluyentes, cerraron el caso como un accidente debido a una negligencia. Mi madre se quedó sin su guardería, en la calle. Y yo con ella.  
  
Yo sabía la verdad. Alguien había intentado matarnos, sí. No había sido una simple casualidad. Sin embargo, nunca dije nada.   
  
Tom me daba miedo.  
  
Durante los años siguientes, oí rumores. Cada niño de la guardería había seguido con su vida, pero no tardé en tener noticias sobre ellos en periódicos o a través de simples historias que oía en boca de otros. Uno a uno, fueron cayendo, tanto chicos como chicas. Uno casi se ahogó en la piscina del colegio. Cuando le encontraron, tenía varias costillas rotas y no respiraba. La gente le atribuyó esas roturas al intento desesperado de alguien por reanimarlo, sin éxito. El chico nunca aclaró esa duda, enmudeciendo cada vez que se le preguntaba. Otro, un desafortunado accidente en unas escaleras. Una, un par de gotitas de ácido en los ojos, casi cegándola. Una mano atravesada de parte a parte por un simple bolígrafo, una cabeza rapada al cero con cientos de heridas por el mal uso de una segadora. También hubo humillaciones públicas (alguien destrozaba la ropa de las personas en concreto cuando estaban en los vestuarios y los obligaba a salir desnudos a los pasillos del instituto).  
  
Nunca nadie dijo quién, pero lo cierto era que todos lo sabíamos pero manteníamos la boca cerrada por miedo. Sabíamos que correríamos la misma suerte si se nos escapaba algo.   
  
Recuerdo cuando Lina se chivó a la profesora e insistió a las víctimas para que pusieran una denuncia. De repente, un día dejó de venir al colegio y al cabo de una semana, nos enteramos de que alguien había entrado en su casa y había destripado todas sus muñecas (Amaba las muñecas, su madre tenía una tienda de coleccionistas de juguetes antiguos, entre ellos, muñecas de porcelana) y no solo eso. Habían intentando prender fuego a la tienda de su madre con ella dentro. Por suerte, los bomberos fueron rápidos, pero gran parte de las antigüedades ardieron.   
  
No se volvió a hablar del tema. Hubo denuncias, pero todas retiradas por miedo.   
  
Aunque nadie lo mencionaba, todo el mundo sabía que nadie más que Tom tenía motivos para hacerlo. Nadie más que Tom era capaz de hacerlo. Nadie más era tan… inhumano.   
  
Sacudí la cabeza. Eso ya no era asunto mío, ya había pasado. Durante muchos años tuve miedo de salir de casa, de no cerrar con cerrojo la puerta, del fuego, de abrir el gas o de encender un cigarrillo y saltar por los aires. Tenía miedo de montarme en coche por un “fallo en los frenos” o una bomba escondida bajo el capo. Miedo de estar en la lista negra de Tom. Por suerte, no había pasado nada hasta entonces. Tom y yo nos habíamos cruzado muchas, muchísimas veces e incluso habíamos hablado y él siempre sonreía disfrutando del miedo que olía en mí.  
  
Me muerdo el labio inferior y salgo del baño dispuesto a volver a casa, poner alguna película absurdamente cómica y quedarme dormido hasta el mediodía siguiente. No quiero pensar más en Tom. Odio a Tom.   
  
Pero, cuando salgo del baño, una sorpresa me paraliza. Algo peor que Tom.  
  
Alguien se ha colado en la pastelería y se ha sentado en uno de los taburetes cercanos a la barra. No consigo ver su cara, pero es un hombre, corpulento, vestido todo de negro, con ropa atlética y la capucha de la sudadera cubriéndole la cara.   
  
Cojo el cuchillo de cocina y lo escondo tras mi espalda antes de ir hacia él.   
  
-Señor, lo siento, pero ya hemos cerrado. – él ni siquiera alza la cabeza. Consigo ver su barbilla cubierta por una ligera capa de barba oscura y sus labios de un tono azulado peligroso. Le da un sorbo a una botella de cerveza que al parecer, ha cogido él mismo del refrigerador. - ¿De dónde ha sacado eso? – pregunto. Él, de nuevo, no contesta, bebiendo de la botella a morro. – Señor, tiene que irse, ahora. Estoy cerrando. – termina de beber de la botella y aunque sé que la ha robado, no tengo intención de pedirle pago. Si es peligroso, estaría tentando a la suerte.   
  
YouTube - Life OST 17 - Theme from Hatori  
  
-¿Por qué no haces la vista gorda y me pones otra, chico? – pregunta. Tiene una voz muy ronca, pero no parece estar borracho. Parece sereno.   
  
-Lo siento, pero no puedo. Si quiere, puede llevarse la botella, pero no puedo servirle nada más. Debo pedirle que se marche.   
  
-Gr… - gruñe y yo aprieto el mango del cuchillo. – Adam, sírveme otra. Tenemos que hablar. – ese tono de confianza y familiaridad me insta a retroceder, pero no cedo. Nervioso y deseando volver a casa, encerrarme en la seguridad de mis cuatro paredes, doy un paso adelante, mostrando el cuchillo y le agarro del brazo para echar al desconocido aunque sea por la fuerza.   
  
-Haga el favor de irse o llamaré a la policía. – él alza la cabeza. Consigo verle la nariz y observo, horrorizado, como sonríe de una forma lúgubre, enseñando todos los dientes, blancos y afilados, como los de un duende malicioso.   
  
-Adam, Adam, Adam… ¿me estás amenazando con un cuchillo? ¿Es que yo no te enseñé nada? – de repente, me coge el brazo con la mano. Puedo ver una horrible deformidad, una quemadura que se extiende por todo su brazo, algo grotesco lleno de estrías de un color rojo oscuro, manchas moradas, restos de ampollas que ya explotaron tiempo atrás.   
  
Reconozco esa cicatriz al momento y sobresaltado, me aparto, dejo caer al suelo el cuchillo y retrocedo de un salto con el corazón en un puño. Las piernas empiezan a temblarme cuando él se levanta del taburete aún con esa sonrisa en la boca, como si la situación le resultara la más agradable del mundo. Es alto, muy alto, ha crecido y vuelve a ser más alto que yo, como siempre. Ante mí, se quita la capucha que le cubre la cara y aparece un cuello repleto de estrías rojizas, restos de las quemaduras. Su cara, por suerte, no ha sido rozada por el fuego.   
  
-¿Qué… estás haciendo tú aquí? – pregunto a todo correr, con la respiración entrecortada. A él se le borra la sonrisa por un momento.   
  
-Pensaba que te alegrarías de verme, pequeño. – no. No me alegro nada.   
  
-Vete, por favor. – él ladea la cabeza, no muy dispuesto a obedecer. Me da la espalda y camina por la barra de la pastelería, rozándola con una uña alargada. La madera casi chirria al tacto de su estructura.   
  
-¿Trabajas aquí?   
  
-No te importa.   
  
-Es muy cutre, Adam.   
  
-¡Te digo que no te importa, lárgate! – grito y él se gira, con los ojos entornados. La sonrisa ha desaparecido.   
  
-No grites, mocoso. – sus ojos, de un color azul claro, brillan, achispados.   
  
Oigo el toc toc de una puerta y me vuelvo hacia la entrada de la pastelería. Una chica, de larga melena pelirroja, entra en la pastelería con una enorme sonrisa.   
  
-¿Se puede? – pregunta y entra sin más. Los tirantes y los pantalones cortos me dejan ver las cicatrices de unos buenos cortes hechos a conciencia. En el tobillo, un lugar muy doloroso donde dedicarse a cortar, tiene en forma de cicatriz la palabra “Puta”. Tras ella, empieza a entrar gente, personas musculosas, de rostro demacrado y la agresividad plasmada en la cara. Entran hombres, sobretodo, de una edad entre los dieciocho y los treinta. Están armados hasta los dientes, no con armas de fuego, pero sí con todas las armas blancas que pueda imaginar. Navajas, cuchillos, puños americanos, espuelas, hachas, cadenas... Uno trae hasta una espada japonesa recargada al hombro.   
  
Empiezo a sudar… y empiezo a reconocer a gente.   
  
Uno de ellos tiene la cruz gamada a modo de cicatriz en la frente. Sé quién es. Un ex policía. Lo sé porque la leyenda de esa marca se ha extendido por toda Stuttgart. Tom se la propinó por sobrepasarse con su amigo judío.   
  
Reconozco al conocido Albert. Tiene las manos vendadas, pero aún así, puedo ver claramente que le faltan dedos y cojea al andar. Tom casi le hace estallar por los aires por haber matado a su perra.   
  
El neonazi que se cree con derecho a ser llamado Hitler también está, muy cabreado además. Oí que intentó quedarse con los terrenos de Tom cuando este se fue a Hamburgo y que, cuando volvió, dejó que las prostitutas del Dona le dieran una paliza de muerte.   
  
Hay mucha más gente. Están esos tres chicos, los violadores que ya no podrán sobrepasarse con ninguna chica. Antiguos compañeros de clase con los que Tom la tomó, líderes de otras bandas callejeras, chicas con aspecto agresivo y desesperado a la vez.   
  
Conozco a muchos… y no son Encadenados.   
  
-Ah, Adam, perdona la intrusión. Estabas a punto de cerrar ¿no? – preguntó él, sarcástico, mientras se agachaba y cogía el cuchillo que a mí se me había caído. Tragué saliva.   
  
-¿Qué queréis? Todos vosotros juntos… no sois Encadenados. – las expresiones se volvieron amenazadoras cuando oyeron el nombre de la banda de Tom. Él siseó.   
  
-¡Por supuesto que no somos Encadenados! Y estoy realmente orgulloso de ello. – sonrió. – He venido de visita a Stuttgart, después de tanto tiempo. Veo que el asunto ha cambiado mucho. ¿Por qué no me pones al día, Adam? – preguntó y se acomodó en una de las sillas del recinto, apoyando los pies sobre la mesa.   
  
-¿Ponerte al día? Todo sigue como siempre. ¿Qué esperas como novedad? – sabía que quizás me estaba arriesgando demasiado, porque me olía a qué significaba todo aquel tumulto de gente, pero de todas formas, hablé. – Tom y Kam siguen gobernando los barrios bajos. – de repente, un montón de hombres, entre gritos, amenazaron con echárseme encima. Yo retrocedí hasta detrás del mostrador, sobresaltado, pero Él alzó una mano.   
  
-¡Chicos, chicos, vamos a comportarnos como gente civilizada, por favor! – gritó y todo el mundo se quedó quieto, en su sitio, sin dejar de gruñir y escupir. – Ya sabemos que Tom sigue como Capitán de los barrios bajos. Eso no es algo nuevo para nosotros. Lo que yo quiero saber es otra cosa, Adam. Otro tipo de información, de novedad. ¿Me entiendes?   
  
-¡No! – grité.   
  
-No te pongas nervioso, Adam. No van a hacerte nada ¿acaso crees que yo dejaría que te hicieran algo? ¡Por favor, Adam, si eres mi siempre adorado hermano pequeño! – se burló. Con el corazón en un puño, irritado por su burla, reculé aún más.   
  
-¿Qué quieres, Gore? – pregunté a mí, sí… hermano mayor, Gore. Él, con esos ojos que tanto se parecían a los míos, deformados por el brillo del odio y el desprecio, apoyó las manos en la barra y se inclinó sobre ella hasta llegar a mí, hasta que su cara estuvo a una muy reducida distancia de la mía.   
  
-Quiero volver a ser el Tirano de los barrios bajos. Quiero desterrar al Rey y a su Capitán, igual que hicieron conmigo. No. En realidad, quiero matarlos, a los dos. A Tom, más que a nadie. Un simple Capitán pueblerino desterrando a un Tirano y robándole el trono. ¡Qué horror! Eso no puede ser ¿verdad, Adam? El destierro fue horrible para los dos. – entrecerré los ojos. Me lo imaginaba.   
  
-Los Encadenados son muchos y defienden a Tom con uñas y dientes. Él prácticamente les da de comer. No puedes hacer nada contra eso. – Gore se quedó callado durante unos segundos, frunciendo los labios. Luego, sonrió.   
  
-Ya lo he hecho. Te presento a los Caídos. – observé a la mule que ocupaba la pastelería por completo y luego, descubrí a las cientos de personas que se arremolinaban fuera, a las que podía ver a través del escaparate. Eran muchos. Muchísimos. – Su odio por Tom tiene el mismo valor que el compañerismo y la amistad de los Encadenados por su líder, te lo aseguro. Yo me arriesgaría a decir que es incluso mayor. – estaba loco. Rematadamente loco. Desde aquel incendio, desde la muerte de Cristina, había perdido la cabeza por completo.   
  
-No lo conseguirás, Gore. No seas loco.   
  
-Schhh. Tu hermano mayor habla en serio. Pensaba que te alegrarías. Tú también odias a Tom tanto como yo ¿no? – bajé la cabeza, apurado. Gore era mi hermano, pero lo conocía y también conocía la situación actual de los barrios bajos. Aunque odiaba a Tom, debía reconocer que las cosas funcionaban con mucha mayor tranquilidad desde que él estaba al mando. Gore solo traería un caos inmenso. No estaba preparado para mandar sobre nada.   
Pero si decía algo…  
  
-Tom no es tan malo. – murmuré por lo bajo, para que sólo él pudiera escucharme. Gore se puso serio y de repente, me agarró de las mejillas con los dedos con tanta fuerza, que noté crujir los pómulos. Me acercó más a él y susurró contra mis labios.   
  
-Si no estás de mi parte, te mataré como al Capitán. – me asustó. No me intimidó, si no que me hundió en un inmenso pánico. Luego, feliz al ver en mí la reacción que había querido crear, me soltó las mejillas. Se apartó de mí y se dio la vuelta hacia los “Caídos”. - ¿Estáis conmigo, patéticos mamones? Tom os ha jodido la vida ¿verdad? Os ha dejado marcas muy visibles y os ha desterrado para siempre. Os ha marginado como putos cerdos y os ha arrojado al barro, a la mierda. No os quiere ni para cebar a sus cabrones Encadenados. Se ha hecho con el mando total y absoluto. Nada de violaciones, marihuana la justa, buena conducta con los barrios altos, nada de meterse con los niños ni con los animales ¡maricones, vagabundos y judíos por todos lados! ¡Incluso obliga a pagar una cuota a sus Encadenados por pertenecer al gremio! ¿Qué será lo próximo? ¿Dar de comer a los más necesitados? Incluso es defensor de los maricas. ¿Dónde se ha visto eso?   
  
Yo gruñí por lo bajo, muy consciente de la hipocresía de Gore. Él sabía perfectamente cuales eran mis preferencias y yo sabía que él no era homófobo en absoluto, ni xenófobo, ni nada parecido. Los homosexuales, los pobres y los inmigrantes le daban igual, pero de alguna manera debía ganarse al público.   
  
-Mi propuesta es clara y obvia. Tom ya ha cumplido un ciclo y no ha sido un buen Capitán para nosotros ¿verdad? Es hora de que otro le sustituya y también… es hora de devolverle sus propias piedras. – la gente callaba, ni siquiera murmuraba. Incluso yo podía sentir el profundo respeto que tenían por Gore. – Así que… le quitaremos el puesto por la fuerza. – declaró y con un grito de guerra, todos y cada uno de ellos empezaron a gritar a lo sumo una rotunda afirmación.   
  
Deseé salir de allí con todas mis fuerzas. Una guerra, ahora. Yo no quería participar en una guerra callejera. Me había costado tanto trabajo alejarme de ese mundo y ahora, otra vez…  
  
-¡Pero Tom es fuerte y jodidamente listo! – gritó Gore de nuevo, haciendo que todos callaran otra vez. - ¡Tom me quitó el puesto y tiene a cientos de Encadenados a sus pies! ¡Cientos! Son igual o incluso más numerosos que nosotros. – Gore se subió a la barra para que su presencia se hiciera más patente aún. Con una sonrisa retorcida, siguió hablando. – Aún así, pese al riesgo, seguimos aquí después de una espera larga, muy larga. ¿Sabéis por qué? – la chica pelirroja sonrió de oreja a oreja. Ese hecho me erizó la piel. – Porque es ahora cuando Tom ha dado a conocer su punto débil. Antes, no tenía miedo a nada, era un vulgar asesino, pero ahora… se ha convertido en un humano con miedo. Su punto débil está muy a la vista y vamos a golpearle ahí. Justamente ahí. Con un golpe certero y letal y después… lo masacraremos. – de nuevo, gritos estrepitosos retumbaron por todo el lugar y mi hermano, por fin, me señaló con el cuchillo que aún mantenía en su mano. - ¿Y sabéis quién nos va a ayudar a golpear ese punto débil? ¿Sabéis quién lo conoce mejor que nadie? ¡Mi querido hermano! – todos me miraron y yo, confuso, observé como Gore daba media vuelta para encontrarse conmigo de nuevo.   
  
Con una sonrisa que le quitaría el puesto a la del mismísimo Belcebú, preguntó:  
  
-¿Y bien? ¿Dónde está el protegido de nuestro querido Capitán?  
  
  
  
By Bill.  
  
-¡Arggg, no me tapes los ojos! ¡Si ya sé a dónde vamos, no tiene sentido que me los tapes!   
  
-¡Calla! No seas aguafiestas. Te va a gustar, así que no mires.   
  
-Un lago. ¡Un jodido lago! Además, lo he visto desde lejos en el coche, idiota. Ya no tiene gracia. – Tom bufó en mi oído y luego chistó para que me callara. Su cuerpo, tan pegado al mío guiándome por ese terreno desconocido me estaba dando calor. Demasiado calor para un día soleado de finales de agosto a cuarenta grados centígrados. Ya había empezado a sudar por su culpa, pero era tan insistente y parecía tan ilusionado, que me daba lástima estropearle la sorpresa, fuera cual fuera la que me tenía preparada.   
  
A lo lejos, pude oler el agua salada. Parecía agua de playa, aunque yo sabía que solo se trataba de un pequeño lago cerca de la Selva Negra, pero ¡yo nunca había estado en un lago! Sin contar el lago artificial de Hamburgo, claro, pero allí no había quien se bañara sin recibir una buena multa. Oí el sonido de los pájaros, sentí el calor asfixiante de la playa y escuché los ladridos de Scotty al otro lado de la ventana del coche.   
  
-Hay que bajar al perro. – le recordé a Tom y él gruñó.   
  
-Ya, ya. ¡No habrás los ojos! – eso sería imposible porque en cuanto se agachó para abrir la puerta del asiento trasero del coche, estrelló mi cabeza contra su pecho en un pegajoso abrazo.   
  
-¡Argg! – el perro salió ladrando y corriendo del coche. Lo oí alejarse en mi ceguera. – Tom, me estás ahogando. Tengo calor.   
  
-Eh, no soy yo quien lleva puesta una sudadera en pleno verano.   
  
-Ya, pero si te me pegas tanto me entra más todavía. – Tom cerró el coche. Oí como daba un portazo con la puerta trasera. - ¿Puedo mirar ya?   
  
-No. Espera.   
  
-De verdad, ¡que me ahogo!   
  
-Si sigues quejándote te ahogaré de verdad. – Tom me empujó hacia delante, aún con las manos en mis ojos y me guió. Estuve a punto de caerme de bruces con un tropezón de arena y Tom me levantó cogiéndome de la cintura.   
  
-¡Eh! He visto el agua.   
  
-¡Que no mires! – mis chanclas se hundieron en la arena caliente y yo sonreí. Aquello era como estar en la playa. Hacía años que no tenía esa sensación de tierra escurriéndose entre mis dedos.   
  
-¿Podré hacer castillos de arena? – pregunté cuando nos paramos y alcé las manos hasta sus dedos, los que me dificultaban la visión. Tom se puso tenso de repente y yo oí risas y voces a nuestro alrededor.   
  
-No puede ser… - gruñó.   
  
-¿Qué pasa?   
  
-¡Ehhhh, Muñecooooo! ¡Capitáaaaaaan! – oí que nos llamaba una voz femenina, pero ronca. La reconocí como la de Ricky y sonreí.   
  
-¿Esta era la sorpresa? ¿Ricky?   
  
-¿Pero qué coño hacen estos aquí? – y por fin me soltó la cabeza y pude ver el paisaje. Decir que era precioso era un claro eufemismo. Me quedé alucinado observando los pinos y la hierba que rodeaba el lago cristalino en la otra orilla. El agua era azul, no verde como en las playas en las que había estado. No estaba embarrado y el fondo lleno de arena, piedras y hierba se veía a través del agua como si estuvieran flotando en la superficie. Era un lago inmenso que desaparecía tras varias montañas cubiertas de árboles. Tenía un montón de riscos enormes que se hundían en el agua y emergían unos diez metros por encima de la misma. Uno de ellos trepaba en forma de acantilado hasta llegar a una zona verde, con árboles de hojas verde claro. Lo primero que pensé cuando vi aquella enorme distancia de la punta del acantilado con el agua fue, “tengo que tirarme de cabeza”. El agua era tranquila, sin olas, por lo que no tenía que preocuparme de ahogarme y golpearme contra una roca, matándome.   
  
En la orilla, estaba Ricky, saludándonos con las dos manos alzadas, a lo loco. Heidi y Sabela también estaban, tumbadas sobre dos toallas, tomando el Sol, en un bikini que dejaba poco lugar a la imaginación. No eran los únicos. Vi a Black más allá, metido hasta la cintura en el lago, temblando de frío y luego, a Bárbaro y a Hippie tomando un cubata alegremente sobre la arena de la playa. Había más Encadenados y otras personas que no conocía, simples turistas y veraniegos que venían a pasar el día en lo más parecido a playa que había en Alemania. En una esquina medio escondida desde mi posición, pude ver un chiringuito de playa muy bien montado.

**Continuación cap.1**

-¡Eh, bajad, que os hemos guardado un sitio! – nos gritó Ricky y yo, emocionado por meterme en el agua, empecé a bajar la cuesta de arena.   
  
-¡Vamos! – le grité a Tom una vez abajo. Se le acababa de poner una cara de mala hostia digna de foto, así que cogí la Canon nueva que me colgaba de la muñeca y le apunté con el objetivo. Le hice una foto antes de que mi novio pudiera replicar.  
  
-¡Eh!   
  
-¿Qué te pasa ahora? ¿No querías traerme aquí? ¿No tenías taaaaantas ganas de que viera esto? – él gruño y casi se pone a berrear como un niño chico de la rabia. Esquivó la cuesta de un salto y aterrizó justo a mi lado, con las mejillas rojas por el Sol.   
  
-Pensaba que no iba a haber nadie. ¿Quién ha llamado a estos imbéciles? ¡Pero si íbamos a estar solos!   
  
-¿Querías estar solo conmigo? – me burlé. Sabía muy bien que Tom había estado planeando esas vacaciones desde hacía un mes, pero no me había parecido bonito decirle a los Encadenados que no fueran al lago ese fin de semana porque Tom y yo ya lo teníamos pensado desde hacía tiempo.  
  
-No. He escogido el día al azar, claro, y la ropa también al azar y la cámara también al azar y el lubricante y el vibrador ¡También al azar!   
  
-¿Lubricante y vibrador?   
  
-Ya te contaré cuando me libre de estos capullos.   
  
-¡No! – le agarré del brazo y le di un brusco tirón para que me mirará a la cara. Tom alzó una ceja cuando me tuvo frente a frente, con los labios fruncidos. Tenía que calmarle. No podíamos empezar las vacaciones así, cabreados. Mirando de reojo a los Encadenados, asegurándome de que miraban hacia otro lado, acaricié sus mejillas rosadas por el calor y pegué su frente a la mía. – Oye, tengo mucho calor. ¿Por qué no vamos al coche, pones un rato el aire acondicionado y mientras yo me cambio de ropa, me enseñas el lubricante y ese vibrador? – Tom siguió con el ceño fruncido escasos segundos, hasta que me incliné y le lamí el cuello con la lengua. Entonces, se suavizó y me agarró la cintura.  
  
-La verdad es que no estoy muy seguro de cómo funciona el vibrador. Las instrucciones están en ruso. No me vendría mal una mente abierta para traducir, un cuerpo para experimentar… - sus manos acabaron en mi culo y lo apretaron con ganas. Me entró la risa tonta y Tom sonrió. – Un culito blanquito en el que profundizar… - ladeó la cabeza para besarme.   
  
-¡Eh! – cuando Ricky apareció de repente tras las hojas de los grandes arbustos. Nos separamos de golpe. Más bien me separé yo de él dándole un empujón y los dos nos quedamos mirando a la recién aparecida, que nos observó con expresión de sospecha. - ¿Qué hacíais?   
  
-Nada. Hablamos. – contesté. Tom puso mala cara. Me dirigió una mirada fulminante.   
  
-En la playa no hay taquillas ¿verdad, Ricky? – ella lo miró como si fuera tonto y yo me ruboricé. – Genial. Mi hermano se va a escapar por los pelos.   
  
-¿Qué quieres decir?   
  
-¡Nada! Es que las taquillas de la escuela le ponen cachondo.   
  
-¡No me ponen nada!   
  
-Bill, eres rarito. – Ricky me miró como si fuera un bicho raro. Se me erizó el vello de vergüenza. - ¿Te gusta machacártela contra la puerta de las taquillas?   
  
-¿Cómo coño me la voy a machacar contra una puerta de hierro? ¿Me ves cara de masoca?   
  
-¿Hace falta responder a eso? – murmuro Tom. Yo lo mataba.   
  
-¿Hablamos de los arañazos que tienes en la espalda y de las hostias que te dejan marca en la cara?  
  
-¿Hablamos de los azotes en el culo y de los tirones de pelo? – contraatacó él. Hum… muy astuto.  
  
-¿Hablamos de que como no te calles, vas a tener que buscar algo más que un pajarito para que no te eche polvos pica pica en la ropa cuando te la lave? – Tom calló, pero por la mirada que me estaba echando, presentí que la cosa no acabaría ahí.   
  
-Joder, pero qué raros sois los tíos. No he pillado ni una. ¿Os gusta pegaros? ¿En serio? De Tom me lo imaginaba, pero de Bill… - Ricky ladeó la cabeza. – Bueno, de Bill también. Debe ser hereditario. – y alzando los brazos como si la cosa no fuera con ella, empezó a andar hacia el chiringuito. - ¿Os pido una birra? ¿Un cubata, un vodka? ¿Un latigo y unas esposas?   
  
Se burlaba la muy petarda. Cuando se fue, Tom sonrió de oreja a oreja. Era la sonrisa mala, la típica, la jodida, la del mal presagio, y me la dedicó a mí, enterita.   
  
-Puede que no haya taquillas, pero hay unos árboles muy grandes y tiesos. A ver qué se me ocurre hacer con ellos. Ya te enteraras luego, Muñeco. – dejó caer y yo palidecí cuando me dejó con la palabra en la boca y se fue hacia Black, que en ese momento salía del agua y se tumbaba al lado de su novia, Sabela.   
  
¿Cuántas semanas habían pasado? Unas pocas. ¿Y cuántas cosas habían ocurrido mientras tanto? Otras pocas. Había llegado a Stuttgart a principios de verano y ya estábamos en la segunda quincena de agosto. Quedaba mes y medio para que empezaran las clases en la universidad de Stuttgart, pero no me podía importar menos. A Tom, paradójicamente, sí. Últimamente dejaba caer mucho la idea de que volviera a la universidad y siguiera estudiando psicología, pero en Stuttgart. Quizás le diera morbo el rollo estudiante o quizás no quería verme trabajar en los barrios bajos durante el invierno, la época más peligrosa del año. Yo le había dicho que me lo pensaría, pero ni siquiera se me había pasado por la cabeza todavía.   
  
El tiempo en el que había sido un estudiante de la universidad de Hamburgo quedaba muy atrás. Había empezado a olvidar algunas cosas, como mis notas del curso, mis horas libres y las materias que daba durante todo el año. Otras eran imposibles de olvidar. Ahora era un trabajador. Ganaba mi propio dinero (710 euros no estaban tan mal, y subiendo) y tenía contrato. También tenía casa medio alquilada (Tom me cobraba con tareas del hogar y “polvos mágicos”) y un novio/hermano/enemigo/rival/casero con el que convivía día a día. Cuando Julia Roberts grabo la película Durmiendo con su enemigo, no sabía qué significaba el titulo. Yo sí.  
  
¿Dormir de un tirón? Había olvidado el significado de esa palabra. Yo trabajaba durante el día. Tom por la noche. Es decir, yo volvía a casa a la hora de cenar y él se iba después de cenar. Yo me tiraba la mañana y la tarde trabajando y el dormía casi todo el día hasta bien entrada la tarde antes de irse a trabajar sobre las diez ¿El problema? Volvía alrededor de las cinco de la mañana y siempre ¡Siempre me despertaba! El cabrón había enseñado a Scotty incluso a no ladrar cuando llegaba para despertarme él mismo. Se sentaba en la cama, se empezaba a restregar y a quitarme la ropa y cuando notaba cosas raras en las pelotas, ya lo tenía encima. Era sigilosamente malvado y erótico. Así que después de semanas aguantando ese mal rato, me había acostumbrado a dormir desnudo. Tenía la esperanza de no enterarme de nada si no había ropa de por medio que al quitarme, me despertara. Pero no. Me despertaba igual. De hecho, si mi cuerpo no notaba a las cinco de la mañana que alguien lo tocaba, se despertaba por sí mismo. Y si Tom no estaba en la cama a esa hora, yo lo llamaba.  
  
Y entonces la liaba.   
  
Al principio no lo hacía, pero cuando le noté un poco, bastante pedo por teléfono y oí a aquella tía al otro lado de la línea… me vestí con lo primero que encontré, cogí un cuchillo de la cocina y salí a la calle. El cuchillo era para defenderme, no para matar a nadie, pero cuando llegué con esas enormes ojeras y cara de mala leche al Dona con un cuchillo de carnicero en la mano, no di buena impresión.   
  
Al final esa tía resultó ser la chica de la barra, que le preguntaba si le “metía algo” a la bebida, refiriéndose a hielo. Tom llegaba tarde a casa porque había bebido y Black no le dejaba coger la moto. Se descojonó cuando me vio con el cuchillo. Los Encadenados empezaron a relatar la historia del hermano psicópata de Tom y así me conocieron todos.   
  
Eso era lo que a veces sucedía de noche. Otras veces, los sábados mayormente, celebrábamos el día de Cristina o visitaba algún garito. Otros, salía con Tom y los Encadenados. Había conocido en esos dos meses a más personas de las que había en Hamburgo y me solía llevar bien con todas ellas. Eran gente divertida y simpática cuando no estaban de mala hostia y, estando Tom delante, raramente lo estaban o, más bien, no lo demostraban por no meterse en un buen follón. Alguna vez iba a los garitos que Tom vigilaba durante su turno de noche. En el Dona conocí a stripers y prostitutas por primera vez que, de hecho, se ofrecieron a hacer una especie de orgia con Tom y conmigo a cambio de cien euros. Obviamente, me negué, aunque Tom se lo estuvo pensando, y de ahí surgió una pequeña pelea. Otra vez, fui al Pich. Aquel lugar sí que me resultó impresionante. Conocí a un travesti muy majo llamado Vanesa y a su amiga, Adriana. Tenían unos problemas muy grandes porque no tenían dinero para quitarse el pene (Uff, aunque no lo parezca, para ellos es muy confuso). Los stripers que bailaban en los pódiums eran impresionantes. Uno, muy majo también, me ofreció subir al escenario para bailar con él y yo al ver sus graaaaandes intenciones, me lo planteé. Tom se enfadó. El chaval y él se insultaron, se pegaron y los dos volvieron a casa con un ojo morado. Luego, Tom y yo discutimos, algo muy común en nuestra vida.   
  
¡Ah, sí, las peleas! Las peleas son muy corrientes entre nosotros. Quiero decir que no ha habido ni una semana en todo este tiempo en la cual no nos hayamos peleado. El esquema mental es este. Él o yo nos enfadamos. Generalmente suele ser por los animales, porque yo estoy estresado por el trabajo y vuelvo con mala idea a casa, porque Tom hace pocas tareas en casa y deja muchas cosas por medio o, simplemente, porque él o yo miramos a un tío o a una tía más de la cuenta. También nos peleamos por algún porro o bolsa de hierba, aunque eso sólo ha pasado una vez. En fin, uno de los dos se enfada y a consecuencia, el otro también se cabrea. Empezamos a sacar trapos sucios el uno del otro, empezamos a gritar, luego a insultarnos y más tarde, si la cosa es grave, nos pegamos. Nunca nos hemos dado una paliza, pero sí hemos acabado con muchos cardenales y arañazos, además de alguna hinchazón en la cara. Después de pegarnos, uno de los dos sale de casa. Suele ser Tom. Yo me quedo, llamo por teléfono a Ricky y los dos nos quejamos de lo subnormales que son los tíos o los hermanos. Luego, me peleo con Scotty porque no me entiende, luego, con Hamtaro, la cobaya y luego, me voy a trabajar. Allí me quejo a mi jefe, a Adam o a Heidi. Ella me entiende, me dice que tenga mano dura y yo la tengo y cuando salgo del trabajo… Tom esta esperándome en la puerta con mala cara. ¿Qué pasa después? Que, como no es muy bueno con las palabras, me hace regalos.   
  
Así conseguí a Bagoas, mi gata atigrada (le pusimos el nombre de un eunuco que había sido amante de Alejandro Magno el cual a Tom le recordaba a mi ¡era muy guapo!). Bagoas era una gatita pequeñita, una cría que vivía en la calle y que tenía pulgas y una pata mala. Unos cabrones se estaban metiendo con ella. Tom la vio, se peleó con los mamones maltratadores y me la regaló con la cara llena de arañazos y un labio hinchado del tamaño de una nuez. Así conseguí también a la cobaya Hamtaro y a un pobre gorrión que se cayó de un nido. Kasimir tuve que devolvérselo a la niña autista vecina de Tom.  
  
Lo más adorable es que Tom odia a los animales. Bueno, no es que los deteste, pero se agobia cuando Scotty y Bagoas se pelean o cuando Bagoas intenta zamparse a Hamtaro. Los animales solo me hacen caso a mí, algo muy raro. A Tom le arañan y le muerden, no lo pueden ni ver.   
  
Así que, después de traerme de regalo algo que sé que odia o me compra un regalito, como un anillo de plata o me invita a cenar o a un cine, es imposible no perdonarle, aunque no diga palabras bonitas.   
  
Tom y yo nos peleamos mucho, pero es el encanto de nuestra relación. Si no nos peleáramos tanto, no nos reconciliaríamos. Buscaríamos excusas para pelearnos y luego, reconciliarnos, porque eso es lo más bonito. Tom no sabe cómo demostrarme afecto sin reconciliaciones ni peleas. Así buscamos una excusa para decirnos cuanto nos importamos sin herir nuestro orgullo o bajar la cabeza. Así yo no me siento un arrastrado que no puede vivir sin Tom y él no siente que se está volviendo un blando.   
  
Además, las reconciliaciones son brutales. A mí me cae un regalo que me sube la moral y la autoestima y a Tom, le toca una sesión de sexo desenfrenado y todos felices y satisfechos. Aunque el sexo no es algo que tengamos tan presente como cuando estábamos en Hamburgo. Ya no lo hacemos dos o más veces al día, ahora solo una (por cansancio y escasez de tiempo más que nada) y a veces, incluso ninguna. El sexo ha pasado a ser algo… no secundario, pero no es la máxima prioridad, al menos para mí y creo que también para Tom. Últimamente nos gusta más acurrucarnos, magrearnos y tocarnos mientras vemos una película, que practicar sexo de pleno (con penetración). Supongo que es por culpa de mis nervios. Me han hecho perder fogosidad, tal vez.  
  
De todas formas, a pesar de las peleas, estamos bien.  
  
Bueno… entre comillas.   
  
-¡Bill, tírame la bola!  
  
-¡Pero es que no lo haces bien, así no se juega al balonmano!   
  
-¿Y quién dice que esté jugando al balonmano? ¡Estoy jugando a matar! – Ricky me lanzó la pelota de balonmano a mala idea, dándome justo en la barriga. La miré con mala cara.   
  
-¿Quieres jugar a matar con solo dos personas? ¡Vaya mierda de juego!   
  
-¿Y qué quieres? ¡Nadie más juega!   
  
-¡Tom! – grité, agarrando la pelota con una mano. Mi hermano se había echado encima de una toalla y ahí se había quedado, con unas gafas de sol de marca, de unos doscientos euros para arriba, calculaba yo. También calculaba que habían sido robadas, como no. Se tumbó bocabajo y no se movió ni un ápice cuando lo llamé. - ¡Tom, ven a jugar! – alzó una mano y me enseñó el dedo corazón, mandándome a la mierda. - ¡Pedazo de subnormal! ¿Piensas pasarte todo el día tumbado al sol como los lagartos?   
  
-No. Cuando me entré sed iré al chiringuito a pedir una birra.   
  
-Capullo borracho. ¡Ni siquiera te has echado crema! – le tiré la pelota que rebotó en su espalda. Tom se dio la vuelta y la cogió con una mano, sonriente.   
  
-No todo el mundo tiene una piel tan delicada como la tuya, Cenicienta. – me lanzó la bola otra vez y yo la cogí al vuelo. Fue entonces cuando me fijé en los demás.   
  
Black era negro, así que no contaba (¿Le haría efecto la crema solar?), pero Heidi, Sabela y Ricky estaban tan morenas como si durante todo el verano se hubieran estado dando rayos UVA. De hecho, Tom también estaba morenísimo. Yo, a su lado, parecía un puñetero vampiro.   
Hablar de los cuerpazos que todos tenían era otra historia en la que no quería meterme.   
  
-¡Mierda, qué complejo! – me entraron ganas de meterme en el coche y no volver a salir en todo el día.   
  
-Hablando de eso, ¿te quieres quitar la sudadera de una vez, tío? Me están entrando calores solo de verte. – gruñó Ricky.   
  
-Se lo llevo diciendo todo el camino, pero como es el Encadenado mimado, pasa de mí. – murmuró Tom. Yo me agarré la sudadera con fuerza, negando con la cabeza. Mis piernas estaban limpias, asquerosamente blancas, pero limpias. Mi cuerpo… ¡no, qué asco, todos tan morenos y yo tan blanco, todos con sus cuerpazos al aire y yo tan flaco!   
  
-¡Argg, soy un bicho! – me quejé.   
  
-Lo que eres es idiota, pero como eso ya lo sabe todo el mundo…   
  
-¿Te quieres ir a la mierda, Tom?   
  
-No. Estoy bien aquí. – sonrió. Ricky se me acercó, fulminándome con la mirada entonces.   
  
-No me digas que estás acomplejado. – agaché la cabeza, con las mejillas ruborizadas.   
  
-Un poco.   
  
-¿Quieres que te enseñe unas fotos de Tom cuando tenía trece años? ¡Eso sí que era para acomplejarse! En esa época estaba tan delgado, que ni siquiera tenía polla para…  
  
-¡Ricky, no me toques los huevos! – gruñó mi novio/hermano/enemigo/rival/casero.   
  
-Bueno, dejando eso a parte, ¡Bill, si tú vas para modelo!   
  
-¿Quién, yo?   
  
-¡Claro, coño!   
  
-¿Y la fama que tienes en la pastelería qué? – preguntó Heidi desde su toalla, alzándose sobre ella. Un abdominal precioso se le marcó al incorporarse. – Si ya no tienes culo de todas las marcas que te dejan los clientes en él de lo que les gustas. ¡Eres la hostia de mono, chaval, a ver si te enteras!   
  
-¿Marcas en el culo de quién? – preguntó Tom con mala cara.  
  
-¡Ah, eso sí lo escuchas, eh!   
  
-Bueno, da igual. Te vas a quitar esa sudadera pero que ya. – Ricky empezó a darme tirones de la ropa y yo me encogí de vergüenza.   
  
-¡No, no!   
  
-¡Si estás sudando como un puerco!  
  
-¡Estate quieta, Ricky!   
  
-¿Comoooooo? ¿Te me vas a poner chulito?   
  
-No, pero…   
  
-¡Tom, dile algo!  
  
-Me voy a por una birra. – Tom pasaba del tema y con sus gafas robadas y el bañador (del mismo estilo que el mío, pero de color rojo) se levantó de la toalla y empezó a andar hacia el bar/chiringuito.   
  
-Lo sabía. ¡Tom te tiene mimado! – gruñó Ricky.   
  
-No es verdad. Me trata como a todo el mundo, ¡como si le importara una mierda!   
  
-¡Un cojón! ¡Tiene preferitismo!   
  
-¡Es favoritismo!  
  
-¿Te crees superior a mí porque hayas ido a la universidad, enclenque? – Ricky me pegó un mamporro en la cabeza y yo empecé a irritarme.  
  
-¡Que no me pegues!   
  
-Si Tom no lo hace, alguien tiene que hacerlo.   
  
-Maldita camionera lesbiana.   
  
-Ya saltó el mariquita.   
  
-¿Quieres pelea, pelos largos?   
  
-¿Quieres que te rompa la boca, picha floja? – bueno, como se puede ver en la escena, Ricky y yo no habíamos tenido más roce que el de aquella noche tan perdida en los recovecos de mi memoria. Ricky parecía haberse olvidado del tema por completo y había vuelto a su comportamiento habitual de camionera agresiva y yo, como no sabía qué decir, tampoco mencionaba el tema. Así ninguno de los dos se incomodaba porque estaba claro que yo no quería volver a hacer semejante… esto… ¡Bueno, no quería volver a hacerme el macho con ella!   
  
Ricky se había convertido en una gran amiga, divertida por su vasta boca y orgullosa. A veces, cuando estaba con ella, echaba de menos a Georg y a Gustav. No había día que no pensara en ellos. Y en mi madre, Simone. Hablábamos todas las semanas, pero nunca era suficiente.   
  
-¡Desgraciado afeminado, no corras!   
  
-¡A ver si dejas de fumar porros, cada vez te cuesta más seguirme! – los dos, peleándonos y a la vez riéndonos por las tonterías que decíamos, empezamos a correr por la orilla. Ricky me seguía como podía, con una posición que dejaba bastante que desear para hacer una buena carrera. Como veía que no me alcanzaba, me paraba de vez en cuando y la vacilaba por su lentitud. El tacto del agua y la arena escurriéndose entre los dedos de mis pies y la brisa del viento golpeándome la cara me hacía recordar aquellas lejanas vacaciones con mi madre, mis amigos y yo, en las playas de España.  
  
-¡No huyas! – Ricky jadeaba de cansancio justo cuando llegué a la orilla del bar. Pude ver a Tom dándole un sorbo a morro a una cerveza de lo más cómodo. A su lado, descansaba otra botella de cerveza, la cual alzó hasta mí enseñándome los dientes.   
  
-¿La quieres o me la cepillo? – preguntó. Miré a Ricky a mi espalda, ahogándose por el camino por tantos cigarrillos fumados.   
  
-Ella la necesita más que… - de repente, oí un grito de sorpresa. Mi amiga camionera había chocado contra una chica que cayó al suelo, despatarrada.   
  
-¡Eh, mira por dónde vas!   
  
-Perdón. – pidió la chica sumisamente. Esperé que Ricky empezara a pegar voces con bordería, pero en su lugar, se quedó callada y se puso seria, con los ojos clavados en la chica, que se levantó con un suspiro. – No me había dado cuenta de que… ah… tú… ¿tú no eres…? – Ricky desvió la mirada con molestia, como si deseara estar en cualquier parte antes que delante de la chica. - ¿Tú no eres Richelle?   
  
-¿Perdona? ¿Te conozco de algo?  
  
-Entonces, ¿lo eres? ¡Qué casualidad! ¿No te acuerdas de mí? Claro, ¿cómo vas a acordarte? – la desconocida sonrió. Tendría la edad de Ricky, aunque era un poco más alta que ella. – Soy Eva. Estuvimos juntas en secundaria, ¿recuerdas? – Ricky me miró de reojo y yo me encogí de hombros. Ella me imitó.   
  
-Lo siento, pero no. – la chica se rió.   
  
-A ver, a ver… “¿te gusta Darrien? ¿Qué coño pretendes con él o con cualquier chico de la escuela? ¡Eres un puñetero cayo, un bicho! Y mucho menos con Tom. Es demasiado hombre para ti, Eva la Fea. Los tíos son para las chicas que saben manejarlos. Quita de en medio, Espantapájaros” – dijo ella, intentando imitar la voz grave y burlona de Ricky con una sonrisa en la cara. Vi claramente como Ricky palidecía y abrí la boca por la sorpresa. ¿Mi amiga camionera se había metido con esa chica por ser fea? Bueno, no es que fuera un modelo, pero no era fea. Era normal, de estatura normal, cuerpo normal, ni gorda ni delgada, pelo rizado y pelirrojo fuego, además de pequeñas pecas en las mejillas y bajo los ojos, que no conseguí saber de qué color eran exactamente.   
  
-¿Tú eres Eva la Fea? – preguntó Ricky. Eva asintió. – ¡Mierda! – gritó, alto y claro y Tom estalló en carcajadas.   
  
-¡Vaya decepción, eh, Ricky! Te acabas de tragar tus propias palabras.   
  
-¡Cierra la boca, Tom!   
  
-¿Tom? – preguntó la chica, mirando a mi hermano como si hubiera visto un fantasma. – Oh… oh… ¡Oooohh! – Eva se puso roja como un tomate y de repente, dijo. - ¡In-increíble!  
  
-¿Increíble, qué? – no pude evitar fulminarla con la mirada.   
  
-Muñeco, no puedes evitar que las mujeres me deseen. Hazte a la idea de que tu hermano es un hombre irresistiblemente follable.   
  
-¡Serás fantasma!   
  
-¿Qué? ¿Vosotras también queréis una birra? Venga, os invito. – Tom sonrió falsamente. Las sonrisas falsas de Tom se reconocían al instante. Eran esas que pretendían ser seductoras y… mierda, ¡lo conseguían!   
  
-Oh, oh… bueno, yo… - murmuró la tal Eva. Debía reconocer que aunque no tuviera un cuerpo de vértigo, tenía unas curvas bonitas, sobre todo la de sus pechos, bastante grandes y bien sujetos por el bikini. Ese era exactamente el lugar donde Tom tenía posada la mirada y yo, con un gruñido de guerra, me quité la sudadera y se la tiré a la cara, sentándome a regañadientes en la silla que había frente a él. Me crucé de brazos y le di un buen trago a mi cerveza. Estaba asquerosa, pero fresquita.   
  
-Vaya… - sonrió mi hermano mientras se quitaba la sudadera de la cabeza y la soltaba sobre la arena. - Está claro que Bill no está por la labor de compartirme. Los hermanos gemelos son muy posesivos, ¿qué se le va a hacer? Pero Ricky siempre puede invitar a su compañera. Así le das la oportunidad de reflexionar sobre ese apodo de “Eva la Fea”, nena.   
  
-Nena… - escupí, con auténtico asco. Tom parecía gilipollas con esa vocecita seductora.   
  
Ricky nos miró a los dos con pánico, pero entonces Eva se volvió y preguntó:  
  
-¿Quieres tomar algo? – y Ricky, tragando saliva, asintió, incapaz de decir que no. Sospeché que la tal Eva pretendía obligar a Ricky a retirar ese mote despectivo que le había puesto de pequeña, o quizás, solo hablar. Sonreía una manera que no daba lugar al rencor, solo, quizás, a la inocencia.   
  
Cuando ambas se dirigieron a la barra del chiringuito, Tom me miró con una ceja alzada y una amplia sonrisa.   
  
-Nena… nena… ¡das asco!   
  
-Y a mí me dan asco tus celos.   
  
-No estoy celoso por ti, estoy celoso porque la “nena” estaba ciega. Mira que fijarse en ti cuando estoy yo delante…  
  
-¿No eras tú el que tenía baja autoestima?   
  
-Los extranjeros del lago me la suben.   
  
-¿Los extranjeros? – había visto algunos rubios, rubísimos mirándome de reojo. Por supuesto, no creía que estuvieran interesados en mí. Quizás les llamara la atención mi pelo largo o que iba con sudadera un minuto atrás, pero ver la cara de Tom me hacía gracia.  
  
-¡Sí! Los extranjeros. – alcé la cabeza con dignidad y me encontré con la mirada de varios extranjeros mirándome desde la barra. Mi sorpresa fue la misma que la de Tom, ya que no me esperaba que aún me estuvieran mirando.  
De repente, empezaron a murmurar entre ellos. Eran tres y los tres, muy rubios.   
  
-¿Serán americanos? – murmuré, pero Tom no contestó, con mala cara. Entonces, uno empezó a andar hacia nuestra mesa. Noté como la pierna de Tom se tensaba contra la mía cuando el extranjero se me puso delante y sacó una cámara de fotos.   
  
-Excuse me. Would you like to take a photo with me??  
  
-¿Eh? – murmuré. De ingles estaba bastante pegado. El extranjero sonrió y me enseñó una cámara de fotos. – Ah, una foto con… ¿you and your friends? – me levanté de la silla, pero él negó con la cabeza.   
  
-No. You and me. Photo. – me señaló y creí entenderlo entonces.   
  
-Ah, you and me. Oh… eh… why?   
  
-Why? Hum… because you are beautiful.   
  
-Beautiful… ¿qué, beautiful yo? ¡Oh! – una risita nerviosa se me escapó y me ruboricé. ¿El americano o australiano o lo que fuera no tenía ojos en la cara? Aún así, me permití el lujo de sentirme halagado y lo primero que hice fue volverme hacia mi hermano. - ¿Has oído eso, Tom? ¡Soy beautiful! – Tom sonrió con arrogancia y se levantó de la silla.   
  
- Would you take us a photo? – le preguntó el extranjero.   
  
-Of course! No problem. – miré sorprendido a mi hermano, que cogió la cámara y nos apuntó con ella. Tenía una forma de hablar inglés bonita, con acento de experto. Me quedé bastante descolocado cuando le oí pronunciar esas palabras que al menos, conocía.   
  
-¿Sabes hablar inglés? – le pregunté cuando me coloqué al lado del hombre rubio. Él me rodeó los hombros con el brazo y me pegó a su pecho, sorprendiéndome. Tom sonrió de oreja a oreja.   
  
-Bueno, sé algo. – Tom hizo una foto, pero el extranjero pidió otra y mi hermano, aún más sonriente, empezó a hacer más fotos. – You like Bill, no? He. – empezó a hablar. El extranjero me estrechó con más fuerza, incomodándome un poco cuando pasó la mano por mi espalda, medio acariciándola. Si no fuera porque Tom estaba delante y sabía que no permitiría que me tocara en algún sitio más íntimo, me hubiera apartado de un empujón.  
  
- Bill, true, your friend is a boy really exciting   
  
-Mi friend? No. Mi boyfriend. – el hombre se tensó de repente y se le borró la sonrisa de la cara. Me preguntaba qué le estaría diciendo Tom para causar esa reacción en él. - Do you want to fuck him?  
  
-Ehm… if you want… - Tom sonrió aún más.   
  
- German people are realy cruel. If you touch my boy I'll cut your dick and I'll give it to my dog.– el extranjero se apartó de repente, pálido.   
  
-O-ok…   
  
-Cool. – cool… ¿Cool qué?   
  
El extranjero fue hacia Tom para coger la cámara y agachó la cabeza, como pidiendo disculpas. Cuando alzó la mano para coger la cámara, Tom la apartó de su vista.   
  
-No! It´s the present for any inconvenience.   
  
-What?!  
  
-Any problem? – de repente, la actitud de Tom se volvió amenazadora. Pude ver la tensión de los músculos de la cara contrayéndose, lo que no significaba nada bueno.   
  
-Tom, vamos, déjalo. – le pedí. Tom me ignoró.   
  
-But this camera is mine!  
  
-And? ¡He is my boy, asshole! Disappears or I will cut your dick! – los dos se miraron a los ojos largo rato, echando un pulso de miradas. Me sentí inquieto cuando vi como los amigos del extranjero fruncían el ceño, molestos por la actitud de mi hermano. Si la cosa se ponía fea… ¡mierda, no quería que se desarrollara una Tercera Guerra Mundial por culpa de mi hermano!   
  
-Tom, para ya. No quiero líos en nuestras vacaciones, ¿vale? ¡Por favor, deja de hacer el indio! – mi novio me miró de reojo. Estaba enfadado, se le notaba, pero a pesar de que era prácticamente imparable cuando se cabreaba, por una vez se mostró razonable. Empezó a toquetear la cámara, buscando algo. Tras escasos segundos, le sacó la tarjeta de memoria de gran cantidad de fotos y forzando una sonrisa, le entregó la cámara al extranjero, quedándose con la tarjeta.  
  
-Sorry. Germans are very jealous. – el hombre, sin verle la gracia, nos dio la espalda y corrió hasta sus compañeros con la cámara en la mano. Me entraron ganas de coger a mi novio por la oreja y arrancársela de cuajo.   
  
-¡Ya le has jodido las vacaciones a ese pobre hombre! ¿Es que siempre tienes que liarla? – gruñí, cruzándome de brazos con indignación. Tom se llevó la tarjeta de memoria a los dientes y mordisqueándola, la partió en dos.   
  
-¿Por mi Muñeco? Siempre.   
  
Mierda… ¿Y ahora quién se enfadaba con este seductor de primera? Bueno, al menos podía fingirlo.   
  
-Eres de lo que no hay.   
  
-Por supuesto. Si hubiera muchas personas como yo, el mundo sería perfecto. – dijo, sentándose otra vez en la silla, estirando los pies desnudos para apoyarlos sobre mi asiento.   
  
-¡Argg, bendita modestia! – ironicé.   
  
-¿Qué tienes pensado hacer esta noche? – preguntó. Observé desde arriba como movía los dedos de los pies y me senté sobre sus rodillas estiradas, haciendo que tensara las piernas. Entrecerró los ojos, molesto.   
  
-¿Hay que hacer algo? Pensaba dormir en ese gran hotel de cinco estrellas que has reservado para los dos.   
  
-¿Hotel de cinco estrellas? Bueno, está la Selva Negra. Quizás Tarzán nos haya guardado una pequeña casita árbol por el centro. ¿Crees que tendrá jacuzzi? – se llevó la cerveza a los labios, pero se la quité antes de que pudiera darle un sorbo y bebí de ella sin muchas ganas.   
  
-Venga, ahora en serio. ¿Dónde dormimos? Tienen que estar permitidos los perros, si no Scotty no pasa.   
  
-Tranquilo, tranquilo… lo tengo todo controlado. – por supuesto, no lo tenía, pero me hice el ingenuo y no hice más preguntas. – Aunque quizás, si levantas tu bonito culo de mis rodillas, pueda andar más tarde para llevarte a tu palacio, Príncipe.   
  
-¿Príncipe? ¡Oh, qué bonito! ¿Quieres un beso, Rana?   
  
-Si insistes… - Tom se inclinó hacia delante para darme un beso, intentando romper la restricción de la mejilla. Solo le estaba permitido darme un beso en la mejilla en público y él lo sabía, por lo que insistía todavía más para dármelo en la boca, pero justo cuando giré la cara, empezamos a oír ladridos a diestro y siniestro y Tom miró hacia otro lado. – Vaya, hablando del rey de Roma.   
  
Y allí estaba el ángel de la muerte, el aspirante a torturador de La matanza de Texas y mi fiel rival. Los rizos rubios resplandecían con la luz del Sol sobre ellos, casi centelleando (me dieron ganas de cerrar los ojos al ver tanto glamour junto) estaba más pálido que los demás, pero más moreno que yo y más musculoso. Llevaba unas gafas de Sol de las caras (y seguro que no eran robadas) y su bañador bermuda era negro y blanco, con calaveras de color rojo. A ambos lados de su cuerpo había dos Scottys casi iguales. Los observé con admiración. Dos grandes labradores caminaban a su lado, atados por correas, perfectamente alineados y con un pelaje brillante, preciosos.  
  
Yo no conseguiría hacer eso con mi perro ni en un millón de años. De hecho, Scotty se abalanzó sobre ellos, ladrando y correteando a su alrededor, pero estos ni se inmutaron. Debían estar muy bien amaestrados.  
  
Me mordí el labio inferior cuando Aaron se quitó las gafas de sol, se las colocó sobre la camiseta de tirantes que llevaba y se sacudió los rizos ferozmente con un iris de un verde musgo increíble. Tom también lo miraba, con curiosidad.   
  
-Le odio. – murmuré. – Buen cuerpo, ojos claros, rubio, rico y…  
  
-Gay facha, lo que faltaba. – se burló Tom. – Mira, ahí tienes el prototipo ideal que Hitler quería para su ejército de matones sin cerebro. No marica, claro, pero se dan un aire.   
  
-Sí, ahora dices eso, pero seguro que me dejas por él a la más mínima. Tal vez ya me estés poniendo los cuernos. – Tom puso los ojos en blanco.   
  
-Soy masoquista. Prefiero los retos difíciles.   
  
-¿Os queda mucho? Quiero tumbarme en la orilla. – dijo Aaron, volviéndose hacia el gran y bonito todoterreno gris en el que había venido. Traía compañía, alguien que descargaba la mercancía sobre la arena y, tras él, una moto algo vieja, pero reluciente, aparcó. Kam se bajó de ella, con el ojo blanco abierto de par en par mientras el otro lo entrecerraba por el Sol. Con una gran sonrisa, cogió una mochila que se cargó al hombro y descendió por la cuesta de arena.   
  
-¡Cariño! – Heidi corrió hasta él, que la esperaba con los brazos abiertos y la cogió al vuelo, zarandeándola de un lado a otro en el aire mientras le daba un gran beso en los labios y le acariciaba el pelo.   
  
-¿Cuánto tiempo llevan Heidi y Kam juntos? – pregunté, curioseando. Ni aún después de tanto tiempo había conseguido ponerme al día de todas las relaciones amistosas, amorosas y de odio entre los Encadenados.   
  
-Hum… tres años más o menos. Quizás dos.   
  
-¿Y Heidi no tiene miedo de que se le vaya la cabeza?   
  
-¿Tú tienes miedo de que se me vaya a mí? – sonreí. Ya no.   
  
Fue entonces cuando el otro, el que faltaba, terminó de descargar el todoterreno y se cargó las bolsas al hombro, cerrando el maletero. Su pelo rubio también resplandeció por el Sol y sentí un nudo en la boca del estómago al reconocerlo.   
  
Andreas.  
  
No podía decir que estuviera demacrado, porque no lo estaba. La única diferencia que había entre el Andreas de hacía meses y el de ahora, era que ya no sonreía. Y por mi culpa.   
  
Me estremecí recordando cierto episodio vivido en la pastelería entre él y yo y noté como Tom me rodeaba la cintura con los brazos y pegaba la barbilla a mi hombro.   
  
Andreas giró la cabeza de izquierda a derecha, como si buscara algo. Yo sabía qué era lo que buscaba exactamente y cuando lo encontró, nos observó con gran descaro. Bueno, en realidad, observaba a Tom. Yo no existía entre ambas miradas. No sé lo que mi hermano le dijo o le hizo con un simple gesto, pero de repente Andreas dirigió los ojos hacia mí, los puso en blanco y luego, escupió en la arena. Nos dio la espalda y yo temblé de vergüenza.  
  
-Hum… creo que le pegaré. – musitó Tom, dejando caer la mejilla sobre mi cuello y cerrando los ojos con placidez.   
  
Me tragué el “ni se te ocurra” que él conocía de sobra y suspiré.   
  
Aquello era digno de ver. Había pasado de ser un pobre moribundo depresivo que había huido de casa al ser acosado por toda la ciudad por acostarme con mi propio hermano a tener como mayor problema el sentimiento de odio descontrolado de un amigo al que le había quitado el novio.   
  
Bien, Bill, ¡vamos mejorando! A ver si consigues salir limpio al volver a casa. Al fin y al cabo, Andreas no podía haberme cogido mucho asco de un día para otro ¿no?   
  
-¿Qué le dijiste exactamente cuando cortasteis? – Tom se encogió de hombros.   
  
-Que te prefería a ti.   
  
-Venga, en serio, ¿qué le dijiste?   
  
-Pues… que te prefería a ti. Eso le dije. – le miré, incrédulo y él volvió a encogerse de hombros.   
  
-Pero ¿tú eres tonto?   
  
-¿Por qué? Era la verdad. Le dije algo así como, “Andy, eres guay y ahora mismo estaría todo el día follando contigo de no haber aparecido Bill. Lo siento, pero lo prefiero a él antes que a ti.” – no me lo podía creer. ¿Se estaba cachondeando de mí?   
  
-Sí, claro ¿y qué dijo él?   
  
-Que no me merecías y que no tenías derecho sobre mí. Se enfadó, yo me enfadé más y le dije que lo dejaba porque tú me lo pedías, que si fuera por mí, estaría con los dos. Pero como tú no querías…  
  
-¡Y una mierda! ¿¡Me has echado toda la culpa a mí!? ¡Serás gilipollas! – me aparté de un salto. Desde luego, si le había dicho eso, el tacto lo tenía en el culo. Normal que Andreas hubiera pasado de ser guay conmigo a odiarme. Yo también lo haría.   
  
-Pero si fue eso lo que me dijiste.   
  
-Pero ¿tú no sabes lo que es el tacto? Además, es tu mejor amigo ¿cómo has podido alejarte de él por mí? – Tom entrecerró los ojos, con cara de circunstancias.   
  
-Pero si te ponías blanco cada vez que hablaba con él. Solo he seguido la preferencia.   
  
-¡Pues si me ponía blanco, me jodo y ya está, pero no puedes ser tan insensible con él! Ahora me odiará…  
  
-¡Dios, Bill, eres tan raro como una mujer, coño! ¿Y qué pasa si te odia? Pues que se aguante, como todo el mundo. Pero yo no voy a renunciar a estar con la persona que me gusta solo porque a él le siente mal. – declaró y fue imposible no enternecerme. Es que Tom era más mono… normalmente, era un vacilón, pero a veces soltaba cada cosa bonita, que me derretía. Suspiré y tuve que sonreír un poco.   
  
-Sí, eres de lo que no hay.   
  
-¿Qué pasa? ¿Tú no lo harías por mí? – preguntó, sonriendo. Volví a sentarme sobre sus rodillas estiradas.  
  
-Dame un beso, macarra. – si nadie estaba pendiente, le dejaría darme un beso en la boca, pero corto. Tom se inclinó para besarme y al rozarme los labios…  
  
-¡AAAAARGGG! – pegué un bote sobre sus rodillas y caí de espaldas en la arena. Tom se levantó de un salto, en posición de defensa al oír el grito y yo lo imité, rascándome la cabeza llena de tierra con una mano.   
  
-¿Qué pasa? ¿Qué…? ¡AAH, SCOTTY! – mi perro, inconfundible entre aquellos dos cachorros bien adiestrados y de pelaje reluciente, después de haberse empapado metiéndose en el lago y haberse revolcado por la arena, se había tirado encima de Zansha, la perra, y… bueno, empezó a hacer cosas de perros sobre ella. Aaron tiraba como una bestia de la cadena de su perra, pero esta apenas movía más que el cuello. Se dejaba hacer sumisamente.   
El hermano de Scotty, Duncan, ladraba, pero no se acercaba. Mi perro le ahuyentaba con gruñidos.   
  
-¡BIIIIIIIILL! ¡Sujeta a tu puto perro!   
  
-¡Scotty, guarro, ven aquí! – y el mamón seguía, sin parar, sin hacerme ni puñetero caso. - ¡Serás cerdo! ¡Que es tu hermana, no te tires a tu hermana!   
  
-Mira quien ha ido a darle consejos sobre el incesto al perro, precisamente. – se burló Tom, que pasando del tema, volvió a echarse sobre la silla, partiéndose de risa.   
  
-¡Tom, eres un gilipollas! ¡Te vas a enterar esta noche, capullo! – así que a quien le tocó encargarse del animal, como siempre, fue a mí. Sabía que ir despacio con Scotty no iba a dar resultado, ya que gruñía y enseñaba unos dientes que daba gusto, así que corrí hasta él, ignorando sus gruñidos y me tiré encima suya, apartándolo de un empujón de la perra, revolcándonos los dos por la tierra. - ¡Perro malo!   
  
-¿Perro malo, yo? ¡Pues tú bien que lo haces con tu hermano, pedazo de bicho, y delante de mí, que no digo nada! ¡Animal! – pareció ladrar. Lo agarré por el collar para que no se escapara, porque tenía toda la intención de volver a por la perra. Salivaba por ella.   
  
-Lo siento, Aaron. Está…  
  
-¡Tranquilo, puedo perdonarlo! – habló, con una mueca burlona. – Solo sigue el ejemplo de su dueño ¿no?   
  
-Ja-ja-ja, muy gracioso, Ricitos de Oro. ¿Y los tuyos? Siguen tu ejemplo estirado, desde luego, ¡pero bien que se dejan zumbar por un perro callejero! También siguen tu ejemplo. – Aaron puso cara de asco y yo le imité.   
  
-Oye, oye, de callejero nada, que yo tengo pedigree. – gruñó Scotty.   
  
-Como me preñe a mi perra…   
  
-¿Qué harás? ¿Lo mandarás al otro barrio con una inyección milagrosa? Eres aspirante a médico, ¿o a veterinario? ¿O a ATS? ¿No eras analista? ¡Aclárate de una vez! – el Príncipe sonrió y agarrando bien fuerte a ambos perros con la correa, empezó a andar por la orilla, pasando por mi lado. Acercó los labios a mi oído.   
  
-Lo castraré. – susurró y oí como Scotty emitía un pequeño gemido y se encogía en la arena. Acto seguido, les quitó la correa a ambos perros y estos no se movieron un ápice, sin separarse lo más mínimo de su amo. – Cuidado, puedo hacerlo con los dos. – su sonrisa se hizo macabra y me entró un tembleque horrible.   
  
-El castigo de los incestuosos, Scotty. Horrible, ¿verdad? – le acaricié la cabeza y con la lengua fuera, bostezó. - ¿Y ahora estás cansado? ¡Arggg, guárdate eso! ¿Quieres? Mira, si me prometes no volver a intentar tirarte a la perra de Aaron, te dejaré que te tires la pierna de Tom cuando se quede dormido ¿vale? Tómatelo como un préstamo, pero luego me lo tienes que devolver, eh. ¡Y limpito! – y sin emitir ni un sonido más, se tumbó en la arena en cuanto le solté el collar y ahí se quedó, con las patas estiradas y la cabeza entre ellas. – Eso es. - Yo también tenía ganas de tumbarme en la arena, relajarme y dormir sobre una toalla con el sol encima de mí, tostándome poco a poco. Sobre todo, tenía ganas de quitarme las muñequeras negras que había llevado durante todo el verano, aún cuando notaba el sudor empapándolas. Las cicatrices tan blanquecinas de los brazos que ya apenas se notaban no eran muy perceptibles y nadie se fijaba especialmente en ellas, pero las de las muñecas eran otra cosa. Tenían su propio color rosado oscuro que podía detectarse desde una distancia de diez metros.  
  
Suspiré. Suerte que el bañador era bermuda y me llegaba hasta poco menos de las rodillas. Si hubiera sido uno de esos bañadores ajustados que solo cubrían el principio de los muslos, se me verían las cicatrices más recientes. Esas Tom todavía no las había visto, al menos no las de hace dos días. Cada vez me cortaba menos, pero cuando me estresaba no podía evitar la tentación de hacerme un corte, solo uno, pequeñito, pero uno.   
  
Acariciando a Scotty, observé cómo se bañaban y jugueteaban en el agua los Encadenados, todos con los que tenía más relación. Sabela y Heidi se salpicaban agua con Kam y Black. Aaron se había tumbado en la orilla, con medio cuerpo metido en el agua, pero poco más. Tom seguía sentado en el chiringuito, con la cabeza apoyada sobre una mano. Parecía haberse quedado dormido. Ricky, más allá, hablaba con esa chica, Eva, o más bien escuchaba, porque su amiga no paraba de hablar entre risas. Ella estaba muy cortada, podía vérselo en la cara.  
  
Así que me había quedado solo, con Scotty. No me importaba, la temperatura era agradable y el aire olía a agua y a bosque. Se estaba bien.   
  
Me gustaría ir a explorar el bosque. Si me hubiera traído las deportivas…  
  
Mi móvil empezó a vibrar en el bolsillo del bañador. Me sobresalté. No me acordaba de que lo tenía ahí, ni tampoco encendido. ¡Menos mal que no me había metido en el agua con él! Lo saqué y observé la pantalla, sin reconocer el número que salía en ella. ¿Más publicidad? Tom me acababa de comprar el móvil nuevo y ¿ya estaban con la publicidad?   
  
Ese había sido uno de los regalos de Tom para mitigar mi cabreo. Un móvil nuevo, aunque no de última generación. Lo cierto era que lo había comprado exactamente igual que mi antiguo móvil, de la misma marca, del mismo color, pero un modelo más avanzado, aunque eran casi iguales. La única diferencia era una cámara de más píxeles y la conexión a internet. Por lo demás, eran idénticos. Mi móvil antiguo seguía en casa, apagado. A veces lo encendía para ver los mensajes y las llamadas perdidas, para cerciorarme de que Georg y Gus no se habían olvidado de mí, de que mamá tampoco. Cuando abría los mensajes, uno a uno, encontraba muchas llamadas perdidas suyas. Gus y Georg me mandaban un mensaje al día, aún sabiendo que no les contestaría. Una vez, lo hice, y apagué el móvil. Al día siguiente tenía ciento doce llamadas perdidas y veintidós mensajes suyos, así que prefería no contestar, para que no estuvieran todo el día con el móvil al oído.   
  
Me contaban cosas, anécdotas cortas y simples y me deseaban suerte, que estuviera bien. Me daban consejos. A mí me entraban ganas de llorar.   
  
A veces, entre los mensajes, se colaba un “¡No vuelvas nunca, enfermo!” de alguien de la universidad, pero con el tiempo, habían desistido y se habían olvidado de mí.   
  
El otro móvil, el que me dio Sparky, no lo había usado aún, para nada. Lo tenía escondido. No quería que Tom lo viera, por si acaso. De él también recibía mensajes, pero no los leía. Me carcomía la culpa.  
  
El móvil nuevo dejó de sonar y metiéndomelo en el bolsillo, me tumbé en la arena cuan largo era, mirando el cielo grisáceo. Olía a humedad. Quizás lloviera más tarde. ¡Qué lástima! En Stuttgart no paraba de llover.   
  
El móvil vibró. Luego, dejó de hacerlo. Y volvió otra vez.   
  
Lo cogí, suspirando, para apagarlo. Empezó a sonar de nuevo tras una pequeña parada y vi el mismo número de antes. Suspirando, molesto, puesto que este móvil sí que lo utilizaba para hablar con mis amigos de Stuttgart, me lo llevé al oído y acepté la llamada.   
  
-Lo siento, no estoy interesado en ningún tipo de promoción, regalo o cualquier chanchullo que tenga que ver con la factura de mi teléfono, así que no pierda el tiempo conmigo, gracias…  
  
-¿Bill? – alguien me llamó, una voz que me sonaba, pero no pude situar. El sol me dio en la cara y me tapé los ojos con la mano.   
  
-¿Sí? ¿Quién es?   
  
-…No cuelgues, ¿quieres?   
  
-¿Eh? ¿Quién eres? ¿Por qué iba a colgar? – el desconocido no respondió. - ¿Oye?   
  
-Bill… soy yo.   
  
Soy yo, soy yo, soy yo… reconocí esa voz entonces, pero no podía ser. No tenía mi nuevo número. Extrañado, aparté el teléfono de mi oído y lo miré. La pantalla estaba iluminada y los colores de la misma eran distintos a los que me había acostumbrado últimamente. Un minúsculo rayajo en la esquina superior izquierda de la misma me hizo palidecer.   
  
Me había confundido de móvil.   
  
-Bill, no cuelgues… Soy Derek.

**Capitulo 2**

Derek… Sparky. Mi rubio.  
  
Un sudor pegajoso me recorrió la espalda, provocándome una desagradable sensación. Tragué saliva y lo siguiente que hice fue girar la cabeza hacia el chiringuito. Miré a Tom. Con la cabeza apoyada en el puño se había quedado dormido… o esa era la impresión que me daba. Sabía perfectamente cómo dormía Tom y sabría decir sin duda alguna cuando se estaba haciendo el dormido y cuando no. En aquel momento tan estresante, no lo sabía y eso me puso de los nervios.  
  
-¿Sigues ahí? – suspiré y pegué mi oído al teléfono, vigilando a los demás Encadenados lo suficientemente lejos como para no poder escuchar la conversación. Aún así, hablé en voz baja.   
  
-Sí, sigo aquí.   
  
-Supongo que preguntarte dónde estás no tiene sentido a estas alturas.   
  
-Supongo que no. Oye… Sparky… - murmuré. Quería decirle algo que suavizara la tensa situación, pero enmudecí.   
  
-Y preguntarte por qué no has llamado hasta ahora tampoco.  
  
-Sí que he llamado. Es solo que…  
  
-Es solo que has llamado a tu madre y le has mandado algún que otro mensaje a tus mejores amigos, sí. Se me olvidaba. – estaba hablando con sarcasmo puro y yo sabía que me merecía esa actitud tan mezquina. ¡Joder, no le había llamado desde hacía más de dos meses por puro miedo después de lo bien que se había portado conmigo! Aún así, me molestó.   
  
-Oye, ¿me has llamado solo para hacerme sentir una mierda o quieres decirme algo importante?   
  
-Quería decirte algo importante, pero creo que te mereces un pequeño sermón después de todo ¿no? – gruñó.  
  
-Pareces mi padre.   
  
-No. Parezco tu madre. Tú no tienes padre. – por el lago correteó una suave brisa que me puso los pelos de punta al entrar en contacto con mi sudor.  
  
Mi padre… ¿qué decir de él? De los dos meses que había estado en casa de Tom, él había aparecido solo tres veces, se había quedado dos días solo por las noches y luego se había ido. Apenas habíamos tenido conversaciones y en la mayoría, el tema era Tom. Mi padre no volvía no porque prefiriera trabajar, si no porque prefería no arriesgarse a pillar cabreado a su hijo. No había pronunciado las palabras específicas, pero estaba claro que le temía.   
  
Me contó que una vez Tom le llenó una botella de cerveza de ácido puro y que ésta, por un golpe, cayó sobre la mesa de madera y el ácido la destrozó, abriendo un enorme boquete en ella. Esa fue la única que vez que mi padre se atrevió a pegarle un guantazo a mi hermano en la cara y él… se lo devolvió con una patada en la entrepierna.   
  
Si bien, en los últimos días había vuelto más veces de lo acostumbrado. La semana pasada vino tres noches y esta, dos. E incluso se quedó durante el día, cosa que nunca hacía, ya que Tom descansaba en ese tiempo y papá temía molestarle. Dice que se levanta con un humor de perros cuando le despiertan (algo raro. Conmigo nunca se ha levantado de mal genio). Cuando le pregunté el por qué se quedaba, él dijo: “Es que Tom está muy tranquilo cuando está contigo. Es como una bestia domada. Ya no pone mala cara cuando me ve, simplemente me ignora y a veces, incluso me habla. Eso es gratificante. Nunca había visto a Tom tan tranquilo y estoy seguro de que es gracias a ti. Creo que está incluso… feliz.”  
  
Mi padre me caía bien, pero nuestra relación dejaba mucho que desear. Había un abismo entre nosotros después de tantos años separados.   
  
-Tengo padre. Quizás el que no lo tiene eres tú. – Derek se quedó callado durante unos segundos. Había dado en la yaga, supuse.   
  
-Dejémonos de royos, Bill. ¿Por qué no has contestado a mis llamadas? Estaba preocupado, ¿sabes?   
  
-¿Preocupado? Pero si me dijiste que te llamara sólo para una emergencia. Eso es lo que he hecho. No tenía necesidad de llamarte, eso dijiste ¿no?   
  
-Sí, pero habría agradecido aunque fuera un mensaje que dijera, “estoy bien, no me han matado ni me han quitado ningún órgano mientras dormía”. O, al menos, que contestaras al móvil cuando te llamara.   
  
-¡Pues lo siento, no he tenido tiempo para eso! – mentí. – Tampoco me he dado cuenta de que me llamabas. Estaba trabajando. – me escocían los ojos, ardiendo. ¡Pero qué alimaña estaba hecho!   
  
-¿Ah, sí? ¿Y lo has conseguido? ¿Tienes trabajo? – preguntó, aún enfadado, pero tanteando el terreno para salir de aquella discusión.   
  
-Sí. Trabajo en una pastelería.   
  
-¿Una pastelería? – oí un bufido, pero más que eso era un amago de risa al otro lado de la línea. - ¿Estás de coña?   
  
-Claro que no, ¿por qué iba a estarlo?  
  
-No sé. Me imaginaba que serías modelo o algo así, no… pastelero. – oí un borbotón de carcajadas. Una era de Derek y las demás, no las reconocí. Pero era obvio que Sparky no estaba solo riéndose de mí.   
  
-¿Con quién estás?   
  
-¿Con quién? ¿Quieres saberlo?   
  
-Oye, oye, como te hayas unido a esa puñetera mole de cabrones homófobo incestuosos, te cuelgo.   
  
-¡Eh, eh, espera! Te voy a pasar con alguien que tiene que echarte otro sermón. Y no. No son esa mole homófobo incestuosa. Los conoces bien. – oí como el teléfono cambiaba de manos y un grito que decía, “¡déjamelo a mí, joder, yo primero!” reconocí esa voz al momento y pegué el móvil más a mi oído, con el corazón acelerado.  
  
-¡Por fin! – suspiró alguien al otro lado de la línea. - ¿Bill?  
  
-¡Georg! – pegué un bote sobre la arena de alegría, tan sorprendido que se me encogió el pecho.   
  
-¡BIIIIILL, POR FIN CONTESTAS, HIJO DE PUTA! ¿Sabes cómo me tenías, cabrón? ¿Sabes cómo nos tenías a los dos?  
  
-¿Gustav está ahí? – escuché un gruñido y el teléfono zarandeándose de un lado para otro. Un borbotón de arenilla voló delante de mí y tuve que cerrar los ojos cuando me entró arena en ellos.   
  
-¡Claro que estoy aquí, gilipollas!   
  
-¡GUSTAV! – grité mientras me restregaba los ojos. Las lágrimas cayeron libremente y no sabría decir si por la arena o por la sorpresa. - ¿Qué hacéis ahí? Quiero decir…   
  
-Pues llamarte, cojones, ¿qué vamos a hacer? Como no te dignas a contestar a nuestros mensajes, hemos tenido que probar a ver si había suerte. – habló Gus.  
  
-¡No me puedo creer que hayas contestado después de tanto tiempo! – escuché a Georg de fondo. Empezaba a moquear por la nariz, así que me sorbí los mocos y volví a restregarme la mano por los ojos. Scotty, a mi lado, se sentó en la arena y me miró con curiosidad, moviendo el rabo. - ¿Estás llorando?   
  
-¿Eh? No, no. Se me ha metido algo en el ojo.   
  
-¡Sí, claro! Tranquilo, Bill. Gustav también está llorando. Se ha emocionado.  
  
-¡Eh, eso no es verdad! – oí replicar a mi amigo rubio.   
  
-¡Oye, que es verdad! Se me ha metido arena en el ojo. La arena de la playa jode.   
  
-¿Playa? ¿Estás en la playa? – gritaron a voz en grito los tres. - ¿Qué coño haces en la playa? ¿Estás en la costa francesa?   
  
-No. Un lago. Quería decir que estoy en un lago, pero tiene arena y… ¡se me ha metido en el ojo y me pica! – Scotty empezó a ladrar al verme llorar. Los ojos ya no me escocían, pero seguí llorando igual.   
  
-¿Estás en un lago, de vacaciones? – preguntó Gustav.   
  
-¿Nosotros preocupados por ti y tú de vacaciones en un puto lago? – tronó Georg. Quería aparentar enfado, pero no podía. La voz se le notaba demasiado emocionada como para replicar nada. Me limpié los mocos con el dorso de la mano y suspiré profundamente.   
  
-Llevo meses trabajando sin parar, desde junio. Me merecía un descanso ¿no?  
  
-Ah, es verdad. Eso de poner los bollos en el horno tiene que ser realmente difícil.   
  
-¡Pues sí! ¿Sabes cómo se me han puesto las manos al llevar bandejas cargadas a los clientes, barriendo, limpiando y fregando platos, sirviendo cucuruchos helados y metiendo en el horno los pasteles? Las tengo llenas de cayos. ¡Es doloroso!   
  
-Ahhh. Pues no parece tan difícil. – replicó Georg.   
  
-Prefiero estudiar. Estoy a punto de acabar la carrera. – asintió Gus, orgulloso.   
  
-¡Estupendo, seréis licenciados y yo un Don Nadie! Gracias por recordármelo. – bromeé.   
  
-De nada, de nada. Oye ¿y dónde estás viviendo?   
  
-Ah, eso. Estoy viviendo con mi… - entonces, se me atascaron las cuerdas vocales. Me puse pálido, dirigiéndole una mirada a Tom otra vez. Seguía durmiendo, esta vez con la cabeza apoyada sobre la mesa. Pude ver hasta un hilo de baba desciendo por su mejilla, algo que me provocó risa y una ternura tan grande, que hinché el pecho. Estaba muy feliz de haber arreglado las cosas con Tom, y orgulloso. Pero de ahí a decirles a Georg, Gustav y Sparky que había vuelto con él… tragué hondo. – Con mi compañera de piso. Sí. Mis compañeras.   
  
-¿Tus compañeras? – oí hablar a Derek otra vez. Precisamente por él había dicho compañeras y no compañeros.   
  
-Sí. Son todas chicas. Son… eh… tres.   
  
-¡Pero qué potra, tío! – gritó Georg a todo pulmón.   
  
-De potra nada, ¿no ves que le gustan los tíos? – le recordó Gust y Georg calló.   
  
-Mierda, es verdad.   
  
-¿Y cómo son? – interrogó Derek otra vez. Por su tono de voz, parecía un poco picado. Si él supiera…  
  
-Pues son… - mi cabeza se dirigió hacia el agua cristalina. Heidi se había montado sobre los hombros de Kam y Sabela los imitaba, sobre los hombros de Black. En aquel momento, se peleaban, intentando arrojar al agua a la otra. – Son tres hermanas. Son muy… eh… monas. – me giré hacia el chiringuito. Ricky todavía estaba con la tal Eva, pero ahora parecía haberse integrado en la conversación y hablaba emocionada con ella mientras su amiga se reía. Eva dijo algo y Ricky se puso roja, como si llevara todo el día bajo el sol sin crema protectora. – Y una de ellas es lesbiana. – dije.   
  
-Ah, qué suerte, joder.   
  
-Vaya, pues esperemos que no tengan tu misma costumbre, Bill. – noté como una enorme tensión surgía al otro lado de la línea y como los tres se sumergían en un intenso silencio. – Perdona, Bill. No quería decir eso.   
  
-¿Decir qué?   
  
-Eh… ya sabes. Lo que pasó. – murmuró Gus, avergonzado. Intenté hacer memoria, pero como no entendía a qué se refería, lo dejé pasar.   
  
-Bueno, da igual. Oye… ¿y qué hacéis vosotros con Derek? – esa pregunta me llevaba rondando por la cabeza desde hacía rato. Se suponía que Georg y Gus siempre habían odiado a Sparky.  
  
-Pues… nada en especial, la verdad. – habló Georg.   
  
-Es que se ha tirado los últimos meses preguntándonos por ti, por si habías llamado, si sabíamos algo de ti y todo eso, así que nos ha dado pena y lo hemos acabado adoptando. No es tan subnormal cuando hablas con él sin gritarle. – se burló Gus, con voz altanera. Oí como Derek replicaba con un gruñido y Georg le imitaba, amenazando con pelearse. No parecían llevarse bien, pero claro, tenían una causa común para unirse. Yo.   
  
De repente dejé de sentir la arena entre mis dedos. Dejé de ver a los demás Encadenados jugando y divirtiéndose en el lago, a Ricky hablando con Eva, a Tom durmiendo como un niño sobre la mesa. Scotty dejó de mover la cola y daleó la cabeza, emitiendo un suave gemido mientras me miraba.   
  
-Os echo de menos. – sollocé y al otro lado del teléfono se hizo un gran silencio. – A los tres. Siento no haberos llamado, pero no quería causar más problemas. Cada vez que lo intentaba, me llovían los mensajes y las preguntas y no… me agobio un poco. Lo siento, tenía que haberlo intentado. – volví a suspirar, pestañeando sin parar, intentando tragarme todas y cada una de las lágrimas de frustración. – Lo siento.  
  
-Da igual, Bill.   
  
-Sólo queríamos que supieras que aunque estés lejos, nos acordamos de ti porque… porque también te echamos mucho de menos. – oí un bufido y supe que alguien se estaba emocionando por allí. Probablemente Georg, cuya voz sonaba más ronca que de costumbre.   
  
-Estáis bien ¿verdad? – pregunté.   
  
-Sí. Muy bien.   
  
-No os han hecho nada ¿no?   
  
-¡No, que va! Sabemos defendernos.   
  
-Menos mal. – Derek les dijo algo. Se lo pidió por favor y Georg y Gustav se quedaron callados. - ¿Derk?   
  
-Georg y Gustav han ido a otra habitación. Quería hablar contigo… a solas.   
  
-Ah. – esperé a que empezara su interrogatorio y, efectivamente, su primera frase fue una pregunta.   
  
-¿Estás bien, Bill?   
  
-Sí. ¿Sabes? He engordado siete kilos.   
  
-¿En serio?  
  
-Sí. De hecho, me dicen que estoy muy bueno, porque hago bastante ejercicio. – Derek se rió. Lo del ejercicio no era mentira. No paraba de ir de aquí a allá en la pastelería y cuando empecé a engordar, decidí hacer ejercicio para distribuir bien la grasa. Tom me obligaba a hacer cien flexiones todos los días y me enseñaba a pelear o, al menos, lo intentaba. Y el sexo era un ejercicio realmente sano, para quien dijera lo contrario.   
  
-¿Y por lo demás?   
  
-¡Soy todo un macho! Ya no lloro apenas, ni me pongo histérico, ni me dan bruscos cambios de humor, al menos no muy a menudo.  
  
-Entonces… ¿eres feliz?   
  
-Sí. – y decía la verdad. Derek suspiró al otro lado de la línea.   
  
-Quiero verte, Bill. ¿Podríamos quedar? – tragué saliva. Las cosas se me estaban complicando. Quizás debería aceptar su petición y arreglar las cosas. Decirle que estaba con otro, que me había enamorado (cosa que no era mentira) y que sería mejor dejarlo. No quería hacer todo eso por teléfono.   
  
-Bueno… no estoy seguro, no tengo coche ni nada. ¿Dónde nos veríamos?   
  
-Yo puedo ir a por ti a donde estés. – me mordí el labio inferior.   
  
-No voy a decirte donde estoy, así que lo mejor será buscar un punto medio. Esto… ¿Frankfurt?  
  
-Frankfurt. ¿Podrías llegar hasta allí?   
  
-Podría intentarlo. Puedo llamarte cuando consiga billetes de tren o…  
  
-Te llamaré yo. – declaró, de lo más autoritario y yo asentí en silencio.   
  
-Bueno…  
  
-Tus amigos están pegados a la puerta del salón, así que seré breve.   
  
-Ah, de acuerdo, entonces diles que les quiero mucho, que espero verles pronto, que les llamaré más a menudo a partir de ahora y que…  
  
-Espero que no te hayas comprometido con nadie en este tiempo, porque en cuanto te vea, te follaré por detrás hasta partirte en dos. – abrí los ojos como platos y antes de poder decir nada (diez segundos mínimo), Derek ya había colgado.  
  
Hostias ¡eso no me lo esperaba!  
  
Me puse nervioso, el sudor aumentó en un momento, empecé a chorrear literalmente hablando y empecé a marearme. Quizás fuera cosa del Sol, aunque yo no confiaba en ello. No solté el móvil hasta pasado un minuto, con un nudo en el estómago y en la garganta.   
  
Mierda, como Tom se enterara, rodarían cabezas.   
  
-¿Y ahora qué hago? – murmuré, a punto de sumergirme en una reflexión de dos horas.   
  
-Vete con él a Hamburgo y olvida Stuttgart. – dijo Scotty a mi lado.   
  
-Sí, claro y dejo a Tom solo ahora que lo hemos arreglado, ni ha… - me quedé cortado. Scotty hablaba en mi imaginación, pero no en la realidad y lo que había oído era una voz real. Giré la cabeza. La melena rubia de Andreas resplandecía a mi lado mientras acariciaba a mi perro, el cual, para mi sorpresa, se dejó sobar a gusto. Andy me miró seriamente, pero sus ojos entrecerrados me dejaban ver una sonrisa amplia y calculadora que no prometía nada bueno. – Oh…   
  
-Sí, oh. – ahora sí. Andreas sonrió y sin dejar de acariciar el lomo de Scotty, se tumbó sobre la arena con aparente tranquilidad. – Y antes de que lo preguntes, sí. Lo he oído todo. Estaba tan cerca que incluso he oído ese “te follaré” final. Vaya, vaya… ¡Qué mala pata!   
  
¡MIERDA, MIERDA Y MÁS MIERDA!   
  
Mi respuesta fue inmediata. Me di la vuelta y clavé los ojos en Tom. El muy bastardo se había despertado y bostezaba. Vi como se levantaba de la silla y estirándose, se rascaba la cabeza. Empezó a caminar hacia nosotros entre bostezo y bostezo. Observé cómo se agarraba las rastas recogidas en su cabeza y les daba un tirón. Estas le cayeron sobre la espalda y los hombros, libres de esa prisión de goma.   
  
Con las rastas sueltas y solo con el bañador puesto, noté un espasmo peligroso en el pene. Ahí venía mi Tarzán.   
  
-¿Vas a decírselo? – le pregunté a Andy.   
  
-Tú no quieres que lo haga ¿no?   
  
-Me meterás en un lío si lo dices. Tom se pondrá celoso.   
  
-Sí, es posible que te pegue.   
  
-Sí. – bajé la cabeza, esperando a que Tom llegara y Andreas soltara la bomba. No pensaba pedirle que no se lo dijera porque no tenía derecho a hacerlo y no me daba la gana suplicarle. Andy también esperó, pero entonces Hippie apareció e interceptó el paso de Tom. Empezaron a hablar y a reírse y cuando escuché la primera carcajada, supe que iba para rato.  
  
-Si no quieres que se lo diga, vuelve a Hamburgo. – dijo Andreas, tan tranquilo. Yo negué con la cabeza.  
  
-Prefiero pelearme con Tom.   
  
-Te lo perdona todo, eh.   
  
-Andreas… lo siento. – murmuré.   
  
-¿Crees que no voy a decírselo porque me pidas perdón?   
  
-No, es simplemente que lo siento. Es… es una putada.   
  
-¿Una putada? No. Es una traición. Una puñalada por la espalda. Dudo mucho que tú sepas lo que es eso. – recordé la escena. Tom y yo en el baño de la universidad, él sonriente y yo a punto de desplomarme. “Esto es un jaque mate”.   
  
-Puede que no así, pero algo sé. A veces Tom se olvida de ciertas cosas… hay que reconocer que es muy egoísta y…  
  
-¿Quieres dejar de hablarme y de intentar caerme bien? – me cortó bruscamente. - ¿Quieres dejar de hablar de Tom como si él tuviera la culpa? – escupió. – A ver si te enteras, Bill. No te odio porque me lo hayas robado, te odio por aparecer, simplemente por eso. – me sentí confuso. Se suponía que Andreas y yo nos llevábamos bien antes de que Tom se decidiera por mí. Él fue la primera persona que se me acercó amablemente en Stuttgart y creo… creía que yo le caía bien.   
  
-Puedo entender que me odies ahora, pero no que me odiaras nada más aparecer. Creo que al principio yo te caía bien. – admití. Andreas se rió, sin gracia.   
  
-¿Te crees que estamos hablando solo de Tom? ¿Qué me dices de Ricky?   
  
-¿Ricky? – giré la cabeza hacia el chiringuito. Ricky se reía a carcajada limpia con Eva, que la imitaba. - ¿Qué pasa con ella?   
  
-¿Sabes a quien llamaba antes cuando quería salir de juerga, a quien llamaba cuando tenía problemas, a quien llamaba cuando quería hablar de tíos y ponerlos verdes? A mí. ¿Sabes a quien llama ahora? A ti. – me mordí el labio. Ricky y yo nos veíamos a menudo y hablábamos mucho por teléfono, pero no sabía que para ello hubiera dejado de lado a Andreas.   
  
-Conmigo no sale de marcha.   
  
-No, prefiere quedarse en casa hablándote por teléfono. ¿Y sabes qué? Que no es solo Ricky. Black te defiende con su cuerpo y con su boca. Al principio era cosa de Tom, pero cuando él no está, sigue haciéndolo. Cuando alguien dice algo desagradable de ti, Black se mete en medio y te defiende, incluso cuando no estás. Kam es un loco de primera, pero se acuerda de ti más que de mí y Aaron… parece que te odia, pero en realidad le caes bien, solo se monta un farol. De repente, todo el mundo habla del increíble hermano pequeño de Tom, de lo loco que está, de lo débil que parece, de los ojos tan grandes que tiene, de que Tom siempre lo protege, de que es precioso. De que en lugar de parecer una pareja de gemelos, parecéis una pareja de amantes. – tragué saliva. Se me instaló un nudo en la garganta al ver como Andreas me asesinaba con la mirada y en mi cabeza saltó una alarma que decía ¡Peligro, peligro! – No estamos hablando de Tom. Estamos hablando de mis amigos, de mi gente, con la que he compartido mi vida y la cual ahora te prefiere a ti. ¿Y sabes qué? Que tú no los conoces, no los entiendes. Yo sí. – apreté la arena entre mis manos cuando Andreas se inclinó hacia mí, acercando su cara hasta situarla a escasos cinco centímetros de la mía, devorándome con esos ojos tan amenazantes que querían intimidarme… y lo estaban consiguiendo. – Tú no te mereces a ninguno de ellos. No te mereces a Tom. Lo olvidaste aquí, solo, muriéndose de hambre y de frío. Yo estuve ¿sabes? Estuve siempre ¡siempre! Le entiendo mejor que nadie, lo sé todo sobre él… no como tú. – me quedé mudo. Vi de reojo como Hippie terminaba su monólogo y seguía su camino y como Tom seguía su camino hacia nosotros otra vez. Frunció el ceño cuando nos vio tan pegados y Andreas se apartó, captando el movimiento de mi hermano. Se levantó del suelo y fingiendo una sonrisa, dijo – No los conoces… y ellos tampoco te conocen a ti. ¿Qué crees que harían si se enteraran de que te abres el culo para tu propio hermano y de que te guste rajarte los brazos? ¿No fue por eso por lo que te echaron de Hamburgo?   
  
-¿De qué habláis? – preguntó Tom cuando llegó. Más que hacer una pregunta general, me la hizo a mí, mirándome con mala cara.   
  
-Eso, ¿de qué estábamos hablando, Muñeco? – me preguntó Andreas, no sabía si poniéndome a prueba o vacilándome. En cualquier caso, yo no dije nada. Me sentí irritado en lugar de culpable. Estaba preocupado porque no sabía si Andreas me estaba amenazando con contarle a todo el mundo que me acostaba con Tom o si solo era un farol. En cualquier caso, lo que me irritaba era que hubiera pasado de ser un tío tan enrollado y guay, a alguien tan mezquino.   
  
Al ver que no contestaba, Andreas empezó a andar.   
  
-Hasta luego, Tom. – saludó y mi hermano sonrió.   
  
-Como le hayas dicho algo raro, será un hasta nunca.   
  
-Cállate, Tom. – gruñí.   
  
-¿Por qué? ¿Prefieres que use los puños?   
  
-¡No, prefiero que no uses nada! – me levanté de un salto, repentinamente cabreado. – Si tengo que darle un puñetazo lo haré yo.  
  
-¿Ah, sí? Estupendo, adelante. – me instó Andy.   
  
-He dicho, si tengo que hacerlo. Deja de protegerme como si fuera una puñetera niña en apuros.   
  
-Ohhh… sí que le has dicho algo raro ¿no? – Vi como Tom hacía crujir los nudillos y le pegué un guantazo en la clavícula desnuda.   
  
-¡Que te estés quieto, coño!  
  
-Aún no he hecho nada, Muñeco… y eso ha picado. ¿Qué puñetas te ha dicho? – Andreas se volvió hacia Tom, altanero y provocador.  
  
-Que quizás la gente de aquí no le aprecie tanto si se enteran de que le abres el culo. – fue entonces cuando mi hermano se volvió como una pantera, lo agarró de la camiseta de tirantes y lo levantó hasta que los dedos de sus pies dejaron de tocar la arena de la playa.   
  
-¿Estás amenazando con soltarlo? Inténtalo y te arrancaré la lengua de un mordisco.   
  
-Estoy deseando ver eso. – le vaciló Andy. Eso fue el colmo. Andreas tenía razón. ¡Tom no tenía derecho a tocarlo, era una injusticia para él, para su mejor amigo! Estaba tan irritado que me atreví a levantar una pierna y darle una patada en el culo a mi hermano, que soltó a su presa en el suelo con brusquedad, casi haciéndola caer.   
  
Esta vez sí que rocé el límite de su escasa paciencia.   
  
-¡Deja de hacerte el macho, imbécil! No te vendría mal tener menos polla y un poco más de tacto. Se supone que es tu mejor amigo. En lugar de pegarle, ¡arréglalo con él de una puñetera vez!   
  
-¿Me has pegado una patada en el culo? – gruñó, ignorando todo lo que le había soltado ¡qué típico de él ignorar aquello que no quería escuchar! Sus rastas se sacudieron cuando se dio la vuelta para encararme. – Ya me estás empezando a tocar los huevos, Bill. Y yo que venía con la mejor intención de disfrutar de unas vacaciones. Pídeme perdón y no te lo tendré en cuenta, Muñeco.   
  
-¿Pedirte perdón? No lo he hecho nunca hasta ahora ¿qué te hace pensar que lo haré? – Tom se cruzó de brazos. Era imposible borrar esa sonrisa maliciosa de su cara.   
  
-Que quizás se me vaya la mano y te parta el culo sin querer, pero a lo bestia… y no de una patada.   
  
-¿Siempre tienes que recurrir a esa frase para acojonarme? ¡A ver si eres más origina, rastas!   
  
-Te la estás buscando, reina.   
  
-Como vuelvas a llamarme reina, te meto…  
  
-¿Qué, qué me vas a meter, eh? – y de repente, cuando en realidad debía estar peleándome con Andreas, al intentar evitar precisamente pelearme con Tom por la llamada de Derek, empezamos a gritarnos por una gilipollez (¿por qué exactamente nos habíamos peleado? ¡bah, choque de orgullos!).  
  
Así que comenzamos a dar voces, a gritar a los cuatro vientos, poniéndonos de todos los colores, llamándonos de todo y sacando a relucir incluso los secretos más vergonzosos, como por ejemplo, que Tom no apuntaba bien cuando meaba o que yo manchaba los bóxers de presemen casi todas las mañanas (que nadie pregunte por qué ¡y sí, los lavaba todos los días y me los cambiaba!)  
  
Así que en menos de medio minuto, todos los que estaban disfrutando en el lago nos rodeaban y nos miraban con la boca abierta, incluidos en su mayoría, por supuesto, todos y cada uno de los Encadenados.   
  
-¡Ya tuvo que hablar el que se rasca los huevos con cubiertos! – grité y Tom se puso rojo de rabia (una vez, borrachos, Tom cogió uno de los cucharones y se lo pasó por la entrepierna a modo de broma. Nos descojonamos los dos. Fue una broma divertida y obscena)  
  
-¿Quién eres tú para hablar, eh? ¡Tú, el que se mete las pastillas de jabón por el culo!   
  
-¿Y tú? ¿Y el vaso que llenaste de semen y mezclaste con leche para hacer la gracia? ¡Casi me lo trago, hijo de puta!   
  
-¡Pues cualquiera diría que te da asco si te comes la comida del perro!   
  
-¡Estaba caducada y Scotty se puso malo por tu culpa! ¡No le cambiaste la comida cuando te lo dije y tuve que probarla para saber si era la misma de la de la semana pasada!   
  
-¡Sí, sí, excusas! ¡Te estuvo oliendo el aliento a perro durante una semana!   
  
-¡Pues tú no te quejabas!   
  
-Por no hacerte el feo, hombre. Ya que estabas tan entregado, no iba a decir que no. – se burló y esa fue la gota que colmó el vaso. Me lancé a por él hecho una furia y le arañé la cara con las uñas antes de pegarle un puñetazo en el pecho. Tom retrocedió y sin darme tregua, me regaló otro puñetazo en la mejilla, flojo, de los que dolían pero era imposible que te rompieran nada, con el dorso de la mano y sin utilizar los nudillos.   
  
-¡Vete a la mierda! – grité, dándole la espalda.   
  
-¡Que te den por el culo! – gruñó él en respuesta. Fue entonces cuando me di cuenta de que todos nos estaban mirando con cara de estar flipándolo. De hecho, algunos incluso aplaudían, como Kam y Ricky. A mí me dio igual. Yo seguí andando, totalmente indignado, ignorando los comentarios y gritos tipo “¡Viva Kamikaze Bill”.  
  
-¡Y que sepas que te estás volviendo un blando! – le grité a lo lejos.  
  
-¿Blando? ¿Blando yo? ¡Vuelve y verás lo blando que soy! ¡De hecho, yo diría que eres el que mejor conoce mi dureza! – esa frase se podía interpretar de muchas formas, pero para mí solo de una. Se refería a la dureza de su polla cuando jugábamos a esos juegos con los que tanto nos divertíamos.   
  
Aún más cabreado, me di la vuelta en la orilla del lago y di el golpe de gracia.   
  
-¡Pues que sepáis que Tom se ha rasurado las pelotas para venir al lago! ¡Es una maricona de primera! – y esta vez, no me di la vuelta, ni aun cuando oí gritar a lo loco como Tom maldecía a mis muertos y meaba encima de ellos. Tampoco cuando Ricky le pidió que le enseñara la entrepierna, para ver cómo era un pene sin pelo, aunque los penes no tienen pelo.  
  
Ah… el rasurado era yo. Pero eso ellos no lo sabían.  
  
  
  
Pasé el resto del día nadando en el lago, practicando todos y cada uno de los estilos de natación que había aprendido hasta entonces. Conté los segundos debajo del agua, sin respirar y llegué a un total de un minuto y cuarenta y cinco segundos. Mi marca había bajado de dos minutos veinte aguantando la respiración y eso me cabreaba todavía más.   
  
En realidad, no sabía por qué estaba enfadado y una vez pasadas las siete de la tarde, me dio igual. Lo que me había dicho Andreas me había dado en la yaga y desde entonces, no hacía otra cosa que preguntarme si Ricky, Black y los demás seguirían siendo mis amigos si supieran lo que había entre Tom y yo. Desde luego, Andreas no lo hacía y era el que mejor me había caído en un principio.   
  
Descubrí que no estaba enfadado, si no decepcionado. Y la actitud sobreprotectora de Tom solo había conseguido empeorar las cosas. Odiaba esa actitud. Me hacía sentir un debilucho, tan vulnerable que me daba grima. Cada vez que recordaba esa manera que yo tenía de ver las cosas autocompadeciéndome por todo, sentía asco de mí mismo. No sabía si eso era porque me había vuelto más fuerte o porque había cambiado, pero no me gustaba.  
  
Scotty correteaba por la orilla y me ladraba. Empecé a introducirme en la profundidad total del lago hasta que dejé de hacer pie y pude ver la orilla contigua. Estaba a un kilómetro de distancia más o menos y me pregunté si en mi baja forma, sería capaz de llegar al otro extremo. Por supuesto que sí, pero no lo intenté. Tenía hambre y durante toda la mañana el Sol me había estado abrasando la cabeza y la cara. De camino a la otra orilla, podría desmayarme por el esfuerzo. Así que di media vuelta y volví con Scotty, sentándome junto a él en una gran roca incrustada en la arena. Mi perro mordisqueaba mis muñequeras, las cuales me había quitado para nadar. Mi móvil descansaba encima de la roca, lejos del agua y la arena.  
Allí me quedé, pensando en nada, pensando en todo, pensando en que no debería ir a ver a Derek o que, si iba, debería decírselo a Tom… si es que Andreas no se lo había dicho ya.   
  
Pensaba en muchas cosas y en ninguna, y se me pasó por la cabeza las idioteces que había dicho cuando me había cabreado con Tom. Lo había dejado en evidencia delante de todos los Encadenados y eso era algo que nunca había hecho. Esta vez el que se había pasado era yo, por lo que el que tendría que disculparse sería yo. Tom estaría cabreadísimo y con razón.   
  
Black pasó un par de veces por allí, buscándome con una sonrisa siempre impresa en su cara. Tenía unos dientes blanquísimos que se apreciaban por encima de su piel negra.  
  
-Tom me ha mandado a buscarte para darte esto. – me dijo cuando lo vi a la hora de la comida, supuse, porque ya me estaba dando hambre. Me tendió un perrito caliente y una botella de agua fresca que me tragué de un sorbo y se sentó a mi lado encima de la roca. Mientras comía, observaba esa cara de bonachón que tenía, su perilla oscura y el cortísimo pelo que le rondaba la cabeza.  
  
-¿Por qué no viene Tom a dármelo? No me lo digas, sigue cabreado.   
  
-¿Tú no? Me dijo que tuviera cuidado contigo, que cuando te pones de mal humor, golpeas sin compasión todo lo que te rodea.   
  
-¿Eso te ha dicho? – me tragué la mitad del perrito en cinco mordiscos y seguía con hambre. Había recuperado mi voraz apetito, que era mayor incluso al de Tom, el cual se quejaba porque comía como un cerdo. ¿Qué quería que hiciera? Mi madre me había criado y me había alimentado para no rechazar nunca un plato por muy cargado que estuviese.   
  
Me daba un poco de vergüenza devorar indiscriminadamente aquel bocadillo de salchicha y limpiándome la boca con el dorso de la mano, le ofrecí un poco a Black, que negó con la cabeza.  
  
-Gracias, pero prefiero no comer carne.   
  
-Ah, es verdad. Eres judío ¿no? – Black se rió.   
  
-Bueno, no sé si esa salchicha es de cerdo o de pavo, pero prefiero no arriesgarme.   
  
-¿Cuál es la carne que no puedes comer?   
  
-De cerdo.   
  
-Ah, es verdad. – seguí comiendo. Un montón de preguntas me vinieron a la mente. Lo cierto era que nunca había visto a un judío, solo por la tele, cuando nos ponían en clase algún documental sobre la Segunda Guerra Mundial. Me pregunté una cosa. ¿Black no nos guardaba rencor? Nunca había pensado en ello. Seguramente habría miles de judíos sintiendo rencor por los alemanes y pensando en eso, se me hizo muy raro tener a uno de ellos tan sonriente y cerca, hablándome como si nada. – Oye, Black... – él me miró con ojos relucientes. – Tú… ¿cuánto tiempo lleváis en Alemania tú y tu familia? ¿Sois todos judíos?   
  
-Jejeje. – se rió. - No te puedes hacer una idea de cuántas personas me preguntan eso por aquí. Te refieres a la Segunda ¿no? – asentí, sintiéndome un poco descarado. – Mi familia está aquí desde antes de la Segunda y aquí seguimos.   
  
-¿En serio? Entonces… vosotros habéis…  
  
-Mi bisabuelo vivió la Segunda Guerra Mundial, aquí, en Alemania, sí. Y sobrevivió. De hecho, todavía está vivo. Tom lo conoce. Tiene casi cien años ¿sabes? Y sigue sano como un toro.   
  
-¿De verdad? Y… ¿cómo… esto… cómo sobrevivió? – Black se encogió de hombros.   
  
-Es un misterio. Tenía trece años cuando estalló la guerra. Les quitaron su negocio a él y a su familia y lo enviaron junto a mi tatarabuela a un campo de concentración. Supongo que mi tatarabuelo murió en otro sector, no lo sé, nunca supimos qué pasó con él. El caso es que mi bisabuelo estuvo meses en el campo de concentración, pero hizo algo, no sé el qué y llamó la atención de un teniente general de las SS. Se llamaba Kreigh Fallent y por lo visto, lo acogió en su casa para que trabajara en ella. Allí estuvo durante toda la guerra y allí siguió cuando acabó. Luego, se casó con la sobrina del General, una tal Adela.  
  
-¿Con su sobrina? ¿Y el General no dijo nada?   
  
-Sí. De hecho me parece que lo echó de su casa. Mi abuelo dice que lo consideró una traición porque estaba muy unido a él.   
  
-¿A quién, a su sobrina?   
  
-No. Aunque parezca mentira, al parecer quería muchísimo a mi bisabuelo. Una vez nos contó que incluso lo defendió de los invitados nazis que invitó para su boda. Es decir, el General estaba prometido con una mujer y se casó con ella. Invitó a sus colegas nazis y en mitad de la celebración, algo pasó. Según dice mi abuelo, lo defendió. – no sabía si creerme la historia o no. Según había oído de la Segunda y por las pelis que había visto, los nazis eran unos sanguinarios hijos de perra, pero supuse que habría de todo, como en todo el mundo. – De todas formas yo no le hago mucho caso. Es muy mayor.   
  
-¿Y qué pasó con el General Kreigh?   
  
-Me parece que murió después de la guerra o lo encarcelaron o algo así. Mi abuelo se fugó con Adela y algunos judíos más. Nunca más supo de él. Puedes preguntárselo a Tom. Él le ha contado la historia miles de veces, al completo. Es el único que la ha oído entera.   
  
-Vaya. – pestañeé. A mí también me gustaría saber la historia. Me había picado con lo que me había contado. – Cuando se le pase el mosqueo, le preguntaré. Ah… ¿y por qué tu bisabuelo le ha contado toda la historia a mi hermano y no a vosotros? – pregunté. Me parecía realmente raro que un judío creyera más en un alemán (habiendo vivido lo que había vivido) que en su propia gente.   
Black ladeó la cabeza, mirando al cielo, como si intentara recordar algo.   
  
-Bueno… es que mi bisabuelo piensa que Tom tiene los mismos ojos que el General Kreigh. Dice que son iguales, que le recuerda mucho a él y que por eso le gusta tenerlo cerca. Desde el primer momento, cuando lo encontramos inconsciente en la nieve, mi abuelo le cogió un cariño inmenso. – lo que más debía impresionarme de aquella frase es que el abuelo de Black reconociera a una General nazi en los ojos de Tom, pero aunque esa respuesta me sorprendió, lo que más me chocó fue aquella declaración, “cuando lo encontramos inconsciente en la nieve”. Tuve miedo de preguntar, de indagar en esa respuesta, pero tras morderme el interior de la mejilla, pregunté:  
  
-¿En la nieve? – Black suspiró, aun sonriente, pero resignado, como quien recuerda algo que prefiere olvidar.   
  
-Conocí a Tom hace años, no recuerdo cuantos, en invierno. Mi abuelo y yo caminábamos de vuelta a casa después de comprar mantas y sábanas nuevas para nuestras camas. Las calles estaban cortadas, así que íbamos andando, tranquilos, con la nieve cayendo del cielo. Era una noche muy oscura ¿sabes? Y muy fría. Hacía tanto frío y había tanta oscuridad, que no me di cuenta de que había algo tirado en mitad de la calle y tropecé con él. Cuando me di la vuelta para ver de qué se trataba, vi a Tom, desfallecido, congelado, con una hipotermia horrible, con los labios tan morados como una mora y medio muerto en mitad de la carretera. Mi abuelo y yo lo llevamos a casa, ya que no había forma de llevarlo al hospital con tanta nieve en medio de la calzada. Lo envolvimos en toallas calientes, le dimos sopa para comer y lo bañamos en agua casi hirviendo. Cuando abrió los ojos al día siguiente, mi abuelo dijo que tenía los mismos ojos que el Teniente General Kreigh Fallent. Desde entonces, lo tiene en un pedestal. – mierda. Debía haberlo imaginado. El invierno de Hamburgo era malísimo y aunque me pusiera toda la ropa que tuviera en el armario, cuando llegaban las peores temperaturas yo seguía teniendo frío. En Stuttgart las temperaturas serían más altas al estar más al sur, pero aun así los quince grados bajo cero se alcanzaban fácilmente y si encima escaseaba la comida y el abrigo en los barrios bajos… debía ser un auténtico infierno helado.   
  
Me rocé con una uña el brazo para librarme del escozor, pero no me arañé como solía hacer antes.   
  
-Tom y yo no nos hicimos amigos enseguida. Cuando se fue de casa, pensé que no volvería a verlo, pero me equivoqué.  
  
-Me he fijado en que eres como su guardaespaldas, ¿no? – Black asintió despacio. Su expresión se volvió nostálgica.   
  
-Le debo mucho. En los barrios bajos los judíos siguen sin ser plenamente aceptados ¿sabes? Mucha gente nos sigue odiando. Tom no. A Tom le da igual que una persona sea homosexual, travesti, musulmana o judía. No le importa en absoluto, ni tampoco le importan los neonazis siempre y cuando no se metan con él o con las costumbres de los demás. En otras palabras, no soporta la intolerancia racial o que la gente rechace los gustos de los demás. Aunque a veces diga “maricón” como un insulto, en realidad no le importa que seas marica o no. Todos somos personas para él y nos trata a todos igual. Conmigo y mi familia hizo lo mismo. – cuando fui a darle otro mordisco al perrito caliente, ya se me había enfriado y también se me había ido el apetito escuchando a Black contar cosas sobre mi hermano. – La segunda vez que vi a Tom fue en la esquina de un callejón, con muy mala cara. Cuando él me vio, me hizo un gesto simple con el brazo, algo así. – Black sacudió la mano hacia mí, como si me echara de mi sitio, como si me pidiera que me fuera. – Yo no lo entendí. – prosiguió. – Y no le hice caso. Seguí andando y entonces me encontré con varios policías comiendo alrededor de un coche patrulla. Cuando me vieron, empezaron a meterse conmigo, a insultarme y a gritarme. Intenté salir de allí, pero no me dejaron. Estaba asustado aunque yo les superaba en peso y tres veces más en estatura, pero siempre me ha dado miedo hacerle daño a alguien al pelear. Uno de ellos me golpeó repetidas veces con la porra en la cabeza y me tiraron al suelo. Me empezaron a patear y a golpear con las porras hasta que me desmayé.

**Continuación cap.2**

-Pero… un policía no puede pegar a nadie. No puede… y ¿por qué te pegaron? ¿Qué hiciste? – y Black soltó una risita histriónica, sin gracia ninguna.   
  
-No hice absolutamente nada. Simplemente soy judío. – fruncí el ceño, sintiendo un subidón de rabia e indignación por semejante injusticia. Sabía de primera mano los derechos y libertados del ciudadano escritos en la Constitución y también gran parte del manual de un abogado por el trabajo de mamá. ¡Eso era un abuso de poder y autoridad puro!  
  
-¡Pero eso va contra la ley, un policía no puede hacer eso! ¡Cabronazos!  
  
-¡Sí, eso pensé yo! Pero lo hicieron y uno de ellos no solos se conformó con eso. Te voy a enseñar algo. – Black se levantó de la roca y su sombra me cubrió a mí y a Scotty. Se agarró la cinturilla del bañador y empezó a bajárselo. Mi primera reacción fue ruborizarme.   
  
-Eh… Black… ¿qué haces? – pero él solo sonreía. Se bajó la parte izquierda del bañador hasta el comienzo del muslo y en su piel negra, casi en la nalga izquierda, pude ver una cicatriz rosa bastante horrible. Una estrella de David la formaba, no muy bien hecha, pero se distinguía con facilidad.  
  
-Uno de los policías me la hizo con un cuchillo y después, me dejaron tirado, herido y sangrando por todas partes, en mitad de la calle, completamente desnudo. Me sentí tan humillado y rabioso, que hice algo para lo que no me habían educado, algo impuro, algo que no debería haber hecho. Me vengué. – mi indignación iba en aumento. La cara de Black era triste, como si se arrepintiera profundamente de haberle devuelto la jugada a aquellos policías sinvergüenzas. A mí, la venganza me parecía un castigo muy adecuado para tanta injusticia.   
  
-¡Hiciste muy bien en vengarte, ni se te ocurra culparte por ello! ¡Qué les jodan, así aprenderán a no meterse con los más débiles! – Black suspiró, asintiendo con la cabeza, no muy convencido.   
  
-Supongo que sí, pero lo que más me molesta es que no fuera yo quien se vengara, si no tu hermano.   
  
-¿Mi hermano?   
  
-Cuando caí herido, Tom fue el que vino en mi ayuda. Lo había visto todo, pero no intervino porque sabía que no le convenía. De hecho, fue él el que dio la voz de alarma que hizo que los polis me dejaran en paz. Si no, quizás me habrían matado. Tom me dejó su camiseta y me escondió en un callejón hasta que encontró ropa para mí. Luego me llevó hasta mi casa casi a rastras. ¿Te lo imaginas? Yo era tan grande como ahora y Tom bastante más pequeño, pero aún así pudo conmigo. – no me lo imaginaba, no. Era imposible pensar que una mole tan grande como Black fuera cargada por los delgados pero fuertes brazos de mi hermano. – El caso es que mientras me estuve curando de mis heridas, Tom no hacía más que sugerirme llevar a cabo una venganza. Al principio me negaba, pero acabé tan cansado y sintiéndome tan humillado, que accedí solo para que tu hermano se callara. No pensé que él haría nada… pero lo hizo.   
  
-¿Qué hizo? – pregunté, con un nudo en la garganta. No habría matado a nadie ¿no? O cortado un pene… ¡buagg! Pero viniendo de Tom, me lo esperaba.   
  
-Buscó a los policías, uno a uno, yendo incluso a sus casas y… bueno… a dos de ellos, los que no habían empezado la pelea, solo les cortó el agua, la luz, el teléfono, el gas, hizo estallar la tuberías de sus casas y poco más. Amenazó a sus hijos y después de eso, no se atrevieron a quejarse. El problema fue… el otro, el que empezó la paliza. – ah, ah… ¿Qué había hecho más? Porque eso de que “solo” había cortado el gas, la luz y demás era una ironía ¿no? – Al otro le devolvió la humillación de ser marcado como un animal de corral. – Black se señaló su cicatriz, ya escondida bajo el bañador. – Le cortó la frente con un cuchillo, dibujando una cruz gamada en ella, el símbolo nazi y luego, quemó su coche con gasolina.   
  
-¿En serio? – Black asintió, muy sereno.   
  
-¡Totalmente en serio! Creo que no estás enterado aún de todas las hazañas de tu hermano. Algunas de ellas no las hizo solo, pero otras sí y esas son las más increíbles. Tom es un bicho, en serio. Tenerlo como enemigo es muy peligroso. Por eso y porque le debo el haberme devuelto mi dignidad, le protejo. – Black devolvió la mirada al cielo y un poco cortado, añadió -Bueno… entre tú y yo, Tom es mi amigo y aunque no me hubiera ayudado, seguiría de su parte. Es… no puedo decir que sea un buen chico, pero es justo, eso sí. Un hombre justo y por dentro, aunque lo oculte, yo sé que es buena persona.  
  
Me quedé medio lelo escuchando la venganza de mi hermano y de Black, su hazaña y el respeto que mi negro amigo parecía profesarle a alguien que causaba tantos problemas y, a la vez, arreglaba otros tantos de una manera poco apropiada y agresiva. En otra ocasión, esa historia me habría parecido horrible y la actuación de Tom, devolviendo la violencia con violencia, todavía peor. Pero era imposible sacar esa conclusión cuando la sonrisa de Black era tan grande y estaba tan cargada de admiración y respeto por aquel que le había salvado.  
  
Quizá el que estaba equivocado era yo. Tal vez la violencia sí era la solución para ciertas cosas.   
  
Quizá…  
  
-Bueno, yo me voy ya. Tom estará impaciente por que le lleve noticias tuyas.   
  
-¿Sí? ¿Por qué no le dices que me han comido los tiburones? Quizás así se anime a venir él a traerme la comida en lugar de enviarte a ti como recadero. – Black estalló en carcajadas.   
  
-Se lo diré de tu parte, a ver si se anima. Entre tú y yo, estaba muy preocupado aunque no lo aparentaba. Ya sabes cómo es, ¡un maldito chulo! Pero se nota que te adora. De hecho, creo que eres la única persona por la que he visto a Tom preocuparse tanto.   
  
-¿Tú crees? – si yo te contara…   
  
Me sentí totalmente halagado al oírlo y mucho más tranquilo.   
  
-Ha sido un placer hablar contigo, Bill.   
  
-¡Eh, eso tendría que decirlo yo!   
  
Después de esa animada charla, Black volvió con los demás y yo seguí nadando y tomando el sol como una tortuga en una playa. Comencé a pensar en la fascinante historia del bisabuelo de Black y en la de él mismo y mi hermano, su encuentro tan desafortunado y en la protección de mi amigo de piel oscura, las órdenes que cumplía a rajatabla cuando Tom se las ordenaba. Entre ellas estaba protegerme. Lo sabía porque siempre que Tom salía de casa, me dejaba dos números de teléfono. Uno era el suyo, que me sabía de memoria y el otro era el de Black. “Pídele lo que quieras y si tienes algún problema, llámale, estará cerca.”   
  
Me preguntaba cómo lo hacía para controlar a tantas personas con tanta simplicidad. Era agresivo. Era peligroso, sí, pero ¿tanto como para que todo el mundo lo obedeciera sin rechistar? No. Había algo más, una especie de fidelidad ciega hacia mi hermano, como si hubiera hecho algo muy gordo y todos se lo agradecieran y para ello, le obedecieran. Como los mosqueteros protegiendo a su rey. Me preguntaba por qué.   
  
Mierda… yo, el simple amante que caminaba entre las sombras, un siervo, había dejado en evidencia al rey delante de todos sus súbditos y encima, diciendo mentiras.  
  
En realidad, Tom no estaba rasurado, por supuesto que no. Con un pelo que le toque, amenaza con raparme la cabeza, pero algo había pasado. Recordé vagamente la escena de hacía poco menos de una semana, cuando volví de trabajar a las dos de la tarde, muerto de hambre. Había tenido un día estresante y cuando llegué a casa, la cocina estaba sucia, los platos en perfecto desorden sobre la mesa y sin lavar. Bagoas había desaparecido, Hantaro olía mal y Scotty me pedía a ladridos que lo sacara, ¿y dónde estaba Tom? Encerrado en nuestro cuarto, durmiendo como un tronco. Me desquicié, corrí hasta el cuarto de baño y sin atender a razones, cogí una cuchilla de afeitar y estuve a punto de cortarme el brazo que poco a poco, se curaba. Pero claro, si lo hacía, tendría que volver a llevar camisetas de manga larga en verano y Tom se daría cuenta en seguida de que me había vuelto a cortar, así que paré a tiempo. ¿Qué hice? Me quité los pantalones y los bóxers y sentado en el borde de la bañera, me corté los muslos. Me quedé tan tranquilo y satisfecho, que estuve a punto de dormirme allí mismo, con una morriña tremenda y cuando empecé a limpiar la sangre con agua, Tom me tapó los ojos con las manos.  
  
En ese momento, la vergüenza volvió a mí. Me dio un susto de muerte y no era para menos.   
  
-Vaya, vaya, así que incumpliendo tu promesa. Muy bien… como veo que no te importan una mierda mis consejos, tendré que castigarte para que no vuelvas a hacerlo. – y el castigo funcionó. Todavía no he cogido algo afilado desde entonces.   
  
¿Qué hizo? Me vendó los ojos, me ató las manos a la espalda, cogió la cuchilla de afeitar y… sí, exacto… con cada pasada de la cuchilla sobre mi entrepierna, me estremecía de miedo y humillación. Tom decía continuamente que no tenía buen pulso, que como me moviera lo más mínimo o intentara cerrar las piernas, tal vez ocurriera un accidente y cortara algo que no deseaba cortar. Tuve que mantenerme con las piernas abiertas de par en par hasta que terminó y el desgraciado se tomó su tiempo y algo más, entre comentario obsceno y alguna que otra lamida a mi más que flojo pene (¿quién se excitaría en una situación así?). Luego, para rematar, se masturbó sobre de mí y cuando se corrió encima de mi pecho, me dejó en el baño con una sonrisa de oreja a oreja. Colocó las cuchillas de afeitar encima del lavamanos.   
  
-Si vuelves a coger las cuchillas me inventaré un juego más humillante. ¿De acuerdo? Por mí estupendo, así que te las dejo ahí. Espero que las utilices, de verdad, me encantaría. – luego, se fue.   
  
Naturalmente, no las había vuelto a tocar. Tom era listo. Sabía que si me retaba a hacerlo, si hacía como que no le importaba que lo hiciera, como si de hecho, quisiera que me cortara, yo no lo haría solo por no darle ese placer.   
  
Caminando de vuelta hacia el lugar de “acampada”, se hizo de noche. Perdí la visión momentáneamente, pero tuve la suerte o la desgracia del comienzo de una lluvia de truenos y rayos que me dejaron ver lo que tenía delante. El rugido de los truenos asustaba a Scotty, que gemía y temblaba detrás de mí. Era imposible llevarlo en brazos con su peso, así que le obligué a avanzar arrastrándolo por el collar y hablándole con tranquilidad, para que supiera que no ocurría nada grave.   
  
Todavía no había empezado a llover, pero las nubes no tardarían en descargar.  
  
A lo lejos vi luz. Alguien había encendido una hoguera enorme en mitad del caminito de tierra y un montón de figuras la rodeaban, gritaban y saltaban a su alrededor. Solo podían ser ellos, así que me encaminé hacia allí. Un rayo iluminó el lago y vi una sombra solitaria acercándose, apareciendo de la nada, caminando por la orilla. Scotty y yo nos detuvimos y la sombra nos imitó. Me asusté y me quedé paralizado.   
  
Otro rayo iluminó la escena y reconocí al desconocido.   
  
-Tom.   
  
-Vamos. – me hizo un gesto seco con la cabeza, por lo que supuse que aún estaba enfadado. Corrí hasta su lado y los tres caminamos hacia el fogón que resplandecía por toda la arena.   
  
-¿Me estabas buscando? – pregunté.   
  
-Hum…   
  
-Es de noche.   
  
-Y tú todavía no habías vuelto. Pensaba que te habías ahogado o algo así. – sonreí, halagado.  
  
-¿Estabas preocupado por mí?  
  
-¿Por quién? ¿Por el tío que me ha llamado maricón delante de mis colegas? No.   
  
-Perdón.   
  
-¡Bah, cállate! – andamos en silencio. Tom seguía cabreado. Una lástima, porque tenía ganas de cogerle de la mano en aquel ambiente tétrico. El paraíso había perdido su esplendor.   
  
La historia de Black aún me rondaba por la cabeza. La obsesión de los Encadenados por seguir a su líder en todo y a todos lados, por defenderlo y obedecerle, por agradecerle en silencio algo que él había hecho, algo desconocido para mí, pero no para ellos.   
Llegué a una conclusión definitiva. Tom era bueno, de verdad y la única prueba era la actitud de los Encadenados hacia él. ¡Nadie que no le debiera algo gordo le perdonaría tanta autoridad y altanería! Tom era bueno. Black también lo había dicho y yo le creía.   
Al fin y al cabo, alguien que se preocupa tanto por su hermano no puede ser mala persona.   
  
-Tom. – le llamé, deteniendo el paso hacia la hoguera. Noté el agua del lago mojándome los pies descalzos, caliente y oscura. Mi hermano se detuvo y con los ojos tan entrecerrados que no dejaban ver más que un par de finas rendijas, me miró.   
  
-¿Qué quieres ahora? – preguntó de mala gana.   
  
-Nada.   
  
-¿Nada? ¿Por qué te paras entonces?   
  
-Es que…   
  
-Es que ¿qué?   
  
-Es que cada día me gustas más. – solté con tanto desparpajo del que fui capaz. En realidad tuve que agachar la cabeza por el bochorno, para huir de la expresión inquisitiva de mi hermano. Tom se volvió y se cruzó de brazos delante de mí.   
  
-¿A qué viene eso?   
  
-Black me ha contado cómo os conocisteis y… creo que me gustas mucho más por eso. Mucho, mucho más.   
  
-¿Cuánto es eso?   
  
-No lo sé. Mucho.   
  
-Pensaba que odiabas la violencia. ¿Es que Black ha adornado el relato?   
  
-Me ha contado lo de la cruz gamada de aquel agente de policía.   
  
-Hum… ¿y te gusto más, mucho más por eso?   
  
-…Me derrito de lo mucho que me gustas. – reconocí. Deseé poder ver su expresión, pero la luna estaba oculta tras las nubes oscuras que se cernían sobre nosotros y solo pude detectar un débil movimiento. Al menos, él tampoco podía ver cómo me retorcía de vergüenza.  
  
-¿Me dices eso porque quieres que te perdone o porque quieres que te folle? – noté el ligero cambio de su voz, más bajo, más sosegado, menos a la defensiva.   
  
-Lo digo porque… porque es verdad.   
  
-Pero mira que eres idiota. Un romántico e incomprendido idiota. – me mordí el labio inferior con algo de rabia. No sabía de qué me sorprendía al no recibir la respuesta esperada. Un “tú también me gustas mucho, te quiero” o algo así. Por supuesto, Tom no decía esas cosas, pero yo aún las seguía esperando con paciencia y determinación.  
  
No pude evitar sentirme decepcionado por su insensibilidad.   
  
Decidí que quería llegar cuanto antes con los demás para romper aquel incómodo silencio que se había formado entre los dos. Ricky y yo nos quejaríamos de lo capullos que son los tío y luego me sentiría mucho más tranquilo y menos abochornado, pero cuando emprendí la marcha otra vez, Tom me agarró por la cintura sorpresivamente y me empujó contra su cuerpo hasta que mi cabeza chocó contra su hombro desnudo y mi pecho contra el suyo. Sentí cosquilleos por la espalda, justo por donde él desplazaba su mano callosa y áspera, rozándome las puntas del pelo.   
  
-Seguro que pensabas que te diría algo como, tú también me gustas mucho o, te quiero, Bill. Pero como no lo he dicho, ahora te sientes decepcionado. – no respondí. Había dado en el blanco. Me dio un ligero tirón del pelo hacia atrás para que apartara la cara de su hombro y yo lo hice. Me negué a mirarle a la cara y agaché la cabeza hacia el suelo. - ¿Cuánto te he dicho yo que te quiero?  
  
-Nunca.   
  
-¿Y que me gustas?  
  
-Pocas veces.   
  
-¿Cuántas veces crees que le he dicho a Andreas que me gusta? ¿Y a Ricky? ¿A alguna de las chicas con las que me he acostado, a Aaron? – negué con la cabeza. No lo sabía. – Si se lo preguntas a ellas ¿qué crees que te dirán? – no hacía falta preguntar. Yo ya sabía la respuesta porque todos me decían siempre lo mismo sobre Tom.   
  
-Que eres arisco, orgulloso y que nunca serías capaz de decir algo como “me gustas mucho”   
  
-Ese es mi Muñeco. – aunque fuera la única persona del mundo a la que le dijera cosas así, seguí seguía sin convencerme. Podría hacer el esfuerzo aunque solo fuera una vez ¿no? Solo una. No pedía tanto. Derek me lo había dicho muchas veces y de Tom no había oído nada que se le pareciera, nada igual de sentimental que el “Te quiero” que Derek me había regalado cuando cogí aquel autobús hacia ninguna parte.   
  
Reticente, dejé que Tom me cogiera la mano y enredara sus dedos en torno a los míos, se inclinara para besarme abrazándome por la cintura y…  
  
-Me gustas mucho, Bill. – dijo, justo antes de abrir los labios y besar los míos con su lengua. Esa respuesta me sorprendió tanto que ni siquiera abrí la boca para que él pudiera entrar. La mantuve cerrada, observando sus párpados cerrados con ojos muy abiertos. Noté la insistencia de aquel mudo músculo suyo haciendo presión sobre mis labios, pero yo le negaba el paso y noté como Tom se impacientaba y entreabría los ojos con cierto coraje. Podía notar la tensión de sus músculos y la mandíbula apretada cuando se apartó de mí.   
  
No le dejé.   
  
Me abracé a su cuello y con los labios abiertos y la lengua buscando su mojada cueva, me encaramé a él y le besé la boca. Tom me agarró de la nuca al momento y me apretó contra su cuerpo. Fue un milagro que no me empalmara, porque me morreó la boca de una manera bárbara. Prácticamente me la comió, porque de lo ansioso que nos pusimos, nos mordimos los labios, pero sin hacernos daño.   
Quizás a una chica la forma de besar de mi Tom le pareciera algo pegajosa y demasiado húmeda, pero eso era porque la saliva de Tom les daba asco. A mí me encantaba sentir como conquistaba el territorio de mi boca con la humedad de su lengua y eso fue lo que hizo, una vez más. Respirábamos dentro del otro, tomábamos su aliento y luego, volvíamos a empezar con una nueva postura y un pequeño giro de cuello para encajar aún mejor en los labios contrarios.   
  
Cuando nos separamos, con la respiración entrecortada y los labios mojados, apreté las rastas sueltas de su cabeza con la mano.   
  
-No te las cortes… nunca. – murmuré entre suspiros.   
  
-Si lo hago ya no tendrás donde agarrarte cuando te corras. – se burló. Su pecho chocaba contra el mío, llenándose y vaciándose con ansiedad. Nos restregamos los labios en varios besos sin utilizar la lengua apenas y me regaló un sonoro beso en la mejilla cuando giré la cabeza hacia la hoguera y el círculo formado por mis ahora amigos.   
  
-Media hora. – dijo Tom besándome el lóbulo de la oreja. – Media hora y nos vamos tú y yo. – Scotty, como si hubiera entendido la conversación, empezó a restregar su pelaje amarillento por mi pierna desnuda.   
  
-¿A dónde?   
  
-A donde tú quieras.   
  
-Ni un minuto más. – nos separamos, pero no soltamos nuestras manos ni por un momento. – Pero bésame otra vez.   
  
-Hum… te mimo demasiado. – y volvimos a emprender la marcha, besándonos en la cara sin ningún disimulo. Total, era de noche y a lo lejos era imposible ver nada.   
  
Cuando estuvimos cerca de la hoguera, a escasos veinte metros, me detuve y solté la mano de Tom. Observé la fiesta de los Encadenados, totalmente ajena a lo que yo me esperaba de ellos en ese momento, algo como alcohol, música, risotadas enormes, bailes, saltos, drogas y todas las obscenidades que se me pasaran por la cabeza. Pero no había nada de eso.  
  
Era el momento del romanticismo y del cariño, de los besos y los abrazos. La mayoría de los allí presentes tenían pareja y alrededor de la hoguera, se acurrucaban entre ellos, se abrazaban para evitar el frío de la noche o simplemente, para sentirse cerca. Un ejemplo claro de ello eran Kam y Heidi, que tumbados en el suelo se abrazaban y observaban las llamas lamer el cielo. Ricky y Andreas habían recuperado la amistad. Hablaban y se reían muy pegados el uno al otro. Algunos, como Aaron, simplemente prestaban atención a las conversaciones de los demás, pero eso me daba igual. Él no tenía pareja. Yo sí.   
  
Tenía, pero no podía acurrucarme con ella alrededor de la hoguera, ni besarle, ni abrazarle, ni decirle cualquiera de las cursilerías que Sabela podía estar diciéndole a Black en aquel momento. Aunque Tom y yo acabáramos de tener nuestro momento romántico, me sentí cohibido observando toda aquella muestra de cariño que yo debía guardarme dentro, en un rincón oscuro, fingiendo que no existía.  
  
Retrocedí. Mi novio se detuvo y me miró.   
  
-¿Qué haces?  
  
-No quiero ir. - Tom se volvió y observó a sus compañeros.   
  
-¿Por qué no?   
  
-Porque no. – Kam y Heidi se estaban besando como locos enamorados sobre la arena y Tom suspiró, llevándose una mano a las largas rastas aún libres sobre su espalda. – Andreas tenía razón.   
  
-¿Y tú qué sabes?  
  
-¿Lo sabes tú?   
  
-Solo hay una manera de averiguarlo. – y me tendió la mano, esperando que se la cogiera otra vez. No podía creer que me propusiera semejante locura y negué con la cabeza, echándome hacia atrás.  
  
-Ni hablar.   
  
-Ni hablar ¿qué? Si tanta rabia te da ver a estos capullos besándose delante de nosotros, haremos lo mismo.   
  
-No. – Tom rió al verme retroceder todavía más.  
  
-Pídemelo y te juro que te tumbaré en mitad del círculo, te besaré hasta quedarme sin lengua y si quieres, hasta te haré una mamada. Sabes que lo haré.   
  
-Precisamente por eso… me voy. – Tom era un inconsciente y al verle tan despreocupado, tan altanero, tan como siempre, me sentí frustrado de nuevo. Él podía haber pasado por el doble o triple de barbaridades que yo, pero aunque hubiera perdido el miedo debido a tantos palos que le había dado la vida, yo aún lo mantenía. Imaginarme otro rechazo, otros insultos y maneras humillantes de decirme enfermo me ponía, efectivamente, malo. Pero eso Tom no lo comprendía, claro que no. Con solo levantar la mano, la gente caía a sus pies muerta de miedo. Ojalá yo tuviera semejante poder.   
  
-¿Te vas? Estás más arisco de lo normal ¿no? Venga, acurruquémonos alrededor de la hoguera. Te dejaré que me digas cursilerías al oído. – me mordí el labio inferior, luchando por no soltarle otra borderia. Noté su mano aferrarse a mi hombro con fuerza y me puse tenso como un palo. – Oye… desde esta mañana no nos hemos visto en todo el día y se supone que te he traído aquí para que estemos juntos… bueno… quiero que estar contigo y punto, alrededor de la hoguera, cerca de mis colegas o lejos, me da igual, pero contigo a mi lado, ¿entiendes? Si quieres, nos vamos. – Tom ya no sonreía, de hecho me pareció ver un diminuto brillo de color en sus mejillas. Estaba poniendo la misma cara de “Me siento como un gilipollas” que ponía cuando venía a verme a la pastelería y se pedía un batido de helado que no le gustaba solo para observarme. Él siempre tiraba el batido en una maceta en la que había plantado un enorme girasol de plástico, situada al lado de su silla, y yo lo sabía. Se quedaba horas bebiendo o fingiendo beber batidos y observando la televisión de plasma instalada en la pastelería. Veía lo que le ponían, incluso programas del corazón que aborrecía, aunque en realidad no le prestaba la más mínima atención a la tele. En cuanto me giraba hacia él, fingía estar muy interesado en el programa que echaban, pero a través del espejo y la vitrina de cristal podía ver perfectamente como Tom se me quedaba mirando fijamente durante largos minutos (una vez, conté veinte). También se inventaba comentarios curiosos e irritantes para molestarme y hacer que le prestara atención mientras trabajaba.   
  
-¿Serías capaz de hacer eso? ¿De verdad? ¿Por mí? – pregunté. Sentía vergüenza y cierta vulnerabilidad y tuve que agachar la cabeza ante su sonrisa segura.   
  
-¿Enseñarle a todos mis colegas que me gusta mi hermano gemelo? Sí, ¿por qué no?   
  
-Hum… ¿Y no te da vergüenza?   
  
-¿Debería? En realidad lo hago para presumir. No soy idiota, como si no supiera que la mitad de mi pandilla te desea y el hecho de que seas mío y que no pueda decirlo me pone negro, Muñeco, te lo juro. – me lo pensé seriamente. Pensé en Ricky, en qué pensaría si se lo contaba. Aaron había reaccionado bien, más o menos. No parecía considerarme un enfermo, aunque sí un rival. De los demás no sabía qué pensar. Aunque agachaban la cabeza delante de Tom… ¿y si le daban la espalda por esto? ¿Y si le traicionaban? ¿Y si los Encadenados se disgregaban por tener un líder con esas… “tendencias”?   
  
-No sé, Tom. No sé si… - de repente, me abrazó. Apoyó las manos en mi cuello y juntó nuestras cabezas de una manera muy suya.   
  
¿Cómo podría describir los movimientos de Tom cuando me rodeaba? Eran sobreprotectores, fraternales, tiernos, pero demasiado bruscos y fuertes como para no inquietarme. Era como si le interrumpiera en plena sesión de tortura y abandonara ese martirio para seguirme, por lo que cuando me abrazaba, me besaba o me hacía el amor, le costaba un poco tranquilizarse, adaptarse a mí, olvidarse del látigo y los puños para coger una pluma y una florecilla y tratar de acomodarse a la delicadeza con la que tenía que tratarlos.   
  
En ese momento, seguía en esa fase de tensión, de adaptación a la suavidad y pulcritud. Le costaba horas enternecerse.  
  
-Y si te digo que yo te protegeré, ¿me dejarás mostrarle al mundo lo mucho que me gusta jugar con mi Muñeco? – temblé y agarré con fuerza las manos que rodeaban mi cuello. Cerré los ojos cuando Tom se inclinó y me besó la frente. Tenía los labios fríos y ásperos, húmedos por lo ocurrido minutos atrás, como siempre y el contacto con mi piel me provocaba calor y deseos de que besara más, en más sitios y utilizando su saliva.   
  
“En la boca, Tom, en la boca y luego… más abajo.”   
  
-¡Ooooooooohhhhh! ¡Atención a los cariñitos fraternales de nuestro líder! – me tensé tanto al oír el grito, que me mareé. De repente, noté todas las miradas de los allí presentes clavadas en mi nuca y me flojearon las piernas. Tom dejó de besarme la frente y soltó una carcajada histriónica.   
  
-¿Celoso, capullo? – sugirió, rodeándome los hombros con una mano y pegándome a su pecho. Me entraron ganas de acurrucarme en él como si fuera un animalillo asustado.  
  
-¡No puedo negarlo, celosísimo! ¿Sabes una cosa, Tom? No es por ofender, pero si yo tuviera un hermano gemelo como el tuyo, me lo follaba. – soltó Hippie, con todo su desparpajo y todo el mundo empezó a reír, incluido Tom.   
  
-Supongo que no serías el único, Pelos Largos. – soltó Aaron con una clara ironía, poniéndome aún más tieso.   
  
-¡Pues no me extrañaría nada! Estáis siempre tan pegados, que más que hermanos parecéis novios, cojones. – secundó Ricky y yo me encogí y miré a Tom suplicante. Ya no quería intentarlo, ya no quería probar suerte porque sospechaba que perdería.   
  
-Tom, déjalo, por favor… - murmuré. – Suéltame… - una de dos. O no me escuchaba o me ignoraba y por la manera en la que me agarraba, con mucha más fuerza al ver que no quería seguir adelante. Apostaría por la segunda.   
  
-¡Ah, como esa vez en la que os pillé durmiendo juntos en pelotas! Cuando os vi en la cama me preocupé, os lo juro. – me horroricé y un borbotón de arcadas treparon hasta mi garganta cuando Ricky habló de aquella vez, aquella noche en la que me quedé a cuidar de Tom después de su desmayo repentino en plena calle, los dos desnudos y medio abrazados. Me estaba entrando el pánico.   
  
-Tom, déjame… - Tom aflojó el agarre, pero bajó una mano hasta mi cintura y volvió a apretar, riéndose en compañía de los demás.   
  
-¿En serio? ¿Dormís juntos en bolas? – preguntó Hippie, acercándose hacia nosotros descojonándose de risa.   
  
-¡Sí, es verdad, todas las noches, en pelotas!   
  
-¿En serio?   
  
-¡Te lo juro! – miré a mi hermano con la barbilla temblorosa.   
  
-¿Qué haces, Tom? – susurré, tan bajo que no me extrañaría que esta vez no me escuchara.   
  
-¿De verdad, Bill? – otra pregunta, ahora dirigida hacia mí. Los ojos volaron hasta mi cara. Kam dejó de besar a Heidi y ambos se me quedaron mirando con una sonrisita de enamorados que no podían con ella, regalándose besos húmedos en la piel de los hombros.   
  
Aaron alzó una ceja y movió los labios. “¿Qué haces, loco?” dijo.   
  
Andreas me miraba, muy serio y yo me concentré en esa mirada rencorosa tan llena de rabia y pensamientos calculadores.   
  
-No. – negué. – Claro que no. – se me hizo un nudo en el estómago al responder. – Dormimos en camas separadas y… y vestidos.   
  
-¡Oh, coño, pero di que sí, Bill! Síguenos el rollo, anda. ¡En primicia, una relación incestuosa nada más y nada menos! – chilló Hippie. A mí no me hacía gracia la broma y por la forma en la que Tom me miró en ese momento, para él también había dejado de tener gracia. Me apretó aún más la cintura, pidiéndome una explicación y yo me encogí de hombros. – Pero bueno, no seáis aguafiestas, venga, decid algo. Haced una declaración para los barrios bajos, si nosotros os vamos a querer igual. ¡Venga, una palabra llena de amor de los gemelos incestuosos para el público, por favor! – Hippie extendió el puño hasta mi cara a modo de micrófono. Giré la cabeza con desdén, aún tiritando de nervios. - ¡Oh, Bill, pero qué arisco eres! ¿Y qué dice el Capitán Tom? Venga, le quieres ¿no? Admítelo, tu hermanito te ha llegado a la patata como a todos nosotros ¿verdad? Es que es adorable, mira qué pelito tiene, y qué ojos tan brillantes, y ese cuello tan fino de cisne, con una piel tan blanquita como la Cenicienta. ¡Y esas manitas tan finas! – noté como Hippie me agarraba de la muñeca para hacer la gracia y sentí presión en la cicatriz. Me volví, espantado y vi como el bufón de los Encadenados fruncía el ceño al sentir la deformidad en la piel. - ¿Qué es esto? - ¡Mierda, me había olvidado las muñequeras al quitármelas para darme un baño!   
  
-¡EH! – pero no tuvo tiempo para criticar. Me soltó enseguida, antes de que pudiera detectar de qué se trataba aquella relevante marca. ¿Por qué? Bueno, quizás el brutal empujón que lo envió directo al suelo por parte de Tom tuviera algo que ver.   
  
-¡Arg! – se quejó Hippie al caer al suelo. Las carcajadas pararon al momento cuando Tom me soltó y avanzó amenazante hasta su compañero de juergas, que se encogió por la sorpresa. Se agachó, lo agarró por el cuello de la camiseta y gruñó, como un animal salvaje:  
  
-¡No toques a mi hombre!   
  
-¿Tu hombre?   
  
-¡Eh, eh! Venga, Tom, que solo era una broma. – Kam, más cuerdo que nunca, se interpuso entre los dos con las manos extendidas. Le dio un leve empujoncito a Tom para alejarlo de Hippie y mi hermano bufó, soltándolo. – Estábamos de coña, Tom, no te enfades.   
  
-¿De coña? Un poco más y me rompes la nariz de coña, tío.   
  
-Eso te pasa por pasarte de gracioso. – tragué saliva. Andreas habló y por como seguía mirándome, supe que pretendía meter cizaña en la situación. – No puedes meterte con el Muñeco, Hippie. Si lo haces, Tom te matará. ¿Es que no ves que es su favorito? Sí, su… ¿cómo ha dicho? Su… hombre favorito.   
  
-Eso no es… - intenté hablar, pero mi hermano se carcajeó con desprecio.   
  
-Sí, es verdad. Todo el mundo sabe cómo pasaste de ser tú el favorito a ser él, aunque si a mí me preguntaran diría que no vales ni para lamerle los pies.   
  
-Eh ¿Queréis dejarlo ya? Tom, ¿qué coño te pasa? Es tu hermano, deja que se defienda solo.   
  
-Ricky, tú aquí ni pinchas ni cortas, así que ¡cállate!   
  
-Oye, no le hables así a mi hermana.   
  
-Y vosotros no me toquéis los huevos.   
  
-¡Deja de comportarte como un puñetero macho defendiendo a su hembra preñada!   
  
-¡Ja, es que a lo mejor soy un macho defendiendo a su hembra, gilipollas!   
  
-Por favor, Tom, menos incógnitas y más tranquilidad ¿vale? Tranquilízate. Estamos de vacaciones, bah, no lo estropeemos.   
  
-Yo no estoy estropeando nada. Defiendo lo que es mío y punto. No os metáis en mi camino.   
  
-Tom… déjalo… - la siguiente voz sonó sosegada, preocupada más bien. Sabela tenía una voz suave pero imponente que hizo que Tom callara y el crepitar de las llamas de la hoguera se convirtiera en lo único que se oía en la noche. Con la cabeza gacha y el pelo oscureciéndome la visión, pude percatarme de que la atención de todos había vuelto a recaer en mí. Vi las piernas de mi hermano dándose la vuelta y caminar hasta situarse frente a mi cuerpo, dejando escapar un murmullo lastimero.  
  
-Eh, Muñeco… eh… - murmuró, y ahí se quedó, mudo.   
  
-Te ofendes con mucha facilidad, Bill. – dejó caer Andreas de nuevo, más irritante de lo normal.   
  
-Cierra la boca, rubia.   
  
-Qué coñazo estás hecho desde que él llegó, Tom. Joder, no has dicho nada que no sea verdad ¿no? Es tu hembra. Como si no nos diéramos cuenta de que se te cae la polla cuando lo tienes delante.   
  
-Andreas, ¿quieres cerrar la boca? Solo son hermanos, déjalos en paz. – gruñó Aaron. Probablemente me hubiera reído al ver al Príncipe defenderme, pero no hice más que morderme el labio, rabioso.   
  
-Bueno, hermanos, hermanos… no es eso lo que el Capitán ha dicho, precisamente.   
  
-¡QUE TE CALLES! – tronó Tom y su autoridad me sacó de quicio. Ese simple mecanismo de defensa derramó el vaso repleto de escasa paciencia otra vez.  
  
No pude controlarme. Cualquier persona se sentiría querida siendo protegida por su amante, pero aunque yo no podía negar que una parte de mí lo apreciara, también me sentía débil y con el orgullo nuevamente rebajo a la nada. Tom tomaba demasiadas decisiones por mí y eso me mataba y, encima, que se atreviera a hacerse el macho delante de sus amigos enseñándome como un trofeo… eso sí que no lo aguantaba.   
  
Me sentí profundamente humillado ante sus palabras de “macho defensor de su hembra”.  
  
-Cállate tú. – gruñí, apartándome el pelo de la cara para ver. Tom me observó con el ceño fruncido y aunque sabía que estaba tentando a mi suerte (ya había dejado en evidencia a mi hermano demasiadas veces en un día) alcé la mano y le regalé un guantazo digno de ver, en plena mejilla. Fue un golpe a conciencia en el que concentré toda mi fuerza. Sonó sobre el crepitar de las llamas e hizo que Tom girara la cara hacia un lado y casi se tambaleara por la sorpresa. Casi. A pesar de que una marca roja brillante quedó impresa en su cara, no conseguí hacer que retrocediera ni un centímetro.   
  
Tom se volvió enseguida con una expresión funesta y malhumorada.   
  
-¿Por qué has hecho eso, Muñeco? Con tantos golpes bajos se me va a acabar escapando una hostia, y de las buenas. ¿Es eso lo que quieres, puto masoca?   
  
-¡Quiero que no vuelvas a humillarme así en la vida, macho de mierda! – grité y con los nervios crispados, olvidándome del castigo que Tom me impondría por intentar cortarme otra vez, me di la vuelta y salí corriendo en dirección contraria a la de los demás Encadenados, rumbo hacia la oscuridad, hacia los árboles que se extendían lejos de la orilla. Scotty empezó a ladrar, pero no se movió del lado de los perros de Aaron, tumbándose junto a ellos.   
  
Empezó a chispear.   
  
-¡BIIILL! – gritó Tom, furioso.   
  
-¡Mierda, está lloviendo!   
  
-Voy a por él.   
  
-¡No! Voy yo. – oí como Ricky y mi hermano se peleaban por ver quién correría detrás de mí y luego, escuché a la perfección la voz de Andreas con una última frase odiosa.   
  
-Vaya… y pensar que en tus buenos momentos le habrías roto un brazo a cualquiera que se hubiera atrevido a levantarte la mano… como decía… te estás volviendo un blando.   
  
¡Arrrgggg! ¡Pero qué asco de Andreas, con lo bien que me había caído al principio!   
  
¡PUUUMM!   
  
A unos cincuenta metros de distancia, me detuve al oír el grandioso estruendo. Me di la vuelta y observé con la boca abierta como Andreas yacía en el suelo, con la mano en la cara y dejando escapar algún que otro gemido de dolor. El brazo de Tom, musculoso y potente, latía alzado por encima de su cabeza.   
  
-¡Coño, Tom, qué bestia!   
  
-¿Y ahora qué? ¡¿Te parece eso lo suficientemente blando, mamonazo?! A ver si te enteras, ¡tú y los demás! ¡ES MI HOMBRE Y SOLO LE PEGO Y LE GRITO YO! - ¡Otra vez! Tom no aprendía nada, era un negado para entender los sentimientos de los que le rodeaban y más aún, lo míos. ¿Tan difícil era entender que no quería que me tratara como una posesión, como su novio delante de los demás? ¡Actuar discretamente como si fuéramos simples hermanos! ¿Tan difícil era eso?  
  
Por lo visto, sí.   
  
De hecho, para más inri, se volvió como si fuera una pantera y mirándome (no sé cómo podía verme con tanta oscuridad), me señaló con el dedo y gritó:  
  
-¡Y tú, corre, porque voy a por ti! – y enseguida, un amasijo de rastas furiosas empezaron a correr a toda velocidad a por mí… y como es normal, yo salí por patas muerto de miedo y empecé a contar las horas o los minutos que tardaríamos en reconciliarnos otra vez.   
  
¡Sabía que había tentado demasiado a mi suerte esa mañana!

**Capitulo 3**

Mi torpeza habitual, que se había mantenido durante todo el verano conmigo en Stuttgart, me pinchaba las costillas cuando eché a correr a toda velocidad hacia el bosque de enormes árboles oscuros y la lluvia empezó a salpicarme la cara, las piernas y el pecho desnudo, además de ablandar la arena, convirtiéndola en barro. ¡Nunca había corrido descalzo bajo la lluvia! Y si no fuera porque Tom me perseguía gritando que iba a matarme, me hubiera detenido para poner más énfasis en la deliciosa sensación que me estaba recorriendo las piernas.   
  
No hacía frío ni aún lloviendo, al menos no para mí al dar semejante carrera.   
  
Cuando llegué a la línea en la que empezaban a formarse los árboles, me introduje entre ellos de un salto y seguí corriendo todo recto, sin mirar atrás.   
  
-¡Bill, idiota! – escuchaba a mi espalda. Quizás no era buena idea corretear de esa guisa por el bosque de noche y lloviendo. Quizás podría atacarme un oso (¿habría osos?) o picarme una serpiente, pero yo seguí corriendo. Y no solo porque mi hermano me siguiera de cerca, si no por el tacto y la situación mágica de correr en mitad del bosque sin más ropa que un bañador aún húmedo. El olor era increíblemente puro, la brisa cálida y aromática y el terreno, irregular e impredecible. ¡Siempre me había gustado el senderismo, el bosque y los árboles! De pequeño tenía la costumbre de subirme a ellos, pero el día que me caí sobre un montón de estiércol de caballo, mamá me prohibió trepar más, aunque en realidad ya lo había hecho años antes, pero yo nunca le hice caso hasta entonces.   
  
Hacer una locura, algo inesperado e indescriptible, algo que no debería hacerse, algo peligroso. ¿Cómo no me había dado cuenta antes de lo gratificante que eso era? Al menos, hacer algo difícil de creer en lo cual nunca habías pensado.   
  
Correr por el bosque en mitad de una tormenta era una de esas acciones que nunca habías imaginado hacer, pero una vez hecho, el recuerdo perdura eternamente, alimentándose de los deseos de repetir esa experiencia única jamás soñada. Pensándolo bien, esa sensación ya la había experimentado incontables veces con el bárbaro que corría detrás de mí.  
  
Correr por el bosque fue fantástico, pero como decía, mi torpeza habitual me había seguido hasta allí. De repente, empecé a confundir los árboles con la oscuridad del lugar y comencé a chocar contra sus fríos troncos de madera, raspándome brazos y cara. Reduje la velocidad para detenerme, pero sentí un pinchazo en la planta del pie e inclinándome por el dolor, choqué contra una raíz y caí de lado al suelo, que para colmo, se inclinaba en una cuesta empinada.   
  
En resumen, empecé a dar vueltas como una peonza humana sobre el suelo enlodado y pegajoso, haciéndome daño en cada parte del cuerpo y rezando por no chocar contra un árbol y romperme la columna de un mazazo.  
  
“Me mato… ¡Arggg, qué me mato! ¡Moriré en mitad de un bosque, devorado por gusanos y lobos por intentar defender mi dignidad! Maldita sea, ¡está claro que nací para ser un maldito esclavo masoquista!”   
  
¡Mierda, es que morir así era tan patético!   
  
Pero por supuesto, no la palmé. Después de dar giros y giros y amenazar con echar la pota, me detuve sobre un llano boca abajo, con un montón de hojas secas atascadas entre mis dientes.   
  
-¡Puajj! – las escupí, tosiendo muerto del asco ¡para que me hubiera tragado un bicho o algo así! Estornudé y me rasqué la nariz antes de comprobar si me había roto algo. Como no sentí dolor alguno salvo el de las piedras que se me habían clavado a la espalda y los arañazos, supuse que sobreviviría.   
O no…  
  
-¡Muñeco! – escuché gritar desde lo alto de la cuesta. Divisé la figura de mi hermano moviéndose entre los árboles, intentando localizarme sin mucho éxito. - ¿Te has caído, pedazo de memo?   
  
-¿Es que no lo ves? ¡Casi me mato! – grité en respuesta.   
  
-¡Argg! Espera ahí, voy a bajar.   
  
-¡No me he roto nada, gracias por preguntar!   
  
-Si has sobrevivido en Hamburgo y a un viaje en solitario atravesando toda Alemania hasta Stuttgart, no creo que una caída tan tonta te mate. – seguí escupiendo hojas e intenté limpiarme las manos llenas de barro en el bañador. Por suerte, las gotas de lluvia me ayudaron en el trabajo. – Pero será mejor que te escondas, Muñeco, porque si el suelo no te ha matado, lo haré yo. – me amenazó Tom. Pensé en replicar, pero al levantarme del suelo y sacudirme un poco la suciedad, al alzar la cabeza por fin para ver donde estaba, al aventurarme a observar el lago que se extendía a mi izquierda, descubrí algo inesperado. Un paisaje oscuro y remoto, amenazador pero precioso.   
  
La luna, enorme y resplandeciente, casi estaba oculta tras las nubes y eso me dificultó la visión, pero los escasos rayos de luna que se filtraban en la estratosfera me permitían ver el lago a mis pies, a escasos siete palmos de la roca sobre la que me mantenía en aquel momento. A mi espalda se extendían los árboles, formando el bosque y delante de mí había una pendiente sumamente empinada formada por rocas cubiertas de hierba escurridiza. El agua del lago, un poco embravecida por el tiempo, chocaba contra las piedras. A mi izquierda pude oír el arroyo, cuya agua saltaba por encima de piedras formando unos increíbles rápidos que se deshacían en una pequeña cascada que acababa expulsando en el lago.   
  
Me dirigí al arroyo, bastante ancho, e introduje la mano en los rápidos. Tenían mucha fuerza y no fui capaz de captar su profundidad ni siquiera cuando introduje el brazo hasta el hombro. Me costaría mucho nadar a través de ellos, pero estaba seguro de que podría hacerlo en las condiciones propicias, hacia arriba.   
  
Oía el croar de las ranas, muy cerca de mí y los grillos cantando entre los árboles, formando una perfecta armonía con el susurro del agua, los truenos y la lluvia.   
  
Algo me pinchó la espalda de repente, haciéndome pegar un bote y casi caerme al agua.   
  
-¡Aaah!   
  
-Te dije que tuvieras cuidado conmigo. – habló Tom. Al darme la vuelta detecté la extensión de su brazo. Me había pinchado la espalda con un largo palo de madera, una rama posiblemente.   
  
-¿Qué haces con eso? ¿Vas a azotarme?   
  
-Esa era mi intención.   
  
-Creo que prefiero un guantazo. Eso duele. – Tom bufó y se volvió. No podía verle bien, pero sus rastas seguían el movimiento de su cuerpo. - ¡Mira qué paisaje! ¿A que es increíble?  
  
-Hum…   
  
-Aquí hay un arroyo. Mira, mete la mano, verás qué guay. ¡Se te lleva la corriente!  
  
-Hum…  
  
-De día tiene que ser una pasada.  
  
-Ajá.  
  
-Eres realmente expresivo, eh.   
  
-¿Y qué quieres que te diga? Pareces un puñetero niño de diez años que acaba de descubrir un parque nuevo. ¿Qué pasa? ¿Ya te has olvidado de que me has pegado una buena hostia ahí fuera? Debería darte una paliza, Muñeco. Tus cambios de humor no son normales. – gruñó como un ogro y yo me encogí, un poco cortado.   
  
-Perdón. Creo que me he pasado.   
  
-¿Qué problema tienes ahora? Intento decirle a mis colegas que me gustas y te quejas. Debería gustarte. ¡Joder, pensaba que iba a gustarte! – Tom se había agachado a los pies de un árbol. Cogía cosas del suelo y las lanzaba lejos entre bufidos de molestia. – Pero veo que no. ¡Pues tranquilo, no diré nada! Total, hay que ser muy gilipollas como para no darse cuenta de qué iba la cosa. – tragué saliva. Eso era una mala noticia.   
  
-¿Crees que… se han dado cuenta?   
  
-Si no lo han hecho con el numerito de “es mi hombre”, tendré que follarte a lo voyeur para que se enteren de que no se te toca sin mi permiso.   
  
-Ja-ja-ja, muy gracioso, Tom. En serio, en realidad quería hablar contigo sobre eso.   
  
-¿Y por eso me has pegado, para llamar mi atención?   
  
-No, es solo que… - de repente, una rama de árbol voló hasta mis pies, cayendo sobre estos. Me hizo un poco de daño, pero no me quejé. Tom se levantó del suelo, blandiendo el palo con el que me había pinchado la espalda y con un movimiento veloz, lo zarandeó como un espadachín y me apuntó con la punta del mismo. – Tom, ¿qué haces?   
  
-¿Quieres hablar conmigo, Willian Garfio? Tendrás que derrotarme primero si de verdad deseas que te conceda un minuto de mi valioso tiempo. Aunque no crezca, soy un niño muy ocupado ¿Sabes? – me quedé mirando su porte arrogante durante un rato hasta que descubrí a qué venía ese jueguecito tan extraño. Me reí.   
  
-Va, Tom, en serio. Odio que me defiendas como si fuera una damisela en apuros, de verdad. ¡Soy un hombre! No hagas que…   
  
-¿Un hombre? ¡Todos los hombres son piratas y yo mato a los piratas! – y con un golpe certero en la cabeza con aquel duro trozo de madera, me quedé fuera de juego.   
  
-¡Auch!   
  
-¡Desenvaina la espada, bacalao! Echaré tus restos al cocodrilo, igual que hice con la mano de tu padre.   
  
-¡Serás…! – divertido y he de admitir que un poco picado por ese golpe, agarré el palo que había acabado en mis pies y me levanté de un salto, preparado para una batalla encarnizada contra el valiente Peter Pan de largas rastas. – Vengaré las humillaciones que tú, esa maldita hada y tus patéticos amigos habéis arrojado sobre la figura de mi padre.   
  
-¡Tu padre es un cobarde sin honor!   
  
-¡Y tú eres un niño sin escrúpulos! ¡En guardia! – blandiendo mi “espada”, ataqué primero al rápido Peter, que me esquivó con habilidad hacia la izquierda. Había renunciado al vuelo para mantener un combate justo entre ambos, pero aun así no me fiaba de sus tácticas.   
  
El choque entre las espadas provocaba chispas que salpicaban el cielo. Peter era lento, no poseía una gran rapidez, pero su fuerza era bestial y calculé que si su espada me rozaba lo más mínimo, me tumbaría en el húmedo suelo del País de Nunca Jamás, en medio de la selva. Esperaba que los Niños Perdidos no hubieran dejado ninguna trampa de por medio para cazar animales, o sería mi fin.   
  
En cambio, aunque mi fuerza era más bien floja y utilizaba la gravedad para dejar caer la espada sobre la suya, era más rápido y con mejores reflejos. ¡Ahí estaba mi oportunidad! Mantuve la espada baja en todo momento, apuntando a su pecho en lugar de a su cara. No sería justo sacarle un ojo. El juego perdería toda su gracia. Pero él interponía su espada a todas las embestidas, desviando mi hoja afilada hacia otro lado.   
  
-Eres rápido, niño. – sonrió con burla, dando varios pasos hacia delante y atacándome sin piedad por arriba. Interpuse mi espada a sus golpes, directos a mi cabeza en una ocasión, lograron atinarme en pleno frontal.   
  
Pero yo, quejándome con un gruñido por su brutalidad, no me dejé intimidar. Con el siguiente movimiento ataqué directamente su espada y dirigí la afilada hoja hasta la mano con la que la agarraba, atizándole en ella.   
  
Peter soltó un gruñido de dolor y soltó la espada que cayó al suelo.   
  
-¡Ajá! ¿Quién es el niño ahora? – me burlé al verlo desarmado, apuntándole al pecho. Peter puso mala cara.   
  
-No te aproveches, enclenque. – y de un manotazo, apartó mi espada de su pecho.   
  
-¡Eh, eso no vale! Se supone que el palo es una espada y si la tocas, te corta.   
  
-Tú lo has dicho. Se supone. ¡Un juego es un juego, Willian! – de un salto al suelo, agarró la espada que recientemente se le había escurrido de las manos y con ella, me regaló un bestial golpe por debajo de la rodilla que me hizo doblarme de dolor y caer al suelo.   
  
-¡Serás animal! – él estalló en carcajadas y salió corriendo hacia un árbol cercano cuando me levanté con la espada en alto, dispuesto a devolverle el golpe. Rodeamos el árbol por un lado y por otro, estirando los brazos para atacarnos sin mucho éxito, dándole latigazos a la pobre madera empapada. No nos dimos cuenta de que había pasado de chispear a diluviar y los truenos acompañaban a los rayos cada vez más seguidamente, encima de nosotros.   
  
-¡No puedes atraparme ni con dos manos, pobre pirata! Garfio tiene que estar muy decepcionado contigo. – le escuché decir, alejándose por entre los árboles. Solo los rayos me permitían ver algo y detecté como Tom corría y se escondía detrás de un ancho tronco retorcido. Era silencioso. Ni siquiera había escuchado sus pisadas sobre las hojas del suelo embarrado. Intenté imitarlo, andando despacio detrás de los árboles para pillarlo desprevenido. – Eres un pobre ingenuo si crees que puedes ponerte al nivel del gran Peter Pan.   
  
-¡Ja! Hablas como un adulto, Peter.   
  
-¡Mentira, pirata!  
  
-Peter, vamos a jugar a algo.   
  
-¿A qué? ¿No estamos jugando ya a algo?   
  
-¡Venga, va, sé que te encantan los juegos! – me sentía un auténtico pirata intentando provocar a mi enemigo mientras buscaba la manera de alcanzarle por la espalda, sin que se diera cuenta. Con las piernas embarradas, pisaba despacio y con mucho cuidado, dirigiéndome al árbol bajo el cual sabía que estaba escondido.   
  
-¿Qué…? – un trueno silbó en ese momento y yo avancé más depresiva aprovechándome del ruido. Estaba calándome hasta los huesos y tuve que apartarme el pelo empapado de la cara para ver por dónde iba. - ¿Qué clase de juego?   
  
-Uno de tus favoritos. – su silencio me dio a entender que estaba interesado y yo, ya pegado al árbol que ocultaba su cuerpo, sonreí con la espada en alto.   
  
-Hum… ¿Al juego del Muñeco?   
  
-Sí, al juego del… - entonces, salté dispuesto a atacarlo por sorpresa, dando la vuelta al árbol alzando mi espada con fiereza y gritando - ¡Muñeco!   
  
Pero una vez di la vuelta al árbol, no encontré nada. Observé el tronco al cual Tom debería estar pegado, escondiéndose de mí, pero no lo estaba. Pestañeé.   
  
-¿Eh? – un golpe que me hizo polvo la cabeza me hizo exhalar un grito. - ¡AH!  
  
-¡Jajajajaja, Muñeco idiota! – alcé la cabeza, entre rayos y truenos y pude ver la figura de Peter Pan subida al árbol, balanceando el pie de izquierda a derecha y partiéndose de risa.  
  
-¡Eso duele! – refunfuñé y me rasqué la parte que había recibido el golpe, sintiendo como me crecía un buen chichón. - ¿Cómo te has subido ahí arriba?  
  
-¡Volando!   
  
-Yo también quiero subir.   
  
-¡Tú no sabes volar!   
  
-¡Quiero subir! – le agarré del pie y tiré de él hacia abajo con brusquedad. Peter estuvo a punto de caerse.   
  
-¡Eh, me vas a tirar!   
  
-Déjame subir. – pero aún riéndose, en lugar de echarme una mano para volar hasta allí arriba, apoyó el pie que sujetaba en mi hombro y me empujó con él hasta tirarme al suelo de culo. Lo observé reír con rabia. - ¡Muy gracioso! Pues ahora me enfado y no respiro.   
  
-No te enfades, Willian. Se supone que somos amigos.   
  
-Se supone. ¡Pero no me quieres enseñar a volar! – no estaba enfadado, claro, pero decidí que el juego había terminado, así que lancé mi espada a lo lejos y me senté en el suelo, bajo el árbol. Bostecé. – ¡Argg, estoy empapado!  
  
-¿Quieres volver?   
  
-¿A dónde, a casa?   
  
-Si quieres volver a casa… - insinuó y noté un tono resignado en su voz, casi de decepción.   
  
-No. Estoy bien aquí. Me lo he pasado muy bien.  
  
-¿En serio? Hemos estado todo el día separados.   
  
-¡No te lo tengas tan creído! Puedo ser perfectamente feliz sin ti. – Tom no respondió y cuando alcé la cabeza para buscarle entre la oscuridad del árbol, él se inclinó, agarrándose a una rama para no caerse. Se puso de rodillas sobre el tronco y acercó la cara a la mía.   
  
-¿En serio puedes? – preguntó. Yo no respondí para no mentir. - ¿Por qué estás aquí entonces?  
  
-Hum… no lo sé. ¿Por qué estás tú aquí, conmigo?   
  
-Porque a diferencia de ti, yo sí te necesito para ser feliz. – dos rayos seguidos alumbraron el bosque. Tom estaba colgado como un mono, manteniendo el equilibrio con facilidad. ¿Estaba serio o bromeaba? Eso no fui capaz de detectarlo.   
  
-¿De verdad?   
Si dices la verdad, yo también te diré la verdad.   
  
Tom se descolgó con dos movimientos rápidos y cayó al suelo de un salto. Empezó a andar hacia el lago otra vez, alejándose de la zona de árboles con porte misterioso.   
  
-No. No es verdad. – se burló. – Puedo ser perfectamente feliz sin ti. – repitió y no supe si eso lo decía por puro orgullo o porque le había molestado mi actitud distante. Se llevó las manos a las rastas y se las echó hacia atrás, apartándoselas de la cara. Me hubiera gustado que fuera de día para poder ver claramente como la lluvia salpicaba su cuerpo y se deslizaba desde sus rastas mojadas hasta los pies. Debía ser muy erótico.   
  
-Tom… de verdad quiero aprender.   
  
-¿Aprender a qué?   
  
-A volar.  
  
-Ah.   
  
-Enséñame.   
  
-Ven. – cuando salí de entre la maleza y los árboles, la lluvia cayó sobre mí como si fuera un torrente. Tuve que sacudirme el pelo como un perro para que no me cayera en la cara. – Pero ven rápido, Muñeco. – obedecí y eché a correr hasta él. Entre rayos y escasa luz de luna, su silueta se dibujaba más grande y ancha que nunca. Los músculos se veían tan exagerados, el pelo tan largo y suelto y las piernas tan hinchadas por la tensión, que en lugar de Peter Pan, vi uno de esos bárbaros tan bestiales de las películas de guerreros griegos y caballeros de la edad media. Quise empujarlo, tirarlo al suelo para medir fuerzas, empezar un juego de dominación que probablemente, perdería.   
Me pregunté qué vería él en mí. ¿Un débil arquero, un mago que lanza hechizos por la espalda, un perro? Los papeles de guerreros y luchadores ya estaban cogidos.  
  
Alcé los brazos. Quería hacerle caer al suelo de un golpe, tumbarlo. Quizás así yo también ganaría el papel de letal guerrero que tanto deseaba. Porque aunque quería a Tom, había salido de Hamburgo para convertirme en un hombre y me había jurado no volver hasta haberlo conseguido… y quería volver. Quería ver a mamá, a Georg, a Gus, a Gordon, a Derek y, aunque parecía extraño, quería volver a la universidad. El miedo había sido sustituido por rencor y ganas de probarme a mí mismo.  
  
Si no conseguía tirar a Tom al suelo y demostrarme cuánto había crecido, cuanto había madurado, no podría volver. Todavía no era un hombre y serlo era lo que más deseaba ahora.   
  
Corrí, me agazapé y embestí. Tom se hizo a un lado tan pronto como me abalancé sobre él. Frené para no caerme encima de las rocas y rodar hasta el agua. Me di la vuelta y lo intenté otra vez, ahora, con los brazos abiertos para agarrarme a su cuello. Tom se agachó y retrocedió. Ni le rocé. Me arrojé encima de él de un salto y conseguí apresarlo por el cuello.   
Cuando intenté tirarlo al suelo, empujándole la cabeza hacia abajo desde la nuca, no se movió ni un centímetro. Empujé con más fuerza, gruñendo de rabia, pero él siguió tieso como una estatua.   
  
-Peso demasiado, Muñeco.  
  
-No es el peso.  
  
-No, no es el peso.   
  
-¿Qué es entonces, por qué no puedo tirarte?   
  
-Es la calle. No puedes tirarme por culpa de la calle.   
  
-¿De la calle? – Me agarró los brazos con los que le rodeaba el cuello y los apartó. No supe cómo lo hizo, pero al ejercer tanta fuerza sobre algo que de repente, desaparece, con un ligero empujoncito en la espalda caí al suelo de boca. Estaba húmeda, así que no me hice daño, pero sentí un raspón en el estómago al girarme para mirarle.   
  
-Quizás dentro de unos años en Stuttgart lo consigas. No te lo tomes como algo personal de todas formas. Es normal que no puedas conmigo. Con los atracadores de la pastelería sí pudiste ¿verdad?   
  
La semana pasada, en el único turno de noche que hice, cuando Adam y yo nos preparábamos para cerrar la pastelería sobre las dos de la mañana, dos atracadores con máscaras de animales entraron en el recinto y amenazaron a Adam con puñales. Yo estaba en el baño, así que hasta que no salí de allí no fui consciente de lo que pasaba. Cuando vi tras la esquina del vestuario como Adam, con mucha tranquilidad, abría la caja registradora para entregar el dinero y sacaba el cuchillo del horno sin que los atracadores se dieran cuenta, yo anduve a gatas hasta su lado (sin que ellos repararan en mí) y cogí el extintor de incendios. Lo abrí y en un arranque de valor, aparecí por detrás de la vitrina y apreté el gatillo. Cuando los dejé sin visión por la espuma, Adam se les tiró encima, les quitó los puñales y yo estrellé el extintor contra la cabeza de uno de ellos. Salieron corriendo, entre cojeras y tambaleos, sin el dinero y sin los puñales.   
  
Cuando por fin cerramos la pastelería, descubrí a Tom esperando en la puerta con una sonrisa autosuficiente.   
  
“Fantástico, Muñeco”  
  
“¿Lo has visto?”  
  
“He estado aquí todo el tiempo, observando”  
  
“¿Y por qué no has entrado a ayudar? Podrías haberlos tumbado por la espalda”  
  
“Podría, pero quería ver qué hacías tú”  
  
“Podrían haberme matado”  
  
“Es un riesgo con el que hay que lidiar si eres un habitante de los bajos. Aun así, ha sido genial verte en acción”  
  
“Pues a mí no me ha hecho ninguna gracia”  
  
“Te ha gustado pegarle, ¿verdad? Te ha gustado estrellar el extintor en su cara ¿no? Oír crujir los huesos del enemigo”  
  
“…”  
  
“Solo tú podrías ser mi amante… y mi hermano.”  
  
Esas palabras dan vueltas a mi cabeza en sueños.  
  
-¿Sólo yo podría ser tu amante? – pregunté.   
  
-Si te golpeo no lloras y me devuelves el golpe, si te grito, lo aguantas y me respondes. Llevamos casi un año juntos y sigues aquí, entero y arreglado, tan puro como el primer día. Sólo tú y nadie más que tú podría ser mi amante y por eso no tengo intención de dejar que un cualquiera lo amenace o me lo quite y, ahora… - Tom se inclinó, haciéndome un gesto con el brazo para que me levantara. – Mi amante no se quedaría tumbado, rindiéndose ante mí. – me tendió la mano y yo la rechacé con un manotazo. Me levanté de un salto, con energías renovadas y me alcé sobre el suelo.   
  
-No quiero que me protejas. Algún día me haré tan fuerte como tú y cuando lo consiga, podré volver a casa. – Tom no hizo ningún comentario, pero dejó escapar un gemido cargado de desdén. - ¿Lo has entendido? Algún día volveré a casa y me haré respetar. Seré un gran hombre, fuerte, independiente y capaz de tomar sus propias decisiones y cuando eso pase… tú te sentirás orgulloso de mí.   
  
-¿Y por qué debería sentirme orgulloso de ti? ¿Qué te hace pensar que no lo estoy ya?  
  
-Soy débil y tienes que protegerme. Yo no soy el amante ideal para un matón sin escrúpulos como tú, pero algún día lo seré y cuando lo sea, volveré a Hamburgo y le enseñaré mi nuevo yo a los demás. Mamá… - siempre que pensaba en mamá se me formaba un nudo en la garganta. Ni aun tragando saliva conseguía hacerlo desaparecer, pero al menos ya no lloraba pensando en ella. Estaba avanzando. – Mamá también se sentirá orgullosa.  
  
-Entonces no puedo perder… para no perderte a ti, Muñeco. – cuando volví a atacarle, él rechazó mis golpes y me los devolvió. Fue consciente por primera vez de lo mucho que mi hermano contenía su fuerza cuando estaba conmigo, su velocidad y sus reflejos. Me tiraba al suelo sin necesidad de tocarme y yo no lograba ni rozarle. No quería hacerme daño, pero al pillarle desprevenido en un golpe de suerte, me pegó un puñetazo en el estómago que me lanzó hacia atrás. Noté una ligera oscilación en el tobillo, un golpe contra el suelo y noté un “CRICK” que me hizo perder el equilibrio. Caí al suelo y me quedé tumbado alrededor de un minuto, sin aliento, con los ojos entrecerrados mirando al cielo. Llevaba un buen rato mojado, pero si aún había una mínima parte de mí que no albergara humedad alguna, la lluvia se ocupó de ella.  
  
-¿Ya te has cansado? – preguntó Tom, dando vueltas a mi alrededor. Cuando intenté levantarme otra vez, más que sentir el dolor del estómago una molestia notable me aplastó el tobillo.   
  
-Me duele.   
  
-¿Te he hecho daño?   
  
-Me duele el tobillo. Creo que me lo he torcido un poco. – Tom soltó una risotada.  
  
-¿Te pego un puñetazo en la barriga con todas mis fuerzas y te quejas porque te duele el tobillo?   
  
-¡Tu puñetazo no me ha hecho daño! No me duele… mucho. – bueno, dolía, sí, pero cuando intenté levantarme y apoyé el pie en el suelo, sentí bastante más dolor en el tobillo. Me atravesó la pierna de arriba abajo y tuve que apoyarme en el hombro de Tom para no caerme otra vez. Tom me rodeó la cintura con una mano y me guió hasta un árbol.   
  
-¿Tanto te duele?   
  
-Un poco al andar.  
  
-Aguantas bien el dolor, Muñeco. No me extrañaría que en lugar de torcértelo te lo hubieras roto.   
  
-Si me lo hubiera roto gritaría de dolor.   
  
-No te quejas mucho cuando te pego.   
  
-Tus golpes no son gran cosa, simplemente te lo tienes muy creído.  
  
-¡Oye! Te estoy ayudando y te estoy entrenando, así que no me provoques. – me senté encima de una roca plana bajo la cual se retorcían las raíces del árbol. Aunque el agua seguía cayendo sobre nuestras cabezas, al menos la copa del árbol nos resguardaba un poco de la lluvia, que era tan potente, que hasta hacía daño.   
  
Tom se arrodilló ante mí.   
  
-¿Cuál es el pie?   
  
-Este. – alcé el pie izquierdo y Tom me agarró el talón, doblándolo un poco. – Ah…  
  
-¿Te duele?   
  
-Es que eres muy brusco.   
  
-Apenas lo he movido.   
  
-Pues a mí me duele.   
  
-Quejica.   
  
-¡Hace un momento decías que aguantaba perfectamente el dolor! ¿Ahora no?   
  
-Una vez el tobillo se me dobló hasta tocar el maléolo interno.   
  
-¿El maléolo?   
  
-Es el hueso que une el pie con la pierna. Me rasgué el tendón de Aquiles y me rompí parte del talón. – dirigí la mirada hasta su pie, por encima del hombro. No vi nada que se saliera de lo común en él y nunca había detectado ninguna cicatriz, pero claro, eso no significaba nada. Tom tenía muchas cicatrices difíciles de ver a simple vista y más, a oscuras.   
  
-¿Cómo pasó?   
  
-Estaba en el instituto, hacía frío, era invierno. El patio de juegos estaba escurridizo por la helada y teníamos prohibido acercarnos a él para jugar. Acababa de terminar los exámenes del primer trimestre y yo sólo quería salir de clase. Sobra decir que las advertencias me traían sin cuidado. Unos colegas me retaron a un partido de baloncesto y yo acepté. No llegamos al final. Cuando salté para tirar a canasta, se me escurrió el pie sobre la superficie congelada y aterricé sobre el lateral del talón. ¡Crack! La fractura sonó por todo el patio. Fue vomitivo. – entrecerré los ojos, intentando hacer sonar ese ¡crack! En mi cabeza. ¿Sería igual que cuando yo me rompí el brazo cayendo por las escaleras, justo después de mi momento de gloria? Era incapaz de recordar el dolor. Me mareaba intentando recordar la fractura abierta, el hueso astillado atravesando la piel y el músculo del brazo, la sangre a borbotones y el desmayo posterior. El dolor era insufrible.   
  
-¿Lloraste? – pregunté y Tom hizo una mueca.   
  
-No. Pero grité hasta que me quedé afónico. – abrí la boca para decir algo más, pero las rastas empapadas que le ocultaron la cara cuando bajó la cabeza para examinarme mejor captaron mi atención. Una de ellas cayó sobre mi pierna y encogí los dedos de los pies. Me hizo cosquillas. Alcé la mano y tomé una rasta entre mis dedos. La apreté. Tom no se movió, pero sabía que sentía la presión en el cuero cabelludo.   
  
-Rastas. Me parecían una manera dejada y sucia de llevar el pelo. – mi hermano alzó la cabeza. No podía ver sus ojos, pero sabía que me observaba. – Eso fue lo que creía antes de conocerte, lo que pensaba. Las rastas son asquerosas. Aún me cuesta creer que haya cambiado tanto en tan poco tiempo. – me llevé la rasta a los labios y noté su aspereza besándome.   
  
-Me las hice a los nueve años, Muñeco.   
  
-¿Por qué rastas? ¿Por qué no otro estilo, por qué no de punta o…?  
  
-Porque estaba harto de los piojos. – esa fue su cortante respuesta. – Tenía la cabeza plagada de piojos desde hacía años. No solo me picaba la cabeza, también la cara, los brazos, la entrepierna… tenía muchas infecciones en los oídos y en la orina, así que me rapé el pelo al cero y cuando me volvió a crecer lo suficiente, me hice esto. – bajó la cabeza hasta mi pie otra vez. Noté su aliento entre los dedos, frío y resignado. Apreté con más fuerza la rasta. – Tenías razón cuando pensaste que las rastas son sucias. – No. No la tenía. Lo que en aquel momento tuve solo era ignorancia y prejuicio.   
  
Nunca pensé que algún día se me pasaría por la cabeza algo parecido pero… ¡Sentí auténtica lástima por mi yo antiguo, ese que solo se preocupaba por las marcas, la popularidad, la carrera y las chicas! ¿De verdad ese había sido yo? Lo veía tan lejano, tan prescindible y ridículo. Patético.  
  
Sin darme cuenta me estaba perdiendo tantas cosas... Sentí lástima por aquellos que no las vivirían nunca. Por suerte para mí, yo las viviría a tiempo.  
  
-Quiero saberlo todo, Tom. Quiero saber el por qué de cada cicatriz de tu cuerpo, el por qué de cada acto, malvado o bueno, todas tus aventuras, tus amistades, tus novias, tus polvos, tus sentimientos de desprecio, asco u odio… quiero saberlo todo de ti. Eso y más. Cuéntame cada cruzada, cada locura que has hecho, cada batalla. – su mano ascendió desde mi talón hasta la parte interior de mi rodilla, acariciándola más que examinándola. Aunque la molestia del tobillo seguía ahí, aunque sospechaba que se avecinaba una buena hinchazón, las manos de Tom me hacían ignorar el dolor y concentrarme en el tacto de su piel sobre la mía.   
  
-¿Por qué quieres saberlo todo de mí? ¿Tan interesante te parece mi vida?   
  
-Tan interesante como para besar a la muerte. – le enseñé las cicatrices de mi muñeca, que por supuesto ya no eran un secreto para él. Prácticamente me había hecho revisiones diarias durante las dos primeras semanas para ver si seguía cortándome. Nunca me había preguntado por esa cicatriz en concreto, pero era obvio el por qué estaba ahí. Tom tenía más tacto de lo que pensaba al no mencionarlo. – Una y mil veces. – Tom ignoró mi muñeca. La apartó de un manotazo y bajó la cabeza hasta mi pie herido aun más.   
  
-¿Sabes? No me hace gracia que beses a otra persona que no sea yo, ni siquiera a la puta muerte. Así que te prohíbo que vuelvas a acercarte a ella, Muñeco. – sentí un cosquilleo en los dedos del pie y un gran ardor. Podría decir que la lluvia empezó a evaporarse a mi alrededor cuando Tom me besó justo ahí. Mi cuerpo comenzó a arder, a flamear, a temblar de puro calor. Me recliné hacia atrás sobre la roca cuando me obligó a alzar más el pie, a tensar la pierna. Me hizo daño en el tobillo por la bestialidad con la que me lo apretó y luego, lo lamió, desde el talón hasta la planta húmeda por la lluvia.  
  
No se le veía la cara, pero era imposible no detectar la lengua ascender hasta mis dedos, rozándolos con la punta de la nariz. Me hizo cosquillas y me encogí de puro morbo y bochorno, casi tumbándome por completo sobre la piedra. Fue en un segundo. Me mordisqueó los dedos de los pies, me los aplastó entre los dientes haciéndome gemir de dolor y al momento, tenía una polla dura luchando contra la tela elástica de mi bañador, rascándola con la punta, suplicando que la dejara libre.   
  
Tom jugueteó con los dedos en la boca, provocándome cosquilleos y espasmos. Yo intentaba encoger los dedos. Nunca me había tocado los pies, ni él ni nadie. ¡Nunca había pensado que ahí tenía un punto erógeno tan marcado! Y yo no fui el único que lo notó.   
  
Dejé que Tom ascendiera por mi pierna con su mano libre hasta introducirla bajo la pernera de mi bañador. Noté como iba directo allí, a la ingle y tocando esta con la yema del índice, apretó la carne del muslo que la formaba. Yo no hice más que morderme el labio y cerrar los puños, con los ojos acuosos por la lluvia. Aunque no me estaba corriendo, sentí cierta humedad cargando el largo de mi polla de una manera que me hizo derretirme un poco más. Tom empezó a rozarme ligeramente la base del pene, plana, sin un maldito pelo. ¡Argg, me sentía como un extraterrestre sin el vello!   
  
-Dura, dura, dura, dura… dura, dura, dura, dura… - le oí murmurar a Tom por lo bajo, sin dejar de mordisquearme el pie herido (aunque ya no me parecía que estuviera tan mal).   
  
-Culpa mía… no es.   
  
-Te excita que te toquen los pies… vaya… eres raro hasta en el sexo, Muñeco.  
  
-Vete a… hip… - de repente, para vergüenza mía y burla de Tom, empecé a hipar. – mierda… ¡hip! – Tom soltó una risotada.   
  
-¿Tanto te gusta? Te has quedado sin aliento Bill. ¡Qué Muñeco tan pervertido eres! – su lengua se paseó por entre mis dedos y apoyando la mano en la planta de mi pie, la excitación se evaporó dando paso a un borbotón de risas y espasmos repletos de cosquillas. Empecé a reír, a encogerme y a hipar, todo junto a la vez notando como me lamía los lugares más peligrosos, más sensibles. Me llevé la mano al estómago y empecé a caerme de la roca de la risa mientras agitaba las piernas.   
  
-¡Suél… jajaja hip… suélta… me! ¡Jajajaja! ¡Cosquillas, cosquillas!   
  
-¿Cosquillas? ¿Mi Muñeco tiene cosquillas? ¡Un punto débil por fin! Te voy a machacar, desgraciado caprichoso. – empezó a rascarme el pie sin compasión, apartando la mano de mi ingle y yo empecé a reírme tanto, que acabé en el suelo casi boca abajo, dando puñetazos sobre el suelo embarrado partiéndome de risa. Empezó a dolerme la barriga cuando me salpicó un montón de barro a la cara.  
  
-¡Tom, para, en serio… hip… parhippp! ¡Para, para, quita, quita…! ¡Me he llenado la cara de barro, jajajajajaja hip hip hip…! ¡Jajajajaja!   
  
-Eh, eh, que me vas a dar una patada en la cara, no seas marica, ¡esto por no dejarme ver el mundial de fútbol y obligarme a recogerte al trabajo en pleno partido Alemania contra España!   
  
-¡No, no, lo siento, lo hip… lo siento!   
  
-¡Súplica perdón, Muñeco, por hacerme quedar en ridículo delante de mis colegas!   
  
-¡Hip… lo siehiiip… too! ¡Tom, ya, para!   
  
-¡Soy tu Amo, no Tom, tu Amo! ¡Y vas a chuparme un pie por semejante falta de respeto!  
  
-¡Amo, para, pa hipp… jajajajaja! – de repente, las risas se acabaron, al menos por mi parte. Noté como Tom me doblaba el tobillo con brusquedad y sentí una punzada de dolor tal, que sin querer, sacudí el pie con tanta fuerza que le golpeé en plena cara. Tom retrocedió y me soltó las piernas. Yo, dolido pero más avergonzado aún, me di la vuelta sentándome en el suelo embarrado y lo miré. - ¡Tom, lo siento hip, lo siento! ¿Te he hip… hecho daño?   
  
-Grrr… - gruñó.   
  
-¡Lo siento, perdona! Ha sido sin querer. Me has torcido el tobillo y se me ha esca… ¡hiiip! … pado, de verdad que… - no podía ver bien su cara, así que aun menos su expresión. Cuando me acerqué a gatas, me agarró del brazo y me empujó hacia él. Mi mano acabó apoyada en su pecho y noté el potente latir de su corazón. Parecía el de un toro a punto de embestir un blanco en movimiento.   
  
-Eso ha dolido, Muñeco desgraciado.  
  
-No lo he hecho aposta, lo siento…  
  
-¡Ni hablar! Quiero una indemnización ¡tengo la mandíbula torcida! – exigió. No estaba enfadado. Palpé su sonrisa cuando le acaricié la mejilla y se metió en la boca mi dedo para hacer la gracia y morderlo. Le besé la mejilla donde me parecía haberle golpeado.   
  
-¿Te vale con esto?  
  
-¡No! ¡Cúrratelo más, pirata!   
  
-No me llames pirata. – le rodeé el cuello con los brazos y me acomodé entre sus piernas abiertas de rodillas. Le besé en la boca. - ¿Y con esto? – Tom jadeó.   
  
-Le falta profundidad.   
  
-¿Sí? ¿Quieres más profundidad?   
  
-¿Y qué otra cosa iba a querer? – puede que el ser hermanos gemelos no nos sirviera de mucho en algunas situaciones. No nos compenetrábamos bien a la hora de hacer la cena, cuando uno quería pasta y otro carne, ni cuando nos peleábamos por ver una película de miedo o una de acción, ni cuando teníamos que decidir qué tipo de sábanas queríamos para la cama (Tom quería un juego de sábanas de Bart Simpson y yo un modelo normal pero que fuera bien para cualquier tipo de cama) ni cuando tuvimos que tirar el viejo colchón de muelles rotos y sustituirlo por un Latex que a uno le parecía demasiado caro y a otro, ideal por la comodidad. Tampoco nos decantábamos por el tipo de vitrocerámica que queríamos para la cocina ni qué tipo de condones nos gustaba más usar (normalmente, ninguno, pero a veces no viene mal probar). Tom y yo nunca nos poníamos de acuerdo con esas cosas tan cotidianas. A simple vista no teníamos nada en común… quizás que a los dos nos volvía loco el otro.   
  
Sí. El sexo era lo único que nos hacía compenetrarnos y eso se notaba.   
  
  
YouTube -

**Capitulo 4**

-No entiendo por qué te lo has tomado tan a pecho, sinceramente. Sólo era una broma, Tom. Ha sido una gilipollez.  
  
   
  
-Sí, tú lo has dicho. Una gilipollez. No me gustan las gilipolleces y más viniendo de ti. Te estás volviendo muy graciosillo ¿no?  
  
   
  
-¡Pero si yo no he hecho nada, ha sido Ricky, te lo juro! Yo me he quedado quieto y tú le has dado mis pantalones a Scotty para que los mordiera. ¡Tengo el culo lleno de babas, mierda!  
  
   
  
-Claro, el que gasta las bromas soy yo, no tú, así que ahora jódete.  
  
   
  
-Eres un rencoroso.  
  
   
  
-¡No! ¿En serio te lo parezco? – había vuelto a caer la noche después de un intensísimo día de calor abrasador, agua fresca en medio de un paisaje de en sueño y una compañía entretenida. Ahora, con la única iluminación de las luces del coche y la escasa que daba la luna, volvíamos a casa cansados y llenos de arena, deseando darnos una ducha decente. Tom conducía con porte sereno, pero era fácil detectar el sueño en él cada vez que acercaba la mano a la palanca de marchas. Le costaba trabajo incluso moverla. Yo estaba bastante animado, aunque perezoso, vigilando la carretera con la ventana abierta refrescándome la cara quemada, porque sí… me había quemado y parecía una patata asada.  
  
   
  
-Una vez fui a un campamento de verano en Francia. Mamá me llevó para que me interaccionara y me divirtiera. Cuando volví no podía ni siquiera ponerme la camiseta de lo quemado que tenía el cuerpo. Fue horrible. Quemarte la piel en verano es asqueroso. – le dije.  
  
   
  
-¿Me lo dices o me lo cuentas? ¿Te crees que yo nunca me he quemado? Pero a diferencia de ti he aprendido la lección y uso crema. Te lo avisé cuando llegamos pero no me hiciste caso, así que se siente. Será divertido cuando te entren los picores. – miré a Tom, que apoyó la cabeza sobre su puño cerrado, fatigado con la conducción. Oí un ronquido a mi espalda y me giré para vigilar a Scotty, tumbado a lo largo de los asientos traseros, durmiendo con el cinturón de seguridad para perros enganchado a su cuello.  
  
   
  
-¿Quieres que conduzca yo? – Tom me miró de reojo, con una ceja alzada y se rió.  
  
   
  
-¿Cuánto tiempo llevas sin conducir?  
  
   
  
-Un año y medio, más o menos.  
  
   
  
-¿Por qué?  
  
   
  
-Porque… tuve un accidente.  
  
   
  
-¿Y de quién fue la culpa? – me hundí en el asiento del copiloto, juntando los dedos, un poco incómodo.  
  
   
  
-El tío se saltó un Stop.  
  
   
  
-¿Seguro?  
  
   
  
-Bueno, había una intersección y yo no vi la señal de no preferencia, el tío no vio la señal de Stop y chocamos. En los juzgados me echaron la culpa a mí, porque fue mi coche el que golpeó al suyo. ¡Pero no lo habría golpeado si no se hubiera puesto en medio!  
  
   
  
-¡Qué bestia, Muñeco! ¿Te hiciste daño?  
  
   
  
-Se me rompieron las gafas de sol por culpa del airbag y el cinturón casi me secciona el cuello. A parte de eso… ¡la tarta de cumpleaños de Natalie salió disparada y se estrelló contra la luna del coche! Fue un desastre.  
  
   
  
-Hum… Natalie… - me mordí el labio, consciente de que había metido la pata, pero Tom no soltó ningún comentario.  
  
   
  
-¿Sabes que fue Natalie la que dio la señal de alarma? Fue ella la que le dijo a todo el mundo que éramos hermanos. – le había contado algunas cosas a Tom sobre los últimos meses de vida en Hamburgo, pero muy poco. No me gustaba indagar en ese tiempo oscuro, lleno de melancolía y patetismo por mi parte. Pero sobre Natalie no había dicho nada, al menos que yo recordara.  
  
   
  
-¿Fue ella? ¿Por qué no me extraña? – me encogí de hombros.  
  
   
  
-No le guardo rencor. Ya no recuerdo… no me acuerdo de su cara.  
  
   
  
-Lástima… cuando la vea se la deformaré.  
  
   
  
-¡Tom!  
  
   
  
-Tiene una carita tan bonita como la tuya y eso no puede ser. Además… se la tengo reservada a ella y a varios más. Si vuelvo alguna vez, será lo primero que haga porque sí, soy rencoroso. – bueno, eso no era ninguna sorpresa para mí.  
  
   
  
Me tensé al oírle hablar de una venganza cercana cuando pisara Hamburgo y recordé el monólogo interior que había practicado durante todo el día sobre el tema. Estaba gratamente sorprendido al ver que Andreas no había mencionado palabra sobre mi conversación con Derek y había decidido que era una oportunidad para hablarlo con Tom tranquilamente, puestos a ser sinceros. No quería arriesgarme a que mi hermano se enterara por terceras personas porque eso era lo que siempre pasaba en las historias. Hay una insinuación de infidelidad que la pareja en cuestión no se cuenta por no preocupar al contrario y dicha insinuación siempre se acaba descubriendo. Resultado… gran pelea por desconfianzas y mentiras. No quería que eso ocurriera entre nosotros, así que durante todo el día había estado pensando en cómo contarle lo de la llamada.  
  
   
  
No había encontrado una salida convincente.  
  
   
  
-¿De verdad no quieres que conduzca yo? Pareces cansado. – Tom sacudió la cabeza de un lado a otro. Las rastas recogidas nuevamente apenas se movieron y sin apartar la mirada de la carretera, contestó.  
  
   
  
-Es de noche, el camino es estrecho y este coche es un todoterreno. No es como conducir un BMW o…  
  
   
  
-El mío era un Ferrari. – Tom me miró con los ojos como platos.  
  
   
  
-¿Estrellaste un Ferrari? Tú… tú eres… ¡Malditos niñatos pijos! ¡Un Ferrari! ¿De qué color era?  
  
   
  
-De color rojo. – asentí, muy orgulloso de mi criterio para los automóviles.  
  
   
  
-¡Mi novio ha estrellado un puto Ferrari rojo! ¡Eres un maldito asesino, Bill!  
  
   
  
-Oye, que un Cadillac también es increíble.  
  
   
  
-Nunca he tenido un accidente con mi Cadillac, jamás.  
  
   
  
-Claro, conduciendo a ochenta por hora…  
  
   
  
-Es un carril estrecho de noventa, no me jodas.  
  
   
  
-¿Todavía sigues cabreado por lo de esta mañana? – pregunté y Tom dejó las lamentaciones sobre coches y accidentes para expresar un enfado repentino, cerrando la boca súbitamente. Adiviné que eso era un sí.  
  
   
  
Esa mañana había intentado enseñarle a nadar. No sólo había sido un fracaso total, sino que además había dado como resultado una broma de lo más tonta. Tom se había mostrado reacio a entrar en el agua desde el primer momento, poniendo excusas cómo lo fría que estaba el agua o las piedras que había en la orilla, y cuando logré que entrara hasta que le cubrió poco más de la cintura, le enseñé a patalear con pies y manos. Patalear se le había dado bien, al igual que flotar… hasta que aparecieron Ricky, Black y Kam. Yo los vi bucear hacia nosotros mientras Tom pataleaba agarrado a mí, pero no se lo dije por no romper su concentración. ¡No me esperaba para nada que le agarraran de las piernas y le hundieran durante casi un minuto en el agua mientras lo arrastraban lago adentro para hacer la broma! Cuando salió a la superficie, se puso rojo de rabia, salió del agua sin decir una palabra entre las risas de los demás (yo también reí un poco, tengo que reconocerlo) y arrancó la rama de un árbol a base de patadas y puñetazos. Incluso cogió la navaja del coche y peló la rama de tal manera, que la convirtió en una especie de lanza corta y mal hecha, capaz de atravesar a alguien como un pincho moruno. ¿Qué hizo después? Se sentó en mitad de la playa a esperar a que saliéramos y cada vez que intentábamos salir del agua, venía a por nosotros con el palo afilado encima, dispuesto a hacernos mucha, mucha pupa. Ricky, Black, Kam y yo estuvimos un total de tres horas y media en el agua, intentando salir sin ningún éxito ni siquiera para comer o ir al baño. Tuvimos que aguantar las burlas de Tom cuando cogió nuestra ropa de muda y se la dio a Scotty, Zansha y Duncan para que jugaran con ella a base de dentelladas y garras.  
  
   
  
Fue una putada… ¡y más para mí, que no había tenido nada que ver! Me puse como un tomate. Tom no me dejó salir ni siquiera para echarme crema. ¡Era cruel como él solo! Al final, conseguimos salir a la hora de la siesta, cuando se durmió en la arena, pero nada más poner un pie en tierra seca, Tom abrió los ojos, pegó un bote del suelo y se nos echó encima. Nosotros echamos a correr con mi hermano detrás, dando casi la vuelta al lago, ¡fue todo un espectáculo! Yo caí primero. Tener el tobillo torcido no es algo divertido en plenas vacaciones, aunque no fuera nada grave.  
  
   
  
A Tom no se le fue el enfado en todo el día, ni siquiera cuando me acerqué a él en plan meloso y le pedí que me echara crema en la espalda. Me echó el bote entero y luego se dedicó a darme palmadas bestiales que me dejaron marca. El único momento del día en que pareció más amigable fue durante la inesperadísima confesión de Kam. Genial.  
  
   
  
Todos, mientras recogíamos las cosas para volver a casa, excepto Tom, que tumbado en la arena me chantajeó para que yo recogiera solo y lo metiera en el coche con todo su rencor, (¡y es realmente difícil cargar con tantas cosas con un tobillo torcido!) recibimos una noticia inesperada. Heidi y Kam se habían ido a dar una vuelta y cuando volvieron, se sentaron en la orilla del lago, muy acaramelados. Al cabo de un buen rato más en el que nos planteamos irnos sin ellos, cada uno por su lado, oímos el grito estridente de Heidi.  
  
   
  
Observamos como la hermana de Ricky y Sabela daba saltos de alegría alrededor de Kam, le abrazaba, se le tiraba encima y le daba besos por toda la cara mientras el peligroso miembro de la banda se reía como un loco enamorado. Cuando volvieron con nosotros, con Heidi gritando y casi llorando, agarrada de la mano de Kam, gritó a sus hermanas como una histérica:  
  
   
  
-¡Iaaaaahh! ¡Me voy a morir, me voy a morir, me muero! ¡Iaaaahh! ¡Chicas! ¡ME CASO! – todos los allí reunidos nos quedamos con la boca abierta. Ricky y Sabela empezaron a gritar cuando Heidi les enseñó un bonito anillo de oro, simple, pero brillante alrededor de su dedo. Tom se levantó de un salto y con una sonrisa enorme, se acercó a Kam y estrechó su mano.  
  
   
  
-¡Enhorabuena, desgraciado! – luego le dio un abrazo bestial, igual que todos los chicos, que se le tiraron encima como animales hasta que se cayó al suelo y todos rodaron por él. Me recordó a los futbolistas ganadores de un gran partido, abrazándose y gritando por el último gol. Incluso Andreas, que se había mostrado tan distante con ese moratón bajo la nariz, participó en el aplastamiento del recién prometido. Kam reía y gritaba que quería a Heidi. Me sorprendió su cordura, su felicidad, su sonrisa.  
  
   
  
Yo me quedé quieto, sintiéndome excluido. De alguna manera sabía que no pertenecía a ese círculo amistoso en el que se habían sumergido todos los chicos. No sabía qué hacer y me sentí avergonzado por ello, pero también feliz. Me abracé el pecho y pensé “Nunca lo habría imaginado. Stuttgart no parece un lugar en el que pueda crecer ningún tipo de amor hasta este extremo, pero… vaya, no debe ser algo fácil llegar hasta aquí.” Suspiré y me reí al verlos retorcerse por el suelo. Andreas y Tom se miraron durante un escaso segundo y se rieron como si no hubiera pasado nada entre los dos. Al fin y al cabo, eran grandes amigos ¿no?  
  
   
  
Entonces, Heidi se me acercó.  
  
   
  
-Necesito tu ayuda, Bill.  
  
   
  
-¿Eh? ¿La mía? – miré a las tres chicas con sorpresa. Ricky parecía histérica, haciendo tonterías con el brazo de Sabela.  
  
   
  
-Tú eres un chico refinado ¿verdad? – preguntó ella. Yo no supe qué decir.  
  
   
  
-¿Refinado?  
  
   
  
-¡Eres de los altos, de Hamburgo! Seguro que sabes qué es lo último en trajes de boda, joyas, banquetes, procedimientos…  
  
   
  
-Ehm… pues…  
  
   
  
-¿Sabes las reglas de protocolo y etiqueta? – supuse que se refería a los modales en una mesa, los trajes de la boda, las invitaciones, la comida que se serviría y todo lo demás. Me llevé una mano a la cabeza. Sabía todas esas cosas de primera mano. Mi madre me había enseñado esos refinamientos que hoy en día usaba muy poca gente de la clase alta para varias ocasiones puntuales, pero yo apenas los había usado, aunque los recordaba vagamente.  
  
   
  
-Sí, pero…  
  
   
  
-¡Nada de peros! Tú vas a ayudarme con los preparativos ¿verdad, Bill? – Heidi me agarró las manos y las estrechó entre las suyas, con una sonrisa enorme. ¿Qué se suponía que debía decir? Así que un poco avergonzado, asentí con la cabeza. Ella se me enganchó del cuello y me dio un tremendo beso en la mejilla. - ¡Ainss, si es que eres tan adorable! – no pude evitar ruborizarme.  
  
   
  
-¡Eh, eh, cuidado nena, que Tom te mata como te pases con su hombre! –gritó Hippie y me ruboricé aún más.  
  
   
  
En lugar de oír quejas o insultos, sólo oí más risas. Tom me miraba con una sonrisita pillina desde el suelo.  
  
   
  
Después de eso, estuvimos un buen rato más charlando muy excitados sobre la boda y luego, cada cual a su coche para regresar a casa. Heidi me había dado su número de teléfono para llamarme pronto. Quería que la ayudara a escoger fecha para la boda. Me preguntaba si la harían por lo civil o por la iglesia. Personalmente, prefería lo civil, pero claro, estaba la tentación del vestido de novia, el ritual del cura y demás. Todo era mucho más romántico así.  
  
   
  
-Entonces ¿sigues enfadado? Yo no hice nada y ya tomaste venganza con las tres horas y media que nos tuviste acorralados en el agua. – me quejé, de vuelta al coche. Tom bostezó, pasota.  
  
   
  
-¿Prefieres una boda civil o por la iglesia? – preguntó.  
  
   
  
-¿Tú también estabas pensando en eso? – él se encogió de hombros. – Por la iglesia es más bonito, pero me sentiría un poco hipócrita. De todas formas puede que Heidi piense otra cosa y…  
  
   
  
-No me refería a la boda de Heidi y Kam, sino a la tuya. – le miré con una ceja alzada. Tom ni se inmutó. Parecía hablar muy en serio o, al menos, sin mostrar mucho interés por el tema. ¿Para qué preguntaba entonces?  
  
   
  
-No creo que me case nunca, Tom.  
  
   
  
-¿Por qué no?  
  
   
  
-¿Tú quieres que me case?  
  
   
  
-Si quieres casarte…  
  
   
  
-No puedo casarme contigo. – aclaré y él se rió. - ¿Por qué te ríes?  
  
   
  
-Me gusta lo que has dicho.  
  
   
  
-¿Qué no puedo casarme contigo?  
  
   
  
-Tienes pensado estar mucho tiempo conmigo ¿no?  
  
   
  
-¿Tú no?  
  
   
  
-No me hagas decir más cursiladas. ¿No tuviste suficiente anoche? – me mordí el labio para reprimir una sonrisita tonta. Miré el reloj digital del coche. Eran las doce y media.  
  
   
  
-Anoche no. Antes de anoche. Ha pasado un día entero. – Tom frunció el ceño entre sorprendido e incrédulo.  
  
   
  
-¿Cómo? ¿Hemos pasado un día entero sin hacerlo? Imposible.  
  
   
  
-Lo hemos hecho.  
  
   
  
-¡No! Me estás mintiendo.  
  
   
  
-En serio. – puso los ojos en blanco un momento e hizo una mueca pensativa con la boca. Luego, giró la cabeza hacia mí, muy decidido.  
  
   
  
-Hay que poner remedio a eso ahora mismo… sácatela.  
  
   
  
-¿Qué?  
  
   
  
-¡Sácatela! – negué con la cabeza, más por corte que por precaución.  
  
   
  
-No. Te vas a distraer.  
  
   
  
-No me distraigo.  
  
   
  
-Tom…  
  
   
  
-Venga. Quiero verla. – el jueguecito me puso nervioso y eché la cabeza hacia atrás, a los asientos traseros. Scotty seguía dormido, ocupando todo el espacio con su enorme cuerpo. Por supuesto y aunque fuera de día, nadie podría ver nada a través de los cristales tintados. Yo tampoco veía gran cosa por la oscuridad, así que encendí la luz interior del coche. Me subí el cinturón de seguridad hasta la barriga y me desabroché los pantalones. Tom miraba alternativamente a mí y a la carretera. Entonces, me bajé los bóxers hasta por debajo del culo y dejé que dirigiera la mirada hacia la carne recién descubierta.  
  
   
  
-Ya la has visto.  
  
   
  
-Quiero que me salude.  
  
   
  
-¿Qué te salude? No seas idiota.  
  
   
  
-Sacúdetela.  
  
   
  
-No.  
  
   
  
-Bill… por favor… soy un conductor fatigado. Necesito distraerme para mantenerme despierto o me dormiré y nos mataremos. ¿Es que no lo estudiaste en la autoescuela? Cuando el conductor esté fatigado y tenga a alguien de copiloto, este debe distraerle con una conversación amena, gritos de todas clases, pajas varias, etc, etc. – negué con la cabeza aguantándome la risa y Tom hinchó las mejillas.  
  
   
  
-Creo que me salté ese párrafo.  
  
   
  
-¿Y cómo aprobaste el examen de conducir? ¡Es de manual! – me subí los bóxers hasta ocultar otra vez el “asunto” y luego, apagué la luz interna del coche. – Ohh… se acabó el espectáculo. – se quejó él. Entonces cerré la ventana y suspiré hondo mientras introducía la mano bajo la tela de mis bóxers. Hice que mi cuerpo se arrastrara hacia abajo, subiendo los pies al salpicadero y apoyé la cabeza sobre el reposa espaldas del asiento. Luego, cerré los ojos intentando buscar una motivación ficticia.  
  
   
  
Pensé en el barro, en la tormenta, en la lluvia, los rayos y truenos, el olor a bosque y a mar, el del sudor, el sonido casi mitigado de la húmeda penetración, las caricias de las rastas sobre mi espalda, las marcas de los dedos de Tom aplastándome la cintura… el olor a semen era intenso.  
  
   
  
-Oh… - empecé a endurecerme, recordando y acariciándome el pene con los dedos. Lo expuse fuera de la ropa interior y seguí hasta conseguir una erección notable que sobé, sin más, concentrándome en la punta hinchada. – Ah…  
  
   
  
-Bill, ¿qué haces? – preguntó Tom en voz baja. La oscuridad no le daba muchos detalles de mis actos.  
  
   
  
-¿Por qué no le echas imaginación? – sugerí y seguí meneándomela con más énfasis, alzando un brazo y agarrándome al reposacabezas, clavé las uñas en él.  
  
   
  
Bosque, barro, árboles tenebrosos, oscuridad, luna, cama, chirrido de muelles, la madera de la mesa del salón, la mampara de la ducha, baños públicos, cine, pared, callejones, ascensores, cuarto oscuro… ¿en cuántos lugares lo habíamos hecho Tom y yo? Me faltaban unos pocos.  
  
   
  
-Umm… - no estaba lo bastante excitado como para gemir tan alto. Aunque la tenía dura, me la masajeaba con cierta represión. Gemía buscando una reacción en Tom, que pendiente de la carretera no se dignaba a mirarme. Me ignoraba y eso me molestó. Aumenté el ritmo de mi mano sobre la hinchada erección y gimoteé más fuerte, de una forma totalmente exagerada. Tom no se inmutó, pero vi como se saltaba una señal de Stop. – Tom… te has saltado un Stop.  
  
   
  
-Cállate. – obedecí. Con la ventana cerrada hacía un calor de mil demonios. Quería quitarme la camiseta y me la subí hasta las axilas cuando vi en el velocímetro como mi hermano subía de ochenta a noventa y de noventa a cien, y siguió apretando el acelerador.  
  
   
  
-Tom, ve más despacio, que hay muchas cur…  
  
   
  
-Cállate. – aminoró la velocidad, pero yo ya había notado la ronquera de su voz y me reí. Me desabroché el cinturón de seguridad y me bajé la camiseta de nuevo, subiéndome los pantalones un poco, pero sin abrochármelos. Me incliné, poniéndome de rodillas sobre el asiento. Alargué una mano y la introduje entre sus piernas. Tom dio un salto. – Bill… - jadeó.  
  
   
  
-Así que por eso estás tan gruñón.  
  
   
  
-Me estás distrayendo.  
  
   
  
-¿No decías que no lo haría? – pegué los labios a su sien y a tientas, busqué el lóbulo de su oreja. Lo mordisqueé a la vez que frotaba mi mano contra su entrepierna.  
  
   
  
-Buff… - bufó.  
  
   
  
-¿No te gusta?  
  
   
  
-Si llevara a una puta en tu lugar, no me importaría lo que esta hiciera. Pero si nos estrellamos, mi Muñeco se va a matar. - ¡Ooh, qué meloso era a veces, y lo mejor era que él no se daba ni cuenta de las palabras tan bonitas que soltaba por la boca! Tom era como un niño. Podía decirle miles de palabras de amor a una chiquilla sin saber exactamente lo que significaban y no se sentiría avergonzado por ello. Claro, un niño no sabe qué significaba la palabra amor en toda su extensión.  
  
   
  
-Si yo me mato, tú también. – besándole la oreja, descendí hasta el cuello tirando de uno de los tirantes de su camiseta hacia abajo para hacer sitio a mis labios. Tom se dejó, estremecido.  
  
   
  
-Te vas a enterar cuando lleguemos a casa. – amenazó.  
  
   
  
-Se te pone la voz muy grave cuando estás tan excitado.  
  
   
  
-A ti se te pone peor.  
  
   
  
-Ah, ¿sí? - apreté su entrepierna y Tom se quejó con jadeos angustiosos. Decidí ser más travieso, soltar el botón de su pantalón y tocar su bajo vientre, avisándole del siguiente movimiento. – Nunca te he visto poner tantas pegas a la hora de hacerlo. Es más, nunca te he visto quejarte. – echó el cuello a un lado y dejó que le besara el hombro desnudo. – Dime Tom, Amo… ¿te gusta mi voz así de ronca? ¿De verdad te gusta? Sale de mi boca, ¿lo ves? De mis labios. Si quieres puedo hacértelo con ellos. – él, como respuesta, pasó de jadear a gruñir como un animal cuando metí la mano bajo sus bóxers y con lentitud, los abrí y los hice bajar lo justo para encontrarme con una tiesa sorpresa. Le di un beso en la comisura de los labios antes de hacer descender mi cabeza hacia aquella jugosa carne que me esperaba, lista para ser engullida. La rodeé con los dedos y abrí la boca para saborearla… Pero fui lanzado hacia atrás.  
  
   
  
No. En realidad no sé hacia donde fui lanzado, sólo sé que de repente el coche dio un giro brusco que me catapultó hacia delante, me hizo chocar contra el salpicadero y luego, con un fuerte frenazo, me lanzó hacia atrás.  
  
   
  
No sé cómo, acabé encima de Scotty, despatarrado en el asiento trasero con un dolor tremendo en la espalda y la cabeza y un perro cabreado gruñendo y ladrando encima de mí, alterado por el brusco movimiento. Con los ojos como platos, observé, aturdido, siendo aplastado por los cincuenta kilos de Scotty, como Tom accionaba el freno de servicio y dejaba el coche quieto.  
  
   
  
-¿Lo ves, Muñeco? Si hubiera venido un coche de verdad, tú habrías salido volando a través del cristal. Jodido ¿no? Menos mal que no venía ningún coche y yo soy un excelente conductor. Deberías darme las gracias. Espero que a partir de ahora lleves siempre el cinturón de seguridad. – giró la cabeza hacia mí y con los ojos brillantes, sonrió maliciosamente, dejándome boquiabierto. ¿Había hecho semejante maniobra peligrosa solo para que me pusiera el cinturón de seguridad? ¡Pero si casi me mataba del susto el muy loco!  
  
   
  
-Pero ¿tú estás tonto? ¡Casi me mato, anormal! ¡Pedazo de idiota, capullo, obseso, desconsiderado…! – grité, pero no de rabia por el bandazo, sino más bien por la vergüenza. Me ardían las mejillas cuando intenté levantarme y Scotty me pisó la cara con una de sus patas. - ¡Olvídate de lo de esta noche!  
  
   
  
-¿Por qué? ¿Se te ha encogido del susto, nene?  
  
   
  
-¡Vete a la mierda! – y riéndose, arrancó el coche otra vez, volviendo a la carretera con un derrape que me mandó al suelo del coche.  
  
   
  
Cuando conseguí trepar hasta los asientos traseros, me puse el cinturón de seguridad y me agarré a Scotty, por si acaso a Tom le daba por hacer otro giro peligroso. ¡Menudo loco tenía al volante! Me llamó payaso un par de veces y si le contestaba de mala gana, pasivo agresivo. Tuve ganas de darle un buen golpe en la cabeza, pero no me fiaba. Podía salir despedido por la ventana cerrada.  
  
   
  
Stuttgart estaba a escasos veinte kilómetros y yo, al igual que Scotty, recuperé el sueño. Tom y yo nos callamos entonces, cansados por el viaje. Cerré los ojos y me dejé llevar por el sueño el resto del camino. Me despertó el móvil de mi novio/hermano/loco suicida a los cinco minutos, cuando ya divisaba las luces de la ciudad a lo lejos. Tom, creyéndome dormido, se llevó el móvil a la oreja y contestó en voz baja.  
  
   
  
-¿Sí? – murmuró. Yo bostecé, acariciándole la cabeza a Scotty, que se había rendido al sueño otra vez. – Estoy cerca, ¿por qué? – respondió Tom. Estuve a punto de avisarle de que si nos paraba la policía le pondrían una buena multa por conducir con el teléfono en la mano, pero pude notar una tensión repentina en el ambiente que me hizo callar. - ¿Te has vuelto loco? No pienso patrullar esta noche, estoy hecho polvo… ¿qué? – preguntó y su tono, sin pizca de gracia, me puso los pelos de punta. - ¿Estás seguro? – la voz misteriosa contestó un rotundo “¡sí!” que llegó hasta mis oídos. – Dame unos minutos. Dejo a Bill en casa y voy hacia allí. – colgó.  
  
   
  
Malas noticias, estaba seguro. No quise preguntar y no pude hacer más que sumergirme en una duermevela angustiosa. Creo que llamaron 2 veces más, pero no oí la conversación. Tom hablaba demasiado bajo y yo estaba demasiado cansado como para preguntar algo que estaba seguro que no me diría. Así era él. Las cosas de la calle, las malas, se quedaban en la calle y yo me enteraba por segundas personas de que la noche anterior, Tom se había metido en medio de una pelea para detener a los borrachos Encadenados que se daban botellazos o que había echado a patadas a una pandilla que se estaba pasando de lista con algunas prostitutas y chicas alegres. Tom nunca hablaba de ello a no ser que yo preguntara directamente sobre el tema, y esa vez no iba a ser una excepción.  
  
   
  
Me desperté más tarde, a base de sacudidas y cuando abrí los ojos, no noté el movimiento del todoterreno. Al ver la puerta de los asientos traseros abierta y a Tom asomado por ella, sacudiéndome para que despertara, supe que habíamos llegado. Me situé en el garaje donde el coche y la moto siempre esperaban a su dueño y, adormilado, hice amago de salir, pensando en la cantidad de cosas que debía llevar hasta casa, la comida y el agua que debía cambiarle a Bagoas y a Hamtaro y el orden que debía establecer entre el perro y el gato para poder irme a la cama tranquilo.  
  
   
  
Tom no me dejó salir. Se quedó quieto, tapando la salida con su cuerpo y yo le miré, bostezando. Estaba muy serio y por el grosor del cuello y la mandíbula apretada, más rígido todavía.  
  
   
  
-Bill, tienes que hacerme un favor. – dijo. Yo pestañeé.  
  
   
  
-¿Qué?  
  
   
  
-Tienes que quedarte en el coche hasta que vuelva. Quieto, agachado, callado y hacer como si no hubiera nadie, ¿de acuerdo? Como si no hubiera nadie. – busqué la menor señal de diversión en su tez, algo que me indicara que bromeaba, pero no encontré nada.  
  
   
  
-¿Pasa algo? Estás muy serio.  
  
   
  
-Haz lo que te digo. No salgas del coche pase lo que pase hasta que yo vuelva y si no regreso en cinco minutos, arranca el coche y sal cagando leches de aquí hacia arriba, hasta los barrios altos ¿vale? – no contesté enseguida, estremecido por ese tono tan autoritario.  
  
   
  
-Tom, me estás asustando ¿qué pasa? – él no contestó. Dejó las llaves del coche sobre mis rodillas, le acarició la cabeza a Scotty y cerró la puerta de un portazo. Lo vi salir del garaje, agachándose para coger una barra de hierro que siempre guardaba al lado de la moto y con la navaja de mango negro brillando con el reflejo de la única farola que funcionaba en aquel puñetero barrio, se dirigió hacia nuestra casa.  
  
   
  
Entonces lo vi. La puerta estaba abierta de par en par. Las luces, apagadas. Alguien había entrado.  
  
Scotty se despertó y bostezó. Su aliento canino me quitó la somnolencia de golpe.  
  
   
  
-Mierda. – espeté. Tom entró en casa con la barra de hierro sobre el hombro y yo me atraganté con mi propia saliva de puros nervios. Cinco minutos. Si no volvía en cinco minutos debía arrancar el coche y salir de allí a toda pastilla.  
  
   
  
Ni en broma.  
  
   
  
El corazón se me puso en la garganta mientras imaginaba las miles de cosas que podrían hacerle a Tom ahí dentro. El ladrón o lo que fuera, podía tener una pistola y pegarle un tiro en la cabeza nada más verlo. Podían hacer explotar la casa con él dentro, agarrarle por la espalda y apalearle entre tres, rajarle el cuello, todo ello en cinco minutos o menos. Lo imaginé. Lo sentí. Tom herido, Tom sufriendo, Tom gritando pidiendo una ayuda que no llegaba, gritando mi nombre y yo a salvo en el coche, tan tranquilo.  
  
   
  
Me quité el cinturón de seguridad y solté a Scotty, que me siguió sin apenas hacer ruido. Con las llaves en la mano, cerré la puerta del coche y busqué entre los trastos del garaje algo que me pudiera servir para defenderme. Otra barra de hierro o una navaja más habrían estado bien, pero no encontré nada de eso. Lo que había en el maletero era demasiado pesado y las cadenas para las ruedas en caso de gran nevada hacían mucho ruido. Mordiéndome el labio, fui hasta la moto. Apoyados sobre la rueda delantera había dos cascos, uno mío, el más nuevo y otro de Tom, más viejo con el dibujo de un increíble dragón en la parte frontal. Agarré el mío y con él como única arma además de la compañía de Scotty, me dirigí hacia mi propia casa. El perro se estiró sobre la carretera antes de echar a andar tras de mí, tan sobrado y seguro de sí mismo como su segundo dueño. Parecía decir “De acuerdo, de acuerdo, ya voy. Me los zamparé de un mordisco, cosa que tú no sabes hacer, inútil.”  
  
   
  
¡Argg, esa era mi décima pelea callejera y no me hacía la menor ilusión tenerla! Pero si Tom estaba en peligro los golpearía con el casco en la cabeza hasta dejarlos muertos. Preparé los puños estirando los dedos y el brazo antes de cerrarlos, tal y como mi hermano me había enseñado a hacer y apretando fuertemente el caso, entré en casa de puntillas. Al atravesar la puerta abierta descubrí que estaba intacta. No habían entrado por allí, tenía demasiados cerrojos y era blindada. Tom sabía de eso más que nadie. Me pregunté por dónde se habían colado entonces, ya que todas las ventanas tenían barrotes de hierro puro.  
  
   
  
De repente, dándome un susto de muerte, Scotty gruñó y se agazapó, con el lomo erizado. Observé como encogía las patas y enseñaba los dientes, dispuesto a saltar sobre una presa.  
  
   
  
-¿Hay alguien, Scotty? – pregunté, pero el perro no me respondió (obviamente). Algo correteó como una sombra entre la oscuridad del pasillo, saltó, chillando con un timbre agudo. Yo pegué tal bote que casi me golpeo la cabeza con el techo y retrocedí, moviendo el casco de un lado para otro cuando fuera lo que fuera eso, se me enganchó en la camiseta. - ¡Arrg! – grité. ¡Me clavó las zarpas! Scotty ladró como un loco y yo me sacudí intentando quitarme esa cosa de encima… Hasta que me di cuenta de que era peluda y que no chillaba, si no que maullaba con fuerza. Era mi gato. - ¡Bagoas! Joder, qué susto me has dado, maldita sea.  
  
   
  
-¡Miauuuu! – el gato maulló y trepando por mi camiseta, apoyó las patitas sobre mi cuello y me lamió la cara con esa lengua tan pequeña. Le hice un gesto a Scotty para que dejara de ladrar y el perro obedeció, no sin seguir gruñendo entre dientes.  
  
   
  
-¿Te han hecho algo, bolita de pelos? ¿Estás herido? – el gato siguió lamiéndome la cara, contento de verme. Se le notaba intranquilo y dejé que se agazapara contra mi pecho mientras le acariciaba la cabeza. – Eso es. Ya está, ya ha pasado to…  
  
   
  
-¿¡No te he dicho que te quedaras en el puto coche!? – me sobresalté. Tom, frente a la puerta del baño, me observaba con ojos furiosos. - ¿Es que eres tan idiota que no entiendes algo tan simple como eso?  
  
   
  
-Ah. Me has asustado. – le observé, buscando algún indicio de pelea, pero no encontré nada. Luego me detuve a observar el extraño panorama que me rodeaba. No me había percatado antes de esas enormes grietas que cruzaban la pared del pasillo de parte a parte. - ¿Qué es esto?  
  
   
  
-Te dije que no salieras del coche.  
  
   
  
-Lo siento, estaba preocupado, pero… - busqué el interruptor. En su lugar solo encontré un enredo de cables que sobresalían de un agujero oscuro. - ¿No hay nadie?  
  
   
  
-No. Se han ido hace tiempo. – gruñó. ¡Ya se había vuelto a cabrear! – Han entrado por la ventana de la cocina.  
-Pero si tiene barrotes.  
  
   
  
-Los han cortado con algo muy afilado. Una sierra eléctrica tal vez. – Tom entró en el salón. Yo fui detrás de él, apretando a Bagoas contra mi pecho. No sabía quién de los dos estaba peor, si el gato o yo.  
  
   
  
-¿Se han llevado algo? – pronto comprendí que la pregunta adecuada no era el qué, si no por qué. Me horroricé cuando vi todo aquel estropicio: el sillón rasgado, destrozado y volcado sobre el suelo, la estantería rota, como si se hubieran dedicado a darle martillazos hasta convertirla en docenas de largos trozos de madera que se esparcían por toda la sala. Los pocos libros que teníamos con las hojas arrancadas, la televisión estaba en el suelo, boca arriba y con la pantalla hecha añicos. Restos del DVD y la Play Station 2 se escondían tras las sobras de cuadros, cristales, de suelo levantado y azulejos rotos. Las lámparas que colgaban del techo ya no estaba ahí. En su lugar sólo había cables, como si las hubieran arrancado de cuajo. La mesa donde comíamos era irreconocible. Varios lugares de la pared estaban hundidos y mostraban enormes boquetes oscuros. Las cortinas de las ventanas, rajadas y desaparecidas. Los muy bestias habían tirado la puerta de la cocina y del salón abajo y Tom observaba con ojos luminosos los restos de los cristales con graciosas flores pintadas en ellos, indistinguibles. Tom tenía apego por esa puerta. Helem había sido la que había elegido aquellos dibujos acristalados que al recibir la luz del sol, hacían aparecer el arcoíris.  
  
 **Continuación cap.4**

En la cocina, la escena no era mucho mejor. Habían destrozado la vajilla, reventado cajones y puertecillas, el microondas, la tostadora, la máquina de café, la vitrocerámica, el frigorífico y el congelador, la comida estropeada y podrida después de tanto tiempo expuesta a temperaturas demasiado altas. Cada ventana se había quedado sin cristal, rota desde dentro, salvo la de la cocina, que la habían hecho estallar por fuera. Encontré uno de los pantalones de Tom sobre el frigorífico. Estaba rasgado. Cuando entré en nuestro cuarto, creí que me moriría de pena al ver la ropa arruinada de cada uno de nosotros. Lo único que habían dejado entero era el calzado que yo guardaba bajo la cama. Por lo visto, no habían mirado allí abajo. Aún así, el nuevo colchón de latex que tanto nos había costado y que aún estábamos pagando ya no era un colchón. Ahora era un revoltijo de jirones y muelles sueltos. Las puertas del armario empotrado se tornaban peligrosas por las astillas picudas. No me molesté en abrirla para ver su interior.  
  
   
  
-Maldita sea. – rugió Tom a mi espalda.  
  
   
  
-Son unos malditos cabrones. – me entraron ganas de llorar al ver semejantes desperfectos en nuestro nido. ¡Pero cuantas horas me había pasado limpiándolo y ordenándolo para dejarlo perfecto! Varias lágrimas me asaltaron los ojos, pero sacudí la cabeza para reprimirme.  
  
   
  
-Oh, no… ¡Mierda! – al entrar en el cuarto Tom perdió la compostura y abrió el armario empotrado de un golpe. Se dejó caer al suelo y maldiciendo en voz baja, sacó aquel instrumento que tanto trabajo me había costado conseguir, lo que quedaba de la guitarra Gibson que le había regalado la Navidad pasada. Verla me bastó para saber que el daño era irreparable. Si no fuera por los colores de la misma ni siquiera la habría reconocido. – Hijos de puta… ¡Voy a matarlos! – estalló, apretando el mástil en una mano y arrojándola al suelo tras unos segundos de pura rabia. – Mi regalo de Navidad…  
  
   
  
-Tom, da igual. Ya compraremos otra.  
  
   
  
-No, no da igual. Era mi regalo.  
  
   
  
-Ya apenas la tocabas. – añadí. Desde que había llegado a Stuttgart no había visto ni una vez tocar a Tom, aunque eso sí, la guitarra siempre estaba limpia de polvo o alguna suciedad, siempre intacta.  
  
   
  
-Tú estás trabajando cuando la cojo. Estaba componiendo algo nuevo… y me gustaba. – esa respuesta me impresionó muchísimo. ¡No me lo había dicho! Pensaba que había perdido el interés en ella y eso me hacía sentir como un fracasado.  
  
   
  
-Tom…  
  
   
  
-Han entrado buscando algo, tal vez el dinero de la panda. Suerte que se lo entregué a Kam hace poco para que lo guardara. Una semana antes y se lo habrían llevado.  
  
   
  
-¿Cómo sabes que han entrado buscando algo? – Tom me miró. Había entristecido. No recordaba haberle visto tan apagado desde hacía mucho.  
  
   
  
-Las ventanas tienen barrotes y hay muchas casas por los alrededores que no los tienen, ¿por qué tomarse la molestia de estar media hora serrando hierro cuando con mucha más facilidad podrían haber entrado en otra casa? Lo que más me jode es que es precisamente a mí, al Capitán al que han entrado a robar. Está claro que buscaban algo, no sé el qué, pero todo estaba preparado.  
  
   
  
-A simple vista parecen haber entrado más para tocar las narices que para… Tom…  
  
   
  
-¿Qué?  
  
   
  
-¿Qué es eso? – señalé unas manchas oscuras que se habían dibujado en la pared. Al principio no me había fijado en ellas y aún ahora eran difíciles de distinguir en la oscuridad. Tom las observó con un repentino mutismo y sacó su móvil del bolsillo para alumbrar, ya que también se habían cargado las lámparas y el interruptor de la habitación.  
  
   
  
Acercó la luz del teléfono a la pared y detectamos unas palabras escritas con espray negro y azul junto a un dibujo. Allí, con gran claridad, ponía:  
  
   
  
“Los Caídos han vuelto para destronar al señor de los Encadenados, la regencia del Rey de los barrios bajos. La guerra empieza ahora y solo uno de ellos le dará fin.  
  
Te declaro la guerra, Capitán Tom.”  
  
   
  
Y debajo, el dibujo de un cruz al revés, simple y llana, pero que me provocó escalofríos. Me acerqué a mi novio, que había fruncido el ceño con profundo desdén.  
  
   
  
-¿Qué significa eso? – pregunté y Tom, durante casi dos minutos, se mantuvo en absoluto silencio.  
  
   
  
-Significa que alguien nos ha declarado la guerra.  
  
   
  
-¿Quién?  
  
   
  
-…No lo sé.  
  
   
  
   
  
   
  
   
  
La puerta se abrió al tercer timbrazo. Una mujer de ojos rasgados y largo pelo liso apareció en el umbral. Era bajita y esas facciones me hicieron relacionarla con los chinos o los japoneses. Su forma de hablar me lo confirmó.  
  
   
  
-¿Sí? ¿Puedo ayudale en algo? – no pronunciaba muy bien el alemán y me pregunté si debería hablarle de una manera especial para que me entendiera, pero Tom se adelantó y la mujer china se sobrecogió. Lo había reconocido. ¡Vaya, hasta allí llegaba su fama!  
  
   
  
-¿Está Aaron en casa? – le preguntó.  
  
   
  
-¿Quién le llama?  
  
   
  
-Tom.  
  
   
  
-El señolito me pidió explesamente que no le molestala si no oculía algo ulgente. Lo siento, pelo tienen que ilse. – e hizo amago de cerrar la puerta. Tom no la dejó e interpuso su pie para que no cerrara. La mujer china se encogió de miedo cuando mi hermano empujó la puerta para entrar.  
  
   
  
-Es urgente. Dile que salga. – la chica ni se lo pensó. Nos dio la espalda y salió corriendo al interior de la casa.  
  
   
  
-Tom, ¿estás seguro de que esto es una buena idea?  
  
   
  
-No, pero es lo único que se me ocurre.  
  
   
  
-Podríamos ir a un hotel. – los dos nos miramos con expresión de circunstancia y calculamos mentalmente el dinero que cada uno poseía. No, no podíamos ir a un hotel decente durante más de una semana y a juzgar por cómo había quedado nuestra casa, necesitaríamos mucho más tiempo.  
  
   
  
-Si tú quieres ir a uno… - insinuó, pero llevó los ojos al cielo como si pensara “Coño ¡di que no!”.  
  
   
  
-Hum… últimamente siempre haces lo que te pido o insinúo.  
  
   
  
-No lo hago.  
  
   
  
-Sí lo haces, aunque a ti no te haga gracia.  
  
   
  
-Demuéstralo. – le enseñé a Bagoas, que ronroneaba pegado a mi cuello y Tom entrecerró los ojos. - Es la única forma que conozco de conseguir sexo sano, aunque podría hacerlo fácilmente con cualquiera otra persona, hum… - le fulminé. – Siéntete halagado, Muñeco. Sólo estoy contigo… por ahora.  
  
   
  
-¿Por ahora?  
  
   
  
-Sí. Creo que es hora de sentar cabeza, dedicarme por entero a una única persona y esperar un hijo.  
  
   
  
-¿Un hijo? ¿Esperas que te dé un hijo? – Tom sonrió de oreja a oreja. – Tienes muchas esperanzas ¿no?  
  
   
  
-Muchísimas. Confío plenamente en el poder del amor.  
  
   
  
-¿Qué amor? – la puerta de la casa volvió a abrirse y Aaron, con unas enormes gafas para nada modernas, apareció en el umbral. Llevaba el pelo recogido con ganchillos apartándoselo de la cara y vestía un chándal viejo. Sus ojos estaban repletos de ojeras y mala uva. Me recordó a mí durante la época de exámenes y lo compadecí. Él todavía estudiaba, ¡pobre chico! – Hola. – saludé y Aaron emitió un sonido parecido al rebuzno de un asno.  
  
   
  
-¿Qué hacéis aquí? ¿No deberíais estar imitando a los conejos en vuestro pequeño nidito de amor en los barrios bajos?  
  
   
  
-Uff… eso es lo que yo quisiera. Tengo que currarme un poco más lo del niño. – se quejó Tom y yo sentí vergüenza ajena.  
  
   
  
-¿Qué niño?  
  
   
  
-Nada, no le hagas caso. El poder del amor lo tiene trastornado.  
  
   
  
-¿Qué amor? – repitió. Sí, nadie confiaba en que Tom albergara mucho amor por nadie, ni siquiera él mismo, que se hizo el loco cuando le miramos con una interrogante explícita.  
  
   
  
-En fin, vayamos al grano. Nos han destrozado la casa. – espetó y Aaron alzó una ceja.  
  
   
  
-¿Qué? ¿Han entrado en vuestra casa? – los dos asentimos, yo un poco avergonzado. Mi madre no me había educado para echarle tanto morro a la vida en esas situaciones. – ¿Cómo es posible eso? Si todo el mundo sabe cuál es tu casa, Tom.  
  
   
  
-Precisamente por eso.  
  
   
  
-Explícate. – Tom se encogió de hombros.  
  
   
  
-Ya hablaremos luego. Ahora tengo que pedirte… amablemente… que nos dejes quedarnos en tu casa un tiempo. Hasta que arreglemos la nuestra y las cosas se calmen. – y los dos sacamos a relucir nuestra sonrisa más resplandeciente. Yo sentía vergüenza de mí mismo por autoinvitarme en casa de mi gran rival, pero a Tom parecía traerle sin cuidado. El susodicho nos observó durante un largo rato con la expresión arrugada.  
  
   
  
-¿Perdón?  
  
   
  
-Bueno, no pensarás dejarnos en la calle ¿no? porque obviamente no pensamos pasar la noche en casa. Podrían volver cuando menos lo esperemos…  
  
   
  
-Y tú te los cargarías, cosa que tienes pensada hacer de todas formas ¿o no? – Tom ensanchó la sonrisa.  
  
   
  
-Sí. Pero ¿quién protegerá al débil, inocente y vulnerable de mi adorable hermano? Él no sabe defenderse y yo no puedo matar a nadie si anda cerca, se traumaría. Tendrá que quedarse en casa de alguien hasta que…  
  
   
  
-¡Eh, yo sé defenderme!  
  
   
  
-…hasta que me encargue de esos gamberros. – entonces, Aaron se dirigió a mí con una mirada cargada de desdén.  
  
   
  
-¿Quieres que acoja en mi casa a este sucio parásito?  
  
   
  
-Ya tuvo que hablar el de los rizos de oro. ¿Qué te crees, que a mí me hace gracia la idea? – Tom me pegó un codazo en la barriga y yo cerré la boca de mala gana mientras el Príncipe (pijowoman) se cruzaba de brazos y bufaba.  
  
   
  
-Pero bueno ¿os creéis que esto es un puñetero hotel, un albergue, una residencia o un jodido hospital? Porque ¿sabes una cosa, Tom? ¿Sabes a quién le han traído los dos últimos Encadenados para que los reviva? ¡Me los han traído a mí, a cuestas, destrozados y medio desangrados! Los han puesto en el jardín para que los cure ¡cómo si fuera tan fácil! ¡Además, ya estaban muertos cuando llegaron aquí! – bueno, yo no tenía ni idea de los Encadenados, aunque fuera uno. A pesar llevara casi dos meses en Stuttgart no sabía aún cuáles eran las costumbres de la pandilla, cuántos miembros tenía o hasta dónde llegaban, pero cuando Aaron mencionó las muertes de unos Encadenados, supe que aquello, por lo menos, no era algo cotidiano.  
  
   
  
Ademas, Tom puso cara de espanto cuando el Príncipe lo mencionó y este último se mordió el labio inferior, maldiciendo por lo bajo, como si acabara de darse cuenta de que había cometido un error fatal.  
  
   
  
-¿Muertos? ¿Alguien ha muerto? – pregunté, no sólo sorprendido sino más bien patidifuso.  
  
   
  
-¿No se lo habías dicho?  
  
   
  
-No, maldito gilipollas metepatas. Y no pensaba hacerlo hasta que tú has abierto la boca. – me giré hacia mi hermano. La sonrisa había desaparecido, la situación ya no tenía la más mínima gracia por lo que supuse que había dado en el clavo.  
  
   
  
-¿Qué ha pasado? ¿Quién ha muerto?  
  
   
  
-Nadie importante. Un accidente.  
  
   
  
-Si ha sido un accidente ¿por qué no me lo has dicho? Y ¿cuándo te has enterado? – retrocedí en mis recuerdos para encontrar el momento justo en el que le habían comunicado lo sucedido y había decidido callarse la boca como un puerco. Bagoas maulló escondiéndose bajo mi cuello y yo rememoré aquellas llamadas en el coche que habían tensado tanto a mi hermano. - ¿Ha sido esta noche, mientras volvíamos?  
  
   
  
-Dos de ellos han muerto esta noche, pero los otros dos la palmaron ayer y…  
  
   
  
-¡Aaron, cállate!  
  
   
  
-¿Cuatro Encadenados? ¿Han muerto cuatro? – Tom me dio la espalda y con los músculos cargados de testosterona por la rabia, se encaminó hacia el coche que había dejado aparcado justo al principio de la cancela de metal que daba a los jardines de la gran casa de Aaron. Refunfuñando, abrió el maletero y empezó a descargar lo único que habíamos conseguido salvar de lo que quedaba de nuestro hogar. Nos habíamos quedado sin ropa, pero traíamos el calzado y lo poco que quedaba en el desván sin tocar. Cajas y cajas de recuerdos que yo no sabía exactamente qué contenían, pero de algo servirían ¿no? Mientras él sacaba las cosas, yo me coloqué frente Aaron, que se pasaba la mano por el pelo quitándose los ganchillos y las gafas. - ¿Cómo ha sido?  
  
   
  
-Creo que Tom no quiere que te lo cuente.  
  
   
  
-Me da igual. Cómo, quién, dónde y por qué.  
  
   
  
-¿Sabes Bill? Podrías ser un buen periodista si te lo propusieras. Eres igual de tocapelotas.  
  
   
  
-¡Venga ya, cuéntamelo! – el Príncipe puso los ojos en blanco, sacudiendo sus rizos de un lado para otro.  
  
   
  
-Los han asesinado ¿vale? Tres chicos y una chica. Muertos. ¿Cómo? A patadas y puñetazos, como en una pelea callejera. ¿Quién? No lo sabemos, pero suponemos que ha sido más de uno y de la misma pandilla. ¿Dónde? En los barrios bajos, cerca del Pitch y del Dona y por qué, tampoco lo sabemos. – me quedé de piedra. No sé qué me causó tanta impresión, si saber de buenas a primeras que cerca de donde yo me encontraba alguien había matado a varias personas de mi entorno, o que se hablara de ello con tanta tranquilidad. ¿Es que lo que me acababan de contar no era una auténtica locura? ¿No les importaba?  
  
   
  
-Y… ¿no los conocías? – tragué saliva, esperando que ningún conocido fuera uno de los desafortunados.  
  
   
  
-Yo los he visto poco. Dudo mucho que tú los conozcas, no eran muy del entorno de Tom. Le tenían miedo y tu hermano tampoco los tenía muy en cuenta. – suspiré con alivio. ¡Pobres desgraciados!  
  
   
  
-Pero entonces… quiero decir… ¿y ahora qué? Están muertos, asesinados. ¡Hay que llamar a la policía! – por cómo me miró Aaron descubrí que acababa de decir una tontería. ¿Policía? ¿Los mismos cabrones que habían apaleado a Black hasta marcarlo como un animal? Por supuesto que no, pero alguien debía hacer algo, buscar al asesino, hacer justicia, tranquilizar a los familiares de esas personas fallecidas y…  
  
   
  
Mierda… Eran Encadenados y por lo tanto, la responsabilidad de Tom.  
  
   
  
El susodicho dejó las cajas y bolsas justo a mi lado, en la puerta de Aaron, dando por sentado que nos dejaría pasar allí el tiempo que hiciera falta.  
  
   
  
-Bien, y ahora que sabes lo ha pasado ahí afuera te aconsejo que no salgas de aquí si no vas acompañado de Black como mínimo ¿te enteras?  
  
   
  
-¿Y qué te hace pensar que voy a dejar que se quede aquí? – rechistó el Príncipe.  
  
   
  
-Pues que después de soltar la bomba informativa tienes la obligación de hacerte cargo de las consecuencias hasta nuevo aviso, Ricitos. – Aaron no dejó escapar nada más salvo refunfuños y un grito a la sirvienta china para que subiera las cajas a no sé qué habitación del ático. Tom tenía exactamente un porte de tío drogado de los que se ha chutado una buena raya. Las ojeras eran inmensas y el cansancio podía con ambos. A mí ya me costaba sujetar a Bagoas. Scotty, a mi espalda, hacía rato que se había dormido sobre la hierba del jardín. – Bueno, que lo disfrutes, Muñeco. Si necesitas algo aprovéchate de los criados del Príncipe.  
  
   
  
-¿Vas a alguna parte?  
  
   
  
-Han destrozado mi casa. Han matado a cuatro de los míos. Los capullos que me rodean creen que soy el líder de esta maldita pandilla, así que imagínate si tengo cosas que hacer esta noche. – sentí auténtica lástima e incomodidad. Un asesino andaba suelto cargándose a inocentes y mi nene era el encargado de investigar el caso y hacer justicia. Estupendo, ¡tranquilidad, no hay peligro! Esos dos días de vacaciones en ese pequeño paraíso habían sido la calma antes de la tempestad.  
  
   
  
Acariciando a Bagoas con preocupación, agaché la cabeza y asentí. Yo tampoco podía quejarme, claro, ese era el trabajo de Tom.  
  
   
  
-Hum… ¿volverás temprano? – él se llevó la mano a las rastas y se rascó bajo la nuca. Una sonrisa pillina se le dibujó en las facciones. - ¿Por qué te ríes?  
  
   
  
-Porque me hace gracia que me preguntes eso. Nunca me lo habían preguntado antes.  
  
   
  
-Pues te lo pregunto todas las noches. – sonreí.  
  
   
  
De repente, la escena se volvió bochornosamente tierna. Parecíamos una pareja de niños en nuestra primera cita, inocentes y pidiendo un beso con las mejillas ruborizadas, dando golpecito al suelo con la suela de los zapatos para soportar un silencio que no sabíamos como sobrellevar.  
  
   
  
-Bueno…  
  
   
  
-Sí, bueno… - nos habíamos quedado pensando en dos opciones. La primera, besarnos y la segunda, echarnos a reír, pero no fue ninguna de las dos.  
  
   
  
-Sí, bueno, joder ¿quiere alguno de los dos entrar en casa para que le diga dónde puede dormir? – interrumpió Aaron, asomándose por la puerta. - Me toca las pelotas tanta tontería. Parecéis una pareja de mocosos enamorados.  
  
   
  
-Eres un amargado. – Tom me dio un beso en la mejilla (¡Sólo uno, en la mejilla!) y salió escopeteado hacia la moto que había aparcado junto al coche. Había sido toda una odisea arrastrar su Cadillac hasta la puerta de Aaron yo solo mientras él conducía su moto delante de mí.  
  
   
  
-¿¡Sólo uno!? – grité y Tom me hizo un corte de manga.  
  
   
  
-¿Qué esperabas de un bastardo desconocedor del romanticismo como yo? ¡Anda, vete a la cama temprano, tómate un vaso de leche antes de irte a dormir y no olvides dar las gracias a tu anfitrión, mocoso! – arrancó la moto y el ensordecedor sonido del motor despertó a Scotty, que pegó un salto por la sorpresa. Tom aceleró al momento y sin ponerse el casco, salió a toda velocidad de allí.  
  
   
  
-¡Ten cuidado! – era un egoísta de narices. Sabía que me preocupaba que fuera sin casco en moto y por eso siempre que la cogía no se lo ponía. Decía, con todo el morro, que era para que pensara más en él y cuánta razón tenía. Ese truco le funcionaba a las mil maravillas. Pero también decía que era una promesa, que al saber que yo estaba preocupado por él, pasara lo que pasara, volvería sano y salvo.  
  
   
  
Hum… podría no ser amor, pero últimamente se le parecía tanto…  
  
   
  
-¡Eh! – y de vuelta a la realidad, Aaron me fulminaba con la mirada. - ¿Piensas entrar o esperar a tu amado toda la noche en la puerta de casa? – con una mueca frustrada, me dispuse a entrar en esa gran casa.  
  
   
  
¿Cómo describirla? Lo cierto es que conociendo al pedante de Aaron me había imaginado una especie de Casa Blanca, al menos en tamaño. Pero aunque seguía siendo más grande que la mía en Hamburgo, era un poco inferior a la de Derek. Me resultó incluso modesta, aunque era preciosa y su formación muy original. Parecía hecha a medida como casa vacacional de algún famoso. Tenía un total de dos plantas, pero con una longitud tal desde el suelo hasta el techo que podría coger perfectamente una más. Era rectangular, con una forma cilíndrica en la parte izquierda que sobresalía en las esquinas. Pude ver las escaleras de caracol a través de los inmensos espejos que formaban ese cilindro perfecto. La azotea hacía de tejado, muy espacioso para tomar el sol o hacer alguna barbacoa, quizás para acampar incluso. Gran parte del salón y la cocina se veía a través de los cristales que desde el suelo, llegaban al techo y continuaban como pequeños círculos en las habitaciones superiores. Debían ser muy luminosas y la sirvienta seguro que tenía mucho trabajo con tanto cristal.  
  
   
  
Dentro, la cosa era mucho mejor. Los muebles eran modernos. Los sillones eran blancos, las lámparas con formas circulares también, la mesa del salón era de cristal impecable con patas de mármol gris, la televisión era por lo menos de ciento cincuenta pulgadas y colgaba de la pared como si se tratara de un cuadro (de hecho, la confundí con un cuadro hasta que vi los botones para encenderla y el mando a distancia). Las paredes estaban plagadas de cuadros muy refinados, con paisajes de colores alegres y personajes pintorescos. Había uno, colocado en mitad del salón, que portaba una fotografía. Una mujer rubísima, de pelo rizado recogido en un moño magnífico con una diadema plateada cruzándole la frente y un vestido blanco precioso, acompañaba a un hombre de pelo oscuro y engominado, en actitud muy estirada y con traje de etiqueta, al altar. Si debía describir el físico de ambos lo haría con la palabra intachable. Eran perfectos y sumamente atractivos. Si debía describir su personalidad, sin duda utilizaría las palabras severidad extrema. No tenían la típica expresión que una pareja tiene el día de su boda. Estaban demasiado tiesos. Yo sin duda sonreiría y quizás hasta se me escaparía una lagrimita de alegría. Ellos no parecían felices.  
  
   
  
Observando a Aaron me percaté de las similitudes con ambas personas que supuse, serían sus padres el día de su boda. El Príncipe tenía el pelo rizado y rubito de su madre, además de los labios, igual de carnosos y finos. Sus cejas también eran las de su madre, pero la nariz y la serenidad en el rostro eran los de su padre. No lograba distinguir de quién era el color de los ojos.  
  
   
  
De camino a la escalera de caracol pude ver la inmensa cocina americana totalmente blanca, salvo el gris del lavamanos y la gigantesca mesa del comedor, de madera antigua y oscura, en la que cogían por lo menos toda mi familia y mis amigos. Ah, el suelo también era blanco… y escurridizo. Podía verme reflejado en las losas del mismo de lo limpio que estaba. En comparación con el mío, lleno de arañazos al arrastrar muebles por su superficie y sin brillo ninguno, aquello me hacía sentir un poco de vergüenza. No mencionemos ya el suelo de la casa de Tom, que todavía tenía surcos de vomito que llevaban allí dos años o más y que yo no había conseguido quitar por mucho que fregaba y frotaba.  
  
   
  
Cuando entré en la habitación que sería mía y de Tom durante un tiempo, quise que la tierra me tragara. Los ojos me escocían de lo brillante que era, tan inmaculada… tenía cuarto de baño propio con una bonita ducha que poseía hidromasaje (madre mía, cuánto había suplicado yo a mamá que instalara una de esas en el baño). La cama era de matrimonio situada de forma estratégica pegada a la pared, en mitad del cuarto, que era inmenso. Las enagüillas tan finas debían de estar hechas de algún material tan suave como la seda y las sábanas de color beig resplandecían como si hubieran sido rociadas con purpurina. Dos sillones nuevecitos y un pequeño sofá estaban plantados frente a la televisión de pantalla plana, más pequeña que la del salón, pero igual de impresionante. El armario empotrado era antiguo y muy grande. Desde las ventanas acristaladas se veía todo el jardín y parte de la piscina. También podía ver las casetas de Duncan y Zansha, donde los perros dormían estirados sobre el césped y donde mi perro (Aaron no le dejó entrar a casa) intentaba amoldarse amarrado a un poste para evitar accidentes.  
  
   
  
-Vaya… no está mal. – admití con orgullo, aunque en realidad pensaba “¡Qué pedazo de casa, es preciosa! ¡Gracias por destrozar la nuestra, malditos Caídos!”.  
  
   
  
-¡Ja! Podría ser mejor, pero papá y mamá querían algo… modesto. – le dirigí a Aaron una mirada cargada de ironía.  
  
   
  
“¿Modesto?”  
  
   
  
-Tienes suerte de que no me haya ido a la casa de campo con ellos. Si lo hubiera hecho, no estarías aquí.  
  
   
  
“¿Casa de campo?”  
  
   
  
-¿Cuánto tiempo pensáis quedaros? – me encogí de hombros. No tenía ni idea, pero por mí me quedaría mucho, mucho tiempo. Debía rellenar con algo todo el espacio sobrante. ¡Podría montar hasta una academia de baile! – Perfecto. Si necesitáis algo podéis preguntarle a la Nani. Yo estaré en la habitación de en frente.  
  
   
  
-Vaya, ¡qué caballeroso, Príncipe!  
  
   
  
-No lo hago por ti, Muñeco mugroso. Por cierto, ahí tienes lo que ha sobrado de tus… pertenencias. – observé las cajas y bolsas cargadas de calzado que habíamos traído. Ellas y yo éramos lo único que sobresalía en aquel lugar tan perfecto. – En fin, buenas noches.  
  
   
  
-Espera… ¿y Bagoas? – Aaron miró al gato que aún se refugiaba entre mis brazos con ojos escrutadores.  
  
   
  
-¿Necesitas comida para gatos o una caja de arena?  
  
   
  
-No vendría mal, la verdad.  
  
   
  
-Vale, ahora te lo traerán.  
  
   
  
-Eh… Aaron…  
  
   
  
-¿Qué?  
  
   
  
-Esto… en los cuerpos de esos chicos… ¿había algo? O en el lugar donde murieron. – pregunté. Aaron pestañeó varias veces. Parecía curioso por la pregunta.  
  
   
  
-¿Había algo en tu casa? ¿Dejaron un mensaje? – asentí.  
  
   
  
-¿También dejaron un mensaje cuando los mataron? – aferrando fuertemente el pomo de la puerta, Aaron murmuró algo inteligible. Luego, se mordió el labio inferior.  
  
   
  
-Dibujaron algo a posmorten en su espalda en estos dos últimos. No puedo saber si también los dibujaron en los dos cadáveres anteriores, por lo que tampoco puedo saber si fueron las mismas personas que los mataron.  
  
   
  
-¿Podrías averiguarlo? – él puso los ojos en blanco, pensativo.  
  
   
  
-Podría, pero no estoy seguro. Soy un principiante que estudia enfermería y medicina. Mi padre es el que dirige el hospital provincial, pero no creo que haga nada si le pido que me deje ver el informe de la autopsia. No me especializo en medicina forense precisamente. Tal vez si me cuelo…  
  
   
  
-Yo podría ayudarte, si quieres. Haré lo que me pidas, creo que es importante saberlo. – Aaron asintió. Por fin estábamos de acuerdo en algo.  
  
   
  
-Si fuera una única persona podría ser un asesino en serie, pero no sé por qué lo dudo. – los dos nos sumergimos en un silencio incómodo, aguardando a hacer la pregunta clave, la cual ambos nos reservábamos por temor. Al final, la curiosidad me pudo.  
  
   
  
-¿Qué dibujaron en la espalda de esos dos Encadenados?  
  
   
  
-Una cruz… del revés.  
  
   
  
-Mierda…  
  
   
  
-¿Qué pasa?  
  
   
  
-Los que han entrado en nuestra casa también han dejado una cruz del revés en la pared… y una inscripción.  
  
   
  
-¿Qué inscripción?  
  
   
  
-Algo de unos Caídos que le declaraban la guerra a Tom. Algo de la regencia de un Rey. No estoy muy seguro.  
  
   
  
-¿Una regencia? – Aaron se puso tenso. Pude ver como el cuello se le ponía rígido y eso me hizo suponer que sabía más de lo que quería dejar ver. - ¿Qué ha dicho Tom sobre el mensaje?  
  
   
  
-Nada. Que alguien le había declarado la guerra, pero no sabía quién.  
  
   
  
-Hum… - hizo amago de cerrar la puerta sin decir más.  
  
   
  
-Aaron, ¿sabes algo que yo no sepa?  
  
   
  
-…Probablemente, cualquier Encadenado cercano a Tom o a Kam puede decirte algo más sobre esa inscripción, pero si Tom no te ha comentado nada, prefiero guardarme el comentario para mí. Pregúntaselo cuando vuelva, aunque si se lo ha callado, debe tener sus dudas. – asentí, no muy convencido. Me estaba muriendo de curiosidad y la preocupación aumentaba por minutos.  
  
   
  
Cuando Aaron cerró la puerta yo me dejé caer en la cama, agazapado con Bagoas al lado, que con su pelaje atigrado y su diminuto cuerpecito, descendió de la cama y empezó a dar vueltas por la habitación, trepando encima de los muebles, investigando el terreno. Me pregunté qué habría sido de Hamtaro, desaparecido. Quizás Bagoas se lo había comido.  
  
   
  
Esa noche, a pesar de la preocupación, dormí como un angelito de un tirón. No me desperté a las cinco, como solía hacer, sino que seguí profundamente dormido hasta el día siguiente, bien entrada la mañana. La criada china me despertó con fuertes martilleos contra la puerta. Era la hora del desayuno, Aaron se había ido al hospital y le había pedido que no me despertara más tarde de las once, dijo. Al mirar el reloj del móvil no solo descubrí que llevaba razón, sino que varias cosas se me pasaron por la cabeza.  
  
   
  
La primera, era tarde para desayunar. Aaron tenía unos horarios muy raros.  
  
La segunda, Heidi me había llamado cinco veces.  
  
La tercera, tenía cinco mensajes.  
  
Y la cuarta, Tom no había vuelto. Y eso me puso de los nervios.  
  
   
  
Uno de los mensajes era de Heidi.  
  
   
  
“¡Bill, despierta, necesito ayuda para elegir la fecha de la boda! ¿Qué te parece en abril? Kam quiere celebrarla en diciembre, en pleno invierno ¿te lo puedes creer? ¿Quién en su sano juicio celebra una boda en invierno? Contéstame pronto. ¡Un besito de parte de Ricky!”  
  
   
  
Me quedé pensativo. ¿Y ese besito de Ricky a qué venía?  
  
Leí el siguiente mensaje.  
  
   
  
“Eh, mariquita, ¿has vuelto ya de la playa? Gus y yo hemos pensado contratar a un detective para que averigüe donde te metes y podamos ir a hacerte una visita. ¿Qué te parece? Sparky está de acuerdo. ¡Con su dinero contrataremos a uno realmente bueno! ¡Nos veremos pronto!”   
  
   
  
Sabía que Georg estaba de broma, pero por si acaso respondí con un…  
  
   
  
“No seáis cabrones. ¡Iré pronto a veros, os lo juro!”  
  
   
  
Leí el siguiente mensaje, que me dejó bastante sorprendido y confuso. No sabía de quién era porque no tenía el número guardado, pero con una mueca de resignación, leí en voz alta.  
  
   
  
“Enfermo mental”  
  
   
  
No me lo podía creer. Pero ¿seguían con lo mismo? ¡Qué cansinos! Nunca había contestado uno de sus mensajes, pero ese último me tocó la moral y aunque sabía que el asunto solo empeoraría, le contesté.  
  
   
  
“Me gusta tu número y el de tus compañeros. Tengo una laaaarga lista con todos ellos que casualmente, han llegado a manos de varios amigos de mi hermano (¡Sí, mi hermano, al que me follo y bien que lo disfruto, jódete!) y ahora mismo estamos pensando qué hacer con ellos. ¿Sabías que se puede saber la localización de un teléfono con un aparatito muy especial? Te doy un consejo, ¡Ve más CSI en lugar de tocar tantos los huevos y hazte un seguro de vida, chupaculos reprimido!”  
  
   
  
Sí, fue muy infantil, pero me quedé la mar de a gusto.  
  
Después de eso leí el último mensaje, bastante cabreado y deseando recibir una respuesta del anterior. Tenía ganas de pelea, sí y estaba dispuesto a gritar, patalear y hasta pegar si era necesario. De hecho, hubiera dado lo que fuera por estar en la universidad en ese momento, delante del imbécil que me había mandado el mensaje para pelearme con él y, vaya, ¡estaba seguro de que vencería!  
  
   
  
El penúltimo mensaje me hizo llenarme de orgullo como un pavo asado se llena de puré de nueces.  
  
   
  
“No puedo volver esta noche, la cosa se me ha complicado un poco. Nos vemos mañana, no te preocupes Muñeco. ¡Pajéate a gusto pensando en mí! Yo lo haré.”  
  
   
  
Era de Tom, por supuesto, y el último también.  
  
   
  
“Te gustan las pelis de Steven Spielberg ¿verdad? Están echando Gremlins en el cine de verano de Randy Rock. ¿Nos vemos allí a las ocho? Estaré ocupado hasta entonces. ¡Échame mucho de menos hasta que nos veamos!”  
  
   
  
El cine de verano de Randy Rock era un lugar de lo más cutre, pero había ido un total de nueve veces desde que había llegado a Stuttgart. Tenía sólo tres salas con diferente programación por la mañana, por la tarde y por la noche. Por la mañana ponían pelis de risa, drama, infantil o acción. Por la tarde de aventura, ciencia ficción o cine bélico y por la noche de terror, gore y cine X. Aunque los asientos eran incómodos y la pantalla no se veía muy bien por la forma en la que estaban alineados los sillones, además de estar sumamente sucio y apestar a tabaco, alcohol y porro, lo mejor era la comida y las pelis, que habían sido estrenadas del año 2000 para abajo, todas muy antiguas. Ninguna novedad. Allí Tom había pasado la infancia viendo pelis por menos de cinco marcos antes de que llegara el euro, y allí habíamos pasado nosotros numerosas tardes, mañanas y noches viendo pelis antiguas. Nos encantaba. Nos habíamos tragado Pretty Woman, Los Gonnies, Stark Treck, La guerra de las galaxias, Al final de la escalera, Carrie, La mosca y El jorobado de Notre Dame (la de dibujos animados, sí). También habíamos ido a una sesión de cine X, pero era de esa clase de cine antiguo en el cual las mujeres y los hombres no conocían la depilación laser y eso… se notaba. Y no agradaba a los de nuestra generación.  
  
   
  
Le contesté al mensaje.  
  
   
  
“Jo, ¿tan tarde? ¿Qué voy a hacer hasta entonces? Aaron es un estirado y no sé qué hacer tanto tiempo solo. Tenemos que comprar ropa también. ¿Podemos quedar antes? Si no estás ocupado, claro. Por cierto, no te echo de menos, en absoluto.”  
  
   
  
Lo envié y cuando salí del cuarto con la misma ropa que el día anterior después de ducharme y me puse a buscar la cocina (me había perdido), me contestó al mensaje.  
  
   
  
“Se me ocurren un par de cosas que podrías hacer solo. En una de ellas necesitas una pastilla de jabón. ¿No me echas de menos? ¡Pero qué mal mientes, nene! Quedamos a las seis en el cine. Te espero allí. Ve por el camino largo, con luz. Ya se te ocurrirá qué hacer hasta las seis. Yo sí te echo de menos…”  
  
   
  
Me entraron temblores cuando leí la última frase, pero enseguida llegó otro mensaje continuando el anterior.  
  
   
  
“…Necesito sexo. Echo de menos tu culo, no a ti, no te hagas ilusiones (risa maliciosa… córrete)”  
  
   
  
Pero qué mamón era.  
  
Bajando las escaleras hasta la cocina recibí una llamada más. Era Heidi y gritaba con histerismo que si no se daba prisa, se quedaría sin fecha para la boda. Luego me pidió (me ordenó) que fuera a su casa para ayudarla a elegir el color de las servilletas del banquete. Me quedé un poco shockeado. ¿Ya sabía dónde iba a realizar el banquete?  
  
   
  
Al final, sí que encontré algo con lo que entretenerme. ¡Viva el poder del amor y las puñeteras bodas!

**Capítulo 5**

By Andreas.  
   
Tom estuvo increíble. Fue rápido, conciso y letal al golpear, como un cazador corriendo detrás de un oso salvaje. Se tiró encima del enemigo en cuanto lo vio, sin dar explicaciones a nadie, corrió manzana tras manzana, saltando bancos y verjas hasta alcanzar a su enemigo y una vez frente a él, sus piernas volaron sobre el asfalto y delante de toda aquella gente lo embistió con el hombro tirándolo al suelo de espaldas.  
   
Cuando yo llegué, Tom ya estaba encima de él, agarrándolo por la camiseta sudada y obligándole a levantarse o, al menos, a incorporarse lo suficiente como para que pudiéramos verle la cara. Ricky y yo retrocedimos, asqueados, al reconocer el rostro lleno de cicatrices de arañazos y restos de puños despiadados del antiguo líder de los Arios, el que se llamaba a sí mismo Fhürer. Aunque Black se mantuvo en todo momento cerca de Tom, resultaba obvio que aunque él no estuviera para protegerle nuestro líder no apartaría la navaja del cuello de aquel desgraciado ni aunque le amenazara con una pistola.  
   
-Vaya, Capitán… qué sorpresa más agradable. – el Fhürer sonreía, con su cabeza rapada abultada por el golpe. Tom dejó ver su sonrisa más despiadada mientras lo obligaba a levantarse y le empujaba hasta acorralarlo contra la pared del callejón más cercano para no llamar tanto la atención.  
   
-Ricky, vigila. – ella asintió y apoyando la espalda contra la pared, dejó salir su cabeza de entre los estrechos muros.  
   
-No sé qué he hecho esta vez, Capitán. Te juro que no he vuelto a intentar quitarte tu terreno. Desde que dejaste que aquellas putas y amigos tuyos me dieran semejante paliza, no he vuelto a involucrarme con bandas callejeras, lo juro. – le observé detenidamente, buscando cualquiera signo de engaño en su tono de voz. Le vi seguro de sí mismo, demasiado sonriente también. Parecía incluso feliz de ver a Tom e incluso se atrevió a dirigirle una mirada de asco a Black antes de que Tom le sacudiera de nuevo y le hiciera chocar contra el muro con renovada fuerza. Lo soltó, pero no le quitó el ojo de encima.  
   
-Andy ¿crees que dice la verdad? – me preguntó. Yo dudé.  
   
-Está sudando. Te tiene miedo.  
   
-Oh, eso ya lo sé. Todo el mundo me tiene miedo. – sonrió. - ¿Por qué? Si soy un trozo de pan. Te dejé escapar aquella vez ¿recuerdas? Si yo me hubiera encargado de ti tal vez hubieras acabado peor, Rey de los cerditos nazis oing, oing. – Tom imitó a un cerdo, burlándose y como si el “Fhürer” fuera amigo suyo de toda la vida, le dio un par de golpecitos en el hombro amistosamente. - ¿Qué tienes que contarme? Vamos, sé que es un secreto muy gordo. Si me lo cuentas te dejaré ir como si nada. Hoy me siento generoso. Habla. – Tom me tendió la mano con una sonrisa traviesa y yo le di el último porro que me quedaba y el cual le tendió a nuestro enemigo. Él lo cogió, sin saber muy bien qué hacer con él hasta que Tom se lo encendió con un mechero, haciéndose el amistoso con él.  
   
-¿Tú no…? – preguntó él y Tom negó con la cabeza.  
   
-Lo estoy dejando. Bien, ahora que estás más relajado me vas a contar un par de cosillas ¿verdad?  
   
-Si me sigues tratando igual de bien… - pobre desgraciado. ¿No sabía cómo actuaba Tom? Las mejores horas de su vida antes de mandarlo directamente al infierno, así actuaba él, sutil, buscando el daño psicológico y luego, el físico.  
   
-Por supuesto. Si es muy largo de contar te invitaré a un par de copas y a una raya. Te metes rayas ¿no? puedo darte las que quieras. – Tom miró a Black, que cargaba con la coca escondida en su bolsillo con cierto asco. No le gustaban las drogas, pero cada quien era libre de meterse lo que quisiera, esa era su filosofía. Le enseñó a nuestro enemigo una papelita lista para consumir y el Fhürer asintió, feliz por la atención brindada. – Y ahora que estamos todos mucho más relajados… me vas a hablar de algo de lo más interesante ¿no?  
   
-¿Qué quieres saber? – Tom se apartó, dejándole su espacio para no atosigarlo con las preguntas. Eso no era algo bueno para alguien que le tenía tanto miedo. Bien sabía yo que Tom podría hacer que alguien se meara en los pantalones si se ponía persuasivo.  
   
-¿Qué significa para ti el dibujo de una cruz del revés? – preguntó, tanteando el terreno. El cabeza rapada no pareció inmutarse por la pregunta.  
   
-Es el signo del demonio ¿no? una cruz del revés. La iglesia negra o algo parecido. Satanismo.  
   
-Sí, algo parecido, vamos bien. Pero ¿aparte de eso? – el Fhürer se encogió de hombros.  
   
-Pues no sé. Algunas sectas utilizan esa insignia para hacer rituales negros ¿no?  
   
-¿Llamarías ritual negro al asesinato de cuatro personas con una marca así en su piel?  
   
-¿Iguales en los cuatro?  
   
-Iguales en los cuatro. – eso Tom no lo sabía, pero por si acaso sacaba algo en claro lo afirmó. De momento solo teníamos claro que de cuatro muertos, dos tenían una cruz del revés grabada en el cuerpo y habían muerto por manos de una misma persona o, al menos, utilizando el mismo método. De la muerte de los otros dos no sabíamos absolutamente nada.  
   
El interrogado alzó una ceja, indiferente.  
   
-He oído algo así. Han matado a cuatro Encadenados ¿no? pero no sabéis quién.  
   
-Exactamente.  
   
-¿Y sospecháis de mí? – Tom negó con la cabeza, sonriente.  
   
-En absoluto.  
   
-Entonces ¿por qué me acorraláis aquí?  
   
-Porque eres el único tío al que le he visto cara de malo después de más de una semana y puesto que ya estoy empezando a desesperarme al no encontrar nada, he decidido acosarte a ti. – tuve ganas de preguntarle entonces qué demonios estaba diciendo, por qué revelaba una información tan importante al que podría ser nuestro enemigo, pero decidí no poner en entredicho su manera de actuar delante de aquel cabeza rapada. Luego me arrepentí. Bill lo habría hecho sin importarle quién hubiera delante.  
   
-Pues lo siento pero no tengo ni idea de esos tíos.  
   
-Yo no he dicho que fueran tíos.  
   
-Bueno, has dicho que alguien ha matado a tus colegas ¿no?  
   
-Sí, pero tal vez son mujeres, no hombres. - ¿a dónde quería llegar a parar?  
   
-Lo dudo. Las mujeres son bastante más pacíficas en ese aspecto ¿no? – Tom sonrió.  
   
-¿Ah, sí? ¿Lo son? Ricky ¿lo son? – mi amiga, a mi espalda, aún observando la calle con gesto disimulado, se rió.  
   
-Yo no hablaría en general.  
   
-Por lo que son tíos y tías. Lo sé. Gracias por la información. – Fhürer entrecerró los ojos y ahí vi claramente un gesto de frustración reprimida que no supe si otorgársela al hecho de que Tom había dado en el clavo o a la irritación de tenerlo delante especulando.  
   
-Yo no he dicho eso.  
   
-Sí lo has dicho. – insistió nuestro líder.  
   
-No lo he dicho.  
   
-Sí lo has hecho.  
   
-No lo he hecho.  
   
-Lo has hecho.  
   
-No lo he hecho.  
   
-No lo has hecho.  
   
-Sí lo he hecho.  
   
-¿Qué dices haber hecho? – entonces, él se quedó mudo. Yo no pude reprimir una sonrisa al ver como Tom había conseguido liarle con un simple juego de palabras. Tom también parecía sentirse satisfecho. – Así que admites haberlo hecho tú.  
   
-¡Yo no he dicho eso!  
   
-¿Cómo que no? acabas de decirlo.  
   
-Me has liado, joder. – escupió el porro al suelo de pura rabia.  
   
-Yo no te he liado. Tú has dicho haberlo hecho. ¿Qué has hecho exactamente? ¿Has matado tú a mis cuatro colegas?  
   
-Por supuesto que no.  
   
-¿Entonces qué has hecho?  
   
-Nada.  
   
-Pero acabas de decir que has hecho algo. – y llegó el momento de intimidar. Tom se levantó del suelo en el que se había situado de cuclillas y sin borrar esa sonrisa falsa de la cara, se acercó al acusado con porte peligroso. – Así que lo has hecho tú. – Fhürer se encogió contra el muro, negando con la cabeza.  
   
-¡Por supuesto que no!  
   
-¿Entonces? Si no lo has hecho tú ¿por qué no dices quién lo ha hecho?  
   
-Porque no sé quién lo ha hecho.  
   
-¿Cómo que no? todos hemos oído claramente como decías “Sí lo he hecho” ¿verdad? ¿Lo hemos oído todos? ¿Black? – nuestro amigo asintió, un poco reticente ante el interrogatorio.  
   
-Sí, lo he oído.  
   
-¿Andy?  
   
-Es cierto, ha dicho que lo ha hecho él. – asentí.  
   
-¿Ricky? – ella se rió.  
   
-Por supuesto.  
   
-¿Ves? Lo has hecho tú. Tú los mataste ¿verdad? – y ahí venía el Tom violento dispuesto a sacar la información con sacacorchos y, de hecho, tenía uno. Su navaja pareció resplandecer al abrirla frente a los ojos del cada vez más nervioso Fhürer. – Sabes cuál es el castigo impuesto por asesinato ¿verdad?  
   
-Te repito que yo no…  
   
-¡Basta de juegos! Black. – él obedeció a la orden no explícita y en dos grandes zancadas se posicionó delante del enemigo, que asustado por el ritmo que habían tomado las cosas, intentó escapar. Black lo agarró por el brazo y lo obligó a mantenerse inmóvil en el sitio. El Fhürer empezó a moverse con histeria.  
   
-¡Ya te he dicho que no tengo ni idea de lo que me estás hablando, yo no he hecho nada, nada! ¡No sé nada! – Black le rodeó la espalda con los brazos y los obligó a colocarlos a su espalda, inmovilizándolo totalmente. Tom jugueteó con la navaja entre los dedos.  
   
Fhürer empezó a sudar la gota gorda.  
   
-Me da igual. – respondió Tom. – Mis compañeros no están tranquilos desde hace días y tengo que darles algo para hacer que se relajen, ya sea un hombre o una mujer, ya sea un nazi o un judío. Sea lo que sea. – por fin, sostuvo la navaja con firmeza y apuntó con el filo el cuello del acusado, que pálido, se quedó tieso. – No te lo tomes como algo personal. Simplemente estabas en el lugar equivocado y en el momento equivocado. Nos veremos en el infierno. – y con un movimiento certero, manejó el arma contra su cuerpo indefenso. Black cerró los ojos con fuerza, pero Ricky y yo observamos la situación con cierta diversión hasta que él gritó, al borde del pánico.  
   
-¡Los Caídos, han sido los Caídos! – y Tom detuvo el filo de la navaja justo antes de atravesarle la pierna, porque obviamente, no pensaba matarle. Un buen susto nunca venía mal para sacarle información al enemigo. El indefenso hombre aguantó la respiración hasta que Tom, satisfecho por la respuesta, apartó el objeto afilado de su cuerpo.  
   
-¿Quiénes son los Caídos? Dímelo, porque ahora que sé con seguridad que tienes algo que ver con ellos, no tendré compasión si me ocultas alguna información interesante.  
   
-No… no estoy seguro. – intentó disimular, pero sudaba tanto y se le veía tan nervioso que resultaba obvio que mentía. Nuestro líder no necesitaba mi afirmación para ver cuán rastrero era el hombre que tenía delante y eso le pareció suficiente para acabar con los dramas y empezar con las amenazas. Lo agarró por el cuello con una mano y apretó en una clara muestra de pérdida de paciencia.  
   
-Escucha calvito, cuatro de los míos están en la morgue por culpa de esos capullos y se ve a leguas que tú sabes algo sobre ellos. Lo que he dicho antes es verdad, ¡estoy completamente desesperado buscando a los culpables desde hace días! Eso te hace gracia ¿verdad? Pues no debería hacértela porque yo nunca me desespero, nunca y sin embargo, ahora lo estoy ¿sabes lo significa eso? ¿Sabes de qué soy capaz cuando un gilipollas me colma la paciencia como lo estás haciendo tú y tus amiguitos Caídos? ¡Así que habla, maldito pedazo de mierda!  
   
-¡No lo sé, no sé qué es lo que quieren! – por la forma en la que su rostro cambió de color deduje que Tom estaba apretando.  
   
-¿Qué sabes de ellos? ¿Cuántos son?  
   
-No… no lo… sé…  
   
-¿Quién es el líder?  
   
-No… hum…  
   
-¿Qué pretenden? – entonces, el Fhürer calló durante un par de segundos, hundido en un silencio que fue roto por un pequeño crujido en la parte superior de su cuello.  
   
-¡Ocupar tu puesto! ¡No quieren obedecer a los Encadenados, no quieren nada de vosotros, quieren ocupar vuestro puesto!  
   
-¡De eso ya me he dado cuenta! ¿Quién coño son?  
   
-Son… los ángeles caídos… - murmuró y eso me hizo reaccionar y apartar la mirada de la persona herida. Enseguida relacioné nombres y motivos, todo lo que sabía con todo lo que ocurría y un escalofrío me recorrió la espalda al analizar la situación. Así que era eso… ¿por qué no me habría dado cuenta antes?  
   
-Tom.  
   
-¿Qué quieres, Andy? ¿No ves que estoy ocupado? – me gruñó. Yo insistí y anduve hasta situarme a su lado, sin esperar que me prestara la más mínima atención. Lo único que tenía que hacer era escuchar.  
   
-Los ángeles caídos eran los siervos de Dios. Fueron desterrados al infierno por desobedecer las órdenes de su señor. Los Caídos… los desterrados… el símbolo de la cruz al revés. – Tom acentuó su mueca de desprecio, pero no dio ninguna señal de sorpresa. Es más, parecía haberle confirmado algo que ya sabía, una duda insignificante que no merecía su preocupación. Me preguntaba si él ya había sacado sus propias conclusiones o si en todo caso, juzgaba que las mías no eran las correctas.  
   
-Los desterrados están preparando una revolución ¿es eso? – como única respuesta, Fhürer se le quedó mirando fijamente con las mejillas moradas. – La cruz del revés ¿qué significa?  
   
-Tú… tú deberías saberlo mejor que nadie… asesino. – entonces, él me miró. Sus ojos, que parecían estar a punto de salirse de sus órbitas, penetraron en mi mente. Ambos pensamos lo mismo. Tom pensó en lo mismo. Black y Ricky ensombrecieron y el Amo y señor de todo lo que por allí pululaba, decidió acabar con el paripé.  
   
Soltó a “Fhürer” y con un leve gesto de cabeza, le indicó a Black que lo imitara. El hombre cayó al suelo, arrastrándose por el muro, tosiendo.  
   
-Deberías darme las gracias. Hoy me siento compasivo y por puro capricho, este asesino no va a matarte. – y con porte indignado, se dio la vuelta y caminó hasta la salida del callejón. Black, Ricky y yo nos observamos con cierta sorpresa. Tom era de las personas que dejaban las cosas a medias, aunque últimamente su palabra favorita parecía haberse convertido en “compasión”.  
   
¿Es que acaso yo era el único que se daba cuenta de lo mucho que se estaba ablandando? Todo el odio que ponía en su trabajo se había esfumado para dar paso a algo parecido a la alegría, al alivio, a felicidad. Esa felicidad que nunca había visto impresa en sus ojos se había convertido en un estorbo a la hora de trabajar. Tom ya no se ensuciaba las manos cuando a antaño, él mismo buscaba la suciedad y la degradación como si fuera la única manera de seguir con vida. Ahora parecía querer autoprotegerse, no hacer daño para no recibir daño a cambio. No ensuciarse las manos para mantenerse… limpio.  
   
¿Limpio? ¿Por qué?  
   
El Fhürer cerró sus regordetes dedos alrededor de mi tobillo cuando hice amago de seguir a los demás.  
   
-Tú… ¿por qué le sigues? – me preguntó. Yo le miré con repugnancia. - ¿Es que no le odias? ¿Es que no odias lo que te hizo a ti y a tu familia? – con gesto tosco, tiré de mi pierna para apartarla de su lado.  
   
-Tú no eres nadie para hablar sobre ello.  
   
-¿Nadie? ¿Y quién es alguien aquí para hablar del tema? – se levantó, despacio. De reojo pude ver como Tom se detenía y nos observaba con el ceño fruncido. – Todo el mundo lo sabe ¿no? ¿Por qué le sigues? ¡Únete a los Caídos, ellos se vengaran por ti!  
   
-Andreas. – me llamó Tom. Le di la espalda a nuestro enemigo.  
   
-Nunca abandonaré a Tom ¿te enteras? Si los Caídos necesitan apoyo, que busquen a otro.  
   
-Pero ¿por qué? ¿No le odias ni un poco?  
   
-No.  
   
-Todo el mundo le odia aunque sea un poco. Tú deberías odiarle más que nadie. Tú…  
   
-Andy, ven. – obedecí.  
   
-¡Maldito gilipollas! ¡Él mató a tu padre! – ni siquiera pestañeé y Tom tampoco. Es más, me pareció ver una sonrisita perniciosa asomándose por la comisura de sus labios, como si se burlara del patético comportamiento de nuestro enemigo.  
   
Un silencio tenso ocupó el espacio y el tiempo, antes de que le dedicara una última mirada colérica a semejante elemento.  
   
-Mi padre era como tú. ¡Un gran pedazo de mierda! Que te quede claro a ti y a los tuyos. Yo no soy un Encadenado, soy el mejor amigo de Tom y por eso, da igual cuanto tiempo pase o cuánto dolor tenga que soportar. No lo abandonaré. – el Fhürer temblequeó de rabia. La cara se le puso roja como la de un borracho y un sudor frío le recorrió la cara cuando Tom volvió a acercarse a él, con una sonrisa prominente. Me sacudió el pelo como si fuera una mascota peluda, pero yo no sentí molestia alguna por ello. Más bien, me sentí halagado.  
   
-Es lo que tienen los Muñecos, tío. Tú los manejas y ellos nunca te abandonan. Díselo a tu líder. Ninguno de mis Muñecos estará dispuesto a seguir sus pasos. – yo no diría tanto, pero sabía que Tom solo se estaba tirando un farol para protegerse. En los Encadenados no todos eran de confianza, pero podía apostar a que una inmensa mayoría prefería los barrios bajos que Tom les ofrecía a los que les daba el líder de los Caídos, fuera quien fuera, ofreciera lo que ofreciera.  
   
A pesar de la seguridad expresada, el Fhürer dejó escapar una sonrisita para nada buena. Estaba muerto de miedo, acojonado, pero valía no le faltaba.  
   
-En realidad, no he dejado que me vieras y me atraparas sólo para que pudieras sacarme información. Mi… “líder” quería que te preguntara algo concreto.  
   
-¿Ah, sí? – se burló Tom, cruzándose de brazos con actitud chulesca. - ¿Te das cuenta de que estás admitiendo que eres uno de esos Caídos? ¿Qué te estás condenando?  
   
-La verdad es que no me importa condenarme si con ello consigo llevarte al infierno conmigo.  
   
-¿Qué quieres preguntar? Dispara de una vez. – entonces, nuestro enemigo ensanchó la sonrisa y en un tono de lo más sosegado, dijo algo que hizo que no solo yo tragara saliva por la sorpresa.  
   
-Nos han dicho… que tu hermanito pequeño está de vacaciones en Stuttgart… ¿Es eso cierto?  
   
No tuve palabras para describir el cambio tan radical en el ambiente. Describir cómo Ricky, de pasar a estar callada y sumisa vigilando las afueras del callejón se abalanzó hacia delante y gritando todo insulto que se le pasaba por la cabeza, se tiró encima de esa rata de alcantarilla. Tampoco sabría describir por qué Black no la sujetó, sabiendo cuánto odiaba la violencia. Cuando lo miré, sus ojos desorbitados solo albergan el reflejo de Ricky encima del Fhürer, mordiéndole el cuello, pegándole puñetazos a diestro y siniestro y como él intentaba quitársela de encima sin conseguirlo. Black no se movió un milímetro y, cuando por fin consiguió volver en sí, se quedó quieto, observando la escena con los puños apretados y los labios fruncidos, conteniendo la ira y felicitando mentalmente a mi amiga, por golpear con tanta brutalidad a Fhürer.  
   
En Tom… de él solo podía describir como la palidez de su cara marchitó su bronceado en dos segundos, como se extendió por su cuerpo, haciendo que los brutales músculos se tiñeran de blanco hasta ser capaz de vislumbrar las venas palpitar bajo la piel, arrastrando litros de sangre podrida de odio. Incluso sus rastas parecieron perder color.  
   
Y luego… tensión.  
   
-Coge a Ricky, Black. – ordenó con una voz casi inhumana.  
   
La recordé. Era su voz de siempre, la que estaba llena de odio y asco hacia todo, incluso hacia sí mismo.  
   
Nuestro amigo obedeció sin una palabra y tuvo que pelearse contra los puños furiosos de Ricky y sus gritos para sacarla de allí, arrastrándola por el suelo cogida por ambos brazos.  
   
-Sal del callejón, Andy. – me dijo y yo tragué saliva.  
   
-Tom…  
   
-No me hagas repetir la misma orden. – la amenaza implícita en su voz me hizo dar media vuelta y obedecer sin rechistar.  
   
Cuando el Fhürer mencionó a mi padre y me ofreció incorporarme a los Caídos, Tom no se había movido ni un centímetro, pero al pronunciar a su hermano… a Bill…  
   
Salí del callejón justo después de oírle decir:  
   
-Se acabó la compasión.  
   
Lo que vino después solo fueron gritos y, sin embargo lo que nos sobrecogió fue el estruendo que pocas veces habíamos oído a pesar de encontrarnos en un barrio tan peligroso.  
   
El rugido de un disparo.  
**By Bill.**   
-Necesito que me digas una vez más por qué demonios estás en mi habitación a estas horas y por qué yo te lo permito. – Yo, embutido en el albornoz negro (pijada total, pero ¡cómo molaba!) y recién salido de la ducha, con el pelo todavía empapado, con la galleta de coco en la boca y apretando el joystick analógico del mando de la Play Station 3, pulsé pausa antes de girar la cabeza hacia Aaron. La imagen se congeló en la pantalla plana. Jin Kazama golpeaba a Heihachi Mishima con una patada lateral y el viejo especialista en artes marciales caía al suelo de espaldas dándose un golpe bestial contra el asfalto.  
   
-¿Eh? – murmuré.  
   
-¿Por qué no te vas a la otra habitación y juegas allí a la Play? Es tarde y estoy intentando estudiar ¿sabes? – observé el libro de farmacología que el Príncipe tenía en sus manos. Sentado en una silla frente a su escritorio con el pelo lejos de la cara gracias a la sujeción de una diadema blanca. Parecía de todo menos el tan orgulloso aspirante a enfermero con el que me peleaba a menudo. Aún así, su mueca de desprecio no había quien la borrara.  
   
Volví a fijar mi atención en el videojuego y pulsé Start. Jin Kazama empezó a patear a Heihachi. Sobraba decir que yo era quien manejaba a Jin.  
   
-Pues verás… estoy aburrido en mi cuarto. Allí no hay Play Station y aunque la hubiera, es más divertido jugar con alguien ¿no? mañana no tengo que trabajar, así que no me importa acostarme tarde y además… ¡me siento muy solo en un cuarto tan grande! – dramaticé y Aaron puso los ojos en blanco. – Oye ¿por qué no dejas de estudiar un rato y juegas conmigo? Así descansas un poco. – le pasé el otro mando inalámbrico, pero Aaron me dio la espalda y volvió a enzarzarse en una lectura tediosa sobre fármacos. Yo me encogí de hombros y seguí dándole una paliza al personaje contrario. - ¡Mira, te voy a pasar la historia de Jin! Si quieres te paso la de los demás, se me dan muy bien los juegos de peleas. ¡Siempre le gano a Tom!  
   
-¿Cómo vas con el tobillo? – mi pierna, recientemente vendada había adquirido un tono morado los días anteriores, pero poco a poco se había ido recuperando hasta apenas molestarme al andar. Aún así procuraba no hacer movimientos muy bruscos.  
   
-Genial. Serás un buen médico.  
   
-Enfermero.  
   
-Enfermero… pero ¿estudias las dos carreras?  
   
-Me haré cargo del hospital provincial de Stuttgart cuando sea mayor para sustituir a mi padre, así que estudio un poco de todo. Pero lo que más me gusta es enfermería.  
   
-Uff, debe ser muy estresante.  
   
-No. Bueno… da igual. Hay cosas peores.  
   
-¿Cómo cuáles? – Aaron se quedó callado durante unos segundos. Pensé que había decidido pasar de mí para concentrarse de nuevo en sus estudios y bajé el sonido de la tele para no distraerle, pero entonces se dio la vuelta y me miró con el ceño fruncido. Perdí el combate contra Nina.  
   
-¿No estás preocupado ni un poco?  
   
-¿Preocupado? ¿Por qué?  
   
-Sabes bien por qué. – con la cabeza gacha, apreté aún más el mando de la consola.  
   
Sabía bien a lo que se refería, pero intentaba no pensar mucho en ello y por eso buscaba todo tipo de distracciones aunque estas incluyeran cabrear a Aaron.  
   
Había pasado el tiempo, no mucho, pero el suficiente como para apreciar que algo extraño estaba ocurriendo en los barrios bajos. Tom no me daba detalles, pero me enteraba por otras personas sobre las palizas, el destrozo de propiedades de los Encadenados y varias cosas más. No había habido ninguna otra muerte. Yo hacía como que no me daba cuenta de lo que ocurría y Tom disimulaba a la perfección. Pronto se daría cuenta de lo nervioso que me ponía esa situación.  
   
Tom tenía tanto lío que no habíamos podido arreglar nuestra casa todavía. Yo me había ofrecido numerosas veces a ocuparme de arreglarla con ayuda de algún especialista, pero Tom se negaba en redondo. Después del destrozo ocasionado no había vuelto a pisar los barrios bajos excepto para ir a casa de Ricky, y eso que Heidi me llevaba en coche y me traía también en coche, sino tampoco habría ido. Normalmente me habría negado aceptar esa orden de Tom, pero lo cierto era que a mí también me daba miedo pisar los barrios bajos después de todo lo que había oído, así que acataba la orden en silencio.  
   
Me aburría mucho en casa de Aaron. Por las mañanas no sabía qué hacer. Tom dormía como un mocoso hasta las dos de la tarde, pero a veces no venía a dormir y yo me quedaba solo la mayor parte del tiempo. ¿Qué hacía? Por vergüenza no salía de la habitación, así que o veía la tele o me ponía a dibujar, pero lo que más hacía era ejercicio. Cuando me levantaba, presionado por el aburrimiento y el estar encerrado en una casa tan grande, salía a andar con Scotty por los barrios altos. Así investigaba también qué es lo que había por allí. Cada día podía andar más rápido, resistiéndome a echar a correr para darle un margen de recuperación a mi tobillo herido. Mis piernas estaban recuperando fuerza y resistencia. La diferencia entre los barrios altos y los bajos era devastadora, como separar Somalia de New York. No me sorprendió ni me costó moverme por allí ya que Hamburgo era muy parecida a Stuttgart en lo que a lujos se refiere. Lo que más raro se me hacía eran los cientos de escaparates de tiendas de ropa, joyas, maquillaje y demás que veía y… cómo pasaba de largo sin llamarme la atención todo aquel lujo.  
   
Tenía muy poca ropa. Un chándal oscuro, tres pantalones vaqueros y cinco camisetas con dibujos estrafalarios y grotescos, típicas de diseños rockeros. Toda esa ropa la había comprado en un mercadillo o en una tienda barata de la ciudad, casi imperceptible. Algunas camisetas las había dibujado yo con spray. Mi camiseta favorita era una de Marilyn Manson que hacía retroceder a la gente cuando la miraba, asqueada por el dibujo que la decoraba. Una vez, paseando por el centro, un grupo de chicos bastante más bajos que yo y con malas pintas me hicieron burlas a lo lejos. Al principio los ignoré, pero cuando empezaron a ponerse pesados, me acerqué a ellos. Fue muy divertido verles desde arriba. Les sacaba dos cabezas a cada uno y cuando les pregunté si buscaban pelea, me contestaron de mala gana que qué hacía un capullo como yo en el centro de la ciudad. Les dije que venía de vacaciones de los barrios bajos y al pronunciar eso, agacharon la cabeza y dieron media vuelta. Me sorprendió su huida e incluso me enfadé. De hecho les seguí, cogí a uno por el cuello de la camiseta y me encaré a él. Como no estaban dispuestos a pelearse conmigo, los dejé largarse.  
   
¿Qué era lo que más me gustaba de los barrios altos? Que había descubierto que no necesitaba nada de ellos, ni ropa cara, ni joyas, ni maquillaje, ni complementos, ni zapatos… cosas por las que hubiera dado millones ya no me interesaban lo más mínimo. ¿Qué más me gustaba? El respeto e incluso miedo que provocaba en determinadas personas y la agresividad que había adquirido sin darme cuenta. Por supuesto, yo no era especialmente macarra, pero hacía meses nunca le habría plantado cara de esa manera a un grupo de chavales relativamente grande.  
   
Eso era lo que me dedicaba a hacer en los altos. Mucho ejercicio y largos paseos por la calle. Con Tom quedaba cada vez menos, pero nos veíamos casi todas las noches y en la mayoría de ellas teníamos agradables momentos de sexo. Por supuesto, no había día que no habláramos, aunque fuera por teléfono.  
   
Tom estaba muy ocupado y cansado y cuando volvía, se pasaba horas delante de un montón de papelajos, leyendo, escribiendo y haciendo cuentas mentalmente. Necesitábamos un portátil, pero él prefería mantenerlo todo a mano en varias carpetas que escondía bajo el escritorio. Me preguntaba qué contendrían.  
   
La última vez que Tom y yo tuvimos una cita fue cuando fuimos al cine a ver Gremlins. Después de verla, me dejó con Aaron y se fue.  
   
Y ahora el Príncipe me preguntaba si estaba preocupado. ¿Sólo preocupado? Era un maldito manojo de nervios y no solo yo. Notaba la tensión de Tom cada vez mayor, su creciente incertidumbre hacia lo que estaba ocurriendo. No parecía entender gran cosa, ni él ni nadie. Solo sabía que de repente un número de personas más o menos grande, estaban en su contra y qué mejor forma de demostrarlo que herir a los suyos.  
   
-Estoy preocupado, sí. Pero puedo soportarlo. – admití y seguí jugando, masacrando a Nina en la segunda ronda de Tekken. Había aprendido un truco nuevo para superar mejor cualquier adversidad y lo llevaba desarrollando tiempo atrás, desde que decidí quedarme en Stuttgart definitivamente. El truco consistía en no demostrar abiertamente lo que sentía. Tranquilidad y represión, eso.  
   
-Oye… cada día te pareces más a tu hermano ¿sabes?  
   
-¿Y eso es malo?  
   
-No lo sé.  
   
-Yo tampoco. – al derrotar a Nina, mi siguiente contrincante era Kazuya, el padre de Jin. Sentí algo parecido a la melancolía cuando padre e hijo se vieron obligados a pelearse por alcanzar el Puño de Hierro. - ¿Por qué dices que me parezco a mi hermano? – pregunté. Aaron se encogió de hombros.  
   
-Por el carácter, supongo. Cuando te vi por primera vez pensé que eras un blandengue y que no durarías ni dos días en Stuttgart, pero… ahora eres algo así como fuerte. Estás más gordo ¿no?  
   
-No estoy gordo, estoy… normal. Creo. – me palpé la barriga con las manos y me encontré con una masa dura y difícil de atravesar. Bueno, aunque hubiera tenido michelines me daría igual. Me sentía bien conmigo mismo después de todo ese ejercicio.  
   
Hacía calor. El teléfono de Aaron sonó. Me distraje y Jimpachi Mishima tumbó a Jin de una patada.  
   
-¡Mierda!  
   
-Eh, no grites, que hay gente durmiendo.  
   
-Perdón, perdón. – Aaron agarró su móvil, uno de última generación, táctil y tan grande como una agenda electrónica. Curioso, desvié mi atención del combate un momento y analicé su expresión. Primero se puso colorado, luego frunció el ceño y bufó con asco antes de tirar el móvil encima de la cama con mala uva. - ¿Pasa algo?  
   
-Nada importante. Han rechazado mi petición de acceso a los análisis de las autopsias. Creo que me he metido en un problema.  
   
-¿Un problema? Pues parecías contento.  
   
-No estoy contento.  
   
-Te has puesto rojo.  
   
-¡No…! ¿Y a ti qué te importa?  
   
-¡Es que me aburro! Hace días que no cotilleo con Ricky sobre nada. ¿Quién te ha mandado el mensaje? No me digas que tienes novio… ah, no… que te gusta el mío. – le piqué y él, muy digno, me giró la cara.  
   
-Para que te enteres, Tom ya no me interesa.  
   
-¿En serio? Bueno, tampoco es que me importe. Total, Tom solo tiene ojos para mí. – era una afirmación presuntuosa más que cierta porque obviamente, Tom no era de piedra, pero me apetecía tocarle las narices a Aaron. Como pasaba la mayor parte del tiempo solo, tenía muchas horas de habla contenida.  
   
-Deberías tener cuidado, Bill. No sé tú, pero yo estaría celoso.  
   
-¿Celoso por qué? ¡Ja, muere Anna, muere!  
   
-Porque Tom ahora pasa más tiempo con los Encadenados que contigo y en el lote de Encadenados entra Andreas, tu buen amigo.  
   
Entonces, el personaje de Anna remontó. Le dedicó a Jin una serie de combos  que yo fui incapaz de detener hasta que mi querido japonés amante de la lucha cayó al suelo, fuera de combate, completamente KO. Así me había quedado yo, en Game Over.  
   
-A-Andreas…  
   
-Sí, Andreas. No me digas que no habías pensado antes en eso.  
   
-No… ¡No había pensado en eso! –  me invadió una repentina histeria interior. De hecho, incluso me mareé pensando en Andreas, ese rubio tan simpático que me había declarado la guerra  por tirarme a su “novio”. ¡Oh, qué mal sonaba eso! ¿En serio le había quitado a su novio? Es decir, ¿era una de esas personas que robaba parejas ajenas, al que le iban los hombres casados y los amores difíciles?  
   
Ya me lo imaginaba. Andreas estaría siempre cerca de Tom, pegado a él, aconsejándolo sobre lo que tenía que hacer y, de paso, intentando seducirlo. Eso no me hacía ni pizca de gracia. No es que me sintiera intimidado, pero no creo que a nadie le gustara que otra persona intentara ligarse a su pareja. Fue entonces cuando sentí auténticas ganas de hablar con Tom para comprobar que estaba bien, aunque fuera la una de la noche y él me hubiera pedido que intentara llamar lo menos posible, que utilizara más los mensajes que las llamadas para no distraerlo demasiado. ¿Quizás hubiera una razón oculta para ello? ¿Tal vez me había pedido que le llamara poco para no interrumpirle mientras estaba con Andreas?  
   
No, imposible. ¿Verdad?  
   
-Voy a llamar a Tom.  
   
-¿Qué pasa? ¿No soportas un poco de competencia, Muñeco? – picado, le dirigí una mirada fulminante.  
   
-¿Por qué debería? Tom tiene muy claras sus preferencias.  
   
-Pues parece que eso no lo tienes tan claro. – Sonrió. Hice una mueca.  
   
-¿Y qué sabrás tú?  
   
-Sé mucho más que tú sobre las costumbres de Tom y creo que puedo decir con certeza que no es alguien de quien te puedas fiar. No le gusta sentirse atado a nadie ¿sabes? Ni que le den órdenes. Eso le repugna. – encogí la cara. Eso lo sabía, pero yo nunca le ordenaba nada y cuando lo hacía, Tom elegía si estaba dispuesto a obedecer o a ignorarme. Sobraba decir que la mayoría de las veces no me hacía caso… aunque últimamente, Tom siempre cumplía con lo que le ordenaba o pedía, a veces sin rechistar.  
   
-Hum… - no dije nada, sintiéndome incómodo en cuanto Aaron se sumió en un intenso silencio, pero sin apartar la mirada de mí, profunda y penetrante. Sus facciones se suavizaron cuando se dio la vuelta y en su silla giratoria, cruzó las piernas tan elegantemente como un noble lo haría.  
   
-Es extraño.  
   
-¿El qué?  
   
-Que Tom esté tan enamorado de alguien como tú. – me le quedé mirando, sin saber muy bien qué decir. – Parece que eso te pilla por sorpresa, Muñeco.  
   
-Es que te equivocas. Yo solo le gusto. – el Príncipe se rió y giró la cara de un lado a otro.  
   
-Si comparas su comportamiento con el Tom que todos vemos y el Tom que está junto a ti, la diferencia es tan nítida que hace hasta gracia. Tú no lo notas porque no lo ves desde la perspectiva de un Encadenado, si no desde la de su hermano/amante, pero si lo vieras a través de nuestros ojos, lo verías muy claro. Tom es un hombre al que no le afecta nada, invulnerable… o al menos lo era. Supongo que no conoces el “límite”, esa línea divisoria que en cierto momento de tu vida puedes cruzar, esa que determina qué clase de hombre serás en el futuro. La mayoría de las personas no la cruzan, pero Tom lo hizo hace mucho, mucho tiempo. ¿Sabes a qué clase de persona dio lugar ese cruce? – no contesté. No sabía a dónde quería llegar a parar. – Dio lugar a una persona que no teme a la muerte. ¿Sabes lo que eso significa? Significa que en el mundo no había nada que mereciera su atención, nada que mereciera la pena proteger y, si no tienes nada, no temes perder ese “nada”. Tom se convirtió en el líder a los quince años por un único motivo… le daba igual vivir que morir. Kam no le cedió el puesto por su astucia ni por su fuerza, si no para dar un sentido a su vida insignificante, pero no lo consiguió. Tom es tan temible porque su forma de pelear es la de una persona que no teme a nada ni nadie. ¿Sabes lo temible que es eso? Si no temes perder nada, no existe nada con lo que puedan mitigar tu ira, no existe un “hazlo por él, acuérdate de tu madre, él estaría orgulloso o un simple gracias”. Esas palabras no tienen sentido para Tom, ninguno, y por eso nunca ha tenido un límite para odiar, para golpear, para masacrar, para matar. Ni siquiera el dolor físico le hacía retroceder porque el dolor de un cuerpo es mucho más fácil de llevar que el de una mente colapsada… y eso tú lo sabes mejor que nadie ¿no?  
   
Bajé la mirada hasta mis brazos cubiertos de cicatrices. No me importaba que Aaron los viera. Había descubierto que en Stuttgart las personas hacían cosas parecidas muy a menudo. Cada Encadenado tenía sus manías en ese sentido y por ello yo no debía abochornarme por las mías.  
   
-¿A dónde quieres ir a parar contándome eso? – El Príncipe se encogió de hombros, sonriendo con malicia.  
   
-Quiero hacerte saber cuánto le importas a Tom, Muñeco. Solo eso. – mudo, me encogí de hombros sin creer mucho de lo oído, pero sin entender por qué Aaron, el que había sido hasta hacía un poco un rival a tener en cuenta, se molestaba en decirme cuanto me apreciaba el objeto de su deseo. ¿Había dicho la verdad admitiendo que Tom ya no le importaba? No me fiaba, pero tampoco rechazaba esa posibilidad.  
Lo cierto era que Andreas me inspiraba mucha más confianza que ese aspirante a médico de ojos cargados de desdén.  
   
-Pues… gracias. Creo que volveré a mi cuarto a esperar a Tom. No quiero molestarte si estás estudiando.  
   
-Bueno, ya lo has hecho, pero aprecio que te hayas dado cuenta de ello. Pero… Bill… La persona que me ha mandado el mensaje es alguien importante del hospital provincial. – le observé con cierta incertidumbre al ver que se quedaba callado.  
   
-¿Y? – su rostro se ensombreció.  
   
-Conseguir los resultados de la autopsia no va a ser fácil y si alguien me pilla… tendré problemas.  
   
-¿Problemas? Pero tu padre es el director del hospital ¿no?  
   
-No me refiero a esa clase de problemas, si no a otros. Es… difícil de explicar. ¿Podrías acompañarme? Sé que no me vas a ser de gran ayuda, pero… es una cuestión de apoyo moral, más bien. – Aaron bajó la cabeza hasta su móvil, sombrío. Vi claramente como un escalofrío le atizaba la espalda, pero no de frío, sino de miedo. Así que asentí.  
   
-Claro. Iré.  
   
-Bien… ya puedes largarte.  
   
-Oye, que te voy a ayudar, ya podrías darme las gracias al menos.  
   
-Bill…  
   
-¿Qué?  
   
-No solo te pareces a tu hermano en el carácter. No me había dado cuenta hasta ahora de lo que os parecéis en la cara. – ah, bueno ¿y qué quería decir con eso? Me quedé callado e hice como que no le había oído. La incomodidad me estaba estresando. ¿Qué hacía, me iba, me quedaba o me tiraba por la ventana? Aaron solo parecía contento con la tercera opción, la cuál yo tampoco tenía muy clara. De repente, se bajó de la silla giratoria y se sentó a mi lado, muy cerca. Pensé que quizá quería jugar al Tekken, así que le pasé el otro mando. Él se lo quedó mirando, sin cogerlo. Luego me miró a mí, a los ojos, tan fijamente que tuve que girar la cara. – Voy a probar una cosa. Estate quieto. – me quedé quieto, intentando clavar la atención en el siguiente combate. Jin contra Asuka Kazama, la que daba unas patadas increíbles. Empecé bien, golpeándola sin darle tregua… hasta que Aaron me dio un beso en la comisura de los labios. Entonces, el mando se me escurrió de las manos y Asuka empezó a darme patadas de lo lindo hasta que Jin acabó tirado en el suelo, boca arriba, KO. Igual que yo, con Aaron encima a cuatro patas, mirándome con la frente arrugada, como si fuera un espécimen de laboratorio, una posible vacuna contra el SIDA o algo parecido.  
   
-Aaron… ¿qué haces? – murmuré, más que nervioso al ver como se inclinaba encima de mí.  
   
-Estoy comprobando una cosa.  
   
-¿El qué exactamente?  
   
-Cállate.  
   
-¿Es que quieres saber cómo de profunda es mi garganta o qué? Porque me está dando esa impresión.  
   
-¿Te quieres callar, Muñeco? – giré la cara, más que poco dispuesto a dejarme besar por él. A Aaron se le había ido la pinza, claro. Quizás llevaba mucho tiempo sin tener sexo y los hombres, claro, son los hombres, con sus necesidades sexuales y su todo, pero aún así, la situación no me convencía en absoluto, así que con cara de pocker, intenté apartarme de él todo lo posible al ver sus labios tan cerca de los míos.  
   
Eso tenía que ser una broma de mal gusto.  
   
-Quiero saber por qué Tom está tan enamorado de ti.  
   
-Ah… - ¿y a mí qué me cuentas, pedazo de ninfómano? - ¿Te has olvidado de que tú y yo nos llevamos a muerte, de que Tom es muy celoso, de que soy Bill, el idiota que te quitó a…? – entonces me dio un pico. Fue eso, no más, un choque de labios que apenas duró tres segundos. Luego, Aaron apartó la cara de mí y yo le observé como si fuera un mono verde con un pañal negro (¿por qué los pañales siempre son blancos?).  
   
Sí, eso me pregunté, por muy raro que parezca, en esa ocasión.  
   
Entonces, alguien abrió la puerta y la casualidad y la mala fortuna hizo el resto. Tom hizo acto de aparición con las rastas sueltas y húmedas por el sudor. No me lo esperaba. Solía venir a las cinco como poco y no frecuentaba la habitación de Aaron, que yo supiera.  
   
Yo no hice gran cosa y él tampoco. Se nos quedó mirando con una ceja alzada hasta que Aaron se incorporó y se apartó de mí. Como si no hubiera pasado nada, se sentó en su silla y volvió la cara al escritorio. ¡Ups, y encima vacilando! Eso había terminado de desconcertarme.  
   
-¿Es que no teníais pensado avisarme para el trío? – preguntó Tom, tomándoselo a broma. Bueno, era una alternativa a un ataque asesino.  
   
-No es un trío. Ha sido una prueba. – declaró Aaron.  
   
-Ya. – esperé que Tom dijera algo más, no por sarna, si no por costumbre, pero cuando alcé la cabeza buscando una reacción más acorde con su personalidad, solo encontré seriedad y una descarga de malas vibraciones. No estaba de humor para bromas.  
   
-¿Por fin has llegado al límite? – le pregunté y él pestañeó. Me miró como si por primera vez me hubiera visto desde que había abierto la puerta, me observó con ojos cansados durante un buen rato y luego, forzó una sonrisa.  
   
-¿Qué hacías?  
   
-Jugaba al Tekken. Me aburro mucho durante el día y…  
   
-¿Cómo va tu tobillo? – me interrumpió.  
   
-Perfectamente.  
   
-Ah. – no dijo nada más. Eso era lo más raro que había hecho desde hacía semanas, o quizás meses, o quizás desde que lo conocía. La tensión le inflaba los músculos de la cara. Se le notaba a leguas que algo le pasaba, le distraía.  
   
-¿Te pasa algo? – Tom negó, medio ido.  
   
-Nada. – se sentó en el suelo, a mi lado.  
   
-¿Quieres jugar? – Tom alzó un brazo para agarrar el mando que le ofrecía y noté como encogía el abdomen un poco. Apretó los dientes y se le hincharon aún más los pómulos.  
   
-Bill. – me llamó Aaron. - ¿Por qué no te vas a jugar a tu cuarto?  
   
-Pero allí no hay Play.  
   
-Le diré a Shizuka que te la lleve si quieres ¿vale? – no muy convencido, asentí con la cabeza y me dirigí hacia la puerta. No le dije a Tom que viniera porque era obvio que el que sobraba era yo. Esos dos, como compinches en la extraña rebelión alocada que se estaba formando en los barrios bajos, tenían que hablar de algo que era mejor que yo no supiera, pero que no tardaría en descubrir por terceras personas. Era inútil quedarme sabiendo que molestaba y no le sacaría la más mínima información a ninguno.  
   
-Nos vemos luego. – le dije a Tom, que asintió con muy mala cara.  
   
-¿Sabes? No me esperes despierto. Quizás tenga que irme dentro de un rato.  
   
-Oh, vale. Ten cuidado. – cerré la puerta y me dirigí hacia mi cuarto echando pestes. Lo cierto era que me molestaba que no contaran conmigo para nada ¡con lo que yo me esforzaba por ser útil y ellos solo intentaban distraerme para que no tocara las narices, como si fuera un niño en medio de una conversación de adultos!  
   
Lo decidí. Esa noche no habría sexo. Así Tom se enteraría de cómo de duro era yo.  
   
Claro, no habría sexo si volvía a nuestro cuarto después de hablar con Aaron lo que tuviera que hablar. Eso me hizo sentir culpable. Tom estaba agotado, se le notaba y aún así saldría de nuevo esa misma noche a pelearse o a saber Dios sabía qué.  
   
Cuando iba por la mitad del pasillo, haciendo muecas y retractándome en mis pensamientos, me di la vuelta de nuevo en busca de Tom. Si no quería contármelo, de acuerdo, ya se lo sacaría yo a Ricky o a quién fuera, pero no me quedaba con la conciencia tranquila haciéndome el enfadado con él cuando tenía que irse a un lugar tan peligroso.  
   
Agarré el pomo de la puerta del cuarto de Aaron y antes de abrir otra vez, pensando en qué decirle para mostrarle mi apoyo, oí un gemido lastimero al otro lado. La voz del Príncipe sonaba tranquila pero con cierto tono de reproche. Oí otro gemido más potente, casi sollozante, de puro dolor y una queja por parte de mi hermano. Curioso y un tanto alarmado, entreabrí la puerta sin hacer ruido, lo suficiente como para poder ver el interior. Tom, de rodillas sobre el suelo y dándome la espalda, ni siquiera se dio cuenta de mi presencia. Aaron salió del baño de su cuarto con gasas y dos rollos de vendas. Los dejó en el suelo, al lado de mi hermano y entró al baño otra vez. Volvió con un botiquín de primeros auxilios bastante completo. Se arrodilló frente a Tom y le dijo que alzara los brazos. Él obedeció y Aaron empezó a quitarle la camiseta muy suavemente. Eso me puso tan tenso como un palo.  
   
-No, mejor no. Espera. – le dijo y volvió a soltar su camiseta. Abrió el botiquín de primeros auxilios y agarró unas tijeras médicas. Las acercó a Tom y empezó a cortar su camiseta de abajo hacia arriba, muy despacio. – Ya está. Con cuidado. – entre los dos, apartaron la prenda desgarrada y la soltaron en el suelo.  
   
Yo habría puesto el grito en el cielo sospechando de una infidelidad o algo parecido… si no me hubiera fijado en la camiseta ensangrentada.  
   
-¡Aahh! – gritó Tom. Aaron hacía algo en su pecho, pero yo no podía ver qué exactamente.  
   
-Te ha arrancado un buen trozo de piel, eh. Esto debería verlo alguien más capacitado, Tom. No estoy seguro si coserte servirá de algo. El agujero es grande, aunque no muy profundo, por suerte.  
   
-Venga, no jodas, ¿no puedes hacerlo tú?  
   
-Si lo coso y te estiras demasiado, se te soltarán los puntos. Además, se te puede infectar. Prefiero no arriesgar. ¿Vamos al hospital?  
   
-¿Es muy grave? Si no, paso.  
   
-Si se te infecta, será grave. – Tom bufó. Agarró la camiseta ensangrentada y la apretó contra su abdomen. – Tienes suerte de que solo te haya rozado. Si te llega a dar de frente, no sé qué habría pasado.  
   
-¿Suerte? No podré acercarme a Bill en semanas.  
   
-Mejor eso que estar muerto.  
   
-Se va a preocupar.  
   
-Pues díselo y punto.  
   
-... No. No importa. Voy al hospital.  
   
-Te acompaño. – Aaron se levantó del suelo. Tom intentó levantarse, pero cuando estiró el cuerpo, volvió al suelo de rodillas con una mano en el abdomen. Se inclinó hasta que su frente rozó el mármol blanco, sin emitir un solo quejido. Una exagerada cantidad de sangre salpicó el suelo y yo me aparté, apoyando la espalda contra la pared con una mano en la boca, apunto de vomitar.  
   
-¡No te muevas así, se te va abrir más la herida!  
   
-Me duele…  
   
-Vamos, no seas tan bruto. Uno, dos y… - los dos salieron de la habitación. El Príncipe rodeaba la cintura de mi hermano y Tom se apoyaba en su hombro. Con la otra mano, apretaba fuertemente la herida, intentando parar la hemorragia. Por como la camiseta se teñía de rojo con cada paso que daba tenía la sensación de que no le servía de mucho.  
   
Aaron me vio apoyado en la pared, pero no dijo nada. Tom, con los ojos fuertemente cerrados, ni siquiera se dio cuenta. Las gotitas de sudor le empapaban los párpados.  
   
Shizuka, la empleada, corrió hasta él y le ayudó a llevar a Tom al garaje. Yo les seguí de cerca y cuando entre los dos consiguieron estirarlo en el asiento trasero del BMW de Aaron, él me dirigió una mirada tranquila. Luego, salieron hacia el hospital.  
   
Yo me encerré en nuestro cuarto y vomité varias veces.  
   
Luego, me puse a hacer abdominales. Llegué a ciento doce y luego, me tumbé en el suelo durante toda la noche.  
   
Hacía meses que no lloraba a no ser que fuera de alegría. En situaciones de estrés supremo, me limitaba a cerrar la boca y a poner mala cara. Ya no había rastro de lágrimas pasara lo que pasara y aunque eso fuera bueno en parte, tenía un inconveniente.  
   
Estaba rallando la insensibilidad, como Tom había hecho siempre, sobrepasándola incluso.  
   
Sí, cada vez me parecía más a él y él cada vez se parecía más a mí y no estaba seguro de que eso fuera algo bueno.

**Capitulo 6**

**By Bill.**  
-¿Hoy tampoco vienes a dormir?  
-No. Han pasado algunas cosas y… tengo que encargarme de ellas.   
-Ya.  
-¿Te molesta?   
-No. Es tu trabajo, no me importa.  
-Por el tono de voz, yo diría que sí te importa.   
-No pasa nada, me da igual, en serio.  
-¿Seguro?  
-No te he visto desde hace cinco días.  
-Me llamas por teléfono ¿no?  
-¿Y por qué se supone que tengo que conformarme con eso? Ni que estuvieras en Irak.  
-¿Lo ves? Estás cabreado.   
-No estoy cabreado.  
-Sí lo estás.   
-¿Sabes una cosa? Voy a colgar.  
-Pues vale. Te llamaré cuando estés más tranquilo.   
-En lugar de llamarme ven a por mí.  
-…No puedo hacer eso.   
-Eres un mentiroso.  
-Bill, en serio, no puedo.   
-¿Sabes qué es lo que me cabrea? No que no puedas venir a casa, si no que me mientas sobre el por qué.  
-No te estoy mintiendo.   
-No, me ocultas cosas, que es diferente ¿verdad?  
-Mira, te llamo luego ¿vale? Cuando estés más calmado.   
-¡Llámame cuando estés dispuesto a contarme que te han metido un puto tiro y llevas veinticuatro horas en observación, gilipollas! – colgué y cerré el móvil con demasiado entusiasmo.  
-¿Sabes? Eso ha sido cruel. – dijo Aaron, a mi espalda, encajando la llave en la cerradura que daba a la habitación de los expedientes médicos.  
-Sí. Esto de ser un Encadenado me encanta. – vacilé. Aaron abrió la puerta y ambos nos colamos en el espacio oscuro sin llamar demasiado la atención. Entrecerré la puerta y me concentré en vigilar a través de ella mientras el Príncipe abría los cajones y rebuscaba entre las cientos de carpetas perfectamente archivadas por orden alfabético.  
-¿Quién te ha contado lo del tiro y que estaba en observación? – me preguntó.  
-Ricky, ya sabes.  
-¿Cómo no? De todas formas no has mostrado mucho interés por el tema. – Preferí no mencionar el nuevo arañazo que me recorría la piel desde el muslo hasta la rodilla.  
-Me da igual. Si quiere matarse que lo haga. Ya me enteraré de su muerte por terceras personas, como siempre.  
-Eres realmente frío, Bill. Sí, desde luego cada vez te pareces más a tu hermano. A este paso acabarás siendo tú el líder.  
-Seguro que lo hago mucho mejor que él. Oye, ¿por qué no vigilas tú y yo busco? Eres un poco lento. – Aaron me hizo ver una mueca sarcástica.  
-¿Es que no has oído hablar del secreto profesional?  
-¿No debería ser yo quien te preguntara eso a ti? Tú eres el aspirante a médico.  
-¿Viene alguien? – solo pasaban enfermeros por el pasillo y todos pasaban de largo. Un niño revoltoso correteaba por allí, con su madre detrás pidiéndole silencio y moderación.  
-Nadie, pero date prisa. No me gusta tener que entretener a la gente.  
-Ya tengo uno. – Aaron me pasó la carpeta y yo, sin ni siquiera mirarla, la introduje en el interior de mi mochila. - ¿Cuál era el apellido de la chica?  
-Eh… ¿Kaufmann?  
-Sí, ese… a ver… - al final del pasillo detecté a dos personas que se acercaban con sus batas blancas. Una de ellas era una mujer y el otro, un hombre hecho y derecho sumamente serio. Me recordó a los padres de Aaron, aquellos que había visto en una foto, pero aunque tenían la misma expresión tosca, no se parecían en nada. El hombre era especialmente alto, de hecho calcularía que me sacaba una cabeza, lo que le convertía cinco centímetros más alto que yo. Dos metros. Su pelo era oscuro, pero de verdad, como la noche misma y sus ojos tan negros que podía confundirlos con las pupilas. Miraba a la mujer que caminaba a su lado como si la despreciara. Llevaba gafas. Me daba la impresión de que era agresivo y si lo era, a pesar de mis nuevas capacidades viriles, sería el primero en salir corriendo.  
Era tanto o más grande que Black, pero más grueso. Ese sería un detalle cómico si no fuera porque su anchura se debía a una musculatura bestial, no a grasa corporal.  
-Oye, Aaron, date prisa, por ahí viene… - me acerqué a él para ayudarle a buscar y mientras pasaba carpetas y carpetas ordenadas por apellidos, localicé uno en concreto que me llamó la atención. Sin preguntar si quiera, agarré la carpeta y la saqué de un tirón.  
-¡Eh! – gruñó el Príncipe.  
-¿Este es el expediente médico de mi padre? – pregunté. El apellido Kaulitz parecía brillar ante mí.  
-Pues claro, aquí están los expedientes de prácticamente toda Stuttgart. – miré a Aaron con una ceja arqueada y abrí la carpeta.  
-¿De verdad? ¿Tom también está?  
-¡No mires eso, dámelo ahora mismo! ¡Bill! – intentó quitármelo, pero yo me aparté de un bandazo.  
-¡Shhhh, tú a buscar, que se acerca un tío con muy mala pinta por ahí!  
-Bill, me vas a meter en un buen lío. Dame eso. – la puerta se cerró de golpe cuando tropecé y me golpeé la espalda contra ella. Aaron y yo nos observamos con los ojos muy abiertos porque, obviamente, el golpe no había sido insonoro.  
-¡Coge el puto expediente que te falta y vámonos de aquí! – y eso hizo. Rebuscó durante un par de segundos más, agarró una carpeta, cerró el cajón de golpe y ambos, con los nervios a flor de piel, decidimos salir de allí de una vez. Cuando abrimos la puerta y nos vimos en mitad de un pasillo abandonado, suspiramos y cerramos la puerta. – Uff, nadie nos ha visto ¿no?  
-Abre la mochila y mételos dentro… - me descolgué la mochila del hombro y metí el expediente que contenía mi apellido dentro. Fui a coger el expediente de la familia Kaufmann.  
-¿Qué se supone que haces aquí, Aaron? – no me dio tiempo a guardarlo. Los dos nos pusimos tan tiesos como estatuas y el Príncipe, además de rígido, se puso de todos los colores. Por un momento lo confundí con un camaleón antes de que el gigante que teníamos delante acaparara toda mi atención. El hombre de ojos penetrantes y rostro apático nos había pillado. El Príncipe, muy lentamente, se volvió hacia él, ocultando tras su espalda el valioso expediente que yo, con disimulo, agarré e introduje en la mochila. Cuando se lo quité, pude detectar el temblor de sus manos.  
-Ah… Seiler. – murmuró muy bajito. El hombre le observó como si se tratara de una pulga minúscula. Ni siquiera reparó en mi presencia.  
-¿Qué haces aquí? – volvió a preguntar. Su voz era la más profunda e intimidante que hubiera oído nunca. De hecho, superaba a la de mi hermano cuando se enfadaba.  
-Oh, pues… yo… - él tragó saliva. No hacía falta decir que estaba intimidado y no me extrañaba en absoluto. Fijándome en el personaje que teníamos delante, detecté su placa. Su nombre era Seiler Kolher.  
Cirujano jefe.  
¡Lo sabía, tenía toda la cara de carnicero!  
Se cruzó de brazos esperando una respuesta que no llegaba. Cada segundo que pasaba notaba a Aaron más nervioso, tanto que empezó a tartamudear y a sudar. Su color de piel pasó de blanco a rojo fosforescente por la vergüenza, así que sacando algo de valor, me aventuré a interrumpir ese duelo de miradas entre el cirujano jefe y el pequeño aspirante a director de hospital.  
-Pero ¿me quieres hacer caso de una vez? – gruñí y ambos se volvieron hacia mí. El cirujano frunció el ceño, sorprendido. - ¿Es que no piensas atenderme o qué? ¡Llevo toda la mañana esperando, tío! ¿Me tengo que estás muriendo para que alguien me atienda en este jodido hospital?  
-Ah…  
-¡Pues sí, ya veo que sí!  
-Perdone, ¿usted es…? – me preguntó el cirujano con cara de pocos amigos (la que tenía, más bien).  
-¿Y por qué debería decirle mi nombre a un médico tan incompetente? A ver, ¿cómo se llama usted, señor…  
-Seiler.  
-Señor Seiler. Verá, llevo aquí desde las ocho de la mañana y ¿sabe qué hora es? ¡Las once, las once! ¡Tengo otros asuntos que atender así que si no le importa, atiéndanme de una vez!  
-¿Cuál es su problema?  
-¿Qué?  
-El motivo por el que está aquí. – miré a Aaron de refilón, que aún trastocado, se apresuró a echarme una mano.  
-Dice que tiene fuertes dolores abdominales desde ayer por la noche, vómitos, mareos…  
-¡Exactamente! – me llevé una mano a la barriga y puse cara adolorida, encogiéndome un poco por el dolor. - ¿Ves? ¡Ya me vuelven los dolores!  
-Lamento tener que decirle que en esta sala ninguno de los dos está cualificados para tratar ese asunto. Debería visitar a su médico de cabecera o ir a la sección tres, planta dos de este hospital y pedir cita.  
-¿Pedir cita? ¿Y si tengo un ataque de apendicitis, qué?  
-Eh… no creo que lo sea, no se preocupe por eso. – Aaron sonrió forzosamente. Yo seguí con mi papel de paciente insatisfecho.  
-¿Y usted qué sabe si no está cualificado para ofrecer un diagnóstico? – el Príncipe se quedó cortado y yo me hice a la idea de que la había cagado. Entonces, el tal Seiler se interpuso entre Aaron y yo y me miró de forma amenazadora.  
-Le agradecería que no hablara de una manera tan ruda a nuestro alumno en prácticas. Un error puede tenerlo cualquiera. – si no fuera porque el Príncipe parecía intimidantemente horrorizado por la forma en la que el cirujano lo había defendido, habría dado por hecho que aquel hombre no era tan malo como parecía.  
-Sí, sin duda, un error puede tenerlo cualquiera. – decidí que era hora de irme por donde había venido y haciendo el paripé como tantas otras veces había hecho, me encogí sobre mí mismo y fingí un gran dolor atacando mi estómago. – Oh, no… otra vez… necesito… ¡Necesito un baño!  
-Hum… sin duda se trata de un ataque de colitis. – insistió Aaron.  
-¡Sí, eso va a ser, sin duda! – y con unos movimientos muy poco dignos, les di la espalda y eché a andar pasillo abajo. - ¡Uff, paso, paso, tengo colitis, la diarrea es peligrosa! ¡Arggg! ¿Dónde está el wáter? - sin importarme nada donde estuviera el baño, giré por el primer pasillo que encontré a la izquierda. - ¡Oooohh, no llegaré tiempo al cagódromo! – dramaticé y una vez fuera del alcance de aquel carnicero de mirada asesina, suspiré de alivio apretando la mochila entre mis brazos.  
Entonces me di cuenta de que había ido a parar a una sala de espera y de que mucha gente me estaba mirando como si portara un virus contagioso. Un niño se rió e intentó caminar hasta mí, pero su madre le dio un tirón para que no se me acercara y acto seguido, me sonrió con gran falsedad. Yo devolví la sonrisa con las mejillas rojas de vergüenza. Luego, muy lentamente y con disimulo, asomé la cabeza por la esquina del pasillo para ver si Aaron me seguía. No lo hacía. El carnicero le estaba diciendo algo y el Príncipe intentaba excusarse, pero el otro parecía no aceptar ninguna excusa.  
Estaba shockeado. El tal Seiler era totalmente hierático y cuando le hizo un gesto para que le siguiera a través del pasillo, Aaron aceptó, cabizbajo. Los dos me dieron la espalda y empezaron a andar. Suspiré. Al final no había sido de gran ayuda.  
Ocurrió algo muy raro.  
El cirujano giró la cabeza hacia atrás y sus ojos oscuros se clavaron en los míos, como si supiera desde un principio que allí me encontraba yo, esperando a Aaron, como si supiera lo que había pasado, lo que habíamos planeado juntos. Me pilló, pero no dijo nada. Al contrario… sonrió.  
Y fue una sonrisa escalofriante.  
Cuando salí de allí me temblaban las manos. Era como si… me hubiera reconocido.  
   
   
Sabía que no tendría que haber dejado solo a Aaron con ese tío. Algo me decía que no era de fiar y que, además, sus intenciones no eran muy buenas. Al cruzar su mirada con la mía se me dispararon todas las alarmas que un cachorrillo puede tener al detectar una amenaza en el ambiente. El mensaje era claro. Peligro, huye, corre. Así que de vuelta a la gran casa de Aaron solo sentí nervios y remordimientos. Debería haberle echado una mano o, al menos, intentarlo.  
También debería ir a ver a Tom a la sala de observaciones, pero no me atrevía. Mi personalidad todavía era inestable y no tenía ni idea de cómo reaccionaría al ver a mi novio tumbado en una camilla y agujereado.  
Por supuesto, me había asegurado de que no era nada grave. No era tan insensible, aunque intentaba serlo con todas mis fuerzas.  
Cuando llegué, Shizuka, la chica de la limpieza y tareas varias (todavía no sabía qué hacía exactamente), me hizo un gesto para que me acercara a ella en silencio.  
-Tenga usted mucho cuidado, chico. Los señoles volvelan a casa esta noche y todavía no tengo clalo si el señolito estalá en ploblemas si sus papás saben que vosotlos estáis aquí. – asentí con la cabeza, bastante seguro de que prefería no tener contacto con esas personas que tan estiradas parecían. Si tenían el mismo humor que Aaron, debían de ser temibles.  
Así que con la cabeza llena de ideas y después de sacar a pasear a Scotty junto a Zansha y Duncan (¡Qué diferencia entre un perro y el otro! Los perros del Príncipe caminaban como si fueran reyes y obedecían todas las órdenes, Scotty se revolcaba por el barro y me arrastraba por donde quería), llegué a mi cuarto y Bagoas se me echó encima. Recibí un golpe de lo más tonto. Me caí sobre un montón de cajas que habíamos apilado en un rincón de la habitación el primer día que llegamos después de la masacre de nuestro hogar. Era lo que había sobrevivido de todo aquel desastre, los restos.  
-¡Eh! Serás gato malo… ¿qué pasa? ¿Voy a tener que comprarte otro ratón de plástico? – como única respuesta, el gato me recibió con maullidos y lametones en la cara. Sabía hacerme bien la pelota. – Vale, vale, de acuerdo, ¿quieres leche? Te abriré una lata de asquerosa comida para gatos. – estreché a Bagoas entre mis brazos y me levanté con cierta dificultad. El gato me arañaba la camiseta y el pecho y yo bufé. ¡Me estaba convirtiendo en todo un mártir mutilado! Si no me arañaba el gato, lo hacía yo con cosas más afiladas que sus uñas y si no, lo hacía Tom y a conciencia, aunque él salía peor parado que yo. La diferencia entre sus uñas y las mías era considerable. Aunque no me las había vuelto a pintar, no me las cortaba con mucha frecuencia.  
Cuando conseguí levantarme, el estruendoso ruido de las cajas de cartón desperdigando su contenido por el suelo me hicieron gruñir de resignación. Dejé a Bagoas en el suelo y empecé a recoger. Sería mejor tenerlo todo listo para el día siguiente, ya que empezaba a trabajar otra vez y volvería agotado. Y, claro, no podía contar con Tom para mantener la casa decente y menos, estando herido. ¿Cuándo volvería a casa? Hacía unos tres días que había dejado de hacerme esa pregunta, ya que pensando en eso podía pasarlo realmente mal.  
Recogí los libros antiguos, pero antes de volver a meterlos en la caja, observé sus portadas. No pude hacer más que sonreír al descubrir libros de preescolar y primaria entre mis manos. Me emocioné al momento pensando qué clase de estudios había realizado Tom desde pequeño, si teníamos algo en común. Así que me senté en el suelo y empecé a rebuscar entre el montón de cajas, soltando todo su contenido en el suelo. Encontré álbumes de fotos que tenían pinta de ser muy antiguos, cuadernos, cintas de vídeo y cartas. Muchísimas cartas. ¡Oh, aquello era un tesoro! De repente, recordé donde había visto también aquella cantidad de material. Eso debían ser los recuerdos de Tom guardados en el trastero. Me pregunté cómo habían llegado hasta allí. ¡No esperaba que Tom fuera tan sentimental! Pero si todo eso estaba ahí, sin duda era por el profundo significado que para algún miembro de la familia poseía. Por algún motivo, no me imaginaba a mi padre pidiéndole a mi hermano que no se olvidara de aquellos álbumes de fotos tan antiguos.  
Algunas fotos ya las había visto. Yo y Tom de pequeños ocupábamos gran parte de ellas. Había una especialmente graciosa en la que uno de los dos miraba a la cámara con la boca abierta por la sorpresa, con un libro en la mano, como si acabaran de pillarle leyendo algo que no debía. El otro se reía con unas paletas de leche que amenazaban caerse en cualquier momento.  
La que suponía era Helem, también salía en muchas fotos una vez me hice con otro álbum más nuevo. En ese álbum Tom no tendría más de diez años y en cada foto, se le notaba reacio a posar. Parecía asqueado y a veces, indiferente. Por aquel entonces ya tenía las rastas sobre los hombros, rubias como el oro. No estaba pálido ni muy delgado, pero tenía las mejillas hundidas y grandes ojeras. Pasando las páginas unas tras otras, me percaté de que poseía la misma expresión que en las anteriores, exactamente la misma. Solo expresaba aborrecimiento y una edad mucho mayor. Tenía mirada de anciano, la del que ha vivido todo y no ve más motivos para seguir en esa vida que nada bueno le deparaba. Sus ojos se mostraban cansados, sus labios despellejados no tenían intención de saborear nada. Tom parecía un muerto.  
En todas las fotos excepto una.  
Helem le abrazaba con ese cabello pelirrojo rodeándole los hombros. Tom era muy bajito y ella tenía que agacharse para situarse a su altura. La única diferencia del Tom de las otras fotos y de esa, era el rubor tan intenso de mi hermano y el brillo en su mirada al observar a su madrastra. No sabría describirlo de otra manera que no fuera intenso. Sin duda, esa mujer había significado y significaba un mundo para mi hermano.  
Me gustaría mucho conocerla, pero me daba respeto pensar en ella. Nunca había visto a una persona tetrapléjica y me preguntaba cómo de impresionante sería verla. No quería que la pobre mujer se sintiera mal si yo me ponía pálido o me mareaba al encontrármela en esa camilla.  
Solté el álbum de fotos y me puse a pasar páginas del primer libro de texto que encontré, uno sobre industriales que no tenía ni idea de qué hacía allí. Había varios que supuse, pertenecerían a la rama de Telecomunicaciones de la universidad y varios cuadernos. Me concentré en estos últimos mientras tranquilizaba a Bagoas acariciándole el lomo.  
Al abrir uno al azar, me encontré con cientos de operaciones incomprensibles y cuentas extrañas. Miles de números desordenados formando fórmulas matemáticas. Arrugué la frente. Todo el cuaderno estaba repleto de operaciones similares, cada cual más complicada. No había ni una sola palabra y si las había, era para concretar ciertas fases. Cerré el cuaderno y agarré otro que estaba casi igual, pero en lugar de cuentas matemáticas, solo había palabras y textos. Leyendo algunos, conseguí localizarlos en obras literarias que me habían obligado a leer en el instituto. Los textos estaban analizados con excelentes comentarios críticos, dignos de un profesional, utilizando palabras que ni yo conocía y en un lenguaje que podía pasar del más vasto, al más científico. La letra era de Tom, eso seguro y desgraciadamente, era lo único que hacía imperfecto su magnífico trabajo. No tenía una mala caligrafía, pero tampoco era admirable. Las palabras parecían bailar sobre la hoja de forma inestable, pasando de letras más pequeñas a más grandes en determinados momentos. Los trazos podían ser firmes o débiles y a veces, las palabras parecían expresar furia por la fuerza con la que estaban plasmadas en el papel o bien, cansancio.  
No era un experto en aquella técnica, pero suponía que si un profesional analizaba la caligrafía de Tom, descubriría una cierta inestabilidad emocional.  
Cerré el cuaderno y seguí buscando entre los objetos antiguos. Descubrí algunos juguetes, películas de Disney, libros de cuentos y dibujos. Concentrándome en estos últimos, vi los colores alegres y los paisajes azules dibujados por un niño de cuatro años. Los monigotes y animales que dibujaba sonreían tanto que sus dientes sobresalían de sus regordetas caritas. Me resultaba difícil imaginarme a Tom dibujar paisajes tan ilustres y divertidos. Lo cierto era que no se le daba nada mal. Sus dibujos me recordaban a las series japonesas que salían en la tele. Luego… esa peculiaridad empezó a cambiar. De repente me encontré con colores oscuros, personajes amorfos y paisajes desgarrados y tétricos. Los muñecos habían dejado de sonreír para volverse hieráticos y macabros. El negro predominaba por encima de cualquier color, compitiendo con el rojo oscuro, el color de la sangre. El verde y el azul que hasta entonces habían sido los favoritos, desaparecieron.  
Entonces, las escenas se convirtieron en macabras interpretaciones de asesinatos y palabras amontonadas unas encima de otras. Un pequeño halo de angustia me comprimió el estómago conforme iba pasando los folios uno a uno. En todos ellos había muertos: el primero con el que me encontré retrataba varias personas colgando de lianas o cuerdas por el cuello. Los personajes habían dejado de tener grandes caras alegres a, directamente, no tener nada. Eran un montón de garabatos dibujados con rotulador negro. A partir de ese primer dibujo, las escenas empezaron a volver más violentas y sádicas. Me acongojó especialmente uno en el que se observaban cientos de cadáveres empalados alrededor de un bosque oscuro. Hombres, mujeres… y niños. Sobre todo niños.  
Decidí dejarlos de lado un poco perturbado y abrí un pequeño estuche de metal a base de golpes. No creía que a nadie le importara que lo rompiera, ya que parecía cerrado a cal y canto desde hacía por lo menos veinte años. Curioseando, lo abrí, esperando encontrarme con una fortuna en joyas o una colección de canicas de 1992, pero en su lugar solo encontré un montón de sobres amarillentos cuyas letras tenían una forma desconocida para mí. No me hizo falta fijarme demasiado en las palabras del remitente para darme cuenta de que no las había escrito Tom. Volqué la caja y un montón de cartas cayeron al suelo formando una montañita arrugada.  
-¿Y esto? – murmuré. Agarré una cualquiera y miré el destinatario. Reconocí el nombre de mi padre y la calle donde estaba situada nuestra casa ahora destruida. Después, miré el remitente escrito con una caligrafía perfectamente elegante y… mierda.  
¿Mamá?  
Estuve varios minutos observando aquella carta con el estómago revuelto. El nombre de mi madre, Simone, estaba escrito claramente en aquel sobre antiguo. Encontré la fecha del día que había sido enviado y tragué saliva, siendo consciente de que acababa de encontrar algo importante.  
Abril de 1993. En aquella época yo y Tom teníamos cuatro años.  
-Hostias… - sin abrir los sobres, empecé a rebuscar entre el montón. Los ordené todos cronológicamente y descubrí que mi madre se había estado carteando con mi padre desde 1993 hasta el año 2000. Había una carta por mes, por lo que el montón de cartas era considerable.  
Intrigado e imaginándome unos cuernos en la frente de Gordon enormes, cogí el primer sobre y empecé a abrirlo con cuidado. La elegante caligrafía de mi madre quedó descubierta ante mis ojos. Empecé a leer.  
   
            Querido Jorg:  
Me sentí aliviada y feliz cuando leí tu carta comunicándome lo bien que Tom lleva el cambio. También me alegro de que tú te adaptes a él y a tu nueva vida allí, tan lejos de Hamburgo. Me han dicho que Stuttgart, aunque se trata de una ciudad preciosa, tiene unos barrios muy peligrosos y oscuros. Dicen que hay concentraciones de pandillas peligrosas por aquellos lares, como en Estados Unidos, ya sabes. ¿Te acuerdas del chico americano al que tuve que defender de sus propios hermanos por haber acudido a la policía por el asesinato de su padre? Pensar en que ese tipo de gentuza puede anidar cerca de mi inocente y tímido hijo me pone enferma. Por eso, te pido que no permitas, ocurra lo que ocurra, que Tom se inmiscuya en esos temas.   
Como verás, he añadido al sobre diez mil marcos que espero utilices para matricular a Tom en una escuela privada, donde lo eduquen correctamente y lo mantengan alejado de posibles peligros. También te he enviado algunos folletos sobre escuelas que me han recomendado para su educación. Desde mi oficina, un compañero me ha enseñado a usar esos ordenadores tan modernos y he conseguido acceder a internet ¡soy la primera de la empresa que toca uno de esos trastos tecnológicos! ¿Sabes? No es tan impresionante como dicen. Estoy segura de que esto de internet no durará mucho.   
Bill y yo estamos bien, pero la verdad es que él no parece llevar tan bien como Tom la separación. Durante el día parece feliz. Ha hecho un amigo muy grande, enorme, dos años mayor que él. Se llama Georg, lo conoció en el parque el otro día y ya le está obligando a venir a casa todos los días para jugar con él. Ya sabes que Bill no es mucho de jugar a la pelota, así que el bichito no tuvo otra que hacer que coger la cuna que tengo guardada para dársela a mi hermana, subirse a ella con Georg a la espalda y lanzarse por las escaleras como si estuviera pilotando un coche de carreras. ¡Adiós cuna!   
Lo que quiero decir es que mientras está ocupado, no hace preguntas y se lo pasa bien. En el colegio se divierte. En casa hago todo lo que puedo por calmar su aburrimiento con juguetes nuevos. Intento evitar que piense en su hermano, pero no lo consigo. Lo sé porque aunque apenas pregunte por él, cuando me despierto por las mañanas siempre me lo encuentro durmiendo frente a la puerta de la calle, en el suelo. Dice que espera a Tom y cuando lo despierto, llora al ver que no ha vuelto a casa. Se me rompe el corazón al verlo así, Jorg. Empiezo a flaquear en esta decisión tan precipitada. Son hermanos gemelos y deberían estar juntos ¿no? ¿Cómo hemos podido llegar a esta situación? Yo también echo de menos a Tom, tanto…   
Puede que separarlos ponga a salvo a Bill, pero temo que el remedio sea peor que la enfermedad.   
Dejé de leer ahí, con un ligero picor en los ojos y en la garganta. Así que mi madre sí que quería a Tom, o al menos lo había querido… pero algo fallaba. Algo no encajaba.  
Leí la última frase un par de veces más y arrugué la cara, confundido. ¿Salvar a Bill, es decir, a mí? ¿De qué? Seguí leyendo hasta terminar la carta, pero lo interesante había acabado en ese párrafo. Lo demás hacía referencia a papeles de divorcio y economía familiar. Poco más. Interesado por esa cuestión y por saber los sucesos que no recordaba, cogí la carta de la fecha más aproximada y empecé a leer. La siguiente databa de dos meses después.  
   
            Querido Jorg:   
Te escribo esta carta desde el coche, delante del parvulario de Bill. Estoy esperando a que las maestras me dejen pasar para recogerlo unas pocas horas antes de lo habitual. Al parecer se ha peleado con un niño de su clase, le ha mordido el brazo y se le ha caído un diente cuando el niño se lo ha sacudido para quitárselo de encima. Últimamente, Bill está muy agresivo. ¿Se deberá a la famosa conexión entre gemelos? Si Tom está tan susceptible como dices y Bill está igual, se deberá a algo. ¿Le has preguntado a la tutora de Tom si ha pasado algo en el parvulario que le haga no querer ir? Tal vez tenga problemas con sus compañeros de clase.   
   
Seguí leyendo, cada vez más rápido yendo directamente a por las frases más significantes. Mamá hablaba demasiado sobre el trabajo, la economía familiar e internet. A mí sólo me interesaban los temas referentes a Tom y a mí, que cada vez se volvían más triviales.  
Acabé tumbado en la cama sobre un montón de cartas y estuve alrededor de dos horas leyendo sin parar, parando solo de vez en cuando para acariciar a Kasimir, acurrucado sobre mis piernas.  
Mamá cada vez hablaba menos sobre Tom y más sobre mí. Parecía estar obsesionada por mi salud y mi adaptación a las circunstancias del momento. Por lo visto, no eran muy buenas. Siempre había tenido problemas de salud en mi infancia y también de mayor; mi organismo no asimilaba bien el hierro de la carne roja y las proteínas del pescado. Caía constantemente enfermo y me mareaba a menudo por la anemia. Lo que no sabía era que padecía un trastorno de hiperactividad bastante molesto; mis notas en el parvulario no eran muy buenas debido a ello. Mi madre me cambió de parvulario cuatro veces antes de averiguar que era hiperactivo, ya que mis profesoras y mis compañeros me consideraban retrasado o al menos, cortito de mente.  
A parte de Georg no tenía ningún amigo. A Gustav lo conocí a los seis años, así que no contaba con que apareciera pronto en las cartas.  
No preguntaba mucho por Tom o eso decía mi madre. Sin embargo, mis sueños me delataban. Soñaba y me despertaba por las noches, a veces sonámbulo y otras veces, gritando y llorando. Mamá me paseó por todas las clínicas privadas de Hamburgo buscando alguna solución a mi problema, que pasaba de ser simple hiperactividad a una dificultad considerable en mi educación diaria. Tom también tenía alguna clase de problema escolar, pero supuse que los detalles del mismo se encontraban en las cartas de mi padre que seguramente, estarían en Hamburgo escondidas por mi madre. Sólo pude averiguar por las menciones casuales de mamá que Tom se negaba a ir a la escuela. No pocas veces había vuelto a casa llorando y con moratones en la cara.  
¡Joder, hasta yo, sin detalles de aquellos sucesos y sólo por algunas menciones podía suponer que se trataba de acoso escolar! Los niños a esa edad son crueles por naturaleza.  
¿Tom siendo acosado por los niños de su clase? No me lo imaginaba, pero a saber cómo era en esa época. Por lo menos me consolaba saber que no sufrió mucho tiempo.  
Tras ocho cartas leídas a fondo, llegué a 1994. El día concreto en el que la carta fue escrita databa del cinco de septiembre, cuatro días después de nuestro cumpleaños.  
   
            Querido Jorg:  
No tengo ni idea de qué puñetas le dijo Tom a Bill por teléfono, pero he decidido que no quiero que vuelvan a hablar. Fue una malísima idea permitirlo. Bill está totalmente conmocionado desde entonces; ha dejado de comer, de beber, de jugar, de hablar, de gritar… Está en estado de shock. Tampoco duerme bien por las noches. Tiene pesadillas y me despierta de madrugada gritando y pataleando. La noche del tres de septiembre rompió la cabecera de la cama con la cabeza ¿sabes lo que es eso? ¡Con la cabeza, Jorg, por el amor de Dios!   
Me levanté a las cinco de la mañana porque oí ruidos y cuando fui a ver a Bill, me lo encontré destrozándose la frente contra la cabecera. La rompió. ¡Le han dado siete puntos en la frente por ello! Por favor, necesito saber qué le dijo Tom exactamente para alterarlo tanto. Cuando lo vi con el teléfono en la mano comunicando, sentí pánico. Se puso tan blanco como un muerto y cuando le pregunté qué le había dicho su hermano, se hizo pis en los pantalones. ¿Se puede saber cómo estás educando a mi hijo, Jorg? Esta es la última carta que te envío.  
Cuando termine la semana dejaré a Bill con mi hermana e iré a recoger a Tom. Esta especie de experimento ha acabado. Sé que será difícil criarlos juntos a los dos y más teniendo en cuenta la enfermedad de Tom, pero estoy dispuesta a correr el riesgo.   
Aunque te permitiera llevártelo y haya pasado un año, es mi hijo y le quiero. Tenga el defecto que tenga.   
   
La carta era así de corta, media página a lo sumo. Nada comparado con las cuatro o cinco páginas por carta que había enviado hasta ese momento. La leí dos veces más y me deshice en temblores. Intenté recordar la noche del uno de septiembre de 1994, pero una nube de confusión me nubló la mente. No había nada.  
Sé que será difícil criarlos juntos a los dos y más teniendo en cuenta la enfermedad de Tom…  
¿Qué enfermedad? La carta se arrugó entre mis dedos hasta quedar reducida a una bola de papel. Cuando cogí la siguiente ya estaba preparado para leer lo peor. Al fin y al cabo, por alguna razón Tom y yo no habíamos vuelto a estar juntos hasta los diecinueve, al contrario de lo que mamá había asegurado.  
   
            Querido Jorg:  
Siento haberme ido de tu casa tan precipitadamente. Dejé a Tom solo mientras tú ibas a comprar y volví a Hamburgo sin decirte nada, sin avisarte, sin dejar una nota y sin Tom. He esperado un mes entero para escribirte esta carta que no estaba preparada para enviarte. Sé que las cosas que voy a expresar aquí son sucias y totalmente deshonrosas. Una madre no debería hablar así de su hijo, pero quiero hablarte de ello, ya que no puedo mencionárselo a nadie más.   
Jorg, ¿sabes qué clase de persona tienes en casa? Quiero decir, es un niño de cinco años o eso pensaba yo cuando me dirigí a Stuttgart a por él, pero cuando me dejaste a solas con él… vi algo diferente, algo espeluznante en él. No lo conocía, Jorg. Ese no es Tom y te lo digo en serio. No sé qué has hecho con él, qué ha sido de mi tierno y dulce hijo, pero ese monstruo no es Tom por mucho que tenga su misma cara y cuerpecito.   
Te preguntarás por qué digo estas cosas tan horribles. Te lo diré; ese niño me dijo obscenidades, palabras groseras y promiscuas que rayan lo vomitivo. Sabe palabras que un niño de cinco años no conoce, de las que nunca ha oído hablar. Él las sabe y conoce su significado. En cuanto saliste por la puerta me llamó puta, furcia y una serie de guarradas de las cuales no pude entender la mitad. En cuanto vio los juguetes y cochecitos que le traje, los rompió a base de patadas y los estrelló contra la pared. Me llevó a su cuarto y me enseñó una colección de muñecos de peluche desmembrados y clavados en la pared con agujas y clavos. “Son mis amigos” me dijo. “Se merecían un castigo, así que los he crucificado.”   
“Tom, son muñecos” le dije yo. “Lo sé” “¿Y por qué lo haces?” “Porque es una planificación. Ahora mismo no puedo hacer esto con personas de verdad. Soy un niño… pero algún día podré hacerlo.” Me dijo él. Ahí empecé a sentir miedo, Jorg. Me miraba con unos ojos tan serios y agresivos que no me cupo la menor duda de que hablaba en serio.   
“¿Quieres hacer esto con personas de verdad?” le pregunté y él se encogió de hombros. “Por eso clavo los muñecos en las paredes, para que cuando sea mayor no se me olvide a quién tengo que… matar”  
Me acerqué a esos muñecos y los toqué. Uno a uno, pregunté: “¿Quién se supone que es este?” “Es una compañera de clase. Se llama Baldie. Me tiró barro a la cara y no pude ver bien durante un día entero, así que la dejaré ciega.” “Ese es Dorne. Me metió la cabeza en el inodoro. Lo ahogaré.” “Ese me retorció el brazo. Se lo arrancaré.” “Ese me cortó el pelo. Le raparé.” Me dijo tantas cosas, Jorg... Soltaba cada cosa por esa boca, cada ocurrencia. Y parecía dispuesto a cumplir todas y cada una de esas terroríficas amenazas. Entonces, salimos fuera. Estaba totalmente dispuesta a llevármelo aunque tuviera que buscarle ayuda psicológica para superar ese “trauma”, pero entonces… me lo enseñó. Un pajarito había caído del nido de un árbol. Todavía estaba vivo cuando Tom lo pateó y lo aplastó con el pie. Entonces dijo “Y este es Bill. Lo mataré si me llevas con él otra vez.” Se rió.   
Y entonces yo salí corriendo, Jorg. Espero que lo entiendas. No puedo permitir que ese monstruo, esa cosa le haga daño a Bill ahora que él no puede defenderse. Quizás más tarde, cuando pase el tiempo, pero no ahora.   
Tom no está bien. Ese niño no está bien. Llévalo a algún sitio, no tengo idea de a donde, pero no lo dejes así. Es tal y como nos dijeron los médicos; su enfermedad ha empeorado hasta límites insospechados.   
Te volveré a escribir pronto, pero no te hablaré de Bill durante un tiempo. Me da miedo que Tom lea estas cartas así que por favor, ocúltaselas.   
Todavía te quiero y te deseo lo mejor.   
   
Tras aquel folio, escrito con pintura acrílica de color rojo, alguien había garabateado “Lo he leído” y había expresado su conformidad con una carita feliz. Tom lo había leído, no sabía a qué edad, cómo, donde ni cuando, pero lo había hecho. Y lo había escrito para acojonar a mi padre.  
Me costaba horrores creer que el Tom del que hablaban era el mismo que el que yo conocía, pero lo más difícil era pensar en esa supuesta enfermedad de la que hablaban. ¿Mi novio estaba enfermo? ¿De qué? Por mi mente cruzó el expediente médico que había robado horas antes con Aaron y de un salto, bajé de la cama y agarré mi mochila para sacarlo. Pasé del expediente de mi padre y me centré en el de mi hermano. Empecé a leer sin orden alguno y descubrí dos páginas enteras repletas de traumatismos, fracturas, desgarres musculares, heridas profundas, puñaladas, repetidos casos de inanición con graves anemias y un largo etcétera de infecciones en orina, genitales… ¿ladillas? ¿Fimosis? Nada de enfermedades que perduraran a lo largo del tiempo, ni una triste gripe. Pero ya había tenido suficiente con las ladillas.  
Busqué alguna enfermedad venérea, algo como SIDA para terminar de acojonarme. ¡Cuánto antes supiera que tenía VIH antes podría empezar un tratamiento!  
Pero la puerta se abrió de repente y no me dio tiempo a asegurarme de que Tom estaba totalmente limpio, al menos por el momento.  
-¿Qué estás haciendo? – hablando del rey de Roma. Tom entró por la puerta con expresión tosca y unas ojeras considerables. Tenía una voz ronca de huevos y una barba incipiente. La ropa que llevaba estaba para tirarla a la basura, destrozada y ensangrentada. Estaba para darse una ducha y echarse en la cama para no despertar en varios días.  
-¿Tom? – murmuré. – Estás horrible. – solté, sin más.  
-Oh… vuelvo a casa después de cinco días sin vernos recientemente dado de alta por recibir un tiro y estas palabras son las que me reciben. ¡Son taaaaaaan halagadoras! – me hubiera levantado de la cama para darle un beso, pero el olor que desprendía su aliento me echó hacia atrás. - ¿Dónde está mi ropa? Necesito una ducha.  
-Dos, más bien. Y un buen afeitado. – Tom pasó de coger la ropa y se fue directamente al baño, arrastrándose casi. Nunca le había visto tan… cansado y sucio. – Ahora te llevo la ropa. – le dije. Tom gruñó. Entonces, una de las pocas canciones raperas que había escuchado y podía decir que me gustaba, empezó a sonar. Tom se detuvo frente a la puerta del baño y se sacó el móvil del bolsillo, mirando la pantalla sin hacer amago de cogerlo. – Te están llamando.  
-No es cierto. – el móvil siguió sonando y Tom sacudió la cabeza. – Quiero decir, sí. Pero no voy a contestar. – dejó caer el móvil al suelo. - ¡Ni se te ocurra responder, Muñeco! Son asuntos de estado.  
-¿Qué estado? Ah, Tom… ¿seguro que te han dado el alta?  
-Sí… claro, me han dejado salir.  
-Te han dejado salir pero… ¿te han dado el alta? – Tom se me quedó mirando. No sabía ni para qué preguntaba. – En tu expediente médico no pone que te hayan dado el alta. – dejé caer con una sonrisita pícara. Tom entrecerró los ojos cuando le enseñé los papeles que tenía en la mano.  
-¿Qué es eso?  
-Tu expediente médico.  
-¿Qué?  
-No sabía que estuvieras operado de fimosis. No lo he notado, pero debería ¿no? – Tom me miró con la boca abierta.  
-¡Yo no estoy operado de fimosis!  
-Pues aquí pone que tienes fimosis. Si no estás operado debe dolerte mucho ahí abajo.  
-Eso no… ¡eso no te importa! Fue una intervención sin importancia. Dame eso. – extendió la mano esperando que le entregara los papeles, pero me levanté de la cama y vacilándole, empecé a andar por la habitación con ellos en la mano.  
-Y también un caso grave de ladillas. ¡Pero qué lascivo eres! Practicando sexo con bichejos.  
-Bill, me han hecho veinticinco puntos recientemente, me duele la cabeza, huelo mal y me pica la barba. ¡No me obligues a ir a por ti porque no respondo!  
-Infecciones en la orina, hay que ver. Habrás dejado mucho la polla al aire para tener más de ocho.  
-¡Serás…! – hizo amago de ir a por mí, pero se dobló hacia delante soltando un berrido de dolor por el esfuerzo y cabreado, dio media vuelta hacia el baño otra vez. - ¡Va, quédatelo! No tengo SIDA ni nada que se le parezca. Además, a ti también te operaron de fimosis. No intentes hacer que me avergüence de ello. Me sigue sobrando polla para metértela, Muñeco. – indignado, entró en el baño y pegó un portazo.  
¡Mierda! Llevábamos cinco días sin vernos (o al menos sin vernos durante algo más de cinco minutos) y pasaba de mí. Aunque era mejor que pasara hasta que terminara de ducharse, porque olía considerablemente mal.  
Decidí dejar el expediente médico. Si a Tom le daba igual que yo lo tuviera era porque no tenía nada que ocultar… o porque no sabía que estaba enfermo. De todas formas no entendía la mitad de las cosas que ponía en el expediente, así que daba igual cuantas veces lo leyera. Se lo preguntaría a Aaron cuando volviera.  
Miré la hora. Las seis y media de la tarde.  
Habían pasado cinco horas y media desde que lo dejé con ese tío tan enorme y no había dado señales de vida desde entonces. ¿Estaría bien?  
   
   
By Aaron.   
   
-¿Lo has entendido? Aunque tu familia controle el hospital y las principales industrias farmacéuticas de esta ciudad, eso no quiere decir que puedas hacer lo que te venga en gana, Aaron. Eso significa que cuando tu padre vuelva al hospital mañana, se enterará de que has estado hurgando en los expedientes de sus pacientes y también… - Seiler se inclinó sobre la mesa y me observó por encima de las manos que mantenía entrelazadas a la altura de la barbilla. Si ya me sentía incómodo de por sí, ser consciente de ese movimiento me provocó nauseas. – … de que te has colado en la sala de autopsias y has fotocopiado varios informes confidenciales cuyo acceso está restringido a la policía. – no negué los hechos que eran ciertos y aunque no lo fueran, no me atrevería a llevarle la contraria a mi cirujano jefe en semejante situación. - ¿Estás de acuerdo con ello? Puedes hablar.  
-Se lo dirás… quiera yo o no. – dije. Seiler se revolvió en el sillón rotatorio y se quitó las gafas con un suspiró. Las dejó encima del enorme escritorio de madera caoba. Se quedó callado, pensativo.  
-¿Por qué has entrado en la sala de autopsias? – bajé la cabeza, pensando en los problemas que podría causarle a Tom y a todos los Encadenados contarle a Seiler que esas muertes tenían algo que ver con nosotros; así que callé. – No me obligues a ponerme persuasivo. – tragué saliva, pero seguí sin decir nada. – ¿He de suponer que tu amigo Tom tiene algo que ver con esto?  
-Para ti Tom siempre tiene algo que ver con mis problemas, Toro. – Seiler me dirigió una mirada que pretendía ser indiferente, pero pude ver la molestia que le suponía lo oído.  
-Llámame Toro otra vez y se me ocurrirá algo más humillante que obligarte a limpiar mi casa en pelotas. – asentí.  
-Lo siento. ¿Puedo vestirme ya?  
-No vas decirme nada ¿verdad?  
-No.  
-Entonces date una vuelta más por mi casa. Mi baño está especialmente sucio. También puedes prepararme algo de cenar mientras yo termino los informes de las últimas operaciones. – haciendo un esfuerzo enorme por no estallar de furia, me di la vuelta sin apartar las manos de mi entrepierna desnuda y caminé hasta la salida de su despacho. Al abrir la puerta, le miré disimuladamente. Él se había puesto las gafas otra vez y se centraba en los papeles que tenía en las manos. Era más humillante saber que mi desnudez no le llamaba la atención lo más mínimo que el hecho de ir desnudo por una casa ajena que, por otro lado, no me era para nada desconocida. Respiré hondo repetidas veces por la nariz, expulsando la rabia por la boca y apretando el pomo de la puerta con todas mis fuerzas.  
-Mi padre vuelve hoy a casa. Debería estar allí. – Seiler apenas alzó la mirada de sus documentos.  
-Pues habla.  
-Quiero volver a casa. – mi voz sonó estrangulada.  
-Y yo quiero que me digas lo que necesito saber. – tragué duro.  
-¿Tanto te cuesta mirarme a la cara cuando te hablo? – se me escapó y él alzó una ceja, pero ignoró mi pregunta. Una frustración tan furiosa como la que sentía Tom cuando alguien intentaba herir a su hermano trepó hasta la boca de mi estómago. Al cabo de un rato, Seiler alzó la cabeza de los papeles y se me quedó mirando con gesto de sorpresa.  
-¿Todavía estás ahí?  
-¡Sí, maldito gilipollas! – estallé. Seiler ni se inmutó.  
-¿Qué has dicho?  
-¡Te he llamado gilipollas! – grité, más fuerte. Él se levantó del sillón y sentí como las piernas me temblaban al ver su enorme figura en toda su extensión, ocultando la luz de la lámpara con su enorme cuerpo.  
-Aaron…  
-¡No me llames Aaron, soy el Príncipe, su majestad! ¿Te acuerdas de eso, Toro?  
-No vuelvas a llamarme así, Aaron.  
-¡Toro! Torotorotorotorotorotorotoro… ¡TORO! – le vacilé y él dio un paso al frente con el ceño fruncido.  
-Ya somos mayorcitos para jugar a eso, así que deja de comportarte como un crío.  
-Ah… ahora soy yo el crío. Eres tú el que finge que no nos conocemos de nada, doctor. ¿Te gusta que te llame mejor así, doctor, cirujano jefe? – se quitó las gafas y las dejó encima de la mesa. Se sentó en ella, pero aún así su enorme cuerpo me sacaba cierta longitud.  
-Supongo que eso quiere decir que ya te has cansado de jugar a las bandas callejeras. Era de suponer que este abandono no era más que un capricho de niño bien.

**Continuación cap.6**

-¿Por eso me puteas tanto, porque elegí ser un Encadenado o porque mi padre te lo ordena?  
-En principio lo hago por protección.  
-¿Protección? – se pasó una mano por el pelo corto y desvió la mirada al suelo, haciéndose el desinteresado.  
-Elegiste ser un pandillero y llevar la vida que tu padre había escogido para ti al mismo tiempo. Te puteo para intentar hacerte retroceder y elegir otra vez, esta vez bien, pero eres jodidamente cabezón, como siempre. – esa preocupación me cabreaba. La sobreprotección de mi familia ya era lo suficientemente irritante como para añadirle la de mi viejo amigo.  
-No necesito que te preocupes por mí en ese sentido. Tom es responsable y un buen líder. Nunca dejaría que pasara algo malo.  
-Oh, pero si ya ha pasado. – no sonreía, pero pude apreciar una mueca burlesca en el brillo de sus ojos. Todo lo que estaba ocurriendo le venía de perlas para echármelo en cara. – Cuatro muertos, nada más y nada menos. Sospecho que se acerca una gran disputa en los barrios bajos.  
-Eso no te interesa.  
-Sí que me interesa porque tú estás en medio. –me mordí el labio inferior y suspiré repetidas veces. Ya no sabía cómo tomarme la situación. No sabía qué quería de mí exactamente, por qué se tomaba tantas molestias una persona que ya tenía la vida resuelta. Me estaba volviendo loco.  
-Quiero ir directo al grano. ¿Qué tengo que hacer para que vuelvas a ser el mismo de siempre conmigo, Seiler?  
-Creía que era obvio. – mi cerebro maquinaba ideas muy cercanas a la realidad. – Olvídate de los barrios bajos, de Tom, de los Encadenados… de todos ellos y sigue tu vida. Te espera un futuro brillante. – me sentí indefenso al oír sus palabras. Una vez más me demostraba cuan solo estaba en mi decisión de ayudar a Tom y a los suyos. - ¿Vas a hacerlo?  
-Sabes que no.  
-Sí. Tom siempre ha sido el número uno en tu lista de prioridades, así que me lo imaginaba. – entrecerré los ojos y esperé una pequeña reprimenda más por su parte. Pero él fue hasta su escritorio y se sentó en su silla como si nada, volviendo a concentrarse en el montón de documentos que tenía delante.  
-¿Sabes? Hasta hace unos años el primero en mi lista de prioridades eras tú. – no se lo dije por provocarle remordimientos ni nada parecido. Las palabras me salieron sin más y enseguida me arrepentí de haberlas pronunciado. Creo que me ruboricé cuando alzó la vista y se me quedó mirando con expectación. Los ojos le brillaron y lo que antes fue incomodidad por ser rechazado e ignorado, se convirtió en vergüenza por ser observado tan detenidamente de buenas a primeras. – Bueno, yo… voy a hacerte la cena. – solté, buscando una vía de escape. Me dirigí hacia la puerta abierta.  
-Aaron… - me llamó antes de que pudiera cruzarla. – Olvídate de la cena.  
-Ah… vale… - sal de ahí cagando leches, tío. ¡Sal de ahí! Me dijo mi cerebro, pero no le hice mucho caso. – Entonces ¿qué quieres que haga?  
-Lo mismo que hacías cuando compartíamos piso y nos sentábamos juntos en las clases de la universidad. – Seiler dibujó algo parecido a una sonrisa en sus labios.  
No me quedó más remedio que olvidarme de que el tío que tenía delante iba a delatarme a mi padre al día siguiente y rememorar su conducta delictiva de antaño. No por nada Kam le puso el nombre de Toro en sus días de Encadenado.  
Es mejor no torear demasiado a un toro bravo cuando sabes que inminentemente, vas a recibir un buen par de embestidas.  
   
   
**By Bill.**   
Cuando entré en el cuarto de baño una ola de calor y vapor me recibió con los brazos abiertos. Enseguida empecé a sudar y el pelo se me apelmazó y se me pegó a la cara. Me lo aparté a base de manotazos antes de abrir la gran mampara de la ducha y entrar sin más.  
-¿No te estás pasando con el agua caliente? – le pregunté a Tom. Con las manos apoyadas en la pared y la espalda estirada lejos del chorro de agua casi hirviendo que caía sobre su cabeza, las rastas sueltas caían en cascada sobre sus hombres desnudos. Los músculos del cuerpo estaban totalmente contraídos. Observé la venda fuertemente apretada que rodeaba su cintura cubriendo la totalidad de sus abdominales. Se estaba mojando un poco, pero no lo suficiente como para tener que cambiarla. Al no recibir respuesta, apoyé una mano sobre su hombro. Tom se relajó un poco, soltando un suspiro de alivio. Bajé los grados del agua un poco para no quemarme y evitar que mi hermano se caldeara la piel. - ¿Estás bien? – pregunté.  
-¿Ahora te preocupas por mí? – me replicó él. – Últimamente pareces un cubito de hielo. ¿Qué pasa? ¿Te estás preparando para el invierno?  
-¿Qué quieres decir?  
-Quiero decir que te estás volviendo un súper Muñeco de hielo o algo así. Hace semanas hubieras llorando al enterarte de que me han rajado. Ahora, me ignoras.  
-No te han rajado. Te han pegado un tiro.  
-Peor. – noté cómo volvía a contraer los músculos y vi de reojo cómo encogía la cara por el dolor.  
-¿Tan grave es?  
-No.  
-¿Quieres verme preocupado por ti?  
-¡SI! – gritó y me lanzó una mirada enfebrecida. - ¿Soy yo el único que se preocupa por los dos o qué? – se apartó de la ducha, cediéndome su lugar y me introduje debajo del chorro de agua. Bajé la temperatura aún más hasta que el agua salió templada y luego, helada. – Hace una semana que no hacemos nada. – soltó de repente.  
-No porque yo no quiera, sino porque tú no estás.  
-¿Y qué esperas que haga? ¿Dejo a todos mis colegas tirados para venir a casa y echarte un polvo?  
-Sí. – ni me lo pensé.  
-Te estás volviendo un Muñeco frío y pervertido, eh.  
-Tom, mírame. – gruñí, volviéndome hacia él. Tom me miró sin dejar de enjabonarse los pectorales, lejos de tocar las vendas de los puntos. - ¿Ves algo nuevo? – me observó de arriba abajo con una ceja alzada y alzó un dedo con el que presionó sobre mi pectoral izquierdo.  
-Te están saliendo unas pequeñas protuberancias endurecidas por todo el pecho, las piernas y los brazos… ¡Ah, no! son músculos. – bromeó.  
-¡Sí! ¡Me estoy volviendo fuerte, Tom, muy fuerte! Creo que hasta podría hacer daño a alguien y defenderme por mí mismo de la gente de aquí.  
-Ah, vaya, ¡enhorabuena! ¿Eso quiere decir qué…?  
-No lo sé. Quizás se me esté subiendo un poco a la cabeza pero… aunque no lo parezca sigo teniendo miedo. – Tom se cruzó de brazos, esperando algo más detallado. Agaché la cabeza y miré las baldosas del suelo. Lo que antes soltaba sin pensar ahora me costaba decirlo al considerarlo una muestra de debilidad. – Tengo miedo de esperarte en la cama y que un día, no vuelvas. No quiero sentirme un inútil que necesita que le protejan constantemente. Quiero luchar por ti y por mí y eso… creo que pensar en eso me hace un poco más insensible o inexpresivo, no lo sé. Me da miedo bajar la guardia, mostrar mis debilidades y que la gente las use en mi contra. – Tom se tensó y creo que hasta palideció. Le vi flojear un poco su expresión tosca e incluso las piernas le temblaron un poco. Apoyó una mano en los azulejos de la pared y respiró hondo varias veces. Hacía lo mismo cuando intentaba controlar un arranque de mal genio. - ¿He dicho algo malo?  
-Bill, no hagas eso.  
-¿El qué?  
-¡Eso, insensibilizarte, no lo hagas! – gritó. – Puedes entrenar lo que te dé la gana, volverte un tío fuerte capaz de defenderse a sí mismo y a los suyos, capaz de soportar mil cosas. ¡Hazlo si quieres, pero no te empeñes en insensibilizarte! No tienes ni idea de lo que eso conlleva.  
-No tengo intención de hacer eso, solo…  
-Escucha, todo el mundo empieza así. Kam empezó así, Ricky empezó así, Andy empezó así… ¡yo empecé así! Todos querían defenderse y ahora…  
-Pueden defenderse por sí mismos. – finalicé, imaginándome a mí mismo con la fuerza de Kam, la espontaneidad de Ricky y la fuerza de voluntad de Andy. No pude evitar sonreír por ello.  
-Sí, pueden defenderse pero ¿a cambio de qué?  
-¿Es que hay que dar algo a cambio?  
-Sí… y es un precio muy alto que no estoy dispuesto a dejarte pagar.  
-¿Cuál es el precio? – pregunté, para nada convencido con su argumento. Tom vaciló.  
-La pureza.  
-¿La pureza?  
-Sí, la pureza. Puede sonar como una gilipollez, pero eso es lo que pierdes cuando cruzas la línea. Recibes poder, seguridad y fuerza para enfrentarte a los retos, pero a cambio tu pureza desaparece. Te ensucias con manchas que son imposibles de borrar. Antes me daba igual, pero ahora no tengo intención de dejarte cruzar esa línea. – no entendía del todo su razonamiento, pero algo me decía que esa “pureza” era algo muy importante no solo para Tom, sino para todo el grupo. No era la primera vez que oía esa palabra salir de la boca de alguno de sus miembros y siempre iba dirigida a mí.  
“¿Qué sabes tú, Muñeco? ¡Eres demasiado puro como para entenderlo!”  
“No hagas eso, Bill. Tienes que cuidar de tu pureza.”  
“¡Argg, me da asco que seas tan pulcro y puro! ¡Por eso me pones enfermo, Muñeco!”  
Esas eran algunas de las frases que me habían dicho los Encadenados alguna vez en algunas situaciones. Por alguna razón en lugar de llamarme guapo o feo, flaco o gordo utilizaban el adjetivo puro e impuro más que ningún otro.  
Por lo visto, yo era una rareza en ese mundo delictivo.  
-¿Qué queréis decir exactamente con pureza? Porque mi idea de pureza no es la de un tío al que le gusta ser sodomizado por su hermano mayor, que se automutila, dice palabrotas cada dos por tres y abandona a su familia en lugar de hacer frente a sus problemas. ¡Maldita sea, ni siquiera voy a la iglesia y nunca rezo!  
-Eso no tiene nada que ver con la pureza.  
-Pues tenemos dos conceptos totalmente distintos entonces.  
-Sí, los tenemos.  
-¿Y cuál es el vuestro?  
-Inocencia, justicia y clemencia. A ti te sobran esas tres cualidades. – fruncí el ceño, sin acabar de captar la idea.  
-¿Por qué todos os empeñáis en pensar que soy inocente? No lo soy. – Tom se carcajeó en mi cara.  
-Decir que no eres inocente te hace más inocente todavía.  
-¡Pero es que no lo soy! ¡Follo todas las semanas, joder! – Tom se carcajeó con más fuerza aún hasta verse obligado a parar por la punzada que los puntos le propinaban en la herida recién cerrada.  
-El caso es que no te permito cruzar esa línea, tengas el miedo que tengas. ¿Sabes cuántas personas desearían tener tu pureza aquí? Es el bien más cotizado para la gente mala, Muñeco. ¿Por qué crees que los malos quieren joder siempre a los buenos? Ellos buscan desesperadamente impregnarse con su pureza para borrar las manchas del pasado.  
-¿Y tú cómo sabes eso?  
-Lo sé porque lo he intentado contigo muchas veces y ¿sabes qué? Casi funciona. – Tom me echó a un lado y se colocó debajo del chorro de agua otra vez, teniendo cuidado de no mojarse las vendas. Alzó la cabeza y abrió los ojos, permitiendo que el agua helada le cayera directamente en la cara. – La verdad es que prefiero verte muerto a manchado como yo, Muñeco. No es que me arrepienta de las cosas que he hecho a lo largo de mi vida… creo que nunca he tocado a nadie que no se lo mereciera. Sin embargo, cuando una persona manchada tiene contacto directo con una pura, no puede evitar comparar y sentir envidia. Los Encadenados se acercan a ti porque añoran la pureza que tú posees, no porque yo se lo diga. Cualquiera de nosotros va a estar más que dispuesto a protegerte y a arriesgar la vida por ti. Lucharán contra aquellos que intenten arrebatarte la pureza… yo lucharé pero… la verdadera batalla la llevas tú por dentro. Si tú te rindes… todo eso desaparecerá. ¿Lo entiendes, Bill?  
-No. – admití, confuso. Tom estaba hablando de una cosa tan etérea que se me hacía imposible imaginármela. ¿Todo el mundo peleándose por mi pureza? Pero ¿qué era pureza exactamente si no un cúmulo de sentimientos y virtudes? Nadie podía quitarme eso… ¿o sí? ¿Y por qué le daban tanta importancia a esos sentimientos? ¡Qué tontería!  
-¿Ves como eres un inocente? – se burló Tom.  
-Entonces… ¿eso quiere decir que tú estás conmigo para quitarme la pureza? – se me ocurrió preguntar, ya que supuestamente Tom era uno de los “malos” y yo de los “buenos”. Tom me mostró todos los dientes en una sonrisa pícara.  
-Exactamente. Cada vez que meto mi polla en tu culo uno de mis pecados es perdonado.  
-¿Te crees que soy un santo que hace milagros o algo así? – refunfuñé. – Tus pecados son demasiados y demasiado gordos. Mataste a una persona ¿no? – me costaba imaginármelo matando a nadie, así que aunque sabía que Tom era un asesino de verdad, no me lo tomaba muy en serio. Tendría sus razones para matar ¿no?  
No. Seguro que no.  
Tom me observó con curiosidad, apartándose del chorro de agua para cederme el puesto. Cuando me coloqué debajo otra vez, Tom me rodeó el cuello con los brazos por la espalda y me lo apretó hasta hacerme toser.  
-Supongo que te enteraste de que soy un asesino cuando me fui de Hamburgo pero, ¿quién te lo dijo exactamente? Tengo curiosidad. ¿Fue tu madre?  
-¿¡Mamá lo sabe!? – grité, sorprendido.  
-Es abogada y defendió uno de mis casos. Tiene mi expediente. Claro que lo sabe.  
-Ella nunca me dijo nada.  
-No querría preocuparte. Si yo fuera tan puro como tú, probablemente tendría miedo de convivir con un asesino. – dejó los brazos colgando sobre mi pecho y me frotó con champú hasta hacer espuma.  
-En realidad… me lo dijo Derek.  
-¿Quién es ese?  
-…Sparky. – Tom dejó de frotar momentáneamente. Al cabo de un par de segundos continuó, con mucha más fuerza, frotándome con los nudillos hasta casi hacerme daño. Pegó su torso a mi espalda y noté su pene flácido rozándome las nalgas. – Tom, lo cierto es que hay algo que no te he contado.  
-¿El qué? – preguntó, de mala gana.  
-Sparky me llamó hace poco, junto a Georg y Gustav.  
-¿Y?  
-Querían… verme. Quedar.  
-Volveré a repetirlo... ¿Y?  
-…A mí también me gustaría quedar con ellos. Quiero verles.  
-Si te digo que no, ¿me harás caso? – me susurró al oído, apoyando la barbilla sobre mi hombro izquierdo.  
-Tom, no puedo olvidarme de todo en Hamburgo. Tengo una familia allí, amigos, conocidos… les echo mucho de menos.  
-¡Sí, una manada homóbofo incestuosa que estará deseando encender un buen par de antorchas cuando te pases por ahí! Admítelo, Muñeco. No es buena idea. – en eso tenía razón, pero las ganas de ver a mamá y a Gordon me podían. También echaba mucho de menos a mis amigos, e incluso a Derek. Sabía que debía aclarar un par de cosas con él cuanto antes y hacerlo por teléfono sonaba… demasiado frío.  
Además, ¿tendría el valor suficiente para volver después de todo lo que había ocurrido?   
De repente, se me ocurrió una idea. Descabellada y absurda, sí, pero pensar en ella me hizo sentirme más valiente.  
Me volví hacia Tom y le miré a los ojos en gesto suplicante. Le rodeé la cintura con los brazos con mucho cuidado para no hacerle daño y me pegué todo lo que pude a él hasta quedar completamente abrazados. Él correspondió un poco vacilante.  
-¿Y si vienes a Hamburgo conmigo? – vi con claridad cómo su nuez se movía de arriba abajo cuando tragó saliva. – Venga, ven. No es mala idea. Puede que Georg y Gustav te odien, que tengas mala fama en la universidad y que Derek esté deseando darte una paliza… pero yo estoy casi igual. Media ciudad quiere cortarme la cabeza, por no decir humillarme públicamente y…  
-Bill… no. – sentenció.  
-¿Por qué no?  
-Te peleaste con tus amigos por mi culpa ¿no? te pusiste enfermo por mi culpa. Si de buenas a primeras apareces en Hamburgo conmigo detrás, no sólo se me echarán a mí encima, si no a ti. Es como dar un paso atrás. Tu madre…  
-Nuestra madre.  
-Simone – puso los ojos en blanco. – Piensa que estás siguiendo adelante y estar conmigo aquí es como dar un paso atrás, ¿no crees? – lo pensé detenidamente. Tenía razón en eso pero bien sabía yo que no podría irme tranquilo a Hamburgo sabiendo que a Tom podría ocurrirle cualquier cosa aquí, sin mencionar cuánto le echaría de menos.  
-Si yo me fuera solo, ¿estarías tranquilo? Si me voy quizás descubra que prefiero estar allí en lugar que aquí. – intenté encelarle con esas palabras y por la cara que puso, lo conseguí. Me pegó más a su cuerpo apretándome la cabeza contra su pecho y gruñó.  
-¿Sabes qué? La jodida verdad es que estarás mucho más a salvo allí que aquí y que cualquier persona que se preocupara lo suficiente por su novio le dejaría ir sin duda, teniendo en cuenta las circunstancias actuales, pero… soy egoísta, Muñeco. Me conozco muy bien y por algo te dije que si algún día querías irte, te fueras sin más, sin decir nada porque si me preguntabas, no te dejaría ir.  
-Pero ¿por qué no vienes tú? Sólo será un tiempo, unas semanas y luego volveremos. No quiero dejarte solo aquí.  
-Hum…  
-Si no vienes, me acostaré con Sparky.  
-Hablando de eso, ¿quién folla mejor, él o yo?  
-¡Tom!  
-¿Quién la tiene más grande?  
-¿Sabes qué?  
-¿Qué?  
-Aaron dice que estás enamorado de mí. – Tom se rió, pero no lo negó. Dejé que me acariciara el pelo durante cerca de cinco minutos en absoluto silencio y cuando ya no pude más, alcé la cabeza de su hombro y le miré a los ojos. - ¿Es cierto?  
-… ¿Sinceramente?  
-Sí.  
-No lo sé. – abrí la boca de par en par, quizás exagerando un poco, pero demasiado emocionado como para aguantarme la excitación. De un rotundo no había pasado a un rotundo no lo sé, un estado de confusión por el que incluso yo había pasado anteriormente, cuando empezaron a emerger sentimientos adversos por mi hermano gemelo, los cuales intenté negar con todas mis fuerzas. ¿Estaría Tom también pasando por ese proceso de confusión?  
No terminé de enjabonarme y ni siquiera me lavé el pelo. Agarré una toalla cualquiera y salí de la ducha entre tropezones, demasiado emocionado como para quedarme quieto en un lugar tan estrecho. Podía oír las carcajadas de Tom en el baño cuando salí del cuarto y me coloqué la toalla alrededor de la cintura. El pelo mojado lo empapó todo, pero no me importó. Me dio por dar saltos encima de la cama como un niño pequeño. Entonces, el móvil de Tom empezó a sonar otra vez sobre el suelo. Lo ignoré… él no.  
-¿Sí? – preguntó cuando salió del baño con una toalla cubriéndole la entrepierna. Mientras se recogía las rastas con una mano (o lo intentaba) le oí gruñir. - ¿Qué? Dime una cosa Andy, ¡¿Eres masoquista y quieres que te meta una paliza antes de romperte el cuello?! – gritó como un loco. Vi cómo la cara se le ponía roja de la furia y el teléfono crujía entre sus dedos. Dejé de saltar en la cama y caí suavemente en ella, sentándome y observándole sin pronunciar palabra. Tom me miró de reojo y luego me dio la espalda, como si no quisiera que me enterara de la conversación. - ¿Dónde? – preguntó. - ¿Tachibana? ¿Es un restaurante japonés o algo así? Ya… estoy en casa de Aaron… sí, estoy con él. – me dirigió una mirada y se llevó un dedo a los labios para pedirme silencio. - ¿Ahora? No pienso dejarle solo… ¡Y una polla voy a llevármelo! Mañana empieza a trabajar otra vez, no voy a tenerlo despierto toda la noche… no lo sé, me han pegado un tiro y ¿sabes? Me duele un poco. Pensé que por el simple hecho de recibir una bala por vosotros me ibais a dejar tranquilo unos días… ¿qué? – Tom frunció el ceño. Se mantuvo callado durante algo más que unos segundos. A través de la línea telefónica podía oír el ruido de los gritos y la música que salía de su móvil. - ¿En serio lo crees? Sí, yo también he pensado en Gore… ¿Qué otra posibilidad? ¿El Toro? – Tom se llevó una mano al hombro y se acarició la cicatriz que le cruzaba toda la espalda hasta el costado. Nunca le había preguntado cómo se la había hecho, suponía que en una pelea callejera, como siempre, pero ver un velo de nostalgia y preocupación en su cara me hizo suponer que no se trataba de una herida normal y corriente. Al menos, la persona que se la había hecho no lo era. – Creo que Aaron y Toro siguen teniendo contacto. Le preguntaré cuando vuelva… sí, ya… ¿a las once allí? – fruncí el ceño. Así que se iba otra vez de misión imposible por la vida, a lo James Bond con un tiro entre las costillas. ¡Genial! ¿Y él qué? ¿Y yo qué? Él estaba herido y yo preocupado en extremo pensando en una posible enfermedad.  
“Vete a la mierda” quise decirle, pero en lugar de eso di media vuelta y le mostré mi indignación poniendo mala cara. Al ver que Tom me ignoraba pusiera la cara que pusiera, decidí ignorarlo yo también. Abrí el cajón de la mesita de noche en busca de mi móvil y junto a él (que tenía varios mensajes de mis “amigos” de la universidad que habían vuelto a las andadas) encontré un bote de lubricante. Estaba totalmente cerrado, sin abrir. Lo saqué y lo miré. No recordaba haber comprado uno con sabor a limón, de hecho yo nunca compraba lubricante, ya que rara vez lo usaba. Lo mío era a palo seco, más masoquista imposible. La saliva y el semen eran suficientes, aunque no me molestaba usar fluidos artificiales.  
Abrí el bote y apreté para que saliera el grueso líquido. Se me quedó pegado a las manos como si se tratara de crema y con un tanto de picardía al ver a Tom centrado en su trabajo, decidí jugar un poco con él, a solas. Me desaté la toalla disimuladamente y me pringué las manos de lubricante. Las restregué bien y después, empecé a jugar…  
-No, no quiero armas de fuego en la ciudad ¿te enteras? ¡Me importa una mierda que esos capullos vayan armados! ¿Quieres convertir esto en un nuevo Irak o provocar una tercera guerra mundial? El fin no justifica los medios… sí, ya sé que… - Tom daba vueltas por la habitación ignorándome completamente y yo, en parte, también le ignoraba a él. Había empezado a concentrarme en otra cosa que tenía entre las manos empapadas, algo que empezaba a endurecerse y a alzarse hasta sobresalir. – Eso ya lo sé, pero la policía no me sirve de una mierda en este…  
-¡Ah! – dejé escapar, de repente. No pude evitarlo. Tom dejó de hablar al momento y se giró hacia mí con los ojos muy abiertos. Enmudeció. Yo le giré la cara y le di la espalda, siguiendo a lo mío.  
-Tom, ¿sigues ahí? – oí a Andreas gritando al otro lado de la línea.  
-¿Eh? Sí, sí… eh… sigo aquí. – volvió a hablar y a centrarse en el teléfono, pero su atención empezó a desviarse hacia mí con cada sacudida de mi mano sobre mi pene erecto. La verdad era que lo estaba disfrutando, con o sin él. Llevaba unos cuantos días sin tocarme y no estaba acostumbrado a tanta abstinencia, pero mi principal intención era provocarle. Por eso cogí el bote de lubricante otra vez y lo medio vacié sobre la punta de mi pene. Estaba frío y dejé escapar varios sonidos agudos cuando el líquido entró en contacto con mi piel.  
-¿Tom? – escuché gritar. Tom le había dado al manos libres y cuando oyó el grito de Andreas se sobresaltó. – Te oigo muy mal.  
-Sí, ya… lo-lo he puesto en manos libres… sin darme cuenta. – se excusó, pero yo sabía que hacía ya rato que había captado toda su atención. Tiré el bote al suelo y me tumbé en la cama cuan largo era. No me dio ninguna vergüenza sacudírmela con la mano delante de él, que tan acostumbrado estaba a mi presencia. Lo más difícil era exagerar los gemidos y los gritos para que se oyeran por el teléfono. Buscando más que tocarle las narices, excitarle, me acaricié el pecho con las manos pringadas de lubricante, dejando un rastro de brillante líquido sobre mi piel. Gimoteé su nombre a mala idea.  
-Tom, ¿qué es eso? – le preguntaba Andreas con tono disgustado. Empecé a gemir más fuerte y Tom gruñó.  
-Nada.  
-¡Oh, Tom… no tan fuerte!  
-¿Ese es Bill?   
-Es la perra de Aaron.  
-¡Sí, una perra muy mala que necesita ser castigada! – me azoté el muslo con una mano repetidas veces, alzando la pelvis con cada azote y Tom se mordió el labio, sin saber si reírse o cabrearse.  
-¡Calla, guarra! – me gritó.  
-Oye, si quieres tomarme el pelo búscate a otro.   
-¡Sí… síii… búscame a mí, Capitán!  
-Quedamos a las once en el Tachibana, no te olvides.   
Tom colgó sin decir una palabra y yo me encogí sobre el colchón al verle achinar los ojos amenazadoramente. Anduvo hasta mi cuerpo desnudo y me pegó una patada en el hombro.  
-Deja de tocarte, perra. Tu amo ha llegado.  
   
By Aaron.  
   
Quedarme tumbado en la cama no estaba en mi lista de “prioridades”, como Toro solía decir. Un aspirante a enfermero y especialista en medicina con una brillante carrera por delante y un futuro aún más resplandeciente no se puede permitir tres cosas primordiales: dormir más de cinco horas diarias, rendirse a la pereza y, por último, salir con malas influencias. Lo último me lo había saltado con creces, pero no estaba dispuesto a dejarme arrastrar por las otras dos tentaciones. Así que me levanté de la gran cama de matrimonio de Seiler y fui en busca de mi ropa, olvidada en su despacho.  
Supuse que si no estaba a mí lado en la cama era porque había ido al hospital de nuevo en su turno de noche, así que sólo tenía que vestirme y largarme a casa de una vez, olvidándome de su persistencia ciega. Anduve por la casa en bolas, como había hecho cientos de veces. Fui a la cocina, abrí el frigorífico y me invité a una cerveza light con toda soltura. Al ver la colección de refrescos y cervezas sin alcohol, recordé vagamente mis años en la universidad de Stuttgart compartiendo piso con el que ahora era el cirujano jefe de mi futuro hospital. La manía de mi padre por hacerme madurar y obligarme a vivir como una persona normal en un piso normal y con un compañero aún más normal me había mosqueado al principio. Pero vivir con Seiler había resultado sencillo, divertido y a la vez, abochornante. Era buena persona, aunque no lo pareciera a simple vista. Era mi mejor amigo…  
Hasta que Tom se puso en medio.  
Solté la cerveza donde la había encontrado y me dirigí a las escaleras que descendían hasta el despacho, que de no ser por las reformas bien podría haberse considerado un sótano. El recto magullado me atizó la cabeza con descargas de dolor, pero lo ignoré y bajé las escaleras entre cojera y cojera. Cuando llegué a la puerta del despacho, ya me había dado cuenta de que no estaba solo. La luz atravesaba la rendija de la puerta encajada. Hice amago de abrirla agarrando el pomo, pero la voz grave de Seiler me hizo quedarme paralizado.  
-No es aconsejable utilizar esas medicinas y drogas con personas humanas. Están hechas especialmente para animales grandes, como caballos o toros. – le oí decir desde el interior. No escuché respuesta alguna. – Una sobredosis podría matarle. Una dosis pequeña alargaría su efecto, pero aún así resulta peligroso usarla en personas. – aclaraba. Eché una ojeada por la rendija sin hacer ruido y localicé a Seiler sentado frente a su mesa, con el móvil en la mano, el pecho al aire y unos vaqueros desgastados. No parecía muy feliz con la consulta. – No tengo intención de inmiscuirme en esto directamente. Lo que le pase al chaval es cosa es vuestra… sí, le he visto hoy… No os serviría de mucho intentar localizarle por el parecido con su hermano. No se parecen en nada… No todos los gemelos se parecen. – abrí los ojos como platos al oír la última confesión, relacionando el tema inmediatamente con uno ya conocido de sobra. Retrocedí un paso, incrédulo. Seiler gruñó un poco al otro lado de la línea. – Dile a tu hermano que no pienso participar en un secuestro. Me importa muy poco la situación… - a pesar de tratar un asunto bastante serio, mi jefe no se inmutaba. Tan indiferente como siempre contestaba a las preguntas solicitadas, incluso con algo de impertinencia. Pero de repente frunció el ceño, entrecerró los ojos y pegó un salto de la silla con expresión furiosa. – No se atreverá… ¡él no tiene nada que ver con los asuntos de Gore! – gritó. Yo palidecí al escuchar ese nombre salir de su boca. – Escúchame, Adam… como le toque un pelo, como se atreva a acercarse lo mato. ¡Mataré a tu hermano! ¿Me oyes? – gritó y su vozarrón retumbó por las cuatro paredes de la habitación. - ¡Tom me importa una mierda! Haz lo que quieras con su hermano, pero a él ni te acerques. – la persona al otro lado del teléfono no captaba lo cerca que estaba Seiler de perder los nervios y, cuando eso sucedía, era más temible que Tom, que Kam o que los dos juntos. - ¿Mañana? No… ¡está bien, mañana! Pero no quiero volver a saber nada más del tema. Lo que hagáis con ese Muñeco es cosa vuestra.  
-Muñeco… - murmuré por lo bajo, tan impactado como acongojado. En menos de un segundo conseguí atar cabos por todos lados. Gore estaba detrás de las recientes muertes, era el líder de los Caídos e iba a por el Muñeco, a por Bill. No había que ser muy listo para deducirlo. Tom había sospechado que se trataba de Gore nada más enterarse de que una segunda banda intentaba hacer frente a los Encadenados y no se equivocaba. Sólo él tenía la suficiente influencia en los barrios bajos como para reunir a tanta gente en contra de Tom y, además, sus motivos eran demasiados. Debía ser el tío con más papeletas para ser el enemigo número uno del Capitán y, encima, las cruces del revés en los cuerpos de las víctimas, el mensaje escrito en la pared de la casa de Tom, el contacto con Toro…  
¿Cómo no me lo había imaginado antes?  
Retrocedí, deseando coger el móvil cuanto antes para informar a Tom sobre mis pesquisas. Pensar que el bestia de Gore iba a por Bill me puso enfermo. Ese tío era tan sádico como su nombre indicaba y Bill era tan inocente como un niño. Si lo cogía…  
Aun así, me resultó difícil aceptar que Toro mantuviera el contacto con ese animal. Él, que había abandonado los barrios bajos para estudiar y conseguir un trabajo decente y, ¡maldita sea! Lo había conseguido con creces. No podía tratarse del mismo Seiler de siempre, el mismo Toro que me reñía cuando me metía en asuntos turbios o faltaba a la universidad para irme de farra. El mismo Toro que casi mata a su líder creyendo que así me hacía un favor.  
No podía ser… pero era.  
Di varios pasos atrás y empecé a subir las escaleras una a una. Por suerte el suelo era de mármol y no crujía. Lo único que me faltaba era que el suelo crujiera como en las películas americanas y el malo me pillara con las manos en la masa. Subí con mucho cuidado, con el corazón en la garganta y la adrenalina recorriéndome todo el cuerpo. El culo seguía doliéndome horrores con cada esfuerzo que tuviera que ver con mis piernas y, temblando de dolor, llegó el momento en el que conseguí llegar hasta el final de la escalera. Alcé la pierna para posarla en el escalón que me posicionaba en suelo firme y tiré de mi cuerpo hacia arriba… el pinchazo de dolor me hizo doblarme un poco, lo suficiente como para hacerme tropezar y obligarme a apoyarme en la pared dando un manotazo inesperado. La palma de mi mano ardió a causa del golpe, pero yo apenas la sentí. Sólo sentía el sonido de la pared vibrando ante mi tacto. Guardé absoluto silencio y presté atención a los sonidos del despacho de mi jefe… nada. Un pitido al colgar el teléfono de golpe y el tronar de mis pies descalzos cuando eché a correr hacia el salón. Oí la puerta del despacho golpear la pared al abrirse con bestialidad y las pisadas de Seiler chocar furiosamente contra el mármol.  
“Quiero salir de aquí, quiero salir de aquí, quiero salir de aquí… ¡Tom, ayúdame!” pensé, atravesando el salón en varias zancadas y dirigiéndome directamente a la salida. Poco importaba que saliera desnudo a la calle mientras no me mataran. La humillación pública se quedaba reducida a la nada cuando un tío de dos metros de alto y 120 kilogramos de puro músculo te perseguía en un espacio cerrado, posiblemente con intenciones homicidas hacia tu persona.  
No miré hacia atrás ni una vez, pero podía oír los pasos de Seiler a escasos dos metros de mí. A esa distancia solo tenía que alargar el brazo y… por eso, cuando crucé la entradita arrojé al suelo la antigua estantería cargada de libros de anatomía y medicina con un fuerte tirón. La estantería cayó y oí un tremendo ¡Bum! Mientras yo seguía corriendo hacia la salida.  
Quité el cerrojo en apenas un segundo y abrí la puerta. Puse un pie fuera, en el jardín y pisé la hierba fresca y húmeda por el sabor de la lluvia que le caía encima. Ya era de noche y no se veía absolutamente nada, algo que me permitiría escabullirme con mayor facilidad… si Seiler no me hubiera agarrado del brazo en el último momento.  
Tiró de mí hacia atrás con tanta violencia que fui incapaz de defenderme. Lo primero que hizo a parte de meterme en casa otra vez fue taparme la boca con una mano grande y ruda. Cuando intenté gritar sólo se me escaparon lastimosos gimoteos. Entonces, conmigo ya dentro, cerró la puerta de una patada y me estrelló contra ella sin dejar de apretarme la boca. Sentí sus dedos clavándose en mis mejillas como las garras de un águila. Agarré su brazo, intentando quitármelo de encima. Sus músculos vibraban entre mis manos.  
No iba a soltarme…  
-Esta vez… - suspiró, con la respiración tan acelerada como la mía. Observé cómo su cara se descomponía por la furia y la preocupación y temblé de miedo, pensando en cómo abría el cuerpo de la gente con esas manos tan gruesas para sacarle las tripas e introducir nuevas. – Esta vez te has metido en un buen lío, Príncipe.  
   
By Bill.  
   
-Tom… los puntos… ¡Se te van a saaaal…tar…! ¡Uaaaaah…! – el sonido húmedo de la penetración era más excitante y sonoro de lo normal. No sólo estaba mojado por dentro gracias a la gruesa polla que entraba y salía de mí, sino tan bien por fuera, con las nalgas empapadas y escurridizas debido a la exagerada cantidad de lubricante en la que Tom me había bañado. Sus manos se escurrían por mi pecho y sus dedos, aferrados a mi cintura, se deslizaban por mi piel, incapaces de amoldarse a la curva de mi cintura. Me había convertido en un jabón humano con tanto lubricante y ahora no había forma de agarrarse a mí, escurridizo.  
Pero qué bien se deslizaba su polla hasta mis remotas profundidades.  
-¡Olvídate de los puntos…hum… y abre más las piernas! – harto de escurrirse por la superficie de mi piel, apoyó las manos en mis rodillas y las estiró hasta que estuvieron próximas al suelo. Pataleé un poco, quejándome por el dolor.  
-¡Ohh… bestia, no soy de goma!  
-¿Quién lo diría? Creo que tu culo está hecho de otro material, entonces. – y yo también empezaba a creérmelo. Cuando me llegaba tan profundo sangraba a borbotones, pero en ese momento podía asegurar que la punta de su pene me llegaba al final del estómago y no sentí nada más que placer. Mi polla de por si era agitada entre mi abdomen y el suyo, apretada y acariciada con fuerza con cada nueva embestida, pero no lo suficientemente estrujada como para hacer que me corriera. Rodeé el cuello de mi novio con los brazos y lo acerqué a mi cara. Le di un azote en la espalda y en la nuca para que se pegara más a mí. - ¿Qué pasa? – jadeó en mi boca entreabierta. - ¿Te duele? – tiré de una de sus rastas, obligándole a acercarse más. Nuestros labios se rozaron.  
-Olvídate de eso… y bésame… uhm… - envolví su labio inferior con los míos y lo lamí antes de que él abriera la boca para encajarla con la mía. Entre el contacto húmedo de nuestras lenguas y el cambio de posiciones para saborearnos más, un hilo de saliva me recorrió la mejilla hasta perderse en mi cuello.  
-¿Siempre tienes que… babear tanto? – se burló entre beso y beso. Para no gustarle mi saliva, la lamió a fondo siguiendo el camino que descendía hasta mi cuello. Busqué una de sus manos, todavía fuertemente agarradas a mis rodillas, la agarré y la restregué por mi bajo vientre para que entrara en contacto con mi polla, tan escurridiza como el resto de mi cuerpo. Pero Tom no hizo caso de mi necesitada entrepierna y deslizó sus dedos por mi torso, hasta apoyarla sobre el pectoral derecho. Ahí se quedó, apretando y sintiendo el latido acelerado.  
De repente, rompiendo con la tranquilidad y la excitación inicial, la voz del rapero favorito de mi hermano empezó a martillear mis oídos. Giré la cabeza hacia la mesita de noche, donde el móvil vibraba y se iluminaba, clamando atención. Tom no se inmutó. Siguió pasando su lengua a lo largo de mi cuello.  
-Ignóralo… - me pidió, mordisqueándome la oreja. Le agarré por la nuca y le besé otra vez, profundizando hasta casi la garganta. El teléfono dejó de sonar cuando Tom se alzó sobre sus rodillas, separándose de mí, irguiéndose y dedicándose a hacer chocar su pelvis contra mi culo, cada vez más rápido. Podía sentir el tacto del lubricante empapando su entrepierna y salpicando las sábanas. Con un brazo me alzó el culo hasta ponerlo a la par con el suyo y con la mano libre, me la agarró y me la sacudió bestialmente, a una velocidad y con una fuerza devastadora. El presemen me salpicó el pecho enseguida. Estiré los brazos y me agarré a su trasero, empujándolo hacia mí, pidiéndole más profundidad, más dureza en la recta final, ¡Menos sutilezas y más guarradas y dominación!  
Arqueando la espalda y estirando el cuello, casi pude ver las estrellas.  
En su lugar vi el móvil iluminándose otra vez y escuché la voz de un tío que ponía verde a las mujeres. Me desconcentré. Tom dejó escapar un grito animal antes de inclinarse para coger el móvil dando un manotazo en la mesa.  
-¿¡Qué!? – contestó, de mala gana. - ¿La hora? ¿De qué coño hablas? – escuché la voz alterada de Andreas al otro lado  de la línea, preguntando si había pasado algo para no haber llegado a su hora al lugar indicado. Tom miró el despertador de la mesita y yo le imité, girando la cabeza hacia allí. Eran las once y media. – Vaya… se me ha pasado… - La respiración entrecortada se le notaba un montón y más se le notaría si no rompía la penetración, cosa que no hizo. Me la clavó hasta al fondo y ahí se quedó, con el móvil en la mano. Dediqué los siguientes segundos a relajar mi acelerada respiración y a sentir el grosor de la hombría de Tom perfectamente encajada en mis entrañas. Relajé las piernas y descansé los músculos tensos de mi cuerpo. Tener sexo era más agotador que hacer flexiones, desde luego, pero mucho mejor. - ¿Qué? ¿Ahora? – preguntó Tom, en tono medio resignado. – Ya… ya lo sé… ahora… ahora voy… - en cuanto escuché esa decisión la tensión volvió a mí. Noté como Tom se movía un poco, haciendo amago de romper la penetración y yo, en un acto reflejo para nada premeditado, le agarré el brazo.  
Tom me miró a los ojos. Algo preocupante tuvo que ver para desencajar la expresión de placer y cambiarla por una de remordimientos.  
-No… no vayas… - gimoteé. No quería que me malentendiera. Quedarme a la mitad en esa sesión de sexo me daba igual. El problema era que no podría pegar ojo en toda la noche sabiendo que estaba ahí afuera, peleándose con personas peligrosas y armadas hasta las trancas con el abdomen desgarrado por un tiro reciente. Si pasaba algo, Tom no podría correr ni tampoco hacer uso de todas sus facultades físicas. Era una locura salir a cazar villanos así. – No vayas… quédate conmigo… por favor. – pedí egoístamente. Oí gritos y música retumbar en los altavoces del móvil, pidiendo respuestas. Tom no dijo nada. Se mantuvo callado durante largo rato, sin desviar la mirada un instante de mí.  
Sentí que estaba pasando algo importante por su cabeza en ese momento. Apreté aún más su brazo apoyado en el colchón, a un lado de mi cintura.  
-Andreas… - habló por fin, con tono sumamente relajado. – No voy a ir. – decretó y no esperó una respuesta. Cerró el móvil y lo apagó.  
Tom últimamente se tomaba muy en serio mis peticiones y quejas, pero nunca me hubiera esperado que accediera tan fácilmente a una de mis súplicas cuando sus amigos, su trabajo y su responsabilidad estaban en juego. Cuando dejó caer el teléfono en el suelo sin ningún cuidado apartándolo de nosotros, me di cuenta del nuevo orden que le había dado a sus prioridades. Un orden que estaba seguro de que lo metería en problemas. No sólo yo. Él también sabía que el nuevo valor que le estaba dando a las personas más cercanas a él podría sentenciarlo y aún así, parecía haberse resignado a él.  
No estaba seguro de qué o quién era el primero en su lista de prioridades, pero estaba seguro de que yo había ascendido unos cuantos escalones.  
-¿Te acuerdas de cuando te pregunté qué sentías al penetrarme? – le pregunté sin dejar que se moviera, obligándole a mantener la misma posición de penetración, hasta el fondo de mí.  
-Sí.  
-¿Alguna vez te has preguntado lo que siento yo?  
-Sí.  
-¿Quieres saberlo?  
No contestó.  
-Te siento cerca, más cerca que cualquier otra persona. Nunca estaré tan cerca de tocar el alma de una persona como lo estoy ahora de tocar la tuya… y está manchada. – Tom tragó saliva y bajó la cabeza. Me dio la remota sensación de que se sentía avergonzado.  
-No quiero ensuciarte.  
-Ni yo limpiarte. Esas manchas te hacen ser como eres. No es tan malo tenerlas… A mí me gustan.  
-Muñeco…  
-¿Qué? – apoyó la frente en mi pecho. Las rastas me hicieron cosquillas.  
-Eres la criatura más rara que he visto en mi vida. Me puedes… puedes conmigo… ya… uff… me doy por vencido.  
-¿Debería preguntarte lo que significa eso?  
-No te lo diría.  
-Me hubiera gustado tenerte como hermano, Tom. Solo como hermano. Tienes que ser genial. – no respondió.  
No estuvimos toda la noche haciéndolo ni nada parecido. Terminamos con algún que otro esfuerzo y el orgasmo no fue nada del otro mundo. Fue dulce, pringoso y satisfactorio. No hacía falta más. Al poco rato me quedé dormido. Tom no dijo ni una palabra después de correrse y yo no intenté forzar una conversación. Él parecía estar ensimismado, así que lo dejé con sus pensamientos mientras yo me sumergía en un profundo sueño reparador.  
Si hubiera sabido lo que pasaría al día siguiente habría estado mucho más comunicativo y mimoso; me habría abrazado a Tom y no le hubiera soltado en toda la noche. Pero no era adivino y no tenía forma alguna de adivinar que el día siguiente, uno de septiembre casualmente… sería decisivo y destructivo para los dos.

***Capítulo 7***  
By Bill.  
  
-Esa es demasiado brillante… ¿esa? Demasiado oscura… el diseño de esa no acaba de convencerme y ésta es muy grande para mis dedos. Sobresale demasiado. Oye, ¿qué te parece ésta? Es tan elegante y sofisticada…  
  
-Yo las veo todas muy bonitas, Heidi. Geniales pero, ¿no deberíamos hacer esto cuando salgamos del trabajo? – Heidi suspiró. Su expresión se llenó de arrugas que mostraban su irritación ante mis palabras.   
  
-Bill, te he traído aquí para que me ayudes a escoger las joyas del día de mi boda. A ti, sólo a ti, ni a mis hermanas ni a mis amigas. ¿Tienes idea de lo importante que son las joyas de la boda para una mujer? Espero que no me hagas arrepentirme de haberte elegido a ti. – dócilmente, acongojado por la agresividad que mostraban las mujeres de Stuttgart, asentí. Podía estar volviéndome un poco más rudo en la forma de actuar y de hablar con los hombres, pero desde luego seguía sin tener ni idea de cómo abordar a una chica de Stuttgart. Eran tan diferentes a las de Hamburgo… tan seguras de sí mismas y capaces de tumbar a un camionero de un puñetazo. - ¡Aisss, esta es divina! ¿Qué te parece, Bill? – observé la gargantilla que Heidi me señalaba a través del cristal del mostrador. Era de oro, elegante, con incrustaciones de oro blanco cada dos centímetros. Su forma era sencilla y perfecta para una boda, pero no me gustaba nada.   
  
-Bueno… prefiero la plata. La plata pega más con el vestido de novia ¿no? – Heidi pareció pensárselo seriamente.   
  
-Tienes razón. Nada de oro… mejor oro blanco.   
  
-¿Tiene que ser oro a la fuerza?   
  
-¡Por supuesto!   
  
-Es mucho más caro.   
  
-¿Y qué? ¡Voy a casarme! Hay cuatro cosas primordiales para una novia el día de su boda. Necesito algo prestado, algo nuevo, algo viejo y algo azul. ¡Un collar de oro blanco hará juego con los viejos pendientes de mi madre! La diadema que Sabella compró en Italia hace unos años será mi regalo prestado y tengo intención de usar el lápiz de ojos azul claro que compré la semana pasada. ¡Quedaré divina! – vociferó, dando brincos en mitad de la joyería. Varias personas se giraron y cuchichearon sobre mi amiga, que en ese instante giraba como una peonza alrededor de los mostradores de la cara joyería. No tenía ni idea de cómo iba a pagar las joyas que comprara. Tendría que jugarse el sueldo de dos o tres meses enteros.   
  
-Heidi ¿puedes pagar algo tan caro? – le pregunté. Ella sonrió de oreja a oreja.   
  
-¡Por supuesto! ¿Lo dudabas? Mis padres me han enviado dinero extra desde Francia para que vaya preparando la boda. Pienso fundir la tarjeta de crédito.   
  
-Ah, y… ¿cuándo vienen vuestros padres? – refunfuñé, pensando que debería ser su madre quien la ayudara a hacer las compras para la boda. ¡Yo ya empezaba a cansarme de cargar con los vestidos y complementos de sus dos hermanas! Los brazos me temblaban después de cargar con los zapatos, los vestidos y demás durante dos horas seguidas.   
  
Heidi tardó un rato en contestar, ensimismada en un collar egipcio con piedrecitas brillantes.  
  
-Vendrán el día de la boda y luego se irán a Francia otra vez. Sienten curiosidad por saber con quién voy a casarme; por eso quizás vengan un día antes, aunque lo dudo.   
  
-Para, para… ¿Sienten curiosidad? ¿Es que no conocen a Kam? – Heidi negó con la cabeza, como si estuviera preguntando una tontería.   
  
-¡Claro que no! ¿Crees que mis padres vienen mucho por Alemania? La última vez que los vi fue hace dos años, en Navidad. – me quedé con la boca abierta. Pero ¿qué clase de padres tenían a sus hijas abandonadas en otro país y no se molestaban en hacerles una visita ni con motivo de boda? ¡Vaya mierda de padres!   
  
Estuve pululando por la joyería buscando un asiento cercano, pero el único que veía estaba ocupado por un niño de unos seis años, que se me quedó mirando con una piruleta en la boca. Su madre, a su lado, observaba el mostrador, sin hacerle mucho caso. Solté las bolsas que cargaba apoyándolas en la silla y estiré los brazos. Estar toda la mañana trabajando e irme de tiendas en mis horas de descanso no era lo que tenía planeado. Seguía teniendo hambre y el estómago se quejaba. Esperaba que Heidi se dejara invitar a comer después de gastarse semejante pastón en ropa y no me arañara la cara como lo había hecho anteriormente, cuando intenté pagar la cuenta por ella; una hamburguesa y un paquete de patatas deluxe.   
  
-Mamá, mamá. – El niño, a mi lado, agarró a su madre de la falda y esta se giró, curiosa.   
  
-¿Sí, cariño?   
  
-Mira a ese chico. – me señaló con descaro. – Tiene la misma cara que el muñeco de la tata, el que se viste siempre de negro. – la madre me miró y se ruborizó. A mí me dio un tic en el ojo al oír la palabra muñeco.   
  
-Cariño… - sonrió la madre forzosamente. – No te acerques mucho a los chicos así. Vámonos. – murmuró muy por lo bajo, pero no lo suficiente como para que no lo oyera. Me entraron ganas de vomitar. Agarró a su hijo y girándome la cara como si le hubiera dicho algo ofensivo, se aproximó a la salida.   
  
-En los tiempos de Hitler vivíamos mejor ¿verdad, señora? – solté a bocajarro y ella se puso roja como un tomate. Se largó sin mirar atrás y yo fui a sentarme en la silla. Una anciana entró por la puerta y tan rápido como me senté, me levanté para cederle el sitio. Mejor no intentar buscar un lugar donde descansar y distraerse con la excitante conversación de Heidi.  
  
-Oye… - la llamé, apoyándome en la vitrina de cristal mientras ella admiraba los anillos. – Quería preguntarte algo un poco… íntimo.   
  
-Dime, cariño. – sonrió. – En los barrios bajos no hay intimidad ni vergüenza, ya deberías haberte dado cuenta. – no mencioné que en ese momento no nos encontrábamos en los bajos, si no en los altos. El dueño de una joyería en los barrios bajos debía ser muy temerario. Aún así, pregunté.   
  
-¿No tienes miedo de que a Kam…? Bueno… de que un día pierda los estribos. – Heidi se rió.   
  
-¿Tienes miedo tú de que a Tom se le vaya la cabeza cuando estáis a solas? – replicó y yo me encogí de hombros.   
  
-Ya no, pero antes… - entonces, caí en la cuenta. Me puse rígido y giré la cabeza hacia ella, que sonreía de oreja a oreja.   
  
-Incestuoso.   
  
-Eh… no… oh… eso no… - tartamudeé.   
  
-Bill, conozco a Tom desde hace años. A ti no tanto, pero eres como un libro abierto. Ya tenía mis dudas antes de las vacaciones en el lago, pero cuando a Tom le dio ese arrebato sobreprotector cuando Hippie te tocó, todas las dudas se disiparon. Actuó como un animal protegiendo su territorio y eso me lo aclaró todo. Nunca había visto a Tom actuar de esa forma, salvo con Cristina.   
  
-¿Cristina? – Heidi asintió y volvió a concentrarse en el montón de joyas ocultas tras la cristalera.   
  
-Cristina y él estaban muy unidos. Tom era su niño favorito; pero tranquilo. Cristina tenía novio y era el doble de mayor que Tom, así que nunca pasó nada. Eran como hermano y hermana, nada más. – no se me había pasado por la cabeza que entre Tom y Cristina hubiera podido pasar algo y oír esa relación de sentimientos me produjo curiosidad, no celos. Al fin y al cabo, ella ya no estaba.   
  
-¿Tom lo pasó mal cuando ella murió? – pregunté.   
  
-Bueno… todos lo pasamos mal. Tom no sufrió especialmente. Kam lo llevó fatal, al fin y al cabo era su hermana, pero su novio lo pasó todavía peor. Le echó la culpa a Tom y se montó una buena. Ya sabes, la herida de la espalda… - dejó caer, señalándose el hombro con el pulgar.  
  
-¿La herida de la espalda? – se apartó de las joyas con expresión de aburrimiento y me clavó sus penetrantes ojos color chocolate.  
  
-¿Nunca se la has visto? – a mi memoria acudió aquella enorme cicatriz que iba desde el hombro hasta el costado de Tom, atravesándole la espalda. Claro que la había visto e incluso se la había tocado en más de una ocasión, aunque nunca había profundizado en su forma. La cicatriz no era ancha; formaba una fina línea rosada no muy destacada, pero sí extraña al tacto. Tocarla daba la sensación de que faltaba piel y el pellejo hacia de funda plana y suave.  
  
-¿Quién se la hizo? – Heidi se rió.   
  
-¿Nunca te han hablado de él, de Gore? – sacudí la cabeza. El nombre me sonaba. Tom lo había mencionado en su conversación por teléfono con Andreas, pero no sabía mucho más de él. – Verás, antes de que tú nacieras, los barrios bajos eran un lugar temible, mucho peor de lo que lo son ahora. No sabría describírtelos, pero Kam lo dice a menudo. Mucho, mucho peores. Cuando llegó la familia Acereda a Alemania, la cosa cambió un poco.   
  
-¿Quién es la familia Acereda? Tiene un nombre raro.   
  
-Es la familia de Kam, bobo. ¿No sabías que Kam es medio español?   
  
-¡Ni idea! – me sorprendió. Kam no era muy oscuro de piel y siempre me había imaginado a los españoles extremadamente bronceados. Al menos así los había visto yo las pocas veces que había viajado a España de vacaciones.  
  
-Pues eso. – continuó, cruzándose de brazos con porte orgulloso - La familia Acereda llegó aquí huyendo de la dictadura de Franco; un colega de Hitler, mejor no saber de él. Cuando se instalaron en Alemania la segunda ya había acabado, así que no tuvieron problema alguno en adaptarse. Todo eso lo hicieron los abuelos de Kam y Cristina. Ellos nacieron mucho después. El caso es que los dos se criaron en los barrios bajos de Stuttgart. Por lo visto, Kam siempre ha tenido un sentido innato para guiar a los demás hacia su terreno y con la ayuda de Cristina, los dos consiguieron tomar casi todos los barrios bajos. – La historia me parecía muy surrealista e increíble como para asimilarla de golpe, pero aún así seguí con la oreja puesta en Heidi, que parecía emocionada contando las hazañas de su futuro marido. – Kam era el que se ensuciaba las manos reuniendo gente con sus mismos ideales. No le costó nada reunir a un buen montón. Cristina, con la ayuda de su hermano, inauguró El orfanato de la Cruz. Los Encadenados de los barrios bajos mayores de dieciocho pasamos la infancia allí, siendo acogidos sin ton ni son por Cristina y Kam. Cristina era como una madre para todos nosotros. – Heidi dejó de lado las joyas para soltar un gran suspiro nostálgico. Los ojos le brillaron como si estuviera a punto de echarse a llorar, pero parpadeó varias veces y las lágrimas desaparecieron. – Gore llegó atraído por los ideales de Kam y la adoración de Cristina por los niños. Empezó a trabajar en el orfanato con ella. Cuidaba de todos nosotros como un padre lo haría… en aquella época apenas tenían veinticinco años… se enamoraron.   
  
-Es una historia increíble. ¿De verdad pasó? – Heidi asintió. “Yo soy testigo” murmuró.   
  
-Aunque no tuviéramos padre o no quisieran cuidar de nosotros, teníamos el Orfanato de la Cruz abierto a todo el mundo, como si fuera una gran familia siempre en espera. Los niños tenían muchos protectores, así que siempre podíamos estar seguros de que allí cuidarían bien de ellos. Kam, por ese entonces, empezó a ser llamado “Rey de los barrios bajos”. Un poco exagerado en mi opinión, pero así fue. Él, Toro y Gore eran temidos en todo Stuttgart. Nadie sabía que en realidad eran unos sensibleros a los que les encantaban los niños.   
  
-Tom mencionó a un tal Toro la otra noche. – dije. Heidi se encogió de hombros.   
  
-Hace años que no le veo. Dejó los Encadenados después de dejar tuerto a Kam. – la observé con la boca abierta de la impresión. ¿Había entendido bien? ¿Había sido uno de los amigos de Kam quién le había dejado ciego de un ojo? – La verdad es que no sabemos por qué lo hizo. De repente llegó hecho una furia un día e intentó atacar a Tom. Kam se puso en medio y le alcanzó el ojo con la navaja ardiendo.   
  
-Vaya, ese tío tenía que ser temible…  
  
-En los barrios bajos hay cuatro personas que se han ganado su fama a pulso. Kam, Gore y Toro eran los más temidos en aquella época y lo siguen siendo. Tom llegó el último, sobre los catorce. Recuerdo que la policía lo pilló peleándose con un vagabundo por unas migajas de pan y lo trajeron al orfanato. Ese día llovía… yo y Sabella hacíamos de voluntarias para ayudar a preparar la cena a cuarenta niños junto a Kam, Cristina y Gore. Ricky entretenía a los renacuajos como podía. – Heidi se rió. – Por aquel entonces yo ya estaba colada por Kam, pero nos llevamos cinco años y él me consideraba una niña todavía. Entonces, alguien llamó a la puerta. Gore fue a abrir y… ahí estaba tu hermano, empapado hasta los huesos, agarrado por el brazo de un policía. Tom se quedó con nosotros esa noche, devoró la comida y al día siguiente desapareció, pero empezó a venir constantemente. Cristina decía que era el gatito del orfanato, porque eran tan arisco como ellos e iba y venía cuando le daba la gana. Le cogió un cariño muy especial, tal vez porque era un niño muy diferente a los demás; siempre muy callado, muy solitario y despegado. Era agresivo con todos, menos con Cristina. Ella parecía la única que lo comprendía. Tom sólo hablaba con ella y, poco a poco, empezó a entablar conversación con Kam. Siempre con adultos. Los niños no le gustaban. Era demasiado listo y maduro para ellos. Tenía los ojos de un soldado veterano que ha vivido una guerra mundial. Eran unos ojos muy… extraños. – Heidi arrugó el entrecejo y noté como un escalofrío la sacudía.   
  
-¿Estás bien? – le pregunté. – Si no quieres, no hace falta que me cuentes más.   
  
-No, no… estoy bien, es solo que… sus ojos eran aterradores, Bill. – el vello se me puso de punta al oír aquello. ¿Cómo de temible debía ser Tom de niño como para provocar semejante escalofrío con solo su recuerdo?   
  
Inmediatamente sentí una necesidad ciega de llamarle, buscarle y abrazarme a él durante un buen rato, pero mantuve la compostura lo suficiente como para evitar que Heidi se diera cuenta de mi aturdimiento y siguiera con la historia.   
  
-Gore y Tom nunca se llevaron bien. – prosiguió - Tom era muy impertinente con él, muy arrogante y Gore no soportaba el afecto que Cristina le profesaba. Tom le provocaba y Gore no solía responder a las provocaciones porque le consideraba un niño. Pero tu hermano no era solo un niño, era algo más y Kam siempre lo había sabido y se había callado como un perro. – suspiró. Aquel recuerdo no parecía hacerle mucha gracia y supuse que la actuación de Kam en ese entonces no había sido de su agrado. - El día que nos contó que había visto a Tom años antes con un cuchillo en la mano y la ropa ensangrentada, quedamos conmocionados. Tom había matado a un policía a puñaladas años antes. Cristina no creyó a su hermano y tuvieron una gran discusión por él. Por lo visto, Kam reconoció a tu hermano como el asesino de aquel policía nada más verlo. Se llevó una gran sorpresa y se le pasó por la cabeza que Tom podía llegar a ser como él, un buen líder en los barrios bajos si se le daba la oportunidad de expresarse con soltura y se le enseñaba a actuar como tal. Kam no se equivocó. – se detuvo, volviendo a concentrar los ojos en la vitrina. Me dio la sensación que intentaba rehuir mi mirada. - Tom no tardó en inventar un sistema económico similar al de una comunidad obrera y tampoco tardó nada en llevarlo a cabo. Funcionó y funciona hoy en día a las mil maravillas. Lo hizo todo solo; fue algo realmente maravilloso. Por supuesto, hubo gente que se opuso a cumplir con el plan diseñado y para convencerles Tom no dudó en usar la fuerza. Por su intelecto, su capacidad de liderazgo y su brutalidad, su fama se extendió como la pólvora por toda Stuttgart hasta superar la de Gore, Toro y casi la de Kam. Los cuatro dominaban Stuttgart desde las sombras. Kam, el Rey de los barrios bajos; Toro, el Guardián del rey; Gore, el futuro Sucesor del liderazgo del rey y Tom, el “Tirano”… durante algún tiempo la cosa fue así, hasta que Toro atacó a Tom e hirió a Kam. El Guardián del rey nos abandonó y Cristina empezó a desestabilizarse por la agresividad de los Encadenados al ver a su hermano herido. Ella no soportaba la violencia y no tardó en caer en un pozo sin fondo por miedo a perder a sus niños en aquellos barrios tan peligrosos. Fue entonces cuando nos enteramos de la enfermedad de Kam. – suspiró ella.   
  
-¿Qué enfermedad? – sabía que a Kam se le iba la cabeza de vez en cuando, pero no constaba en mi memoria que tuviera una enfermedad. Heidi, dejando ver una sonrisa melancólica, me contestó con un tono dulce y amable.   
  
-Principio de esquizofrenia paranoide.   
  
-¿Esquizofrenia? – había estudiado un poco de esa enfermedad en mi tiempo de universitario. Era una enfermedad mental bastante estresante e imprevisible. Podías sufrir cambios de personalidad bestiales y un estrés traumático por culpa de visiones auditivas y visuales. Diferenciar la realidad de la ficción resultaba muy complicado y eso podía llevarte a autolesiones graves o a ataques contra el ambiente que te rodea. Siempre había pensado que Kam estaba flipado por tomar demasiadas drogas y alcohol, pero al parecer esas dos sustancias nocivas eran su propio tratamiento para luchar contra la enfermedad.   
  
Heidi iba a casarse con un hombre que se estaba volviendo loco. Ella lo sabía y le daba igual, pero… ¿cómo podría aguantarlo? ¿Estaba segura de que quería casarse con alguien que no podía controlar su propia personalidad, que podría atacarla a ella o a sus futuros hijos en cualquier momento?   
  
-Heidi, tú… ¿estás segura de que…? – dejé caer, mordiéndome el labio inferior. Comprometerse con alguien así era una forma de arruinarse la vida rápida y segura. Estar con una persona así… no podía hacerla feliz.   
  
Pero Heidi sonreía, como si no le importaran nada las consecuencias.  
  
-Le quiero. – me dijo, con total sinceridad. – Es dulce, amable y muy divertido. Cuando te ve triste deja todo de lado para hacerte sonreír y aunque es muy agresivo e imprevisible, hace todo lo que puede por controlarse y cuidar de los demás. Otros se habrían escondido para evitar hacerle daño a nadie. Él sabe que hay riesgo de herir a alguien sin querer, pero también cree que puede compensar el daño de alguna manera. No quiere dejarse consumir por sí mismo, por una estúpida enfermedad. Él lucha contra sí mismo porque no quiere dejarse dominar, pero yo… ¿qué necesidad tengo yo de luchar contra mis propios sentimientos? Sé que estás pensando que casarme con alguien así me hará muy infeliz, pero por lo menos tengo que intentarlo porque sé que no casarme significaría la infelicidad absoluta. Le quiero tanto…   
  
Enfermedad… “Puede que separarlos ponga a salvo a Bill, pero temo que el remedio sea peor que la enfermedad.” Recordé. Según las cartas de mamá, Tom tenía algún tipo de enfermedad así que me pude poner perfectamente en la piel de Heidi al hacer esas declaraciones. El escalofrío que había sentido cuando leí parte de su pasado debía ser constante para ella, pero no por eso dejaría de querer a Tom.   
  
No dejé de amarle ni sabiendo que éramos hermanos, lo que irremediablemente me conducía a un futuro nefasto e infeliz. Aún así, yo había estado dispuesto a todo. Absolutamente a todo.   
Nuestra relación no era tan diferente de la de Kam y Heidi. Estaba condenada desde el primer día.   
  
-Por eso te elegí a ti para ayudarme con la boda, Bill. – admitió Heidi. Llamó al joyero y le señaló una preciosa gargantilla de plata con una cruz brillante. Cientos de pequeñas incrustaciones vidriosas titilaban en ella. Hacía juego con su anillo de compromiso, simple y llano. ¿Quién diría que tras esa simplicidad podía esconderse una relación tan intensa y complicada como esa? – Tú sabes perfectamente lo que es vivir un amor envenenado ¿verdad? – el joyero le sacó la gargantilla y ella se la abrochó alrededor del cuello. - ¿Qué te parece? – me preguntó. El centellear de la cruz no sólo hacía juego con su anillo, también con su reluciente sonrisa.  
  
Así que le correspondí.  
  
-Es perfecta para ti.   
  
  
**By Ricky.**  
-Ahora en serio, Tom. ¿Por qué no compras algo más normalito? No sé, un ramo de flores… - aconsejé. Tom arrugó la cara y juraría que se estaba reservando las ganas de escupirme a la cara por lo dicho. – Está bien, a ver… ¿un traje caro? Podrías comprarle uno para la boda de mi hermana.   
  
-¡Demasiado previsible! Además, yo no tengo gusto para esas porquerías. Bill será más feliz comprándolo por sí mismo.   
  
-Ah, ya, ¡pues regálale un vale de descuento para Gucci y que él mire!   
  
-Cutre tú no eres ¿verdad, Ricky?   
  
-¿Y yo qué quieres que haga? Yo no hacía regalos a mis novios el día de su cumpleaños, me los hacían ellos. De toda la vida es el chico el que tiene que regalar a la chica ¿sabes? ¡Tú estás rompiendo con la tradición! – le acusé. Tom no se molestó en contestarme. Seguía concentrándose en el ambiente del centro de la ciudad, en los montones de tiendas de todas clases que nos rodeaban por todos lados. Había de todo; ropa, zapatos, complementos, instrumentos para el pelo, maquillaje, libros, objetos para cocina, tiendas de muebles… hasta apartamentos en venta. Pero aunque llevábamos toda la mañana andando de un lado a otro sin parar de buscar, Tom seguía pasando de largo, sin ver nada concreto, despreciando cada cosa que le señalaba. ¡Lo hubiera sabido antes y le hubieran dado por culo! No tenía muy claro por qué me había llamado para ayudarle a elegir el regalo de Bill, pero por lo menos me había invitado a comer.   
  
Aunque eso no compensaba su casi total falta de conversación y su cabeza ida. Tom llevaba toda la mañana en trance y ya me estaba empezando a preocupar.   
  
-Oye, ¿y por qué no le compras alguna joya y ya está? Decías que antes le gustaban las joyas ¿no?   
  
-Antes. Ya no.   
  
-Bill se ha vuelto muy macho en cuestión de semanas ¿no? Ya no parece tan tía. Incluso su forma de vestir ha mejorado. Estoy sorprendida.   
  
-Hum…  
  
-Oye ¿y si no le regalas nada? Sois hermanos gemelos, no creo que haga falta que os regaléis nada.   
  
-No creo que Bill me regale nada. No sabe ni qué día es.   
  
-¿Cómo? ¿Y vas a regalarle tú algo sabiendo que él no te va a corresponder? Pero qué mierda de equidad…   
  
-Ya… - aun así, el tío se metió en una tienda de artículos de segunda mano totalmente ido. Desde fuera vi como buscaba entre los discos de vinilo y las antiguas grabaciones. Cogió un poco de todo y lo puso encima de una vieja estantería llena de polvo. Empezó a pasar los discos uno a uno con gesto desinteresado. Tras un buen rato, asqueado, arrugó la nariz y los soltó donde los había encontrado. Salió de la tienda disparado, como si le hubieran metido un petardo en el culo y yo le seguí como un perrito faldero, intentando llamar su atención moviendo las manos de arriba abajo.   
  
-¿Hola? ¡Tierra llamando a Tom! Despierta maldito idiota. ¿Se puede saber por qué me has llamado si ahora me ignoras? – Tom no dijo nada. Siguió andando como si yo no existiera, con las manos metidas en los bolsillos. Eso no era normal, así que con el fin de comprobar si pasaba algo grave o no, arriesgando mi propia salud física, estiré un brazo y tiré de una de sus rastas hacia atrás, con fuerza. ¡Con mucha fuerza! Tom se detuvo al momento y se volvió. Yo cerré los ojos y alcé los brazos, esperando recibir un guantazo o un puñetazo por haberle dado semejante tirón. Tom siempre había odiado que le tocaran las rastas y siempre nos había amenazado de muerte cada vez que amenazábamos con tocarlas.   
  
La prueba definitiva declaró que ocurría algo grave. Muy grave.  
  
Tom se me quedó mirando con la boca semi abierta, como si fuera a decir algo mientras se llevaba una mano a la cabeza, justo al lugar donde le había tirado de la rasta. No alzó el puño y tampoco hizo amago de soltar un montón de insultos imposibles de entender.  
  
-No hagas eso, Ricky. Me molesta. – fue lo único que dijo y siguió caminando.   
  
-Tom, ¿pasa algo? ¿Te duelen los puntos? – le pregunté. Él negó con la cabeza. – Estás muy raro. ¿Te encuentras bien? – le coloqué la mano en la frente y él dejó de andar. Parecía estar flojo, muy flojo, como si se fuera a caer al suelo en cualquier momento. Estaba segura de que si le daba un empujón, se caería sin más. – Creo que estás enfermo. Puede que tengas fiebre, aunque no te noto caliente. ¿Te molesta algo? – pregunté. Tom no contestó enseguida.   
  
-Me molesta el pecho… y la barriga.   
  
-¿Te duele la barriga?  
  
-No. Me pica. No es del todo molesto, pero me siento bastante flojo y eso me jode.   
  
-Hum… ¡qué raro! Quizás necesitas ir al baño.   
  
-No es eso. Es por dentro. Me molesta por dentro.   
  
-¿Dónde es por dentro?  
  
-No lo sé. – coloqué la mano en el pectoral izquierdo, no sé muy bien con qué fin, para frenarlo quizás y que no saliera pitando otra vez.   
  
-Oye, si no estás bien vuelve a casa y llama a Aaron. Quizás él pueda darte algo y…  
  
-No sé dónde está Aaron. No me coge el móvil.   
  
-Ya. Pues ve a casa, métete en la cama y… - pensé que podría llevarlo yo misma ya que parecía estar tan flojo. Podía tener un bajón de tensión o de azúcar y caer al suelo redondo cuando menos lo esperara. Pero no hizo falta.   
  
-Ah… ¡Ricky, cariño! – oí a lo lejos. Vi a mi hermana mayor, la que pronto estaría casada y me daría sobrinos saludándome a lo lejos con una mano. Corrió a toda velocidad hacia nosotros con una bolsa de plástico de la joyería Milo´s, las manos alzadas al aire y casi dando saltos de bailarina por el aire. - ¡Cariño! – gritaba y deseé que Tom fuera más grande para poder esconderme detrás de él.   
  
-¡Eh, espera, que aquí el que lleva las bolsas soy yo! – gritaba alguien corriendo detrás de ella. Bill, cargado de bolsas hasta arriba, con el pelo revuelto y sudando a chorros corrió hacia nuestra posición.   
  
-Anda, pero si son la futura señora Acereda y mister Kau… - no dije nada más porque el corazón de Tom lo decía todo por mí. Contra mi mano, el pulso que hasta hacia un momento había sido normal se había disparado de buenas a primeras. Miré el pecho de Tom por encima de la camiseta para ver si ésta se levantaba con el potente tamborileo de su corazón, pero nada. Las costillas y las tripas eran el almohadón perfecto para impedir que la piel se levantara con cada nuevo “Pum-pum, pum-pum”. Aún así, ese ritmo tan repentino no era normal.   
  
Aparté la mano de su pecho cuando él me dio un manotazo, pero no aparté los ojos de su cara. Era curioso a más no poder ver como un rubor intenso como los pétalos de una rosa se apoderaban de sus mejillas hasta propinarle un color antinatural de piel.   
  
-¿Y vosotros qué hacéis aquí? – preguntó Tom, recuperando su tono autoritario de repente. Bill se detuvo delante de él, con la lengua casi fuera por la carrera.   
  
-¿Tú qué crees? A las cuatro de la tarde con este calor y después de mis primeras cuatro horas de trabajo matutino me toca ir a comprar y cargar con los regalos de la boda de esta mujer tan cansina. – mi hermana, más feliz que unas castañuelas, no puso objeción alguna ante el apodo. - ¿Y vosotros?   
  
-Buscamos… - Tom me dirigió una mirada de advertencia para que no dijera ni pío. - … Buscamos a Aaron. – Solté, por decir algo.   
  
-¿A Aaron? ¿No ha venido a casa hoy? – preguntó Bill a su hermano.   
  
-No le he visto cuando he salido. Shizuka dice que no vino ayer.   
  
-Ah… - Bill adoptó una notable expresión de preocupación que se relajó cuando Tom le revolvió el pelo un poco más de lo que ya lo tenía. Su intenso rubor seguía ahí y mi hermana debía notarlo también, porque se le había quedado mirando con mi misma cara. Como si hubiera visto un bicho poniendo huevos en su ojo izquierdo.   
  
-Te has levantado de la cama un poco pronto hoy ¿no? – le preguntó Tom y nos dirigió una mirada triunfal a las dos, como si nos estuviera restregando por la cara el hecho de saber a qué hora se había levantado Bill de la cama.   
  
Un momento… ¿eh?   
  
-Tenía que ducharme. Estaba pringoso de… - Bill calló e imitó a su hermano ruborizándose casi tanto como él. – Bueno, ya sabes.   
  
-Oh, eso...  
  
-Sí, eso.   
  
-Lo has hecho bien. Estás muy guapo hoy.   
  
¿Perdón? Me quedé observando la escena como si estuviera viendo cómo fornicaban dos ornitorrincos. Era un espectáculo ininteligible y raro de huevos.   
  
-Gracias. – dijo Bill, acariciándose la cabeza con una mano. Si no fuera porque eran hermanos diría que estaban coqueteando. – ¿Vas a venir a recogerme hoy?   
  
-¿Lo has dudado en algún momento, Muñeco? – Bill se rió, como si le hiciera gracia la palabra Muñeco. Tom también se rió.  
  
Y ahí estaban esos dos gilipollas, riéndose sin saber de qué.   
  
-Pero ¿a estos pringados qué les pasa? – murmuré. Heidi sonrió de oreja a oreja.   
  
-Ha llegado la primavera para los dos.   
  
-¿Qué dices? Si estamos en verano todavía.   
  
-Bueno, voy a seguir buscando a Aaron. Hay algo importante que tengo que decirle. – se explicó Tom.   
  
-Vale. Te espero a las nueve.   
  
-No trabajes mucho.   
  
-¡Solo un poco!   
  
-Hasta luego.  
  
-Bueno, adiós.   
  
-Adiós.  
  
-Adiós.   
  
Sí, mucho adiós y mucha hostia, pero los dos seguían mirándose con cara de idiotas sin moverse un centímetro para irse. Tom giró la cabeza y nos miró a mi hermana y a mí con cara de “molestáis”. Había recuperado esa mirada amenazadora otra vez. Creo que esperaba que nos fuéramos o diéramos media vuelta, pero no lo hicimos.   
  
Alcé una ceja al ver cómo parecía resignarse y se inclinaba hacia Bill, que giró un poco la cara, haciéndose el despistado. Tom le dio un beso en la mejilla, muy cerca (cerca cerca) de los labios. Luego le dijo algo al oído que hizo sonreír a Bill. Le revolvió el pelo melosamente y echó a andar en dirección contraria con las manos en los bolsillos otra vez.   
  
¿Qué había sido eso?   
  
No pude compartir mi incertidumbre con mi hermana porque cuando alcé la cabeza, ella ya andaba hacia la pastelería con Bill al lado, los dos tan alegres como si estuvieran recién casados y adoraran a sus respectivos maridos. Por mi mente pasaron una serie de pensamientos acalorados los cuales no fui capaz de ordenar. Estaba Tom, estaba Bill… me los imaginé abrazados y sonrientes como si se adoraran. Todo muy fraternal y perfecto.   
  
Pero de repente, la imagen de ambos se distorsionó y me imaginé a un Tom de ojos dorados y mejillas sonrosadas apoyando una mano en la mejilla ruborizada de Bill, cuya carita de muñeco de porcelana relucía con el brillo del sol.   
  
“Oh, Muñeco”   
  
“Oh, Tom…” me imaginé que decían, ambos con voz aterciopelada, antes de meterse un morreo temible y censurable. No. Imposible; me dije a mí misma, aunque la idea no me desagradaba del todo.  
  
-Tom. – llamé a mi colega una vez me situé a su lado. Su sonrisa se había vuelto imborrable. – Bill y tú sois hermanos ¿no?  
  
-Claro. – contestó él, ensanchando la sonrisa de anormal al oír el nombre de Bill.   
  
-Pues parecéis novios.   
  
-¿Y qué tiene de malo? – me quedé callada durante un rato, buscando una respuesta.  
  
-Lo cierto es que siempre me ha puesto cachonda imaginarme a dos tíos haciendo guarradas, así que no tiene nada de malo, nada… aunque seáis hermanos.   
  
-Pues ya lo sabes.   
  
-Pero ¿de verdad sois novios o algo así? – insistí.   
  
-Oh, my boyfriend, yes. – me contestó con su perfecto inglés.   
  
-No me hables en inglés, que sabes que no tengo ni puta idea.   
  
-I know it.  
  
-Te va a ayudar a buscar un regalo para tu novio tu puta madre. – no sintiéndome especialmente feliz porque me tomara el pelo de esa forma, seguí caminando hacia delante sin percatarme de que Tom había detenido la marcha. Cuando me di la vuelta Tom estaba a unos cinco metros delante de un escaparate con la boca abierta. - ¿Qué pasa? ¿Has encontrado algo interesante? – paseé la mirada por el escaparate, curiosa. La respuesta me vino enseguida, pero resultaba difícil imaginar a Tom pensando en hacer un regalo tan jodidamente caro y estúpido, por no decir agotador e infantil. – Tom, no estarás pensando en…  
  
-Es perfecto. – dijo él. Su voz sonó excitada, a punto de estallar de la emoción. - ¡Jodidamente perfecto! – y sin atender a razones lógicas, entró en la agencia de viajes a toda pastilla.  
  
  
**By Bill.**  
-¿Qué crees que estaba haciendo Tom paseando por aquí con Ricky? – me preguntó Heidi con picardía. Yo me encogí de hombros haciéndome el desinteresado, pero con una ligera idea de lo que pasaba por su mente retorcida. – A Tom no se le dan bien las compras ni los regalos, aunque es bastante oportuno. Los da en el momento adecuado ¿no crees? Ya te ha regalado un perro, un gato, un pájaro y una cobaya, por no decir ropa, maquillaje y una plancha para el pelo. ¿Qué crees que será lo próximo?   
  
-No tengo ni idea. Conociéndole puede aparecer con un oso panda robado directamente del zoo.   
  
-Sería bastante increíble ¿no? – se rió ella. – Entonces, ¿vas a preparar una cena romántica o algo así?   
  
-Por una vez podría hacerla él. – bufé. – Estoy seguro de que piensa que no tengo ni idea de que hoy es nuestro cumpleaños. Hace tiempo que perdí la cuenta de los días. ¡Menos mal que he visto el calendario en la joyería!   
  
-¿Por qué no dejas de hacerte el frío? sé que estás deseando llegar a casa para preparar algo, se te nota. Aunque yo diría que Tom tendrá más que suficiente con lo que le has comprado y con su muñeco para jugar. - Heidi me golpeó el costado con el codo e imaginándome a mí mismo esa noche en plan romántico con Tom, me entró la risa floja. Pero al recordar que el jefe de sección de la tienda de instrumentos musicales había dicho 3.500 euros por la guitarra a la que le había echado el ojo, volví a suspirar y a sentirme frustrado. Heidi me dio un golpecito en el hombro, tratando de animarme. - ¿Quieres dejar de martirizarte? Seguro que lo que le has comprado le gustará más que una guitarra.   
  
-Sí, seguro. ¡Tom aprecia tanto esos detalles! – ironicé.   
  
-No creo que nunca le hayan hecho un regalo tan bonito, así que yo no me deprimiría tanto. Seguro que le hace ilusión. – rogué que fuera así, que cuando le entregara el regalo no se lo quedara mirando con cara de idiota y preguntara “¿esto qué es?”. Me tiraría por la ventana si ponía cara rara. – Por cierto, ¿qué has pedido que graven en él?   
  
-Hum… nada especial. – mentí. Heidi me miró con cara de sospecha. – Es íntimo.   
  
-Oohh, ¿algo obsceno?   
  
-Me da vergüenza.   
  
-Dímelo al oído. – me incliné hacia ella y susurré las palabras inscritas en mi última esperanza como regalo. Cuando me aparté, Heidi me observaba con ojos resplandecientes. - ¡Es precioso!   
  
-¿Tú crees? Espero que él opine lo mis…  
  
-¡Maldita sea, pedazo de gandules! – me interrumpió mi jefe, pegando un chillido agudo nada más vernos aparecer por la puerta de la pastelería. Nos señaló el reloj que colgaba de la pared encima del horno, hecho una furia. - ¿Es que no habéis visto la hora que es? ¡A las cinco se acaba el descanso y empezáis el siguiente turno de trabajo, a las cinco en punto! ¿Qué hora señalan las agujas del reloj?   
  
-Las… cinco y cinco, señor. – murmuré.   
  
-¡Exactamente, tarde! Odio a los tardones, Bill. Los odio y bien lo sabes tú, ¡así que vais a exprimir esos cinco minutos tarde hasta que os salga zumo de naranja por las orejas o caguéis harina! ¿Me habéis oído?  
  
-Sí, señor. – dijimos Heidi y yo a la vez, sumisamente. Me importaban muy poco las voces del jefe, sobre todo desde que me enteré de que las ventas y la clientela se habían doblado nada más entrar yo a trabajar. Aún así, necesitaba un descanso que sólo el jefe me podía dar, así que me limité a bajar la cabeza y encaminarme hacia el vestuario para ponerme el uniforme otra vez y soltar las bolsas de Heidi, que me estaban cortando la circulación de los dedos.  
  
Cuando entré en el vestuario, Adam se estaba colocando los pantalones, así que cerré la puerta de un portazo para que nadie del exterior pudiera verle.   
  
-Lo siento. Nunca toco antes de entrar.   
  
-Descuida. – murmuró, clavando los ojos en el suelo. Por alguna extraña razón, Adam llevaba esquivándome la mirada durante todo el día y no me dirigía la palabra a no ser que fuera totalmente necesario. Nunca habíamos tenido mucho contacto, pero tampoco nos evitábamos y me daba la impresión de que eso era exactamente lo que él hacía. Sin decir nada innecesario, fui hasta mi taquilla, solté las bolsas de Heidi y saqué el uniforme del trabajo. Me quité los pantalones y me puse los del trabajo. Al quitarme la camiseta me di cuenta de que Adam me miraba de reojo.   
  
-¿Pasa algo? – pregunté.   
  
-No, nada. – dijo, pero no desvió la vista de mi cuerpo semidesnudo.   
  
-Es que… me estás mirando mientras me cambio.   
  
-¿Te molesta?   
  
-A mí no, pero a mi novio quizás le moleste un poco.   
  
-¿Vas a decírselo? – me imaginé a Tom entrando en la pastelería con una motosierra preguntando a gritos donde estaba el marica que miraba a su novio mientras se cambiaba.   
  
-No si dejas de mirarme. – declaré.   
  
-Acabas de decirme que no te molesta.   
  
-Ya, pero eso no te da derecho a hacerlo. – me di la vuelta y terminé de colocarme el uniforme aún notando la mirada de Adam en mi nuca.   
  
-No eres consciente de lo atrayente que eres ¿verdad?   
  
-¿Perdón?   
  
-¿Puedo saber quién es tu novio?   
  
-Lo siento, pero no creo que te interese.   
  
-Me interesa. Mucho.   
  
-¿Estás intentando insinuarte? – Adam no contestó, pero por la expresión de su cara juraría que estaba más preocupado que otra cosa.   
  
-¿El haría cualquier cosa por salvarte? ¿Te quiere? – me preguntó de una manera que rayaba la mala educación.   
  
-Pues sí, cualquier cosa. Hasta matar.   
  
-¿En serio?  
  
-Sí. – en realidad no estaba muy seguro de ello, pero no quería mostrarme indeciso delante de un tío que parecía desearme. Era mejor dejar las cosas claras desde el principio antes de que hubiera confusiones. Adam se conformó con esa última respuesta y anduvo hacia la salida del vestuario con porte cansado.   
  
-Espero que sea verdad, Bill. Con todas mis fuerzas. – salió y me dejó allí, solo y confundido.   
  
  
  
**By Aaron.**  
  
-Es inútil que te resistas, Aaron. Lloverán ranas antes de que puedas deshacer ese nudo. – con las manos atadas a la espalda y los pies atados a las patas de la silla, me era imposible hacer ningún movimiento en falso que pusiera en un compromiso al imponente Toro. No sólo lo tenía difícil al estar atado a una silla en el sótano, sino que tenerle a él vigilando todos mis movimientos complicaba mucho más la hazaña de la huida. Llevaba toda la noche intentando escapar, sin pegar ojo ni hablar. La cinta adhesiva que me tapaba la boca me había impedido gritar en toda la noche y ahora que Toro por fin me la había quitado, solté una serie de insultos hacia su persona muy difíciles de oír. Le grité y lo insulté hasta que se me acabó el aire de los pulmones. Cuando dejé de gritar para coger aire, Toro habló: - ¿Has acabado?  
  
-¡No! – troné. - ¡Cerdo traidor!   
  
-Eso es lo que tenías que haber dicho en un principio, ¿no crees?   
  
-¿Qué vas a hacer conmigo? – pregunté.   
  
-Te soltaré esta noche para que puedas volver a casa, hablar con Tom o hacer lo que te dé la gana. Pero hasta entonces te quedarás ahí quietecito, sin hacer ruido, hasta que yo vuelva. – vaya, la perspectiva era mejor de lo que esperaba. Ya había imaginado mi cuerpo arrojado en una cuneta cualquiera; pero eso no me relajó.   
  
-¿Por qué esta noche? ¿Por qué no antes? – Toro, tumbado en el sofá del despacho de su sótano, arrugó la cara. Aquel lugar sepultado bajo toneladas de ladrillo cuyo acceso se limitaba a las empinadas escaleras apretadas entre gruesas paredes de ladrillo, era el más cargado y mejor decorado de toda la casa. Se notaba que a mi ex mejor amigo le encantaba pasar el tiempo allí más que en cualquier otra parte. Allí abajo la temperatura era baja hasta en verano y en invierno, debía ser un frigorífico tamaño extra grande. Por ello era el único lugar de la casa con chimenea. Las paredes eran de un color rojo vino que en un principio, me había parecido muy erótico. Los muebles eran antiguos; entre ellos el sofá del mismo color que la pared, que no le quitaba comodidad (bien lo sabía yo, que había dormido ahí unas cuantas veces). El espacio en sí era grande. Se necesitaba algo ancho para poder colocar los montones de libros en esas estanterías tan ricamente adornadas con motivos dorados. La lámpara de techo era más moderna que el resto de la habitación, simulando una pequeña araña oscura.   
  
¿Cuántos noches había pasado en aquel lugar tan asfixiante y alejado del resto del mundo? Eran incontables.  
  
-No quiero que avises a Tom antes de tiempo.   
  
-Antes de tiempo… ¿qué vas a hacer? – Toro suspiró mientras yo recorría la mirada por aquel lugar a gran velocidad, buscando desesperado una salida.  
  
-Me has oído hablar por teléfono con Adam ¿no? Ya sabes lo que voy a hacer.   
  
-¿Quién es Adam?   
  
-El hermano pequeño de Gore. ¿No lo recuerdas? – una cara conocida tomó posesión de mi mente. Aquel chaval con perilla y vestimenta oscura que siempre seguía a Gore a todas partes en el orfanato, poco antes de que éste desapareciera después de intentar matar a Tom.   
  
Toro se levantó del sofá y caminó hasta su escritorio. Empezó a rebuscar en los cajones y pronto sacó dos botes transparentes, pequeños, que cabían en la palma de mi mano. Uno de ellos contenía un pequeño montón de pastillas de colores y el otro, una sustancia líquida azulada que no reconocí. Sacó una jeringuilla de cinco centímetros todavía cubierta por su bolsita aislante y la guardó en el bolsillo derecho de su chaqueta, la cual se echó por encima.   
  
-No pienso tragarme ninguna de esas puñeteras pastillas. Son somníferos ¿verdad? ¿Sedantes para tranquilizarme? Ni lo intentes.   
  
-No tengo intención de drogarte, Aaron. Además, esto no es para personas, si no para animales. No estoy cualificado para recetar ningún tipo de medicina ¿recuerdas?   
  
-¿Y para quién es entonces? – Toro me miró fijamente, como si esperara que yo mismo respondiera a esa pregunta. – Si das una dosis demasiado alta a una persona delicada con eso puede pasarlo realmente mal.   
  
-Lo sé. Tendré cuidado con las proporciones.   
  
-Toro, no lo hagas, por favor.   
  
-Aaron… aunque me odies por ello, no tengo opción. – agarró de nuevo la cinta adhesiva y estiró de ella, mostrándome un buen trozo de pegajoso celo blanco.   
  
-Bill es un buen chico, tío. ¿Por qué quieres hacerle esto?   
  
-No es cosa mía. – dijo, acercándome el celo a la boca.   
  
-¡Al menos dime qué vas a hacerle! – antes de que pudiera replicar más, me tapó la boca con la cinta adhesiva y solo pude gemir y revolverme para intentar sacármela de encima, sin ningún resultado. Caminó hasta la puerta para salir, escondiendo los botecitos en el otro bolsillo de la chaqueta y abrió la puerta.   
  
-Quiero que esto termine cuanto antes y espero que nadie salga herido. Por eso te daré una pista, Príncipe, una ventaja. – me detuve en mi intento desesperado de escapar, haciendo vibrar la silla con tanto movimiento inconstante. Los ojos de Toro siempre habían sido melancólicos y dulces, incluso en aquella ocasión. Al parecer yo era el único capaz de ver su dulzura, aunque en aquel momento solo albergara odio hacia ella. – Adam es el chico que trabaja con Bill en la pastelería y esta noche se lo entregará a Gore en bandeja de plata. Imagínate para qué. Yo vigilaré que la cosa no se les vaya de las manos. Si puedes llamar a Tom antes de que yo llegue a la pastelería, todo esto habrá acabado sin ni siquiera haber empezado. – no dijo nada más. Salió por la puerta cerrándola suavemente a su paso, dejándome hundido en una oscuridad cegadora. – Buena suerte, mi Príncipe. – fueron sus últimas palabras antes de subir las escaleras y salir de casa dando un portazo. Busqué escuchar el sonido de un motor al arrancar, las ruedas de un coche chirriando contra el asfalto, pero sólo oía pasos ligeros y voces de niños correteando por los jardines.   
  
No había cogido el coche, lo que quería decir que tardaría en llegar una media hora andando a paso ligero. Me pareció extraña su decisión de caminar pudiendo llegar en cinco minutos con unos cuantos bandazos de volante en esa situación tan urgente, por mucho que hubiera preferido siempre pasear que conducir. Me imaginé que intentaba darme una oportunidad para alertar a Bill de la situación, lo que me hizo suponer que no tenía del todo claras sus intenciones. Recé para que cambiara de bando de camino a la pastelería ya que veía muy difícil mi huida. No me había dejado ni un triste cristal roto para intentar liberarme, un mechero, una cerilla o al menos la chimenea encendida, nada. Solo en aquel enorme despacho rodeado de libros, documentos, cartas… y mi móvil, encima del escritorio. No me cabía duda de que Toro me estaba dando oportunidades para alertar a quien quisiera, si no, no habría dejado el móvil a mi alcance. Sin embargo para poder llamar necesitaba algo con lo que poder desatarme. Algo, algo… ¿Cómo qué?   
  
La cuerda que me ataba las muñecas me causaba rozones dolorosos en la piel, así que mientras pensaba dejé de moverme y me concentré en el escritorio donde se encontraban apilados los expedientes y documentos dirigidos al doctor cabrón. Había cartas, muchas cartas y paquetes y… recordé.  
  
Toro siempre habría la correspondencia con abrecartas desde la universidad, incluso los regalos. Era la única manía que conocía de él. Nunca rompía los sobres o el papel de regalo. Reciclaba y siempre que debía utilizar papel para escribir algo, no lo tiraba hasta que el folio estaba repleto de palabras aunque carecieran de orden. Por eso intentaba por todos los medios no romper sobres ni cajas de cartón, para no estropear o arrugar el papel demasiado. Eso quería decir que en alguna parte del despacho había un abrecartas afilado y en perfectas condiciones y, si yo fuera Toro, no lo guardaría lejos de donde leo mis cartas.   
  
Pegando saltos con la silla, lastimándome muñecas y tobillos, llegué hasta el escritorio e incliné mi cabeza encima de las cartas. Empecé a revolverlas con la boca tapada, tirándolas al suelo a montones al igual que sus demás pertenencias e incluso mi móvil, rebuscando entre todo aquella inútil basura clínica a lo loco. Estuve cerca de cinco minutos tirando cosas al suelo sintiendo pinchazos en el cuello y en las muñecas al tirar de la silla para inclinarme. Hacía rato que las manos se me habían entumecido y los brazos y las piernas, dormido. Cansado y mareado por el dolor, di unos últimos cabezazos al escritorio hasta que no hubo nada encima de la mesa. El último instrumento que cayó al suelo hizo un ruido estridente que me despertó de mi ensoñación. Lo observé.

***Capítulo 7/ parte 2***  
  
  
Un reloj antiguo, como todo lo que había allí, bonito y con dibujos y relieves de fruta y fauna me saludó con las agujas colocadas exactamente en las ocho y cinco minutos. Llevaba buscando el maldito abrecartas alrededor de diez minutos o quince. El tiempo se me acababa… y el abrecartas allí estaba, aplastado por aquel reloj tan pesado. Lo reconocí por su forma de espada de la edad media en miniatura. El mango sobresalía por debajo del reloj y la hoja de la espada era aplastada por el mismo. Por lo menos ya lo había encontrado. Ahora tocaba recogerlo con las manos atadas.   
  
Sabiendo de antemano que me haría mucho daño en los brazos por lo que iba a hacer, me balanceé en la silla de un lado a otro hasta que esta cayó de lado junto al reloj. Sollocé de dolor cuando el peso de mi cuerpo recayó sobre mi hombro derecho. Pero me apostaba cualquier cosa a que si no lograba salir de ahí y alertar a alguien antes de que Toro llegara hasta Bill, las consecuencias serían mucho peores que un brazo roto.   
  
  
**By Bill.**  
Atender a los clientes sin detenerme ni siquiera para cobrar no me garantizaba acabar a las nueve de la noche y mucho menos, un par de minutos libres para ir a recoger el regalo de cumpleaños para Tom, el que me esperaba en la joyería Milo´s desde hacía casi cinco horas, totalmente pagado y esperaba que perfectamente guardado. Eso quería decir que la tienda estaría cerrada cuando terminara de trabajar y que Tom se quedaría sin regalo hasta el día siguiente. ¡Maldita sea! ¿Quién me mandaría a mí encargar que grabaran esa estúpida y cursi frase en el regalo? Me iba a costar una decepción para mi nene. Pensaría que no me había acordado del primer cumpleaños que pasábamos juntos con todos los dientes y sin pañales y se rompería la magia.   
  
Bueno, todavía podía atarme un lacito alrededor del cuello y esperar, a ver qué pasaba.   
  
-Bill, sino te das prisa la joyería cerrará. Son casi las ocho y media. – me advirtió Heidi al pasar por mi lado con una bandeja, directa al lavavajillas. Solté rápidamente el batido de fresa y nata que me había pedido una cliente y corrí hasta el mostrador detrás de Heidi.   
  
-Tienes que hacerme un favor. – le supliqué. Ella sonrió de oreja a oreja, como si hubiera estado esperando que pronunciara esas mismas palabras.  
  
-Quieres que vaya a por el regalo ¿eh?  
  
-Por favor. Si yo salgo de aquí va a cantar mucho. – bufé, asqueado con mi suerte. – Por alguna razón que no logro comprender, los clientes se empeñan en humillarme públicamente. – ella soltó una carcajada estridente.   
  
-Con lo guapo que eres no es de extrañar. Anda, sigue trabajando. Volveré en quince minutos.   
  
-Gracias, nena. Te daría un beso, pero no creo que le sienta muy bien a Kam… ni a Tom. – Heidi corrió al vestuario y en cinco minutos salió de la tienda a toda velocidad, dejándonos a Adam y a mí solos con los pocos clientes que quedaban. Una vez los hube servido a todos y medio limpié las mesas que quedaban vacías, me dejé caer en el mostrador junto a Adam, que hacia cuenta sin mucho interés. – Estoy agotado, no creo que pueda aguantar mucho más. ¿Qué hacemos? ¿Vamos cerrando?  
  
-Todavía queda media hora y siguen habiendo clientes en el local. – volví a bufar mientras me apartaba el pelo de la cara. Adam dejó el dinero de lado y lo volvió a meter en la caja. Llevaba todo el día muy frío y su actitud indiferente me empezaba a cabrear. Abrí la boca para decir algo al respecto cuando alzó la cara y se quedó mirando las puertas correderas con expresión descompuesta. Tragó saliva.   
  
De repente, los pocos clientes que quedaban en el local se levantaron de sus sillas y con rostros de preocupación, salieron de la pastelería casi corriendo, dejando tres pares de billetes de veinte euros cada uno, sin esperar la vuelta. Observé sus mesas, la mayoría con los batidos y los pasteles a medio comer.   
  
-¿Y eso? – murmuré. Me di la vuelta con el dinero en la mano para pedir una explicación y me lo encontré. Cara a cara.   
  
Retrocedí. Me dio una impresión bárbara encontrarme frente a frente con el “carnicero”, el cirujano jefe del hospital donde Aaron hacia sus prácticas de enfermería. Allí, a escaso medio metro de mi cuerpo. Me sacaba cabeza y media. ¡Era mucho más intimidante sin las gafas y la bata de médico con la que lo había pillado en el hospital! El brillo de sus ojos era el mismo, sin embargo. Entre dulce y amenazador. Los labios hundidos me recordaron a Tom cuando se frustraba.   
  
-¿Puedes ponerme una cerveza? – me dijo.   
  
-¿Cómo? – pregunté yo, un poco abochornado al recordar el numerito que había montado delante de él hacía apenas treinta horas.  
  
-Una cerveza, por favor. – volvió a pedir. Asentí lentamente y fui a por lo ordenado, colocándome detrás del mostrador y yendo a la pequeña nevera donde guardábamos las tartas heladas.   
  
Vaya, por suerte no parecía haber venido a meterme una paliza. ¿Se habría dado cuenta de que le faltaban expedientes? Quizás por eso Aaron no había vuelto a casa esa noche, porque le había asesinado y colgado de una viga con el estomago abierto, como a un cerdo en un matadero.   
  
-Voy al almacén… un momento… - oí a Adam excusarse con muy mala cara. Juraría que se fue directo al baño para echar la pota. Hubiera ido tras él de no ser porque no podía abandonar la caja sin más, así que me limité a darle su cerveza al único cliente que quedaba en la tienda.   
  
-¿Necesita un vaso?   
  
-Por favor. – cogí un vaso directamente del lavavajillas, sucio, y tuve que limpiarlo yo mismo con trapo, agua y jabón para la vajilla. Vi de refilón como el hombre se sentaba en uno de los taburetes con la cerveza en la mano. Seguí limpiando el vaso a fondo para que no quedaran restos y una vez hube terminado, se lo di.   
  
-Aquí tiene.   
  
-Está mala.   
  
-¿Cómo? – el hombre me miró de forma amenazadora, o eso me pareció a mí.   
  
-Está mala. Sabe mal. – miré la botella de cerveza de la que quedaba poco más de la mitad. Era rápido bebiendo, aunque claro con una boca tan grande yo también lo sería.   
  
-¿Seguro? ¿Me deja? – me la tendió y yo la cogí. Miré la fecha de caducidad, pero estaba dentro de la fecha límite. Todavía le quedaba un año y tres meses para ponerse mala. – No está caducada.   
  
-Pero sabe mal. Pruébala.   
  
-Hum… no debo probar la comida o bebida de un cliente.   
  
-Está bien si yo te pido que lo hagas. – me encogí de hombros y miré de un lado a otro para asegurarme de que nadie me veía. No estaba seguro de si beber de la bebida de un cliente era motivo de despido o no.   
  
Le di un sorbo a la botella. Tenía un sabor diferente, pero no estaba mala.   
  
-No está mala, pero si quiere que le traiga otra…  
  
-Bébetela… entera. – me ordenó. Me clavó una mirada tan imperturbable e intimidante que fui incapaz de aguantarla y desvié los ojos al suelo. El tío tenía cara de ser capaz de tumbar a veinte camioneros con varios golpes consecutivos y si podía con ellos, a mí me aplastaría entre el dedo meñique y el pulgar. Sabía que si algo ocurría entre ese tío y yo, Tom pondría el grito en el cielo y se metería en medio aunque fuera el triple de fuerte que él. No quería que eso sucediera. Sabía que mi hermano era capaz de tumbar a gente el doble de grande que él pero con ese tío tan inquietante no me atrevía a arriesgarme. Además, ver a Tom en un aprieto nunca me había hecho gracia y menos si era culpa mía.   
  
Así que obedecí sin más y me tragué toda la cerveza, aunque eso pudiera meterme en un lío en mi trabajo. Cuando la terminé, su expresión se había relajado notablemente hasta parecer casi inofensivo.  
  
-¿Quiere que le ponga otra? – Adam salió del baño entonces. Me observó con los ojos aguados, negando con la cabeza lentamente. Volvió a meterse en el baño a paso veloz.   
  
  
By Aaron.  
  
Eran las nueve menos cuarto cuando conseguí cortar el nudo de la gruesa cuerda que mantenía presas las muñecas. Había costado lo suyo, pero por fin lo había conseguido. Lo primero que hice al liberarme fue arrancar el trozo de celo de mi boca de un tirón y cortar ferozmente las cuerdas que me ataban los tobillos. Las muñecas me sangraban por la presión y el roce de la vasta atadura.   
  
En cuanto conseguí soltarme las piernas, me levanté y agarré el móvil. Me caí al suelo varias veces y tropecé otras tantas hasta que mis pies despertaron de su estado de entumecimiento. Fue entonces cuando llamé, por fin, a Bill. Me metí el abrecartas en la cinturilla del pantalón y sin camiseta, salí corriendo de la casa. Toro la había dejado abierta, ni siquiera se había molestado en encerrarme en serio.  
  
Bill tardó varios segundos en cogerlo, pero por fin contestó con voz somnolienta y un poco abotardada.   
  
-¿Sí?   
  
-¿¡Bill!? ¡Por fin doy contigo! ¿Dónde estás?   
  
-¿Quién eres?  
  
-¡Aaron, joder! ¿Quién iba a ser si no?  
  
-Ah, Aaron… ¿qué pasa? ¿Dónde estabas esta noche, tío? – noté que le costaba trabajo pronunciar las palabras, como si estuviera borracho o drogado.   
  
-¿Qué te pasa en la voz, Bill?   
  
-Oh, nada, es que estoy un poco mareado y… da igual… ¿Dónde… dónde…? Ah…  
  
-Bill, ¿estás bien? ¿Dónde estás? Voy a buscarte ahora mismo.   
  
-Estoy en la paste… lería… no me siento… bien… - un presentimiento horrible me hizo sentir escalofríos cuando formulé la pregunta clave.   
  
-Bill, ¿con quién estás?   
  
  
By Bill.  
  
Miré a mí alrededor buscando a Adam, pero solo encontré la figura distorsionada del carnicero amigo de Aaron. Sacudí varias veces la cabeza, lo que hizo que aumentara el mareo y la ensoñación. De repente tenía tanto sueño que me era difícil hasta pronunciar las palabras y mantenerme en pie. Me temblaban las piernas.   
  
-Pues con tu… amigo… ¿cómo era? El… el cigugan… hum… - no me salía la palabra. Las piernas me fallaron y muy lentamente, me dejé caer al suelo de rodillas. La mano que sostenía el móvil me temblaba.   
  
-¿Estás con él? ¡Bill, respóndeme! ¿Estás con el cirujano, el tío del hospital, el de ayer?   
  
-Hum… sí… - de nada me servía ya sacudir la cabeza. El sueño me podía y cuanto más me movía, más me costaba situarme en aquel lugar.   
  
-¡Bill, sal de ahí cagando leches, sal, corre, huye! ¡Es un Caído, ese tío es un Caído y quiere hacerte daño! ¡Por favor, aguanta, voy a por ti ahora mismo! – me gritó con tanta rapidez y tan fuerte, que no me enteré de la mitad de palabras que me decía. Entonces, el carnicero, el hombre grande saltó el mostrador y apartó el móvil de mí. Yo no tuve la suficiente fuerza como para evitarlo. Sólo pude observarlo desde el suelo.   
  
-Llegas tarde, Príncipe. – le oí decir. Entonces, colgó.   
  
Y yo me dormí.   
  
  
By Ricky.  
  
-Aún no me puedo creer que te hayas gastado ese pastón e algo tan ridículo. Pero ¿a quién se le ocurre? Es una locura, Tom. ¡Todavía estas a tiempo de devolverlo, vamos! – empecé a tirar de su camiseta para hacerle retroceder de nuevo hacia la agencia de viajes, pero Tom me pegó tal empujón cargado de emoción que me tiró al suelo de culo.   
  
-¡Ni lo intentes! Es el regalo perfecto y como intentes quitármelo, te parto los dientes aunque seas tía, ¿entiendes? – no me atreví a quitarle los billetes de avión y los tickets por verle tan emocionado, no por la amenaza, que quede claro. Estaba tan entusiasmado que sus ojos parecían brillar como las estrellas en el cielo y eso de por sí era muy raro. Nunca había visto al líder de los Encadenados así y mejor que no lo viera nadie. Volvió a observar los billetes de avión y las dos entradas con alojamiento añadido para Disneyland, en París y se toqueteó las extensas rastas mientras sonreía como un idiota. Sí, parecía muy orgulloso de sí mismo. - ¿Tienes idea de cómo se pondrá Bill cuando le dé esto como regalo, Ricky? Se subirá por las paredes. Dormir, comer, beber y disfrutar durante tres días en el castillo Disney. Podrá ver y hacerse miles de fotos con los personajes de Disney, subirse a las atracciones, hincharse de algodón de azúcar y luego… ¡Veremos a Peter Pan luchando contra el Capitán Garfio en directo! – la idea de ver a Peter Pan le hacía emocionarse más aún. De hecho había sido la imagen de Peter Pan en un enorme cartel en la agencia de viajes lo que le había hecho entrar casi dando saltos de alegría.   
  
-¡Tom, la idea es infantil, cursi hasta la médula y nada propia de ti! ¿Qué diría tu pandilla si supiera que te has gastado más de mil euros en llevar a tu hermano a Disneyland el día de vuestro cumpleaños? ¡Se les va a caer un mito! – Tom dejó de sonreír un momento y me fulminó con la mirada.   
  
-Tú no entiendes de romanticismo.   
  
-¿Y tú sí? ¿Desde cuándo?   
  
-¡Desde hace meses! Además, a mí solo me interesa pasar la noche con él. Sé que dormir en el castillo de Disney le va a poner a cien, así que…   
  
-Estáis enfermos. – como respuesta, Tom volvió a sonreír de oreja a oreja.   
  
-Estás celosa y yo no tengo culpa de eso. Si no tienes pareja… jódete.   
  
-No es justo. Tú naciste con él. Venías con media naranja incluida. – bufé.   
  
-Peter Pan… Peter Pan… vamos al País de Nunca Jamás… - canturreó para luego soltar una carcajada. Negué con la cabeza y decidí no volver a meterme en medio de esos dos nunca más para no salir escaldada. Estaban tan locos y tenían una personalidad tan ambivalente.   
  
El móvil de Tom empezó a sonar. Él lo cogió y yo seguí hacia delante hasta situarme a su lado. Puso el móvil en manos libres y empezó a gritar.  
  
-¿Sí? Al habla el hombre más feliz del mundo. – se burló.   
  
-Al habla el hombre más gilipollas del mundo. – murmuré yo.  
  
-¿Tom? – contestó la voz casi irreconocible de Aaron. El timbre de su tono de voz era agudo y desesperado, típico de un niño a punto de echarse a llorar. No me hizo falta oír mucho más para saber que algo no iba bien pero no pareció notarlo.  
  
-Príncipe, ¿dónde estabas? Si vieras cómo se ha ido Bill al trabajo esta mañana pensando en ti… ¡estaba preocupado por el tío que intentó robarle a su novio y le puteó a mala idea! ¿No es adorable? – Tom se apartó el móvil del oído con cara de sorpresa y lo miró. – Está llorando. – murmuró.   
  
-Trae, anda. – le quité el teléfono de un manotazo y lo puse en manos libres. Los sollozos de Aaron me llegaron desde la otra línea. – Aaron, tío, que Bill es tu colega. No te pongas a llorar por las putadas que le hiciste, que te perdonó hace tiempo, ¿sabes?   
  
-No, no es eso… ¡Maldita sea! – gritó. Tom y yo escuchamos los bocinazos de un coche. Aaron acababa de cruzar un paso de peatones sin mirar. - ¡Vete al cuerno! – gritó al conductor. Su voz era entrecortada y asfixiada. Parecía que llevaba un buen rato haciendo ejercicio, corriendo de un lado para otro sin parar hasta haberse quedado sin aliento. – Escúchame Tom, tienes que ir a por Bill. ¡Tienes que ir ya! ¡Olvida lo que estés haciendo y ve!   
  
-¿Qué? ¿Ahora? Dentro de media hora sale de trabajar, hemos quedado entonces, ya voy para allá. – contestó Tom.  
  
-¡No, ahora, ahora mismo, corre por favor! ¡Está en peligro, creo que lo han drogado, creo que se lo van a llevar, creo que… que…! – nuevos sollozos interrumpieron sus palabras. Para entonces Tom ya había perdido la sonrisa y yo ya tragaba con una ansiedad bárbara.   
  
-¿Qué dices, Aaron? – preguntó. Me quitó el teléfono de las manos y empezó a caminar a paso rápido hacia la pastelería. Le seguí, con gran angustia.   
  
-He estado con Toro, Tom. Es un Caído y le he oído hablar con Adam… es… es Gore. ¡Tenías razón, el líder de los Caídos es Gore!   
  
-Sí, sí, eso está muy bien, pero ¿por qué dices que Bill está en peligro? ¿Cómo lo sabes?  
  
-Lo sé porque… - dejó de hablar, asfixiado por la carrera que parecía estar corriendo. – Adam… el chico que trabaja en la pastelería con Heidi y Bill… Toro ha dicho que… es el hermano de Gore. ¿No te acuerdas de él, Tom? Siempre estaba con él. Siempre con Gore, siempre… - Tom aceleró el paso y de repente, empezó a correr a toda hostia. Yo le imité. Sentí un temor y una desesperación ciega al pensar en Bill siendo apresado por Gore, por ese loco hijo de puta que sentía tanto rencor hacia Tom y su entorno en el que desgraciadamente, entraba nuestro puro Muñeco; nuestra mascota, nuestro protegido, nuestro adorable amigo, hermano, casi hijo. Nuestra sangre. Nuestra inocencia e infancia… Bill representaba tantas cosas para nosotros, los que mejor le conocíamos, que era difícil expresarlas todas. Había sido cuestión de meses que se abriera paso entre los caparazones que protegían nuestros corazones con frases sencillas, con pequeños movimientos o, simplemente, con su presencia. La pureza con la que se movía y hablaba se notaba a leguas, nos contagiaba con ella, nos hacía ser mejores personas con solo tenerle cerca, nos frenaba y no nos permitía abusar de las ratas de alcantarilla que se nos acercaban con malas intenciones.   
  
Su presencia influía tanto en nosotros, que ya era incapaz de imaginarme los barrios bajos sin la pureza de Bill. Un mundo triste y sin sentido, como lo era antes de que él llegara. Un caos total y Tom volvería a ser un líder frío y calculador, que solo conocía la violencia y el chantaje; no como lo era ahora, agradable, cálido, divertido y tolerante en nuestros actos.   
  
Si Bill desaparecía… ¡Eso era algo que yo no permitiría!  
  
Había competido contra él muchas veces en carreras, atletismo, natación e incluso haciendo flexiones y siempre era yo la que perdía por cansancio y mi mal estado de salud. Si Bill salía intacto de aquella crisis no identificada, dejaría los porros. ¡Lo juraba! Pero para ello debía poner un poco de mi parte, así que aceleré adquiriendo tanta velocidad, ignorando el oxígeno que me pedían los pulmones a gritos, que en un visto y no visto alcancé a Tom y lo sobrepasé. Crucé dos carreteras sin mirar, provocando el brusco parón de los coches. Me salté un semáforo en rojo para peatones y empujé a varias personas que intercedían en mi paso. En menos de diez minutos llegué a la pastelería con Tom pisándome los talones. Frené el paso y en un estado de asfixia agudo, me dirigí hacia las puertas correderas de cristal. Esperé a que se abrieran, pero no lo hicieron. Apoyé las manos en ellas, pero no se movían. El interior del local estaba oscuro y todavía no eran las nueve.  
  
-Han cerrado antes… - murmuré. – ¿Ahora cómo…? – Tom respondió a mi pregunta reventando el cristal de la puerta sin miramientos con un codazo. Ni siquiera se molestó en protegerse la piel de los cristales con algo de ropa. Un montón de diminutos trozos de cristal salpicaron el suelo de la pastelería y muchos más le siguieron cuando Tom reventó a patadas el resto, dejando un amplio espacio sin cristal para poder pasar. Entró rápidamente, sin cuidarse del afilado vidrio que rodeaba la pequeña apertura. Vi su carne siendo rasgada, ensangrentando lo que quedaba de la puerta corredera; solo recibió cortes superficiales en la mejilla y en las piernas que, sin embargo, podrían haber sido mucho más profundos de haberse descuidado demasiado.   
  
-¡Bill! – gritó y sin encender las luces, corrió hacia el interior del local hasta desaparecer de mi vista. Yo entré tras él después de asegurarme de romper el cristal que quedaba para asegurarme de no recibir heridas. Encendí las luces y busqué, sin saber exactamente qué, entre las mesas y tras el mostrador. A parte del rastro fresco de la sangre de Tom, no encontré nada.   
  
-¿Tom? – le llamé, intentando mantener la calma.   
  
-¡No está! – tronó desde el interior. - ¡NO ESTÁ! ¡BILL! – volvió a gritar. Mareada, me apoyé sobre la pared.   
  
-¿Qué demonios está pasando aquí? – mi hermana, Heidi, apareció en el umbral roto de la puerta. Sujetaba una bolsa de la joyería Milo´s y recé porque ella tuviera una respuesta convincente para toda aquella locura. Entró en la pastelería con los ojos como platos, seguramente pensando en la que su jefe le iba a armar cuando viera todo aquel estropicio. - ¿Quién ha cerrado la tienda? ¿Y por qué mi hermana está dentro de ella después de haber destrozado la puerta? – me preguntó, acercándose a mí roja de furia.   
  
-Heidi, te lo puedo explicar. – murmuré.   
  
-Voy a matarlos, voy a matarlos, voy a… ¿Dónde coño estás, Bill? ¡No tiene ni puta gracia! – oí a Tom desde el interior.   
  
-¿Tom? – volvió a preguntar Heidi.   
Entonces, tambaleándose y respirando de forma ahogada, vi a Aaron cruzar la calle desde la lejanía. Desnudo de cintura para arriba, apoyaba una mano en su cintura con gesto de dolor. Cuando llegó a la puerta rota de cristal, pude verle los ojos acuosos y las mejillas húmedas, que le brillaban ruborizadas por las lágrimas. Nada más entrar, se quedó tieso observándonos y escuchando el ruido que hacia Tom removiendo y tirando cosas en el almacén, destrozándolo todo en una búsqueda tan desesperada como infructuosa. Se dejó caer en una silla pare recobrar el aliento. Después, bajó la cabeza hasta situarla entre sus piernas y empezó a llorar, en voz baja, con sollozos silenciosos e intentando parecer lo más digno posible. Así lloraban los hombres, avergonzándose de sus sentimientos. Ese pensamiento siempre me había parecido muy machista, pero en aquel momento me pareció adecuado; gracias a él, yo pude dejarme caer al suelo y romper a llorar sin contemplaciones ni bochornos.   
  
Heidi no hizo la más mínima pregunta. En su lugar, intuyendo lo que ocurría, anduvo hasta el mostrador y frente a él, se sentó sobre un taburete, apoyando la cabeza sobre la barra.   
  
-Bill… ¿no está? – preguntó y mis sollozos aumentaron de volumen. Heidi dejó de hablar. Los gritos desquiciados de Tom hablaban por todos. – Aquí hay algo… - murmuró mi hermana. Tanteando la barra en la que de noche, en verano, se servían todo tipo de bebidas alcohólicas, encontró un pequeño papel recortado en un perfecto cuadrado. Le dio la vuelta varias veces y lo observó con tristeza. – Es para Tom. – dijo. En el interior del almacén el ruido de los utensilios de cocina estrellándose contra el suelo dejaron de sonar, formando un silencio inquietante.  
  
Heidi leyó en voz alta, tragando saliva antes de empezar.  
  
-Hace años me quitaste algo muy importante y ya es hora de que te devuelva el favor. Aún estás a tiempo de entregarme lo que me pertenece por derecho, aunque ya es demasiado tarde para otros arreglos… – citó. Busqué su mirada por encima de mis lágrimas, pero ella la esquivó, incapaz de contener su preocupación reflejada en ella. - …Por esos otros arreglos que seguro, recuerdas, pido tu cabeza, Capitán de los barrios bajos. Para asegurarme de que cumples con esta petición, cojo prestado a tu Muñeco. Si cumples con mis objeciones una vez las imponga sin rechistar, te lo devolveré de una pieza. Si no… me tomaré la libertad de jugar con él hasta mi extenuación o la ruptura del Muñeco y, como ya sabes, tengo mucho aguante en lo que a sadismo se refiere. – Heidi se detuvo y soltó unos cuantos sollozos angustiados.   
  
Tom salió del almacén con la cabeza gacha y la expresión de alguien aturdido, mareado quizás. De su camiseta empapada goteaba sangre. “Cloc, cloc, cloc…” Ese era el sonido de las gotitas estrellándose contra el suelo. Los punto se le habían soltado y él no parecía siquiera notarlo.  
  
-¿Qué más dice? – preguntó, con un tono de voz tan indiferente como vacío.   
  
-Contactaré… con-contactaré contigo… - tartamudeó mi hermana. - … pronto. Pero antes dejaré que te desesperes un poco pensando en lo que puedo estar haciéndole a tu hermano, en la clase de sádico juego que estaré llevando a cabo con él. Te saluda Gore, el próximo Rey de los barrios bajos. – y dejó de hablar.  
  
El ambiente, ya enrarecido de por sí, se volvió insufriblemente tormentoso. Sentí un subidón de adrenalina que sobrecalentó mi cuerpo, haciéndome padecer mareos y arcadas.   
  
-Tom… - habló Aaron - ¿Qué vamos a hacer ahora?   
  
Nuestro líder no contestó.   
  
  
  
By Adam.  
  
Toro mantenía el cuerpo flácido de Bill firmemente apretado contra su musculoso cuerpo. Llevarle en brazos no parecía costarle nada a pesar de su aumento de peso. ¿Cuánto pesaría ahora? ¿60? ¿65? No mucho más. No lo suficiente para afrontar lo que se le venía encima.   
  
Las manos me sudaban cuando llegamos a la comisaria abandonada y la rodeamos para entrar por el agujero de la pared trasera. Era difícil imaginar que un lugar tan a la vista pudiera alberga al enemigo número uno de los Encadenados sin ser motivo de sospecha, porque ¿qué clase de criminal se escondería en una comisaria, aunque fuera abandonada? Era una divertida ironía para mi hermano.   
  
Detenidos frente al agujero oscuro que nos llevaría ante todos los demás, me giré para observar a Toro y a la criatura tan celestial que llevaba entre sus brazos, profundamente dormida.   
  
-¿Seguro que está bien? No se mueve ni un poco. ¿Y si te has pasado con las pastillas? – Toro se agachó hasta apoyar una rodilla en el suelo y llevó dos dedos hasta el cuello de Bill.   
  
-Está perfectamente, no te preocupes. Sólo duerme. Probablemente no se despertaría ni aunque un camión le pasara por encima. – Asentí, no muy seguro del pronóstico pero, claro ¿por qué Toro iba a mentirme a mí? Volvió a alzarse con Bill en brazos. Su cabeza quedó recostada sobre el hombro del cirujano. Soltó un imperceptible jadeo. – Vamos. – los dos avanzamos entre la oscuridad de la comisaria aparentemente vacía. El chillido de las ratas correteando por allí me estremeció. Noté un roce peludo dándose contra mi pie y pegué un bote, más que asqueado. Las cañerías rotas y todavía húmedas sobresalían del interior de la fachada. La hierba crecía entre los azulejos rotos y las escaleras que llevaban hacia el segundo piso. Subimos por ellas a ritmo lento, evitando los escalones rotos y los peldaños lisos, escurridizos por las goteras y la verdina. Una vez arriba seguimos la tenue luz que iluminaba el pasillo y llegamos frente a la puerta encajada que daba a las salas de interrogatorios.   
  
-Toro, no… - murmuré, sin saber bien qué decir. Él no me dejó continuar, avanzando con aplomo hacia la puerta, abriéndola de par en par de una patada. Quedé cegado unos instantes por la iluminación. Toro entró y yo avancé detrás de él, medio oculto por su sombra. A diferencia de las otras habitaciones de la comisaria, esa estaba pulcramente limpia y ordenada. La pared, aunque llena de manchas de humedad, se mantenía casi intacta. El suelo estaba limpio, sin rastro de hojas, hierba o cualquier otra clase de planta. No había bichos ni ratas y el lugar se había equipado con muebles baratos pero nuevos para asegurar una estancia cómoda en lo que durara. Eran simples y primordiales. Un sofá, varias sillas y alguna que otra mesa para comer.   
  
La primera persona a la que vi estaba refugiada en un montón de cojines rosas desperdigados por el suelo. Se limaba las uñas pintadas de rosa chicle con una lima verde fosforito. Se sacudió el pelo rojo cuando pasé por su lado y me sonrió, estirando las estilizadas piernas. Los tacones negros de a saber cuántos centímetros, iban a juego con la diminuta falda a cuadros y la camiseta de tirantes fucsia. La cicatriz del talón se resaltaba con el color rosado de su piel.   
  
Sentado sobre la mesa estaba el ex agente de policía, fortaleciendo los bíceps con pesas. En la frente, la cruz gamada refulgía rodeada de venas azuladas por el esfuerzo realizado. Rapado prácticamente al cero, con ojos verde intenso, me fulminó con la mirada. Me aparté de él y me coloqué al lado de Toro, el cual no les había prestado la más mínima atención.   
  
Tumbado sobre el sofá con un libro en la mano se encontraba mi hermano, con un brazo tras la cabeza. A los pies del sofá, atado fuertemente con una cadena de acero al reposabrazos, estaba Ball, el pitbull de mi hermano, que alzó la cabeza y empezó a gruñir, enseñando unos dientes feroces y alocados. Nos ladró y de no ser por la cadena que le rodeaba el cuello, se nos habría echado encima y no habría dejado de nosotros ni los huesos. Nunca había visto un perro tan agresivo como Bal, entrenado para matar expresamente en las peleas de perros que Tom había prohibido años atrás.   
  
-¿Lo habéis traído? – preguntó Gore, sin alzar la mirada de su libro. En la portada, en grandes letras de color dorado pude leer, La vida de Julio César, gran militar y estratega.   
  
Como respuesta a la pregunta, Toro se agachó y soltó a Bill en el suelo cuan largo era, con cuidado, tal y como lo haría un médico preocupado por un paciente. Su figura captó la atención de todos los allí reunidos. Gore encajó un marcapaginas de cartón en el libro y lo cerró. Se sentó en el sofá y observó a Bill desde su posición de manda más.   
  
-¿Este es el famoso Muñeco? – preguntó. – Se supone que él y Tom son hermanos gemelos.   
  
-Y lo son. – murmuré. – Pero es difícil encontrarles el parecido.   
  
-Es idéntico a él. – dijo Esme, acercándose hasta Bill haciendo rechinar los tacones contra el suelo. Se puso de cuclillas encima de él, sobre su barriga, importándole muy poco que el resto tuviera una perfecta perspectiva de sus bragas rosadas. – Fíjate bien, Gore. Si le apartamos el pelo de la cara…  
  
-¡Ah, es verdad, ahora lo veo! – exclamó mi hermano, sonriendo.   
  
-Yo sólo veo a una nenaza. – comentó Big, el ex policía.  
  
-Es precioso, Gore. Pre-cio-so. ¿Le llaman Muñeco por esta carita tan bonita? – me preguntó Esme, acariciándole la mejilla a Bill con una mano. Eso me molestó.  
  
-Tom es el único que le llama Muñeco. No le gusta que los demás se lo digan.   
  
-Tiene unos labios tan suaves…   
  
-Esme, nena, es nuestro rehén. – le advirtió Gore. – No te encapriches con él. Si le mimamos demasiado ¿qué pensará de nosotros? – Gore se levantó del sofá y apartó de Bill a Bal con una patada, que le olisqueaba el brazo, babeando. - ¿Cuándo despertará, Toro?   
  
-Mañana, sobre el mediodía me imagino.   
  
-Por si acaso despierta antes, le meteremos en la suite. – se burló. Suite para él significaba el calabozo o la pocilga más guarra que encontráramos en la comisaria. – Y tendremos que asegurarnos de que no se mueve lo más mínimo. Si de verdad es el hermano de Tom, algo me dice que no será especialmente sumiso. ¿O sí, Adam? – preguntó, burlón.  
  
-No. No lo es.  
  
-Apartadlo de mi vista. – hizo un gesto con la mano y esta vez fue Big quien agarró a Bill y se lo colgó del hombro como si fuera un saco de patatas. Ambos salieron por la puerta rumbo a las celdas de los presos. – Bueno… - Gore se dejó caer de nuevo en el sofá, abriendo el libro por la misma página en que lo había dejado. – Puedes irte a hacer lo que te dé la gana ahora, Toro. Ve a embestir criaturas por ahí o lo que sea. – pero él no se movió ni un ápice.   
  
-Yo ya he cumplido, Gore. – mi hermano le dirigió una mirada curiosa.  
  
-¿Y?   
  
-Tu parte del trato. ¿Qué pasa con eso? – preguntó.   
  
-Hum… especifiqué que no habría consecuencias para tu Príncipe si tú eras obediente y me ayudabas en lo que yo viera necesario. Aún me eres necesario, de vital importancia diría yo. No hay ningún médico entre los Caídos.   
  
-Yo no soy médico. Soy cirujano.   
  
-Seguro que sabes más de medicina que yo, de todas formas. ¿Qué haría yo si ocurriera un accidente entre los nuestros, cosa que seguro sucederá? Sin un médico, la gente podría morir. – le chantajeó, claro y directo. A Toro la situación no le hizo la más mínima gracia. Enfurecido, dio dos zancadas hasta mi hermano y con violencia, apoyó ambos brazos contra el respaldo del sofá, encarcelando a Gore entre sus músculos. Podría partir huesos con ellos o abrir nueces si quisiera.   
  
-Escúchame bien, gilipollas. – amenazó. – Kam no me puso el apodo de Toro por nada, ni tampoco me pidió que le cubriera las espaldas por si acaso. Antes de llegar tú, yo ya había mandado al hospital a unos cuantos subnormales que se creían toreros. Te lo advierto, Gore… si intentas clavarme una banderilla, no te embestiré. ¡Me aseguraré de atravesarte bien el hígado y sus derredores con mi cornamenta antes de que tú o tus amiguitos toquéis a Aaron! – estalló.   
  
Yo no conocía a Aaron de mucho. Le había visto de lejos hacía años, pero suponía por la forma en la que Toro lo defendía, que debía ser alguien realmente importante para él.  
A mi hermano no parecían importarle mucho las amenazas y gritos de alguien tan enorme como el magnífico Toro y eso me sobrecogió.  
  
-Pensaba que tú también odiabas a Tom.   
  
-Y le detesto, pero no tanto como a ti, rencorosa sabandija. – escupió. – Tom hiere a personas ingratas, a violadores, a hombres obscenos que maltratan a prostitutas o a simples mujeres de calle, a ambiciosos ladrones o a gente que busca pelea. ¡Pero no mata a personas y mucho menos, a inocentes! Intentando llevar a cabo tu estúpida venganza ¿tienes idea de cuántas personas pueden morir aquí?  
  
-Eso es lo que trato de evitar. – dijo, con suma tranquilidad para estar en una situación tan peliaguda. – Si intercambiamos al Muñeco por Tom, todo habrá acabado. Tom no es una persona inocente, así que supongo que estarás de acuerdo conmigo en que es correcto sacrificarle para que los barrios bajos sean… - suspiró. – Un lugar mejor. – Toro retrocedió. Se apartó de él con cara de asco.   
  
-Estás loco, Gore. Completamente loco. – Toro nos dio la espalda y se dirigió hacia la puerta de salida.   
  
-Toro… - lo llamó mi hermano. - ¿Mando a alguien a saludar a Aaron, o no?   
  
-Estaré aquí al mediodía. – decretó entre gruñidos, provocando una sonrisa en Gore.  
  
-Estupendo.  
  
-Sinceramente, compadezco a tu hermano. – me aludió y luego, salió por la puerta. Gore volvió a tumbarse en el sofá con el libro en la mano.  
  
-Todo esto está siendo demasiado fácil. – musitó. – Espero que el famoso Muñeco añada un poco más de diversión al juego.  
  
Yo esperaba que todo eso acabara antes de que el “famoso” Muñeco saliera herido, algo bastante difícil conociendo a mi hermano.  
  
  
By Heidi.  
  
-Está claro que es Gore. – Kam aplastaba y abría la nota una y otra vez, arrugándola y alisándola, leyéndola y acto seguido, haciéndola una bola. Me sorprendía verle tan cuerdo con una amenaza de esas características entre sus dedos. Por lo menos verle sudando por la preocupación como Black, acariciándose la nuca al lado de la chimenea de nuestra casa. Mi hermana Sabela le agarraba la mano con fuerza, acción que no era de gran utilidad.   
Por lo menos ellos se mostraban más tranquilos que Aaron y Ricky, que se había atrincherado en nuestro sofá, los dos igual de desolados y sollozantes. Andreas parecía el más tranquilo de la banda, acariciando el pelo de mi hermana pequeña con los dedos, permitiendo que apoyara la cabeza sobre su hombro como un buen amante haría.   
Tom… Tom no había apartado la mirada de la ventana desde que habíamos llegado. Uno a uno habían pasado por la puerta de nuestro hogar las personas en las que Tom más confiaba y él, hundido en su letargo, no les había dirigido una sola mirada.   
  
-Me sorprende que todavía le guarde rencor a Tom por lo de mi hermana. – dijo mi prometido. Me dejé caer sobre sus rodillas y resguardé mi cabeza en su cuello, a punto de echarme a llorar. Como todos los allí presentes, no lograba imaginarme al inocente Bill en manos de semejante loco. – Claro, que también está lo de los barrios bajos. Él era mi legado, no Tom.   
  
-El muy cabrón casi le mata. ¿No debería darse por satisfecho con eso? – preguntó Sabela. Ella era la única a la que la rabia le había invadido antes que la tristeza.   
  
-Por lo visto, no.  
  
-No se atreverá a hacerle daño a Bill ¿no? – dijo Ricky. Los veteranos Encadenados nos mantuvimos en silencio.   
  
-Gore no hace daño a personas inocentes a no ser que la situación lo requiera. Ya ha matado a cuatro, así que podemos dar por sentado que no se cortará. Si tiene que hacer daño a Bill, se lo hará. – Ricky soltó un lastimoso gruñido por la explicación de Andreas.   
  
-Quiere chantajearnos, está claro. Probablemente diga algo como “los barrios bajos a cambio de Bill” o algo así. Quizás, si sus motivos son más personales, pida un intercambio entre Tom y su hermano. – supuso Black.   
  
-Es probable que sea eso lo que haga. En cualquier caso nos tiene pillados por los huevos.   
  
-Por eso te dije que no fueras tan blando, Tom. – habló Andreas, dirigiéndose por primera vez a nuestro líder, que siguió observando el exterior de la ventana como si no le hubiera escuchado. – Has mostrado tu debilidad y han ido directos a por ella. Deberías haber ido con más cuidado.   
  
-Culparnos unos a otros no tiene sentido, Andreas. Lo hecho, hecho está. Ahora tenemos que pensar en cómo sacar a Bill de este lío. – aclaró Kam.   
  
-No sabemos donde están los Caídos, cuántos son o quiénes son y mucho menos dónde podría estar Bill. – comentó el Príncipe, secándose los ojos con el brazo.   
  
-Conocemos a algunos y también tenemos sospechosos. Sólo hay que hablar con ellos, amenazarles y nos dirán algo, seguro.   
  
-Si vamos a lo loco podemos poner a Gore nervioso y puede cometer una locura. Ahora mismo él es un secuestrador. Si ve mucho movimiento a su alrededor temerá perder su rehén y si su intención es la venganza, no dudará en matarlo si sabe que con eso nos hará daño.   
  
-Tal vez lo mejor sea esperar a que contacte con nosotros. Quizás nos dé alguna información extra entonces.   
  
-Tíos, ¿cuántos somos? ¿Cien? ¿Doscientos? ¿Quinientos? Podemos correr la voz y buscar a Gore entre todos. ¡La ciudad es grande, pero no tanto! Tiene que estar en algún sitio…  
  
La conversación se volvió desenfrenada e ininteligible. Todos empezaron a hablar al mismo tiempo, interrumpiéndose unos a otros con tono acelerado. Los únicos que mantuvimos el silencio fuimos Kam, yo y Tom, aunque sospechaba que este último nos ignoraba más por aturdimiento que otra cosa.   
  
-Chicos… - cortó Kam, en voz baja. – Bill es el hermano de Tom y, además, él también es nuestro líder, por no decir que toda esta pantomima va dirigida hacia él. Por lo tanto, quien tiene que decidir qué hacer es Tom. – el debate se acabó y todos los presentes clavaron la mirada en su líder. - ¿Tom? – tras su segunda mención, el aludido por fin desvió la vista de la ventana y giró la cabeza hacia nosotros. Uno a uno, paseó la mirada entre los presentes con la misma expresión vacía. Luego, volvió la cabeza hacia la ventana otra vez, sin decir absolutamente nada. Arañaba las vendas que Aaron le había apretado a la cintura después de haberle vuelto a coser los puntos. Estaba segura de que le dolía tocarse la herida, pero no daba muestras de ello. – Tom, tienes que decidir. – añadió Kam.   
  
-…Sé… - murmuró, en voz tan baja que resultaba inaudible.   
  
-¿Qué?  
  
-No sé qué hacer. – el escándalo nos invadió a todos. Volvimos nuestras caras buscando al prójimo con el mismo rostro de incertidumbre y desconsuelo. Tom siempre tenía un plan; a veces fallaba y otras veces acertaba de lleno, pero siempre sabía qué hacer. Esa respuesta nos descolocó.  
  
-Pero… tú siempre…   
  
-¡Pues ahora no lo sé! – contestó, acelerado. – Dar órdenes siempre ha sido muy fácil, pero… ahora… y no sé qué orden debería dar…   
  
-Amar a alguien conlleva responsabilidades y difíciles decisiones, Tom. – Kam sonrió un poco. – Nunca te has preocupado por eso ¿verdad? Nunca ha habido alguien lo suficientemente importante para ti como para hacerte dudar en tus decisiones. Supongo que esto te ha tomado totalmente desprevenido y no sabes cómo atajar el problema. ¿Te has bloqueado?   
  
-No lo sé. – respondió.   
  
-De repente no sabes nada. Yo diría que sí te has quedado completamente bloqueado.   
  
-Ya… ¿Y qué hago para desbloquearme? No puedo dudar ahora… ¡no ahora! – de uno de los bolsillos de su pantalón sacó un sobre arrugado que estrelló contra el suelo. Le pegó una patada, apartándolo de sí mismo.   
  
-Tom, no hagas eso. – le recriminó Ricky. Recogió el sobre y lo apretó contra su pecho. – Es el regalo de Bill. – al oír eso, recordé la joyería Milo´s, la cara de ilusión de Bill al descubrir el regalo de Tom, el que pensaba que no le gustaría, pero aún así compró con ilusión. Me levanté del regazo de Kam y fui hasta la cocina, donde había dejado la bolsa con el regalo. Con él en mano fui hasta Tom y se lo tendí. Él lo miró como si fuera un avispero.   
  
-¿Qué es eso?   
  
-Un regalo… Bill quería dártelo para vuestro cumpleaños. – Tom cogió la bolsa, dubitativo. Sacó de ella una caja de terciopelo negro con el logotipo de la tienda. – En realidad quería regalarte una guitarra, pero no tenía dinero suficiente para comprártela así que… - abrió la caja. Miró el interior, pero en seguida desvió la vista hacia el suelo. Tragando saliva volvió a clavar la mirada en el regalo. – El jefe de la tienda le dijo a Bill que eran gemelos. Los había fabricado la misma persona y sólo había hecho dos, idénticos. No quiso hacer más pensando que eran demasiado sencillos para que se vendieran como alianza, demasiado simples para dos mujeres y demasiado utópicos para dos hombres. A Bill eso le dio igual. Con sólo oír que eran gemelos únicos, decidió comprarlos. – A Tom tampoco le importó que vieran su interior. Algunos, ignorantes todavía de la íntima relación que ambos mantenía, sobrepasando incluso la hermandad, observaron la pareja de anillos idénticos con absoluta confusión. Eran de plata pura, de un grosor considerable; en un lateral de los anillos (según se mirara) resplandecía una finísima línea de brillantes que simulaban ser diamantes. No lo eran. Se trataba de cuarzo limado y abrillantado, pero aún así la diferencia apenas se notaba para nuestros ojos inexpertos.   
  
Tom observó los dos anillos idénticos como quien mira una obra de arte, sabiendo que tiene un incalculable valor y admirando su belleza sin conocer los detalles y los curiosidades que esa pieza esconde. Sólo sabe que es una pieza hermosa que no vendería por nada del mundo, que debe ser protegida y conservada eternamente. La luminosidad con la que observaba los anillos gemelos me conmovió.   
  
-Bill le pidió al joyero que grabara algo en ellos… no sé si significa algo especial para vosotros dos. – comenté y Tom sacó los anillos con mucho cuidado. Dejó la caja sobre la mesa del salón y echó un vistazo a su cara interior, haciéndolo girar entre sus dedos buscando la grabación de Bill. Yo ya sabía lo que ponía mucho antes de que Tom lo leyera, pero no lograba entender el significado exacto que esa frase tenía para los dos.   
  
Debía ser muy especial para que Tom tuviera que pestañear varias veces para evitar lágrimas indeseadas. Sacudió la cabeza varias veces y cerró la mano en torno a uno de los anillos. El otro volvió a meterlo en la caja con recelo. Se lo guardó en el bolsillo.   
  
Al principio me había parecido extraño que Bill mandara escribir la frase en inglés. “¿Por qué inglés?” le había preguntado. “Porque el inglés es la lengua más popular. Si alguna vez salgo del país o pierdo el anillo por aquí, mucha más gente entenderá el significado de la frase, mucha más que si estuviera escrito en alemán ¿no crees? Si algún día pierdo el anillo, cuanta más gente sepa lo que ha significado para mí, mejor.”  
  
Tom se puso el anillo en el dedo corazón. Le quedaba perfecto.   
  
Entonces, se apartó de la ventana. Sus ojos cambiaron de luminosos a fríos, de amables y blandos a calculadores y traicioneros. De amorosos, a asesinos. Los mismos ojos de siempre, los que tenía antes de que Bill irrumpiera en su vida. Los ojos de quien no teme a la muerte porque no tiene nada que perder en ella.   
  
-Gore quiere jugar y vamos a darle el gusto de seguirle el juego. – dijo, con una decisión totalmente nueva en su voz. – Lo que él no sabe es que vamos a ganarle la partida. – Dio un golpe sobre la mesa que resonó por toda la casa, como si pretendiera reafirmar su autoridad. El codo herido empezó a sangrar otra vez, manchando las vendas con su sangre. Tom no se dio ni cuenta. Sonreía como un niño divirtiéndose al meter sus muñecos en una trituradora. – Vamos a cargarnos a esos hijos de puta.   
  
Mi prometido sonrió, expresión que se extendió como la pólvora entre todos los presentes al ver el regreso de su salvaje líder, dispuesto a acabar con todo lo que se entremetiera en su camino. Lo que para unos representaba fuerza extra, para Tom resultaba una debilidad, una carga. Tener a alguien a quien amar le había supuesto un lastre a la hora de luchar, pero también le había dado la felicidad y la paz que tanto había necesitado a lo largo de los años. Ahora, habiendo conocido ese sentimiento tan cargante que siempre se echaba de menos una vez discriminado, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por recuperarlo. Ya no se trataba de un capricho o un juego, por mucho que intentara negarlo. Ahora era una necesidad.   
La necesidad…  
“I feel you near me”

¡Hola, chicas! sé que muchas estaréis sorprendidas, más bien patidifusas con esta aparición aquí, totalmente inesperada y con un tema mucho menos esperado. Sí, os estoy hablando del FINAL de Muñeco, el auténtico. He aquí abajo lo que he escrito hasta ahora sobre él, el resumen y el medio capítulo 8, lo último que escribí sobre él. Prometí que no subiría nada hasta que el final estuviera acabado del todo, con algo bien hecho. Sin embargo, estoy viendo que la cosa se alarga demasiado y, encima para leer un final que no le hace sombra a todo lo demás escrito hasta ahora. Sé que os he hecho esperar meses para esto, para que ahora la historia no esté bien escrita, pero sería aún más cruel dejaros con la miel en la boca durante otros meses más, sin conclusión. Soy una tarada, sí, por subir esto ahora y no antes, pero fue hace unos días cuando abrí los ojos respecto al tema.   
Después de hacer mis cosas, me senté sobre la silla, frente al ordenador con el archivo de Muñeco abierto y empecé a escribir... miento, intenté escribir, pero nada me salía de la cabeza. Durante estos últimos días he estado pensando en cómo acabar esto, como darle un final (aunque no fuera merecido) solo para acabar con esta angustia que nos tiene colapsadas a vosotras y a mí. Mientras yo pensaba, los mensajes de mi formspring no paraban de llegar y llegar, cada vez más, después de los 712 contestados hasta ahora (que se dice pronto) y hace unos días, no sé por qué, estallé y... sigo estallando hasta ahora.  
Quiero acabar con esto YA y sé que vosotras también queréis que la historia acabe. Esta historia ha estado llena de cosas buenas, pero también de cosas malas y entre ellas, mis constantes errores. El día en el que anuncié que dejaba Muñeco, mi arrogancia o lo que fuera, mi lástima al ver que no lo había acabado, me pudieron, y prometí terminarlo en un resumen aunque este me llevara meses (muchas de vosotras también me lo pidieron y yo debí haberme negado, pero no lo hice por gilipollas).   
Con esa decisión la jodí pero bien, porque os he hecho esperar meses para ver algo que ni siquiera merece la pena; un final que no hace sombra a lo demás; sin embargo, eso es lo que hay.   
Antes de que empecéis a leer, os diré algo. Aquellos que respeten la saga de Muñeco, seguramente me harán caso y pasarán de largo, pero la mayoría no lo hareis y leeréis esto. Sólo os digo que he hecho lo que he podido con una mente que no podía sacar más jugo a esta historia que debería haber acabado hace mucho tiempo, probablemente en la tercera temporada o incluso en la primera, sin continuación. El caso es que OS INVITO CORDIALMENTE A ***NO*** LEER ESTE ÚLTIMO CAPÍTULO/RESUMEN PARA QUE OS VAYAIS PENSANDO QUE MUÑECO TUVO UN FINAL DIGNO EN LA TERCERA TEMPORADA. A LAS QUE LO LEAN, LES ADVIERTO QUE NO RESPONDERÉ A NINGUNA QUEJA SOBRE EL FINAL. De hecho, desapareceré después de esto del mundo del TWC, y todo lo demás (porque, aunque he conocido a muchas personas agradables aquí, definitivamente quiero dejar todo esto atrás) Seguramente no leeré ni vuestros comentarios (llamadme desagradecida si queréis, pero no creo merecerlos tampoco con esta bazofia de escrito), así que no hace falta que dejéis.   
  
Dicho esto, muchas os preguntareis, ¿por qué lo cuelga? pues lo cuelgo para liberarme a mí y a vosotras, para que, las que no lo lean, al menos sepan que tuvo un final y para las que lo lean, al menos digan... ¡buaf, por fin ha acabado la espera, ahora a otra cosa! yo no volveré a escribir sobre esta historia, ni un parrafo más, pero OS DOY PERMISO PARA QUE VOSOTRAS, SI QUEREIS, LO HAGAIS. Hace tiempo, varias chicas me preguntaron si podían ponerle fin a Muñeco y aunque en aquel momento dije que no, yo os digo que PODEIS HACERLO. De hecho, quien lo desee, puede coger el patético resumen y, basandose en él, escribirlo como le venga en gana para darle algo digno, no me importa. Así al menos alguien podrá acabar lo que yo he dejado a medias. Como he dicho, voy a desaparecer de este mundo. Ya he empezado a borrar mis cuentas de todos sitios y la último, supongo, será de la de TH SPAIN. Os pido que no me busquéis ni intentéis contactar conmigo, porque en serio, aunque me encontréis, me negaré a hablar del tema de Muñeco. No es por nada en especial, pero han sido cuatro/cinco años agotadores y quiero dejarlo ya. Así que si necesitáis pedirme permiso para hacer algo con la historia, como traducirla a otro idioma o cosas así, tenéis mi permiso para hacerlo; a partir de ahora, esta historia quedará bajo vuestra propia jurisdicción, y vosotras juzgareis a los que hagan un mal uso de ella. De hecho, el final está abierto por si alguna de vosotras desea continuarlo y, para que no haya dudas, no, este es el final que más o menos tenía pensado para Muñeco, sólo que mucho más detallado y dramático. No le he quitado nada para adaptarlo o cosas así.  
En fin... por último, me gustaría pediros perdón por esto. Quien me conozca sabrá que no lo he hecho con maldad, en serio. Uno no decide como van a salir las cosas, simplemente pasan y punto. Siento muchísimo no haber podido darle lo que tanto deseais, pero de verdad... ha sido algo que superaba mis fuerzas. Lo he intentado, pero no ha podido ser.   
Pedir disculpas también por si parezco grosera, borde o vanidosa aquí. Si alguien se mete conmigo, que quede claro que no intercederé, porque no volveré por aquí. Esta etapa de amante del twc es algo que de verdad quiero dejar atrás ( porque necesito y deseo dedicarme a otra cosa y cerrar esta etapa), así que por favor, no echéis más leña al fuego. Si queréis comentar algo, hacedlo sobre la historia, sobre lo mal que está escrita y el horrible final, pero a mí no me mencionéis. (Es un favor personal)  
Por último, ni se os ocurra echarle la culpa a Cydoll, administradora de este foro, o algo parecido. Ella ni siquiera sabe nada de esto. Ha sido una sorpresa para todas. Cydoll solo creó este espacio para que la gente pudiera hablar sobre Muñeco y aunque la historia acabe, me imagino que seguiréis hablando de él igual que hicisteis tras ese repentino parón. Me siento fatal por hacerle esto, no sé, es como una traición después de haber hecho el foro y todo eso.   
Sé que esto es muy precipitado, pero no intentéis pedir explicaciones ¿vale? las cosas han surgido así y así han de quedarse u.u y para aquellas que querían seguir leyendo cosas mías aunque no fuera sobre el twc... supongo que ya nos leeremos por ahí y quizá me reconozcáis por la forma de escribir.   
Muchas gracias a todos por estos años juntas y... bueno, hasta siempre. No volveré a dar un laaargo discurso sobre el tema xDD ya lo di en su día.   
Lo siento, y gracias por los regalos, los comentarios, las compañías, las recomendaciones, vuestra alegría... todo. Aunque con esto parezca que no respeto ni tengo consideración por vuestros sentimientos, os aseguro que no es así. Siento profundamente haberos decepcionado.  
  
En fin... disfrutad de esto y seguid escribiendo, leyendo o buscando nuevos fics, que esto no acaba aquí para vosotras aunque yo me vaya, ni de coña, ehh.   
¡Adiós, chicas! os echaré de menos a muchas de vosotras n.n

***Capítulo 8/resumen, final***

By Bill.  
Mi despertar fue brusco y de lo más repulsivo. No abrí los ojos por el sonido bestial del despertador, ni por las fuertes pisadas de Tom al ir al baño, ni tampoco por sus besos y meteduras de mano. Estaba durmiendo y de repente, un helado y desagradable líquido me cayó encima, provocándome un gran sobresalto. Pegué un bote y caí al suelo de lado, incapaz de levantarme. Mis brazos no me obedecían y desconcertado, tiré de ellos con fuerza. Las muñecas me crujieron y gemí de dolor. Tenía todos los músculos del cuerpo entumecidos.   
  
—¿Qué demonios…? — intenté soltarme del amarre que me ataba las muñecas sin resultado. Miré mi espalda por encima del hombro y ahí estaban mis manos, atrapadas en una prisión de hierro; una de esas esposas que solo había visto por la televisión. Espantado, giré la cabeza de un lado a otro. Me descubrí en un lugar húmedo, sucio y pequeño. Las paredes, agrietadas, estaban cubiertas por una suave capa de verdina por la que el agua corría y caía sobre el suelo. El chillido de una rata sonó en mi cabeza como un tambor al mover la pierna y descubrirla ahí, encima de mi rodilla, mordisqueando mis pantalones vaqueros. — ¡Aaah! — grité y me sacudí para quitármela de encima. La rata cayó al suelo y salió corriendo tras los barrotes oxidados de la celda. La observé y di con la figura de un personaje alto, desgarbado y bastante grande en anchura, aunque bajito en estatura. Con un cubo vacío de agua en la mano, me miraba como si fuera la criatura más repulsiva del planeta.   
  
—Levántate. — me ordenó. Lo intenté, pero no porque él me lo ordenara, sino por pura desesperación. Me sentía como debería sentirse una jirafa que ha caído al suelo; ya no podría levantarme por mucho que lo intentara y moriría. Pero lo hice. Arrodillándome sobre el suelo encharcado y doblando las rodillas, conseguí levantarme. Sacudí el pelo mojado y la cabeza para despertarme del ensimismamiento. No funcionó muy bien.   
  
—¿Dónde estoy? — pregunté. — ¿Quién eres tú?  
  
—Eso no te importa. — el hombre abrió la celda con una llave. Entró dentro y anduvo hacia mí. Me fijé entonces en su cabeza rapada y en la cruz gamada que brillaba en su frente, resultado de una fea cicatriz. Lo reconocí enseguida, aunque no lo había visto en mi vida; no muchas personas vivirían con semejante marca en la cara.   
  
—Tú eres el policía que pegó a Black. — dije y el ojo le titiló. Estiró la mano y me agarró del pelo con una bestialidad bárbara y sin decir nada más, empezó a arrastrarme fuera de la celda. Grité e intenté resistirme, pero con las manos atadas poco podía hacer. No me fijé en el camino que iba desde la celda hasta la habitación a la que me conducía, demasiado nervioso como para apreciar nada más. Me escurrí varias veces a consecuencia de la humedad del suelo y cuando eso ocurría, él me tiraba con más fuerza del pelo para mantenerme en pie. Así, me arrastró hasta una habitación pulcra y limpia, carente de ratas y verdina. Cuando abrió la puerta de la misma, me lanzó dentro pegándome una patada en la espalda que me hizo caer y quedarme sin aliento en el suelo.   
  
—Ya te has despertado — habló una voz dulce y artificial a la vez. Una chica pelirroja se me acercó dando taconazos en el suelo, moviendo la cadera y sacudiendo su melena recogida en una coleta alta, impecablemente vestida y maquillada. — Oh… eres más adorable despierto que dormido. — hizo amago de acariciarme la cara. Yo se la aparté en un acto reflejo.   
  
—¡No me toques!   
  
—Adam tenía razón. No eres muy sumiso ¿no? — comentó ella. Tragué saliva al escuchar el nombre de Adam. — Mejor. Adoro a los hombres tan pasionales.   
  
—¿Adam? — giré la cabeza, buscando a más personas en la sala. La expedición dio resultado cuando me encontré con el cirujano jefe, el amigo de Aaron, medio sentado encima de una mesa, desviando la mirada al suelo, como si el inexistente polvo le llamara la atención más que la escena que ocurría delante de sus narices. Entonces, até cabos. Me quedé dormido nada más tomar su cerveza, la que según él, estaba mala. Me había drogado, supuse. Drogado. — ¡Tú! — grité. — ¡Seiler! — recordé su nombre y se lo escupí a la cara. Él alzó la cabeza y me miró, captando toda atención. — ¡Me has drogado, hijo de puta! — le grité. — ¿Qué quieres de mí? — frunció el ceño, como si esa acusación le molestara. La grave risa de una cuarta persona me puso el vello de punta. Giré la cabeza, busqué y encontré, frente a mí, a escasos dos metros, a un hombre vestido de negro que se reía de mí. A sus pies, un perro que parecía de todo menos pacífico, me enseñaba los dientes.   
  
—Interesante saludo. — dijo el hombre, sentado sobre un sofá que parecía de lo más cómodo, pero que no pegaba en absoluto con el resto de la sala. — Eres muy optimista al pensar que Toro está planeando algo contra ti.   
  
Toro… Giré la cabeza hacia el cirujano jefe. Él desvió la mirada a la pared con suma indiferencia.   
  
—¿Tú eres Toro? — pregunté. Él no contestó.   
  
—¿Has oído hablar de él? Vaya, cuando la situación se vuelve peligrosa, las viejas famas vuelven con mucha fuerza. — habló el hombre de negro por él. Observé su expresión burlona, los pómulos endurecidos de la cara, los ojos tan claros que me costaba trabajo identificar el color y el pelo liso y corto, perfectamente colocado. En la mano izquierda pude detectar una leve deformación oculta tras la tela de su chaqueta. Notar su seguridad al hablar me hizo relacionarlo con alguien importante y de mí salió una pregunta que quizás, hubiera estado mejor silenciada.  
  
—¿Quién eres? — el hombre apoyó la cabeza en un brazo sobre el reposa cabezas del sofá. Su mirada se tornó emblemática y brillante.   
  
—¿Quién eres tú? — me preguntó. — Es de buena educación presentarse antes de preguntar.  
  
—Secuestrar a las personas no es tampoco de muy buena educación que digamos. Además, si estoy aquí es porque tienes una idea de quién soy. — el hombre hizo un mohín, alzando una ceja. Adquirió la misma expresión que Tom solía tomar cuando me negaba a cumplir alguna de sus órdenes, entre curioso y molesto.  
  
—Te despiertas en un sitio oscuro, vacío y desconocido; un hombre innegablemente más corpulento que tú te arrastra hasta otro lugar que no conoces con otras personas que no conoces. No sabes dónde estás, por qué estás aquí ni si vas a salir con vida y… ¿me hablas de educación? — el hombre rompió a reír con estridentes carcajadas. Se rodeó el estómago con los bazos y se encorvó hacia delante, sin dejar de reírse, pateando el suelo incluso con fuertes patadas. Esperé que dejara de carcajearse, sintiéndome indignado.   
  
—¿Me vas a decir quién eres o no? — insistí. — Creo que merezco saber al menos quién me ha secuestrado.   
  
—Dios mío… — murmuró. — Eres un valiente, muchacho. O quizás se deba a que no tienes ni idea de quién soy yo en realidad. — Le observé atentamente, dándole vueltas a la cabeza, intentando encajar a ese personaje en mi puzle mental. Estaba seguro de que no le había visto nunca, pero los hechos me decían que él sí me conocía a mí y, por lo tanto, debía conocer a Tom. Secuestrarme significaba ir en contra de mi hermano, por lo que el hombre que tenía delante debía ser uno de los tan famosos Caídos.  
  
—¿Estoy hablando con el líder de los Caídos? — pregunté. Él sonrió.   
  
—Efectivamente. — maldije por lo bajo mi suerte. — ¿Te han hablado de mí?  
  
—En realidad, no.   
  
—Vaya, ¡qué lástima! Supongo que se deberá a que tu hermano no sabe quién está detrás de toda esta organización revolucionaria. — no contesté. Intentaba averiguar qué quería ese hombre de mí y, las ideas que cruzaban por mi cabeza, no eran muy halagüeñas. Una de dos; o quería utilizarme para chantajear a Tom o para averiguar información sobre los Encadenados. Si se trataba de la segunda opción, aún podía hacer algo para evitar el desastre.   
  
—¿Mi hermano? — pregunté, haciéndome el idiota. — Yo no tengo hermanos.   
  
—¿Ah, no?   
  
—Soy hijo único.   
  
—¿Cuál es tu nombre?   
  
—Muñeco. — solté, diciendo lo primero que se me vino a la cabeza.   
  
—Eso es un apodo. — dijo él. — ¿Cuál es tu nombre verdadero? — me quedé callado. El hombre suspiró. — Muñeco, tengo muy poca paciencia con los niños.   
  
—No soy un niño.   
  
—¿De verdad? ¿Cuántos años tienes? — de nuevo, guardé silencio.   
  
Un tremendo golpe en el lateral de la cabeza me hizo tambalearme en el suelo y caer de bruces sobre él. El ex policía de la cruz gamada me había golpeado de improviso y con mucha fuerza, además.   
  
—¡Eh! — me quejé. Hizo amago de acercarse para cogerme del cuello.   
  
—Big, déjalo. — le ordenó el hombre de negro y el policía, al que supuse llamaban Big, se detuvo. — El Muñeco y yo estamos teniendo una conversación civilizada y con tus movimientos de gorila no hay forma de que podamos hablar. La violencia no es algo necesario de momento. — Big gruñó y retrocedió. No había dejado de mirarme con asco desde que me había agarrado. — Disculpa, ¿qué decía? — volvió a hablar el líder de los Caídos. — Ah, sí. Tengo entendido que eres el hermano gemelo de Tom, así que debes tener veinte años recién cumplidos. Tu nombre es Bill, Bill Kaulitz, por supuesto. Y…   
  
—Ese no es mi nombre. — mentí. El hombre puso los ojos en blanco.   
  
—Bill, podemos solucionar esto pacíficamente sin tener que recurrir a la violencia. Sólo tienes que ser sincero conmigo.   
  
—Lo siento. Mamá me enseñó a no hablar con desconocidos. — oí una risa grave. Alcé la cabeza y me encontré con Toro, que reía disimuladamente en un rincón de la sala. El líder le dedicó una mirada fulminante, pero el tal Toro no pareció achicarse por ella. Siguió riendo, sin hacerle ningún caso, como si le importara muy poco la opinión de su líder.   
  
—Está bien. — se resignó él. — Tendremos que recurrir a la violencia, Bill. — él bajó del sofá y se acuclilló delante de su perro. Hasta ese momento no me había fijado especialmente en él. Era un pitbull, reconocí enseguida, por sus cortas y fibrosas patas y las orejas puntiagudas. Sparky tenía uno, siempre encadenado y a veces con bozal. No era peligroso; me dijo una vez cuando intenté tocarle y el animal dócilmente me dejó acariciarle; pero según cómo fuera entrenado y dependiendo de algunos factores genéticos, podía ser potencialmente peligroso.  
  
Ése lo parecía. Tenía unos enormes incisivos que mostraba a fin de intimidar a su presa. Gruñía sin parar y me miraba como si fuera alguien a quien tener en cuenta. Sus ojos, de un marrón muy oscuro, eran aterradores. El animal era de un color marrón oscuro con varias manchas en el hocico y la panza de un blanco inmaculado. Estaba bien cuidado y también… bien entrenado.   
  
—¿Qué vas a hacer? — pregunté, observando cómo el líder le quitaba a su perro la correa y lo mantenía sujeto por el collar.   
  
—¿Te gustan los perros, Bill? Éste se llama Bal. Lo saqué de la perrera hace unos años. Iban a matarlo ¿sabes? — me contó, acariciándole la cabeza al perro con los nudillos. — A los perros así; los pitbull, los rottwailler, los dogos argentinos… la gente de aquí entrena a estos perros para matar. Son peligrosos, no… son unos supervivientes. — El perro tiró de su dueño hacia delante, deseando ser soltado. Vi como la chica del grupo retrocedía con disimulo para apartarse del animal y yo intenté levantarme para imitarla. — Este en concreto tiene una historia interesante. Su amo lo entrenó para ser un asesino, para ser el ganador en las peleas perrunas que se celebraban en el Coliseo. Ganó muchas competiciones, hasta que tu hermano prohibió esa clase de maltrato animal. Esos animales entrenados para matar fueron sacrificados, pero antes Tom atrapó a todos sus dueños y uno a uno, los hizo desfilar por el Coliseo. ¿Sabes cuál fue el castigo de esos malos amos? — me preguntó. Yo ni negué ni afirmé, más pendiente del perro que me amenazaba que de su historia. — Tom cogía a uno de los dueños y lo encerraba en el Coliseo, en “la jaula”. Entonces, a la vista de todos los interesados, soltaba al perro que había sido amaestrado por ese dueño y lo dejaba a solas con él durante cinco minutos. Imagínate la clase de barbaridades que ese animal le hacía a su amo, aquel que le había apalizado y gritado incansablemente con el fin de convertirlo en un asesino. Luego, llevó a los perros a la perrera y Tom se ocupó personalmente de su muerte. Quería que los mataran de la forma más indolora y rápida posible, pero aún así cuando yo me enteré, pensé que era una barbaridad. ¿No lo crees tú, Bill? — volvió a interrogarme. Dejó escapar al perro un segundo en el que dio una rápida zancada hacia mí, babeando un poco. Enseguida volvió a agarrarlo. Su única intención había sido asustarme. — Si yo tuviera el liderazgo de los barrios bajos, nunca permitiría que se sacrificaran a unos animales inocentes. ¿No te parece que Tom actuó mal? Dime.   
  
—Yo… no estoy seguro. — retrocedí, arrastrándome por el suelo sin quitarle el ojo de encima a ese perro.   
  
—¿No te parece que Tom debería haberse hecho cargo de los perros? Al fin y al cabo, esos pobres animales no tenían la culpa de nada.   
  
—Ya, pero… harían daño a otras personas si se hubieran dejado sueltos.   
  
—¿Eso crees? Entonces, ¿tú habrías actuado como Tom, matando a todos esos animales?   
  
—Yo no… no sé…   
  
—¿No crees que Tom es un sádico por permitir que los mataran a todos, por dar su consentimiento?  
  
—Sí… ¡no!   
  
—¿No crees que yo sería mucho mejor líder que él?  
  
—¡No! — grité. Entonces, soltó al perro y el animal se me echó encima como una pantera. Caí de espaldas con él encima, arañándome el pecho con las zarpas y las uñas afiladas, sin cortar. Sentí su pestilente aliento chocar contra mi cara y me revolví, intentando quitármelo de encima y huir de sus feroces dientes. Intentó morderme la cara y yo pataleé, alzando las piernas golpeándolo con las rodillas. Al ver que no se apartaba, gruñéndome y ladrándome, babeando encima de mí, rodé por el suelo. El perro se apartó lo justo para que pudiera endiñarle una patada en el hocico, pero eso, en lugar de alejarlo de mí, lo puso más furioso. Ver sus enormes dientes tan cerca me puso histérico. Nunca me había imaginado que iba a morir así, de una forma tan humillante, siendo devorado por un maldito perro asesino y no pude evitar gritar débilmente ante el pavor que me causaban esas enormes fauces abiertas de las que no podía escapar. Lo peor era que no podía defenderme, con las manos atadas a la espalda. Daba igual cuánto intentara quitarme las esposas, sólo conseguía sentir un dolor ciego en las muñecas.   
  
Cuando el perro volvió a echárseme encima, yo sólo pude alzar la pierna como única precaución. Evité que llegara hasta mi cara, pero el maldito chucho se conformó con mi pantorrilla y, sin una señal ni tan siquiera un movimiento que delatara las intenciones de ese animal asesino, me clavó los largos y afilados incisivos en pleno muslo, por encima de la rodilla izquierda.   
  
Decir que sentí dolor se quedaba corto. Notar los dientes del animal atravesarme la piel fue equiparable a sentir el pinchazo de diez agujas atravesándome el hueso. Lo peor fue el tirón de su boca, hacia atrás y hacia delante; hacia un lado y a otro, tirando de mi pierna como si fuera un peluche inservible con el que podía juguetear. Grité y grité hasta quedarme sin aire. Sólo pude soltar dos chillidos antes de ver la sangre salpicando el suelo, poniéndolo perdido y empapando mis pantalones. Las lágrimas estuvieron a punto de saltárseme cuando apareció el enorme e imponente cirujano jefe, el tal Toro, que agarró al perro por el collar y le pegó un fuerte manotazo en el hocico. El animal me soltó la pierna enseguida y gimoteó cuando el cirujano le pegó una patada en la pata delantera, lanzándolo lejos. Le gruñó, amenazando con echársele encima, pero el tamaño de Toro acongojó al animal, que retrocedió hasta su amo con los colmillos ensangrentados.   
  
—¿Qué estás haciendo, Toro? — le preguntó el líder, con odio contenido en la mirada.   
  
—No voy a permitir esto, Gore. — Soltó y, entre mi turbación y mi dolor, pude encajar el nombre de Gore y la cara del líder de los Caídos en un esquema mental.   
Gore… ¿No era ese el nombre del novio de la difunta Cristina?   
  
—¿No vas a permitir, qué?   
  
—Soy médico y mi trabajo es salvar vidas. No voy a quedarme de brazos cruzados observando cómo te cebas con este chaval inocente. — Gore entrecerró los ojos y yo cerré los míos un poco, medio ido por el susto y el daño recibido. Me sudaba la frente a borbotones por la tensión.   
  
—Sí, bueno, es lógico que no quieras que le haga daño, pero ya sabes; o el Muñeco o… el Príncipe. — Seiler tensó la espalda. Pude apreciar cierto estremecimiento en la manera en la que tensó los músculos.   
  
—Sólo superficiales. — declaró. Gore y él se analizaron con expresión tediosa. Por su última declaración, supe que Toro no estaba de mi parte aunque hubiera saltado en mi defensa.   
  
—Yo pienso lo mismo que Toro. — habló la chica de mirada provocativa, cruzando los brazos sobre el portentoso pecho. — En este mundo la mayoría de las personas son feas por naturaleza, así que se gastan millones intentando imitar a personas bellas. Cuando una persona es hermosa por naturaleza, sin necesidad de usar esos caros potingues y operaciones, ha de aprovecharse por el bien común.   
  
—Tienes una manera muy extraña de seleccionar tus amistades, Esme. — Comentó Gore, deshaciéndose de su áspera expresión.   
  
—¿Por el bien común no podemos hacerle daño? — preguntó el tal Big. Mientras ellos hablaban y se peleaban por mí, yo me revolví por el suelo, intentando levantarme. Lo conseguí a medias, sentándome de rodillas y doblando una pierna para levantarme. El dolor de la herida me taladró el muslo y renuncié al intento al ver la sangre descendiendo por mis pantalones.   
  
—Si Bill se porta bien, no habrá necesidad de usar la violencia ¿verdad? — Gore asintió y Seiler se volvió hacia mí. — Ya lo has oído. No hagas nada que pueda meterte en un lío.  
  
  
A partir de aquí, empieza el resumen hasta el último capítulo.  
  
  
De nuevo, Bill es encerrado en el calabozo, siendo arrastrado por Seiler. Toro lo suelta allí y se mantiene callado ante las preguntas constantes de Bill. Sin embargo, es incapaz de verle sufrir por la herida que le ha causado Bal, el perro de Gore, y sale del calabozo dispuesto a volver más tarde con la única intención de sanar a Bill.   
  
Por su parte, Tom diseña un plan de ataque para descolocar a los Caídos. Es un ataque que lleva a cabo muchos riesgos, pero que mantendrá entretenido a Gore para que no pueda ver cuáles son sus auténticas intenciones. Preocupado a rabiar, rechaza los constantes consuelos que Andreas intenta darle con su mejor intención. Los Caídos no son los únicos que se muestran aturdidos frente al nuevo Tom, sino también los Encadenados al verle regresar no solo como el líder calculador y frío que antes era. También, como el asesino que nadie, salvo Andreas, ha podido ver nunca. Sin embargo, conscientes de que sólo él podrá salvar a Bill, no le cuestionan.   
  
Tom utiliza todos sus contactos para movilizar a medio Stuttgart. A nadie le dice qué pretende exactamente cuando da permiso a todos los camellos que conoce para vender droga sin parar, cuánta más mejor. No avisa a nadie cuando contacta con el club de striptiese de Dona ni con el club del Pich, y pide a ambos que vendan la mayor cantidad de alcohol posible. Le pide de igual manera a las prostitutas que atraigan al mayor número de clientes y, después de hacer todo esto, mantiene ocupados a cuantos Encadenados conoce en los barrios altos, haciéndoles creer que su objetivo está allí.   
  
Tom espera durante tres días para que su estrategia funcione con óptimos resultados. Durante esos días, se aisla de los demás y vaga en solitario por las calles de Stuttgart, destrozando todo cuánto se encuentra, provocando a todo el que se le acerca y pasando las noches enteras en casa de Adler, el policía corrupto al que paga para que haga la vista gorda. Durante esos tres días, investiga todo cuánto puede en los expedientes de la policía sobre sus posibles enemigos. Tiene cientos de enemistades, pero sólo uno capta toda su atención.   
Sonríe cuando descubre su paradero y roba la pistola reglamentaria a Adler al tercer día del secuestro de Bill.  
  
Por su parte, este sufre en tres días lo inaguantable, pero gracias a ello, consigue la información necesaria sobre el por qué de tanto rencor hacia Tom. Las constantes visitas de Toro, el único que le da de comer a escondidas y se preocupa por la herida de la pierna, desemboca en alguna que otra charla. Finalmente, después de tocar muchos temas insustanciales, Bill consigue comprender los motivos de Seiler para haber traicionado a Tom.   
  
—Supongo que conoces bien a Aaron. Eres su amigo o algo así ¿no?  
  
—Sí, algo así. Es mi colega, aunque no nos llevamos muy bien.   
  
—Te felicito. Le conozco desde los once años y sé que puede llegar a ser muy irritante.  
  
—No lo niego, pero es buena persona. Entonces, ¿de qué le conoces? Sabía que había algo raro entre vosotros cuando os vi en el hospital. Aaron parece tenerte mucho respeto.   
  
—Yo no lo llamaría respeto, si no miedo.   
  
—¿A qué te refieres?   
  
—Él estaba delante cuando herí el ojo de Kam y me expulsaron de los Encadenados. Creo que esa ha sido la única vez que lloró delante de alguien. Se nos fue la cabeza a todos.   
  
—¿Por qué heriste a Kam? Heidi me dijo que erais buenos amigos. Tú, él y Gore. No entiendo por qué ahora estáis dispuestos a mataros entre vosotros. Tú no pareces muy contento con Gore. No creo que hagas esto porque desees hacerlo.   
  
Toro parece pensárselo unos segundos antes de suspirar. Bill le cae bien, no lo puede evitar y no ve justo que le hayan metido en una guerra callejera sin saber el por qué, así que decide hablar sobre su pasado, sobre Aaron y sobre como Tom lo destrozó todo.   
  
—El padre de Aaron y el mío se conocieron en la facultad. Hay una gran diferencia entre ambos, ¿sabías? Mi padre tenía la misma estatura que yo y el padre de Aaron tenía el mismo genio que él. Por alguna razón, dos personalidades tan dispares se hicieron amigos inseparables en cuestión de poco tiempo. Mi padre era el físico y el padre de Aaron, la mente. ¿Entiendes?   
  
—Sí, algo así como el flaco y el gordo.   
  
—Algo así. Cuando mi padre se casó, tuvo que dejar de estudiar para ponerse a trabajar. Yo venía de camino, así que se puedo decir que arruiné su carrera para que pudieran darme algo de comer. En cambio, cuando el padre de Aaron se casó, siguió estudiando y dejó que sus padres le pagaran los caprichos de su mujer hasta que pudo valerse por sí mismo. Ellos siempre han sido de una familia rica, así que no tuvieron problema. Al nacer Aaron, su padre ya tenía un puesto importante en el hospital provincial y su madre ya era enfermera. Como comprenderás, aunque a veces en mi familia pasábamos hambre, lo que mi padre me enseño a hacer y el amor que me dio no se puede comparar con el dinero y los caprichos que le dieron a Aaron para comprar su aprecio.   
  
—¿Preferirías haber estado en el pellejo de Aaron?  
  
—No, nunca. Mi padre me dio experiencia, práctica, me enseñó a pelear y a usar las manos para curar y ayudar, no para destruir. Tuve muchos amigos en la infancia, entre ellos Kam. Nos conocimos en la primaria elemental y se podría decir que me “reclutó” para ser su guardaespaldas personal. Desde entonces, fuimos inseparables. Aaron no tuvo la misma suerte. Era egocéntrico, estaba demasiado consentido y creía que el dinero podía comprarlo todo. No tenía amigos y su padre empezó a preocuparse por su conducta maleducada y por los golpes que le daban en el colegio… así que llamó a mi padre.   
  
—¿Por qué a tu padre? ¿Qué tenía él que ver ahí?   
  
—Nada, supongo. Pero se acordó de que había tenido un hijo antes que él y pensó que podrían ser amigos, así que imagínate. De repente, empezaron a llevarme a casa de Aaron todos los días para que jugara con él. Me daban pastelillos y cosas así para que fuera su amigo. Enseguida comprendí que le faltaba cariño y algún que otro guantazo para que espabilara, así que yo le di lo que sus padres no le daban. Aaron me odiaba, o eso fingía. Yo me encariñé con él… demasiado.   
  
—Te enamoraste. —Toro se ruboriza.  
  
—¿Cómo sabes…?  
  
—Lo he dicho por decir. ¡Te enamoraste de verdad, eh! Así que te gustan los chicos —Bill suspira—, ya no me siento tan marginado. En esta ciudad, cada dos pasos hay un marica.   
  
—Supongo que es porque aquí no se juzga tu sexualidad, si no tu fuerza y los huevos que le echas a la vida. No sé si lo sabrás, pero yo estuve en Hamburgo una vez, de prácticas. No me gustó nada porque la gente te mira por encima del hombro, te insulta si ve que tienes algún defecto y cuando vas a compensar ese defecto con fuerza, ellos te llaman bestia y te amenazan con denunciarte. Es una porquería de ciudad. Stuttgart es mejor aunque esté llena de gente peligrosa.   
  
—En eso tengo que darte toda la razón. Pero olvídate de eso. Sigue contándome lo que pasó con Aaron.   
  
Toro suspira y sigue con la historia.  
  
—Los dos crecimos juntos y yo, a mi vez, crecí con Kam construyendo los Encadenados, ayudando en el orfanato de Cristina y demás. Me gustaba esa vida, pero la habría evitado de haber podido. Como ya te habrás percatado, no soy muy dado a la violencia callejera. Prefiero sanar.   
  
—Sí, ya me he dado cuenta —Bill alza la pierna vendada donde Bal le mordió días atrás, sonriendo.   
  
—El caso es que hubiera dado lo que fuera por dejar de ser un Encadenado. Sabía que era peligroso y teniendo que proteger a Kam constantemente, me costaba estudiar para la universidad. Por supuesto, la sola idea que Aaron llegara a ser un Encadenado era impensable.   
  
—Pero Aaron se convirtió en uno.   
  
—Sí… uno de sus tantos caprichos. Un capricho que le costó un ojo a Kam y casi la vida de Tom.   
  
—¿En serio? —A Bill no le sorprendía semejante egoísmo por parte de Aaron—, ¿Qué ocurrió?   
  
—Conoció a tu hermano.   
  
—Ah, sí, en el hospital.   
  
—Sí. Le convenció para ser el nuevo sanador de los Encadenados y él, aceptó. Por aquel entonces me tenían a mí, pero yo había empezado a trabajar recientemente y no tenía mucho tiempo para esos juegos de peleas en los que todo el mundo acaba con un hueso roto. Por aquel entonces, yo ya estaba… coladito por Aaron, aunque lo disimulaba bien. A él le empezaron a gustar los hombres un poco después, con tu hermano. —Ambos ponen mala cara. A ninguno de los dos le hace gracia pensar en ello.   
  
—Te cabreaste cuando te enteraste de que Tom había metido a Aaron en ese mundo del que tú querías salir.   
  
—En realidad me enfurecí. Encolericé. Y lo hice todavía más cuando me enteré de la admiración de Aaron por tu hermano. Se le llenaba la boca de halagos cuando hablaba de él.   
  
—Te pusiste celoso.   
  
—Celosísimo. Tanto, como para ir a pedirle explicaciones a Tom con los puños, en lugar de con las palabras, como siempre había hecho. Tom todavía no era el líder de los Encadenados, aunque ya actuaba como tal y todos lo consideraban muy superior a Kam. Sus métodos nunca me habían gustado y ver a Gore enloquecer por su culpa me parecía extraño. Pero nunca me había dado motivos para desconfiar de él y Cristina lo defendía con su vida, así que llegué a pensar que no sería un mal líder. —Bill arruga el ceño al oír hablar de Gore, pero no dice nada para que Toro termine de contar la historia.   
  
—Fuiste a pegarle.   
  
—Fui a matarle, más bien, para que no pudiera nombrar a Aaron uno de los suyos. Estaba tan colérico que no atendí a razones y cuando empezó a anunciar que Aaron sería uno de los suyos mientras le acariciaba el pelo, perdí el control. Me eché encima de él delante de todos los Encadenados y empezamos a pelear. He de decir que tu hermano es un calentorro.   
  
—¡Ja! Creo que no sabes la magnitud de esa palabra en él. Es un provocador nato.   
  
—Y tanto. Me incitó a pelear y a perder los estribos por completo. Ni siquiera los gritos de Aaron y Cristina pudieron aplacarme. También he de decir que tu hermano me hubiera tumbado fácilmente de no ser porque estaba completamente colocado de heroína. Su agilidad era muy superior a la mía y también, su ingenio. Arrastrarme a la locura como un toro se arrastra cuando ve una capa roja, resultó muy astuto. Pero las drogas nunca fueron buenas y mermaron su agilidad hasta el punto de provocarle cierto entumecimiento. Perdió vista y yo le atrapé. Le estrangulé.   
  
—¿Le estrangulaste?   
  
—No hasta matarlo, obviamente. Pero lo hice. Si Kam no se hubiera interpuesto entre los dos, lo habría hecho. Él también estaba colocado, pero consiguió golpearme con suficiente rudeza como para que le soltara. Caí cerca de la hoguera y vi cómo Aaron corría hasta Tom para ayudarle a levantarse, mientras me gritaba que me había vuelto completamente loco.   
  
—Y fue entonces cuando…   
  
—Cuando perdí el control por los celos y la rabia. Agarré mi navaja, la que nunca había utilizado. Dejé que su hoja se volviera incandescente cuando la acerqué al fuego y corrí hacia Tom. Kam se puso en medio y… imagínatelo.   
  
—Le rajaste la cara y el ojo izquierdo.   
  
—Sí. —Toro no parecía muy orgulloso de ello—. Cristina empezó a llorar, Kam a gritar con la sangre empapándole la cara y la ropa. Aaron me abofeteó y gritó que no quería volver a verme nunca más, que era un cerdo sádico, que no merecía llamarme Encadenado…   
  
—Y te echaron.   
  
—En realidad, me fui yo y nunca volví. Me sentía avergonzado y estaba muy arrepentido por lo que le había hecho a mi mejor amigo, a Cristina…   
  
—¿Y Gore?   
  
—Gore me dijo que ya me lo había advertido.   
  
—¿Qué te había advertido sobre qué?   
  
—Sobre tu hermano. Sobre lo mala persona que era, lo retorcido que era…  
  
—¿Y mi hermano? —esa era la pregunta que Bill más temía— ¿qué hizo mi hermano? —Toro suspiró, sintiéndose incómodo. Bill le caía tan bien, que no sabía qué decirle. Decidió que la verdad estaría bien.  
  
—Tu hermano abrazó a Cristina mientras se llevaban a Kam al hospital. Intentó consolarla y se echó las culpas sobre lo que había pasado. Dijo que estaba muy arrepentido, que lo sentía mucho, que era un inconsciente y que no se merecía ser el líder de los Encadenados. Todos le compadecieron, pero…  
  
—¿Pero?   
  
—Cuando nadie le veía, se volvió hacia mí y se rió. Entonces, dijo; matar dos pájaros de un tiro no es tan difícil como lo ponen.   
  
—¿Matar a dos pájaros de un tiro? ¿Qué quiso decir con eso? —Toro se encogió de hombros.   
  
—La gente más cercana a Kam se fue distanciando cuando Tom fue nombrado Encadenado. Creo que desde un principio, quería quitarse de en medio a los más fuertes para ser el líder. Por eso, me provocó reclutando a Aaron. Esperaba cabrearme, pero no que Kam se pusiera en medio para salvarle. Aquella noche se quitó a dos de los tres grandes de en medio, al Rey de los barrios bajos y el Guardián del rey. Ya sólo le quedaba…  
  
—El futuro Sucesor del liderazgo del rey… Gore.   
  
—Llevaba tiempo intentando quitárselo de en medio o al menos eso decía Gore. Tom siempre se mostró algo callado delante de los Encadenados y, aunque hacía cosas malas, siempre pedía disculpas después y se excusaba. Sabíamos que a Gore no le gustaba Tom, pero pensábamos que era envidia porque se ganó el cariño de Cristina en poco tiempo, y también el aprecio de Kam. Esa noche, descubrí que Gore tenía razón. Tom era un farsante, un mentiroso y un gran actor. Nos estaba hundiendo desde dentro. Jugaba con Gore a su gusto hasta desquiciarle para que Kam acabara eligiéndolo a él como Rey. Al final, lo consiguió.   
  
—No, no del todo. Mientras el Rey siga vivo, esto sólo es una regencia. Es como una guerra… ahora entiendo el mensaje que dejó en la pared de mi casa.   
  
—¿Lo entiendes?  
  
—Por una parte sí y por otra… me cuesta creer… no… no me cuesta creer que Tom hiciera algo así. Él era tan oscuro y calculador cuando llegó a Hamburgo… Estoy seguro de que pudo haber hecho todo eso. Él era muy capaz pero ahora… —Bill mira a Toro con ojos brillantes. Seiler se deja llevar por ellos cuando le ve tan decidido—. Ahora Tom es diferente. Se preocupa por los barrios bajos, por los Encadenados y también, ha aprendido a pedir perdón y a arrepentirse. Ya no es malo, ya no desea el mal a nadie. Tom ahora…  
  
—Se ha enamorado.  
  
—¿Qué?   
  
—Tom está actuando, Bill. Está actuando para recuperarte. No te han dicho nada para no darte esperanzas y agotarte todavía más, pero Tom ha actuado.   
  
—¿Qué ha hecho?   
  
—Ha mandando a todos los Encadenados fuera por unos días y mientras tanto, ha abiertos los suministros de droga, alcohol y prostitutas al tope. Todos los Caídos se han puesto las botas sin pestañear, sin sospechar nada. La droga y el alcohol estaban envenenados con laxantes muy fuertes y las prostitutas no sólo han agotado a una buena parte de los Caídos, si no que se han ocupado de dejarlos totalmente indispuestos con sustancias que ni yo conocía. Ahora mismo, la mayor parte de los Caídos tiene diarrea y una deshidratación preocupante que les impide pelear en condiciones. Tom no ha movido ni un músculo y ya ha despachado a casi todos los amigos de Gore. Es cuestión de tiempo que aparezca y te saque de aquí por la fuerza.   
  
Bill contiene una sonrisa de felicidad. Después de esos tres días sin comer, beber y apenas dormir en condiciones, ya estaba pensando que Tom se había olvidado de él.   
  
—Voy a salir de aquí, eh. —Se ríe—, ¿tú no deberías estar enfadado?   
  
Toro sonríe.   
  
—A mí me da igual quien gane esta guerra. Sólo quiero que Aaron esté a salvo… y también que tú lo estés. Te lo mereces, Bill. Eres un gran hombre.   
  
—¡Vaya, gracias! Eres el primero que me lo dice sin añadir el apelativo de nenaza.  
  
—¿Nenaza? Pero si no se te nota nada.   
  
—Tendrías que haberme visto hace dos meses.   
  
—Debía ser todo un espectáculo. Espero que tú consigas contener a Tom cuando venga y que vigiles que no vuelva a pasarse con los barrios bajos. Gore no lo hará.   
  
—Haré lo que pueda cuando salga…   
  
En ese momento, Big entra en la sala. Toro le mira descolocado, sin saber sus intenciones, igual que Bill.   
  
—Vamos a hacer un trato con tu hermano, pequeño. Ven conmigo.   
  
Bill se levanta sin rechistar, sabiendo que si no lo hacen se lo llevaran a rastras arrancándole el cuero cabelludo de paso. Sonríe a Toro y le dice que volverá enseguida antes de salir de allí. Seiler no está tan seguro de que vuelva, al menos de una pieza.   
  
Cuando Bill llega a la sala donde están Gore, Esme y el perro, bosteza de manera fingida y luego sonríe.   
  
—¿Qué? ¿Ya te has cansado de este jueguecito, Gore? ¿Vas a rendirte por fin? —el susodicho se ríe, obligándole a sentarse encima de la silla más cercana al portátil que hay sobre la mesa. Bill consigue ver una conexión en la pantalla. Están intentando entrar en contacto con los Encadenados, supone. Acierta al ver la cara de Kam en pantalla.   
  
—¡Kam! —grita.   
  
—Uff… menos mal que estás bien, Bill. Estábamos muy preocupados por ti —dice Kam a través de la línea.   
  
—¡Bill, Bill! ¿Estás bien? —le pregunta Ricky, justo detrás de Kam. Bill ve que Black, Aaron, Heidi y Sabela están con ellos.   
Pero no ve a Tom.   
  
—Sí, estoy bien. Estoy… ¡estoy perfectamente! —miente, para no preocuparles—. ¡Estos capullos me tratan muy bien! Aunque sospecho que si digo dónde me tienen encerrado, me meterán un tiro entre las cejas.   
  
—Lo has pillado bien, Bill. —Se burla Gore.  
  
—¿Dónde está Tom?   
  
—Yo pregunto exactamente lo mismo. ¿Y vuestro Capitán? ¿Ha abandonado el barco? —ríe Gore.   
  
—Está haciendo planes para abordarte, ya lo sabes. No ha podido venir hoy por eso.   
  
Gore mantiene un silencio incómodo antes de reír.   
  
—Supongo que no esperaréis que lleguemos a un acuerdo sin el Capitán delante.   
  
—Es exactamente eso lo que esperamos que hagas. —Ricky grita al otro lado de la pantalla y Aaron tiene que taparle la boca para que Kam y Gore puedan hablar.   
Durante unos minutos, hablan del pasado con ironía y sarcasmo. Kam protege a Tom cuando Gore lo insulta y él se cabrea. Bill no deja de pensar dónde estará Tom en esos momentos. Tiene miedo de que le hayan hecho daño y sus amigos intenten encubrirlo.   
  
—No pienso seguir hablando de esto, Kam. Quiero hablar con Tom. —Reclama Gore, perdiendo la paciencia. Bill sólo habló con él una vez directamente y a juzgar por la herida de su pierna, no lo consideraba un hombre del que uno podía cachondearse sin más. Lo había matado de hambre y de sed. Si Toro no le hubiera visitado todas las noches llevándole comida, agua y desinfectándole las heridas a escondidas, probablemente no estaría tan entero.   
  
—Ya te he dicho que Tom no está. El Caído que me enviaste sólo dejó la cámara y no se detuvo a mirar si Tom estaba o no. Lo comprendo, claro. De haberse parado y si Tom hubiera estado cerca, lo habría degollado.   
  
—Entonces, supongo que el Muñeco no le interesa lo suficiente como para dejarse ver. —Kam no dijo nada. La sonrisa se le borró de la cara de repente y Bill divisó dos posibles opciones; o Kam estaba a punto de sufrir un ataque de locura, o la situación se estaba poniendo muy fea para él.   
  
—Tom me ha dicho que te diga que no va a hacer ningún trato contigo, Gore.   
  
—¿Ah, no? ¿Ni siquiera por su Muñeco?   
  
—¿Cuántas veces voy a tener que decir que no soy el Muñeco de nadie? —pregunta Bill, intentando quitarle hierro al asunto. Sin embargo, eso es lo menos que hace. Gore ya ha perdido la paciencia y su comentario le da motivos para sacarle de quicio.   
  
Se da la vuelta hacia él y sin previo aviso, le da semejante puñetazo en la mejilla, que casi le hace caer al suelo. Bill gira la cara y nota el sabor de la sangre recorriendo su barbilla y descendiendo por la nariz a borbotones. Bill mira a Gore con sorpresa, con la sangre goteando y salpicando el suelo.  
  
—¡Hijo de puta! —grita Ricky al otro lado de la pantalla. Black la sujeta e intenta tranquilizarla sin mucho éxito. Kam se mantiene imperturbable.   
  
—Quiero ver a Tom —reclama Gore una vez más. Sus ojos han dejado de ser burlones para convertirse en dos pozos sin fondo, llenos de odio y resentimiento.   
Kam se mantiene en silencio unos segundos.   
  
—Tom no va a venir —declara, pero mira a Bill de manera cálida, como si le pidiera con ella que aguantara un poco más la situación.   
Él decide aceptar, confiando plenamente en Tom.  
  
—Gore —dice entonces Esme, la chica que no para de tontear con Bill y que a él tanto asco le da. Aparece entonces frente al portátil, paseándose insinuante frente a la cámara del mismo.   
  
—¡Esme! —grita Ricky cuando la ve, poniéndose pálida como un muerto.   
  
—Hola, Richelle. Cuánto tiempo sin vernos. —Dice, con una sonrisa perfecta.   
  
—¡Serás puta! ¡Espero que tengas un seguro que te cubra esas tetas de silicona, porque te las voy a poner en el culo, so guarra! —la chica sólo se ríe ante el arranque de mal genio de Ricky. Bill las observa a ambas sin saber qué pensar.   
  
—Ricky, tranquila —murmura.  
  
—¡Tranquila una mierda! ¡Voy a ir a por ti, Bill! ¡Les patearé el culo a todos y te sacaré de ahí! —Esme ignora a Ricky y se dirige a Gore.  
  
—¿Sabes quién es ella, Gore? Es la chica de la que te hablé, la que era mi mejor amiga, ¿te acuerdas? La que se lo pasó tan bien con esos cuatro hombres aquella noche… —Ricky palidece aún más cuando la oye y totalmente fuera de control, se suelta de Black y corre hasta la cámara, sacudiéndola.   
  
—¡Espero que puedas correr con esos tacones, porque cuando te pille te meteré la motosierra por el coño y profundizaré hasta que te la saque por la boca!   
  
—¡Ricky!   
  
—Black, Andreas… —Bill ve cómo entre los dos, consiguen apartar a Ricky de la cámara. Ella no deja de chillar y chillar que la suelten, que la matará, que la hará desear no haber nacido.   
  
Bill, de repente, se siente rabioso con esa mujer que, de alguna manera, tanto daño le ha provocado a su amiga. Ella sólo se ríe, como si aquello le hiciera mucha gracia.   
  
—Ricky es una chica muy cercana a Tom, ¿sabes lo que hizo él cuando se enteró de que la habían violado? Persiguió a los violadores y los castró uno a uno. Aunque uno quedó impune, pero calculo que no por mucho tiempo. Tom no tolera la violación, no. Le da asco, le repugna, se siente herido en el orgullo cuando alguien cercano a él es obligado a hacer ese tipo de cosas tan sucias. ¿Eso no te da una idea perfecta sobre cómo hacerle sufrir? Seguro que no le gustará nada enterarse de que su hermano pequeño ha sido violado hasta la extenuación por su mayor enemigo.  
  
Es entonces cuando la tensión se convierte en histerismo, y el histerismo en pánico. Ricky deja de gritar, Kam varia su expresión a una angustiada y empieza a sudar. Bill mira a Gore con los ojos muy abiertos, después busca por la sala a Toro, pero recuerda que se ha quedado en el calabozo, esperándole.   
Se da cuenta de que esta vez, no hay nadie que pueda ayudarle.   
  
Con el corazón en un puño, los dos bandos esperan alguna reacción por parte de Gore.  
  
—Sé que este no es tu estilo, Gore. Sé que prefieres a las chicas pero… estoy segura de que si eres tú el que da, no será tan desagradable. Además… seguro que si piensas en la cara de Tom mientras lo haces, disfrutarás de ello. —Pica Esme otra vez. Ella se aleja muy lentamente de Gore, alejándose de la cámara.   
  
El líder de los Caídos sonríe al pensar en la cara de Tom, en la rabia que sentirá cuando se entere de que ha forzado a su hermano y lo ha ensuciado con el cuerpo que tanto odia. Casi se excita al pensar en ello.  
  
—Es muy puro ¿verdad? No creáis que no me he dado cuenta de ello. Tan inocente… tan ingenuo pensando que saldrá impune de aquí, que Tom vendrá a buscarle y se irán a casa cogidos de la mano —dice él, girándose hacia Bill. Él empieza a temblar al ver su sádica sonrisa. De repente, se levanta de la silla y corre hasta la puerta que lleva a los calabozos, pero Big lo agarra del pelo antes de que llegue a ella y le da un puñetazo en la cara que lo hace caer. Gore lo agarra y lo arrastra sin más miramientos hasta la mesa donde descansa el portátil, lo más cerca de la cámara que puede. Lo obliga a agacharse sobre ella, aplastándole la cabeza contra la madera. Bill se revuelve con las manos atadas, intentando quitárselo de encima oyendo los gritos de Ricky, de Black e incluso de Aaron, que han perdido los papeles al verle en esa situación e insultan a Gore sin parar.   
  
—Gore, estate quieto —ordena Kam, con el tono más intimidatorio que Bill ha podido oír nunca—, ¡no le toques, déjale en paz!   
  
—Oh, ¿te preocupas por él? —pregunta con sorna. Bill siente la navaja de Gore rozándole la cinturilla del pantalón, rompiéndola para que pierda su sustento—. Te has vuelto un blando, Rey de los barrios bajos.   
  
—Como hagas eso, Tom te matará. ¡Te arrancará los putos huevos y hará que te los tragues!   
  
—Seguro que vale la pena si así consigo atraer a Tom. —Bill nota que los pantalones se le caen hasta las rodillas. Gore le arranca los bóxers, literalmente, cortándolos con la navaja.   
  
—¡No, no, no, no! —se revuelve. La sangre que mana su nariz le impide respirar bien y tose. Oye como Gore se desabrocha los pantalones y de repente, le da la vuelta encima de la mesa tirándole del pelo, obligándolo a situarse boca arriba. Le agarra las piernas y le pega un guantazo cuando intenta resistirse.  
  
—Espero que grabéis esto para que Tom pueda verlo —Gore se masturba, rozando con la punta las nalgas de Bill. Él cierra los ojos fuertemente y aprieta los dientes oyendo gritar insultos a Aaron y a Black, oyendo llorar a Ricky de pura impotencia. Se siente tan humillado al mostrarse en esa situación delante de sus amigos, que a pesar de haber recibido más de un golpe por resistirse, lo vuelve a hacer. Se alza todo cuanto puede encima de la mesa y escupe su propia sangre en la cara de Gore. Él le sonríe mientras le abre las piernas de manera bestial hasta hacerle gritar.   
  
—¿Eso es todo lo que sabes hacer, Muñeco? —pregunta, mientras se alza sobre él para penetrarle. Bill siente su pene entre las nalgas y más cabreado que nunca, consigue liberar su pierna izquierda.   
  
—¡No me llames Muñeco! —grita, justo antes de pegarle una patada en plena cara que le hace caer hacia atrás. Gore se tambalea y frente a la mirada atónita de Big y Esme, cae al suelo con la nariz rota. Bill aprovecha el momento para levantarse y tirar el portátil al suelo. La pantalla se hace añicos y la imagen de los Encadenados desaparece por completo.   
  
Prefiere que nadie sea testigo de su sufrimiento para que Tom no se entere y pierda el control.   
  
—Lo has roto —murmura Gore, apartando a Esme de sí y levantándose del suelo, sin limpiarse la sangre si quiera—, Muñeco… no sabes lo que has hecho.   
  
Gore ha perdido toda su paciencia.   
  
  
Cuando Adam abre la puerta del apartamento de su hermano en Frankfurt, lo último que espera encontrarse es a Tom. Más que asustado, cierra la puerta en sus narices, pero él revienta las bisagras de una patada y entra.  
  
Desde un principio, ese era su plan. Nunca ha tenido intención de empezar una guerra entre Caídos y Encadenados. Engañar a Gore envenenando a sus compañeros sólo era una distracción para dedicarse a buscar a Adam, su hermano pequeño, y devolverle el golpe de la misma manera que él se lo estaba dando. Le había costado encontrar el lugar donde Gore se había hospedado durante años hasta su regreso, pero cuando dio con él en los archivos policiales, no tardó ni media hora en dirigirse hacia allí, sin saber con lo que se iba a encontrar. En dos horas ya estaba allí, armado y dispuesto a llevarse a Adam por la fuerza si era necesario.

***Capítulo 8/resumen, final***

Adam no opone resistencia cuando Tom le apunta a la cabeza con la pistola y accede a ir con él de buena voluntad. Sin embargo, cuando Tom lo mete en el coche, Kam le llama por teléfono y le explica que han logrado contactar con Gore y ver a Bill. No le cuenta que le han metido una paliza delante de sus narices, pero cuando Tom oye a Ricky llorar, pide hablar con ella.   
  
—¿Has visto a Bill? —le pregunta.   
  
—Sí —contesta ella, sollozando.  
  
—¿Y cómo estaba?   
  
—Ellos… yo creo que… Bill… le estaban… —Ricky rompe a llorar otra vez.  
  
—¿Le estaban, qué?   
  
—No lo sé, no… Tom, tienes que acabar con esto ya. Le van a matar.   
  
—¿Le estaban haciendo qué, Ricky? —insiste él, con los nervios a flor de piel.   
  
—Antes de que se cortara la línea… Gore le pegó muchas veces y… le iba a… le iba a… penetrar… —Ricky aúlla de rabia y los ojos de Tom se dilatan cuando la oye—, Bill consiguió soltarse y rompió la cámara antes de que… siguieran… no sé qué le habrán hecho… después… ¿Tom? ¿Sigues ahí? —él no contesta y apaga el teléfono.   
  
Suspira varias veces antes de arrancar el coche.   
  
—¿Bill está bien? —le pregunta Adam, sinceramente preocupado. Tom no contesta—. Tom, yo no quería hacerlo, de verdad que no. Mi hermano… él me obligó, yo no quería… Bill es mi amigo… él me gusta mucho, de verdad que no…   
  
—¿Te gusta? —le pregunta él. Adam se muerde el labio inferior, sin responder—. ¿Te gusta? ¿Por eso se lo has entregado a tu hermano, para poder disponer de él cuando te diera la gana? ¿Para poder jugar con él cuanto quisieras?   
  
—No, no… yo no quería quitártelo, Tom…  
  
—Me viste meterle la lengua en la garganta ¿no?   
  
—Sí, pero…   
  
—Y hablas de quitármelo. ¿Le has contado a tu hermano que es mi amante?   
  
—¿Sois… amantes?   
  
—Sí, lo somos.   
  
—Yo no he dicho nada.   
  
—¿Estabas celoso, es eso?   
  
—Yo no entregaría a Bill solo por eso.   
  
—Le están violando.   
  
—¿Qué?   
  
—¡Que tu hermano le estaba metiendo su jodida polla por el culo para cabrearme, eso! —Tom golpea el volante del coche con los puños mientras conduce, sobrepasando con creces el límite de velocidad hacia Stuttgart.   
  
—No… no me jodas. Yo no quería… yo no…  
  
—Está asustado. Se siente humillado y tiene miedo. ¡Está acojonado, puedo sentirlo! Le están haciendo más daño del que puede soportar. ¡Lo están manchando con sus sucias manos!   
  
—Lo siento, Tom… lo siento, de verdad —Adam rompe a llorar de impotencia. Por un momento, se le pasa por la cabeza acabar con todo y tirarse del coche en marcha a la carretera. Abre la puerta del copiloto y está a punto de saltar, pero antes de que lo haga, un dolor punzante le hace volver a su asiento y cerrar la puerta con fuerza.   
  
Tom le ha atravesado una mano con su navaja, hasta el mango, y la ha dejado clavada en el asiento del copiloto. Adam rompe a llorar de dolor.  
  
—La próxima vez te atravieso la polla, hijo de perra. —Le amenaza y durante todo el camino de vuelta, mantiene el mango de la navaja bien agarrado, para que Adam no pueda escapar.   
  
  
Por su parte, Bill es arrastrado hasta los calabozos de nuevo. Esta vez es Gore quien lo lleva, agarrado del pie derecho. Toro observa la tosca escena con la boca abierta, e intenta intervenir.   
  
—Como vuelvas a entrar en los calabozos para ayudar a este hijo de puta, le corto la cabeza a Aaron en su propia cama —tras esta advertencia, Seiler traga saliva y se aleja despacio.   
  
Bill araña el suelo hasta que le sangran los dedos, pero nada impide que Gore lo encierre en los calabozos y cierre la puerta cuando los dos están dentro. Antes de hacerlo, le quita la cadena que ata el cuello de Bal y se la lleva con él.  
  
—¡No te me acerques! —le grita, arrastrándose hasta una esquina. Gore se pasa un brazo por la nariz rota, limpiándose la sangre. Va hacia Bill e ignorando la roca con la que él intenta golpearle, le rodea el cuello con la cadena de su perro y tira de ella, apretando hasta que Bill empieza a toser.   
  
—Cuanto más te muevas más tiraré y ¿sabes? Me importa una mierda si te estrangulo hasta matarte, así que será mejor que te estés quietecito de una vez. —Bill intenta quitarse la correa, pero es inútil y empieza a faltarle el oxígeno. Finalmente, se rinde y se queda quieto—. Buen chico. —Gore se sienta encima de su abdomen, provocándole tos y una sensación asfixiante con su peso—. Dame el brazo. —Le ordena. Bill no obedece y Gore tira de la correa. Él alza el brazo y Gore lo observa con interés.   
  
Las cicatrices que Bill siempre ha intentado esconder quedan al descubierto. Gore sonríe al verlas.   
  
—Una de dos; o te lo haces tú mismo o te lo hacen. En cualquiera de los dos casos, eres un jodido masoquista. —Gore saca a relucir su navaja y corta la piel de Bill, justo encima de viejas cicatrices.   
  
—¡No hagas eso! —le grita. Bill recuerda que a Tom no le gusta que se corte; le repugna que lo haga y le castiga por ello, pero a Gore no parece importarle.   
  
—¡Pero qué egoísta! Te gusta cortarte pero no que te corten. —Él ignora sus súplicas y empieza a cortar la blanca piel del brazo hasta el hombro. Cuando termina, sigue con el otro. Bill empieza a gritar, pero al cabo de los minutos empieza a acostumbrarse a los tirones de la cadena y se muerde el labio para callar ante el dolor. Gore sigue cortándole la clavícula, el pecho, el abdomen—. Si te mueves demasiado, te abriré el canal. —Le amenaza y Bill calla, sintiendo que se está quedando inconsciente.   
  
Gore sigue cortándole con saña las piernas, que tiemblan llevadas por ligeros espasmos de dolor. Finalmente, termina en un zona concreta, observando la entrepierna dormida de Bill. La roza con la navaja ensangrentada y Bill rompe a temblar.   
  
—Vaya, qué aburrido… esperaba que te excitaras con esto, ya que te gusta tanto cortarte. Quizás si corto aquí…  
  
—¡No, por favor! —le suplica entre gritos ahogados.   
  
—Llora. —Le ordena. A Gore le parece muy raro que Bill no haya derramado una sola lágrima durante semejante tortura.   
  
—¿Qué…?  
  
—Llora —vuelve a ordenarle, apretando la cadena en torno a su cuello—, llora fuerte, que te oiga tu amigo Toro. —A Bill no le salen las lágrimas hasta que Gore vuelve a dirigir la navaja a su entrepierna. Entonces, todo lo que intenta contener, toda la impotencia, el dolor y la vergüenza, estallan en miles de lágrimas y sollozos.   
  
Toro lo oye todo desde el exterior y muy a su pesar, hace oídos sordos tapándose los oídos, intentando pensar solo en Aaron.   
  
Gore oye a Bill en silencio, hasta que este deja de llorar de puro cansancio y se limita a jadear.   
  
—¿Sabes por qué te hago esto, Muñeco? Puedo llamarte Muñeco, ¿verdad? —Bill asiente al ver como Gore agarra la cadena otra vez, en señal de aviso— Te pareces muchísimo a tu hermano, tanto, tanto, que casi puedo verlo a él en tu lugar, humillado y sumiso. Eso… me excita muchísimo. —Bill desvía la mirada al suelo, previendo lo que va a venir a continuación. Sin embargo, Gore sólo le agarra de la barbilla y le obliga a mirarle a los ojos, hundiendo los dedos en sus mejillas hasta hacerle daño. Le aparta el pelo de la cara con un brazo.   
  
—En realidad, tienes carita de muñeco, puro e inocente. Siendo así, no debería molestarte que te llamaran Muñeco. ¿Por qué no te gusta que te llamen Muñeco? Tengo entendido que sólo le permites a Tom que te llame así. ¿Por qué? —Bill no contesta, demasiado asustado como para idear una respuesta. Es incapaz de apartar la mirada de la navaja de Gore sobre su cabeza—, ¿es un juego que tenéis o algo así? —Gore acerca la hoja a su cara.   
  
—Sí… —tartamudea Bill—, es un juego.   
  
—¿En serio? ¿y de qué va el juego?  
  
—Yo… sólo soy… un juguete y… hay que averiguar cuánto aguanto… sin romperme.  
  
—Oh… qué masoquista. No sabía que a Tom le fuera ese rollo. Y dime… ¿cuánto tiempo lleváis jugando?   
  
—Un… casi un año.   
  
—Y no te has roto todavía.   
  
—No.   
  
—Aguantar las putadas de Tom un año entero es toda una proeza. Te admiro por ello… sin embargo… respóndeme a esto… —Gore se acerca hasta que Bill puede sentir su aliento colándose entre sus labios. Su sangre se mezcla con la suya y por un momento, piensa que va a morderle los labios—. Tom es posesivo ¿verdad? ¿Lo es?  
  
—Sí… mucho…   
  
—Y tú eres su hermano pequeño y, por lo tanto, tiene que ser muy posesivo contigo. ¿Me equivoco?  
  
—No.   
  
—¿Y si fuera yo el que te rompiera? ¿Tom se enfadaría mucho, Muñeco? —Bill intenta no contestar, pero el tirón de la cadena sobre su cuello le obliga a abrir la boca. Su cuello empieza a sangrar por el roce.   
  
—¡Sí! ¡Se enfadaría muchísimo y querría matarte! —grita, con la voz desgarrada.   
  
—Oh, eso es exactamente lo que quería oír. —Gore afloja el agarre, consciente de que le está haciendo auténtico daño y de que Bill no opondrá más resistencia—. Ahora dime ¿Qué te hacía para probarte? El juego consistía en putearte, ¿verdad? En romperte. Sin embargo, estoy confundido. Cuando entraste aquí, salvo por los cortes de los brazos, estabas totalmente entero. No había ni rastro de golpes, por lo que supongo que Tom no te pega. Hasta hace una hora, parecías muy decidido, deseando volver a casa. Deduzco que Tom no te hiere psicológicamente para romperte. Entonces, ¿qué te hace?  
  
Bill palidece más de lo que está. La hemorragia nasal, que hace rato que ha parado, desentona un poco sobre su piel blanca.   
  
—Muñeco, no tengo paciencia para aguantar tu silencio. ¿Qué te hacía exactamente? Dímelo o apretaré la cadena y esta vez, te juro que no la aflojaré.   
  
—Él… tenía que seducirme. Tan sólo eso…  
  
—¿Seducirte? —Gore se ríe—, pero ¿no sois hermanos acaso?   
  
—Nos separaron… no sabíamos que lo éramos… cuando nos volvimos a ver —Tantea Bill, hipando y deseando no tener que decir nada más detallado.  
  
—Hum… no me lo creo —se burla Gore de nuevo—. Tom no se liga a las chicas. Se las folla directamente. ¿Cómo iba a intentar seducirte a…? —entonces, Gore lo entiende.   
  
Entiende por qué Tom ha revuelto cielo y tierra para buscar a Bill, por qué se arriesga tanto haciendo que el tráfico de droga, el alcohol y demás, se vendan como rosquillas desentonando tanto. Entiende por qué Bill es su punto débil y por qué algunos Encadenados lo llaman la puta masculina de Tom.   
Lo entiende todo cuando ve la afirmación de la pureza en sus ojos aguados, asustados y suplicantes.   
  
—Sí… —murmura—, no hay duda alguna de que Tom ha tenido que fijarse en tu pureza, tan perfecta, tan blanquita, tan atrayente… conociéndole, no me extrañaría nada que le faltaran escrúpulos suficientes que le impidieran acostarse con un hombre, aunque este sea su hermano. Dímelo claramente… Tom se te folla, ¿verdad?   
  
—No… —gimotea él.   
  
—¡Oh, venga, Muñeco! Cuando me hablaron de ti, ya me lo avisaron. Todo el mundo lo sabe, todo el mundo sabe que se te folla, ¿verdad? Aunque seáis hermanos… ¡qué guarrada!   
  
—¡No es una guarrada! —no puede evitar decir Bill, afirmando la situación. Gore sonríe.   
  
—Lo hace de verdad, eh. Admítelo. Dímelo. La verdad. Si no… —Gore lo empuja contra el suelo y se le echa encima, aplastándolo con su peso y tapándole la boca con una mano, apretando hasta hacerle sangrar por el labio de nuevo—. Sino, lo haré yo. Lo cierto es que nunca lo he hecho con un hombre, pero teniéndote a ti como referencia… —Gore araña las piernas ensangrentadas de Bill y asciende por sus muslos, hasta colar la mano entre sus piernas. Aprieta justo entre las nalgas, buscando el agujero de salida que tantas veces Bill ha usado como una entrada. Él se escandaliza y se sacude violentamente, apartándose la mano de Gore de la boca.   
  
—¡No hagas eso! —grita.   
  
—¿Por qué no? ¿Te duele o te gusta?  
  
—¡Si tocas eso, Tom te matará! —grita al fin— ¡te arrancará la piel como a un cerdo y te colgará del edificio más alto de toda esta jodida ciudad para que todo el mundo pueda ver cómo te desangras lentamente por ello! —Gore se sorprende al ver cómo el Muñeco le grita a pesar de todo, hecho una rabia.   
  
—¿Tom me matará? —se ríe—. ¿Y eso por qué?   
  
—Porque lo que estás tocando ahora mismo, es suyo. Y ya deberías saber lo poco que le gusta que toquen sus cosas.  
  
Gore siente intensas ganas de pegar a Bill, pero sus ojos fieros e intimidantes, asesinos y callejeros se lo impiden. Tiene los mismos ojos que su hermano y presiente que si intenta ir más allá, el Muñeco le atacará aunque sea a mordiscos. Podría arrancarle una oreja cuando menos se lo espere. Se siente tan intimidado, que retrocede.   
  
Bill no era un chico de ciudad, como le habían dicho. Era un Encadenado hecho y derecho que, aunque llorara y sufriera los golpes y las humillaciones de muchos, se llevaría indiscriminadamente a alguien por delante si le daban la más mínima oportunidad.   
  
Gore supo con esa mirada que le convenía ir con cuidado con él.   
  
Antes de salir de la celda, Gore le da un último golpe por haber roto su portátil. Le da una patada brutal en el torax y Bill siente el dolor de las costillas rotas. Cae destrozado al suelo, cubierto de heridas y dolor. Llega a la conclusión de que tiene que salir de allí cuanto antes si no quiere que le maten y, a pesar de todo, se traga las lágrimas que le quedan y empieza a trazar un plan, ignorando el dolor y la inconsciencia a la que se ve arrastrado debido a la escasez de sangre que le queda en el cuerpo.   
  
  
Cuando Tom llega a Stuttgart, saca a Adam a la fuerza del coche y lo aprieta contra su pecho, situando la navaja a la altura de su cuello. Lo pasea por los barrios bajos durante una hora aproximadamente antes de dirigirse a casa de Aaron, donde los demás le esperan con los nervios a flor de piel.   
  
Alguno de los seguidores de Gore le han visto con Adam durante ese paseo de una hora; ya sólo es cuestión de tiempo que Gore entre en contacto con ellos para establecer el intercambio.   
  
  
Toro se asoma a la celda de Bill cuando no ve a nadie cerca. El muchacho se mantiene en la inconsciencia debido a la pérdida de sangre, si bien no la suficiente como para matarlo pero sí la necesaria como para incapacitarlo. No puede abrir la celda y Bill se arrastra hasta su altura para poder tener contacto. Toro le entrega sus pantalones y Bill se los pone a duras penas.   
  
—¿Qué te pasa en el estómago? —le pregunta al notar la extraña forma de moverse de Bill. El moratón violáceo que le rodea casi todo el torso lo delata.  
  
—Creo que Gore me ha roto una costilla… o dos… me duele a rabiar.  
  
—Acércate. —Toro palpa el torso de Bill y él se encoge de dolor cuando toca ciertos puntos—, creo que son dos, puede que tres. Pero no sabría decirlo con exactitud. Quizás alguna sólo sea una fisura. Me resultaría raro que fuera una fractura en toda regla ya que no te veo gritar de dolor. ¿Has probado a orinar? Si orinas sangre, puedes tener una hemorragia interna. No puedo saberlo sin el equipo médico apropiado. Si de verdad se te ha roto una costilla y la fractura es grave, puede haber dañado algún tejido interno.   
  
—¿Sabes lo que haré cuando salga de aquí?  
  
—¿Qué?  
  
—Echar un polvo para compensar tanto sufrimiento. Chicas, chicos, como si es con animales, ¡me da igual! Pero necesito algo placentero para restaurar el jodido karma de mis huesos —Toro se ríe. Naturalmente, Bill no lo dice en serio. Sólo puede pensar en Tom, pero decir tonterías le hace sonreír aunque sea un poco y olvidarse del dolor.   
  
—¿Implicándote emocionalmente con el prisionero, Toro? —ronronea una voz suave, pero venenosa. Esme emerge de entre las sombras y se acerca a Seiler, moviendo su cuerpo con ese característico movimiento felino suyo.   
  
Seiler la mira con asco y Bill encoge la cara, recordando su forma de manejar a Gore para que se le echara encima momentos antes. También se acuerda de Ricky, furiosa como nunca, insultándola y arañando el aire.   
  
—¿Quién eres tú? —pregunta, más curioso que enfadado.   
  
—Vaya… creo que Gore se ha ensañado contigo. Me alegro de que no haya herido tu preciosa carita de muñeco, aunque deberías mirarte esa nariz. Si está rota y no la curas a tiempo, te estropeará la cara.   
  
—Lárgate, Esme. —Le amenaza Toro.   
  
—Bien, me iré. Así podré avisar a Gore de que vuelves a desobedecer sus órdenes. Quizá el Príncipe no tenga tanta suerte esta vez.  
  
—Puta…   
  
—¿Quién eres tú? —vuelve a preguntarle Bill, ignorando el cabreo de Toro y las respuestas sarcásticas de la chica. Ella le mira con mala cara, como si le considerara un bicho insignificante que no merece sus respuestas.   
  
—¿Eres amigo de Ricky y el hermano pequeño de Tom, y no sabes quién soy? —Bill se mantiene en silencio, observándola de arriba abajo. Localiza en su tobillo una dolorosa cicatriz hecha con algo afilado donde pone “puta” —, ¿miras esto, bonito? —le sonríe ella con falsa dulzura—. Me lo hizo tu hermano, sí. Igual que Gore te ha marcado a ti. Eso hizo él. Sin embargo, claro, yo pude eliminar las huellas con cirugía, salvo esta —Le señala la cicatriz del tobillo—. Esta decidí conservarla para acordarme siempre de él.   
  
—¿Mi hermano te hizo esto? —Bill se refiere a sí mismo y a las cientos de heridas que Gore ha extendido por todo su cuerpo. Esme sonríe y asiente.   
  
—Por todos lados, incluso en el pecho. Temí que quisiera cortarme uno, pero no lo hizo. Me dejó herida y llena de horribles cicatrices. No quería que nadie me tocara por ello. Quería que todo el mundo supiera lo que había hecho gracias a esas secuelas.   
  
—¿Y qué hiciste, si se puede saber? Parece ser que aquí todo el mundo ha hecho algo que merezca el castigo de Tom.   
  
—Déjalo, Bill. Esta tía es repulsiva y se siente muy orgullosa de ello. —Le advierte Toro, pero Bill insiste.   
  
—Quiero saber por qué Ricky se puso tan furiosa cuando la vio.  
  
—Ricky… Richelle… hum, mi vieja amiga. Cuánto la odiaba. —Ronronea ella, dando vueltas alrededor de la celda— ¿estáis muy unidos ella y tú?   
  
—Es mi mejor amiga, sí.   
  
—Hum… entonces supongo que te habrá hablado de su desliz. —Bill no dice nada, sabiendo a qué se refiere; aunque él utilizaría la palabra desgracia y no desliz—. Bueno, verás… por aquella época Ricky y yo éramos algo así como amigas. Nos conocimos en el instituto y congeniamos rápidamente, aunque claro; yo quería ser su amiga para ganar popularidad entre los chicos de los barrios altos y ella, entre los chicos de los barrios bajos. Así que se podría decir que todo era una amistad de conveniencia.   
  
—¿Por qué no me sorprende? —murmura Bill, pensando en lo rastrero de la situación.   
  
—Esto te sorprenderá más. Como ya sabrás, tu hermano era todo un ligón y tenía a todas las chicas locas; al menos, las que no le temían. El caso es que a mí también me tenía engatusada, igual que a Ricky. Las dos éramos guapas, hablábamos de vez en cuando con él y le adorábamos en silencio… sin embargo, fue ella quien se lo tiró y no yo. —Bill puso los ojos en blanco, sintiendo náuseas al pensar en la escena. Quería a Ricky, sí, pero no podía negar que sus celos le impedían ver aquella relación de antaño con un poco de repelús—. A partir de entonces, empecé a odiarla con fervor. Sí, sé que es un tanto exagerado, pero no tienes ni idea de lo que tiene que sufrir una chica por gustarle a un chico y cuando su mejor amiga se lo levanta… puede tener serios problemas.   
  
—Ricky no te levantó nada. Tom no era nada tuyo.   
  
—Cierto, nunca ha sido de nadie. Pero eso no cambia nada. Como te decía… la odié. Estaba muerta de celos y al cabo de unos meses, ese odio se me hizo insufrible —una sonrisilla sardónica se dibujó en su cara— Ella tonteaba constantemente con los barrios bajos y tenía contactos en ellos gracias a mí. Decidí que no estaría mal enseñarle a no tontear con esa clase de gente, a enseñarle una pequeña lección… échale imaginación al resto.   
  
Bill piensa que su mente está sucia al pensar que pueden existir personas tan rastreras y vomitivas. Quizás esté malentendiendo lo que Esme quiere decirle, pero su mirada provocativa le deja muy claro lo difícil que no es así.   
  
—Es exactamente como lo piensas. Soy mala, no te cortes al decirlo y sí, probablemente me merecía el castigo de Tom, pero me da igual. No acostumbro a perder, ni aunque tenga la culpa de lo sucedido.   
  
—Oye… —Esme mira a Bill con una sonrisa, como si esperara ansiosa un comentario desagradable hacia su persona. Él puede olerlo y detecta enseguida la gran necesidad que siente la chica de llamar la atención. Probablemente espera un insulto, rabia hacia ella, justo lo que Bill siente en ese momento al pensar en su querida Ricky.   
  
En cambio, suspira repetidas veces e intenta relajarse aunque sienta un dolor cegador con cada suspiro.   
  
—Te vistes con buena ropa, te maquillas bien y andas como una modelo. Eres guapa… —Esme ladea la cabeza, curiosa ante esa afirmación inesperada—, pero Ricky te da mil vueltas sin maquillaje, con ropa barata, andares de macho y voz de camionera. Ella es guapa por dentro y tú, el bicho más feo que he visto en mi vida y, eso, nena, no se puede disimular ni con el mejor cirujano plástico.   
  
La sonrisa se le borra de la cara al momento. No dice nada, pero le fulmina con la mirada antes de salir de la sala.   
  
—Creo que mi percepción sobre los chavales de Hamburgo ha cambiado completamente. —Se ríe Toro, y aunque le cuesta horrores y un par de mareos, Bill le sigue con una pequeña carcajada.  
  
  
  
Bill intenta pegar ojo el resto de la noche, pero el dolor se lo impide. Cada vez que se mueve siente como si algo se moviera en su interior, intentando atravesarle la carne para salir fuera. Las heridas, aunque han dejado de sangrar, le pican y escuecen a rabiar. Necesita beber agua y comer algo, o se desmayará en cualquier momento.   
Bill empieza a pensar que su fin se acerca cuando Toro entra en la celda con la cara descompuesta, jadeando.  
  
  
(Resumen final, a la carrera, sobre todo lo que acontece a continuación)   
  
Tom y los Encadenados entran en la vieja cárcel de Hamburgo. Adam va con ellos, destrozado por la paliza que recibe por parte de Tom. Gore, al ver que su rival le está pagando con la misma moneda, decide, no sin odio ni rabia, devolver a Bill con Tom. Sin embargo algo sale mal, y Gore intenta matar a Bill aunque eso signifique perder a Adam; es entonces cuando Bill se entera de la auténtica versión de Gore sobre los hechos ocurridos la noche de la muerte de Cristina.   
Tom inició una pelea aquella noche, hace ya años, dentro del orfanato donde vivían Cristina y los niños. Provocó a Gore, ya que Kam acababa de decirle que sería el próximo líder de los barrios bajos, rechazando a Gore como tal, y ambos se enzarzaron en una horrible pelea que provocó, en un accidente, un incendio. Los niños salieron de allí, incluidos Gore y Kam, pero Cristina se quedó dentro del edificio y Tom fue a buscarla; Gore atravesó las llamas y corrió en su búsqueda también. Cuando los encontró, Cristina saltó desde la azotea del edificio después de dedicarle un último ADIÓS. Tom estaba allí. Tom oyó sus últimas palabras angustiadas y repletas de deseo de sacrificarse por ayudar a los demás.   
Gore culpó a Tom de la muerte de Cristina y, a pesar de asegurar que fue él quien la mató (cosa incierta, ya que ella se suicidó frente al Capitán sin que él pudiera hacer nada por evitarlo), los Encadenados defendieron a Tom y rechazaron a Gore, rechazándolo cuando este intenta matar al Capitán (la cicatriz que Bill ve en la espalda de su hermano fue hecha por Gore en un intento de asesinato después de aquello). Gore se fue, pero Adam se quedó, temeroso de la furia de su hermano, alejado de las bandas callejeras y sobre todo, de Tom.   
Cuando Bill se entera de esto, ve una debilidad en Gore y consigue escapar, atacándola con palabras despiadadas. Los Encadenados, al enterarse de que Bill ha escapado, se enzarzan en una pelea encarnizada contra los Caídos dentro de la cárcel. Gore persigue a Bill, y Kam persigue a Gore mientras Tom intenta deshacerse de aquellos que le estorban para ir a por su hermano.  
A las afueras de la cárcel, Gore atrapa a Bill y una vez más, intenta asesinarlo, furioso. Sin embargo, Kam interfiere y le salva la vida… sacrificándose a cambio. El líder de los Caídos le corta el cuello sin compasión y Kam cae, muerto. Con unas últimas palabras sumidas en la locura, muere en los brazos de Bill. Éste recuerda la felicidad de Heidi cuando Kam le pidió que se casara con él; recuerda los preparativos para la boda, las sonrisas de la muchacha, la felicidad de todos los Encadenados al ver a su antiguo líder amando y siendo amado… y sufre un ataque de rabia.  
Por primera vez en toda la historia, Bill muestra una faceta jamás conocida en él, algo heredado de su hermano gemelo que hasta ahora nunca había utilizado. Con furia, estrella a Gore contra el suelo, lo apaliza sin piedad, totalmente fuera de sí y, cuando éste intenta contraatacar, al intentar defenderse, Bill le clava los dedos y las uñas en el ojo izquierdo hasta dejarlo totalmente tuerto (exactamente en el mismo ojo que Kam, imitando su cicatriz).  
Los Encadenados llegan en ese momento, y Gore huye tras gritar un último “¡Te acordarás de esta, Muñeco! ¡Vayas a donde vayas te encontraré y te destriparé, aunque sea lo último que haga!”.   
Después de esto, Bill se desmaya en los brazos de Tom por culpa de las heridas y la deshidratación. Días más tarde, despierta en casa de Aaron. Todo ha acabado y es ahora cuando empiezan las explicaciones.   
Después del funeral de Kam, en las constantes visitas que Bill recibe de los Encadenados entre los sedantes (tiene varias costillas rotas y demás), encontramos a una destrozada Heidi, a una triste Ricky, a un comprensivo Black y a un preocupado Aaron. Gracias a las explicaciones de Bill, poco detalladas pero claras, Toro y Aaron mantienen una charla que les llevará a la reconciliación y al perdón por ambas partes (y al comienzo de una relación más que amistosa).   
Andreas también va a visitarle, y le cuenta entonces la manera en la que Tom le salvó en su día de las palizas que recibía de su padre, en como el Capitán lo encontró en un callejón oscuro siendo apaleado por él, y en como mató a su padre delante suya. Fue el primer amigo de Tom, aunque al principio solo se unió a él por miedo; más tarde, acabó enamorándose de él.   
Acaba disculpándose con Bill y éste acepta sus disculpas.   
Por último, y tras la liberación de Adam que, gracias al perdón de Bill, consigue salir medio inmune, es Tom quien le visita.   
En esta ocasión no hay pasión, sólo respuestas. Bill quiere saber si de verdad fue tan cruel con Gore y los suyos, y Tom admite que lo fue, y que no se arrepiente de ello. Le pregunta también qué clase de enfermedad padece, y Tom suspira y le cuenta que los asistentes sociales y los psicólogos que lo trataron una única vez (después de matar al padre de Andreas) le diagnosticaron Trastorno de la personalidad antisocial o sociopatía en alto grado.  
Sin embargo, Bill no se refiere a eso. Su madre sabía que Tom tenía una enfermedad incluso antes de que éste fuera revisado por psicólogos, una enfermedad que le hizo rechazarlo como hijo suyo. Gracias a la intervención de Aaron y al expediente médico que Bill robó del hospital provincial de Stuttgart, se descubre que Tom posee un cromosoma Y de más, conocido en el mundo actual como el Cromosoma del Crimen en investigaciones aún no demostradas; según estas investigaciones, los hombres con un Cromosoma Y de más, son más propensos al crimen debido al aumento de testosterona que eso conlleva.  
Simone supo de este gen heredado poco antes de divorciarse de Jorg, y por eso le pidió a su ex esposo que se llevara a Tom consigo, por temor a que hiriera a su hermano pequeño. Bill recuerda haberle entregado a Tom un muñeco de peluche para que no llorara por la separación, un muñeco al que Tom llamó Billy en Stuttgart. Fue su único amigo cuando entró en el parvulario, pequeño, débil, sucio y descuidado debido al trabajo de su padre. Los demás niños le rechazaron desde el principio por su olor a pis y a sudor; él sólo jugó con Billy, llegando a creer incluso que tenía vida como su amigo imaginario.   
Cumplidos los cinco años, los niños del parvulario, en una horrible jugarreta, cogieron a Billy y lo destrozaron delante de Tom; él, en su mente de niño solitario, vio a Billy, su único amigo/hermano/compañero, siendo descuartizado a manos de niños crueles. Es de esperar que su mente se trastoque debido al fuerte shock que supuso para él ver a su supuesto hermano siendo descuartizado a los cinco años.   
Desde entonces, Tom cambió completamente. Dejó de ser un niño cándido para convertirse en la peor pesadilla jamás conocida en los barrios bajos. En otras palabras, debido a semejante trauma, se convirtió en sociópata.   
Todo esto se descubre porque Bill consigue hablar con su padre sobre el tema y descubre la relación de Tom con aquel muñeco que le regaló de niño. Bill cose un muñeco idéntico al que le regaló a Tom y se lo regala cuando se recupera de sus heridas. Cuando el Capitán lo ve, la reacción es del todo inesperada; los recuerdos que provocaron semejante trauma acuden a su mente y rompe a llorar como un niño pequeño por primera vez desde hace casi 15 años.   
La pesadilla acaba para Tom. Aquello que le hacía ser inhumano ha sido descubierto y Bill, por fin, consigue consolarlo y hacerle ver que su auténtico hermano, el de verdad, nunca murió.   
  
Después de esto, la trama se desarrolla de manera extraña. Tom está raro y Bill no sabe qué ocurre. El invierno está a punto de llegar y el Capitán toma una decisión; Bill debe volver a casa. El joven, sin conocer las auténticas intenciones de Tom, acepta ir con él a disneylandia y, feliz, se despide de todos sus compañeros, los cuales ya saben que no volverán a verle en mucho, mucho tiempo. Quizá jamás.   
  
Ricky rompe a llorar y abraza a Bill, asegurándole que es el mejor hombre que ha conocido jamás. Black, de igual manera, le da las gracias por todo lo que ha hecho por ellos. Aaron no puede evitar que las lágrimas se le salten, pero consigue mantener la expresión estoica junto a Toro cuando le dice que no debería tenérselo tan creído, que es un debilucho y siempre lo será. Por último, Andreas le dice que le considera un amigo de verdad y que promete no intentar nada con Tom nunca más.   
Entonces, cuando Bill se va a ir, aparece Helem en silla de ruedas, siendo arrastrada por Jorg. Nadie espera esa aparición, y Bill menos. Se acerca a la pobre mujer, que sonriente, le habla de las ganas que tenía de conocer al hombre que había salvado a su hijo Tom de la oscuridad. Ella está llorando, todos están llorando, y Bill sabe entonces que algo ocurre, pero no dice nada.   
  
Se despide con una sonrisa enorme en la cara, aunque sabe que probablemente no volverá a verlos más.   
  
De camino a Hamburgo, Bill se hace el dormido. Tom y él no cruzan palabra en ningún momento, y el joven le hace creer, sumergido en su silencio, que no tiene ni idea de lo que sucede. Entonces, Tom le pregunta.  
—¿Sabes a dónde vamos?  
—Sí.  
—¿Y no dices nada?  
—…Te odio.   
—Eso no es cierto.  
—Ahora mismo, te odio.   
—Espero, sinceramente, que sea verdad. Vas a necesitar ese odio para comprender lo que estoy a punto de hacer.   
—¿Tanto miedo le tienes a Gore?  
—Te perseguirá hasta la muerte si te quedas en Stuttgart.   
—Eso no me importa.  
—Pues a mí sí.   
—¡La noche en la que le dejé tuerto estaba preparado para asumir las consecuencias de mis actos! No le tengo miedo.   
—Tú no, pero yo sí.   
  
La nieve cae. El invierno ha llegado. El coche de Tom se adentra en Hamburgo y se desliza hasta las puertas de la casa de Simone. Bill no quiere bajar del coche.  
—Baja del coche. —Le dice Tom con voz inhumana.  
—No.  
—Baja.   
—No quiero.   
—Bill, por favor, baja ahora.   
—¡He dicho que no!  
Tom golpea con los puños el volante y se baja del coche, hecho una furia. Abre la puerta de Bill, pero en lugar de echarlo por la fuerza, se arrodilla frente a él.  
—Por una vez en mi maldita vida, creo que estoy haciendo algo bueno, algo que debería haber hecho hace mucho tiempo. Por primera vez en mi vida estoy actuando como un buen hermano mayor, y los caprichos de mi hermano pequeño no me van a hacer retroceder.  
—Sabes que esto no es un capricho.  
—Lo sé, pero me da igual. Vas a bajar del coche, vas a entrar en casa, vas a ver a tu familia, vas a ver a tus amigos, vas a… enamorarte de alguien más…  
—No…  
—Sí…  
—No me pidas eso.  
—Vas a hacerlo. Conocerás a alguien increíble y te enamorarás perdidamente… y yo desapareceré.  
—¡No digas eso!   
—Yo desapareceré y tú desaparecerás para mí. ¡Así deben ser las cosas!   
—¡Así quieren los demás que sean las cosas, pero ni tú ni yo las queremos! Después de todo lo que hemos pasado, después de todo…   
—Bill…  
—¡Hemos pasado por mucho para estar juntos, hemos hecho cosas increíbles para estar juntos. ¿Acaso no nos merecemos esto?   
—No es cuestión de merecerlo. No es cuestión de ser valiente o no. No es cuestión de luchar ni cuestión de sufrir, no. Hemos estado un año juntos y en ese año, hemos estado a punto de morir… ¿cuántas veces? ¿Cuatro, cinco, seis? Quizá incluso más. Si estamos vivos hoy en día, no es gracias a cuánto nos queremos precisamente.   
—¿Y qué? Aunque hallamos estado a punto de morir varias veces…  
—No. Nuestra relación no debería ser así. Aún eres joven y no lo entiendes, pero después de todo lo que yo he vivido hasta ahora, sé que con el amor no basta, y no pienso arrastrarte hasta el fin del mundo jurándote amor eterno, porque no puedo hacerlo. ¡El amor se acaba y yo no puedo prometerte nada!   
—Lo que a ti te pasa es que eres un cobarde. Sí, Capitán, después de tantas aventuras, eres un cobarde.  
Tom le mira fijamente a los ojos y apoya una mano en su rodilla, muy serio.  
—¿Tienes idea de lo que estoy sintiendo al hablarte de toda esta mierda? Porque es eso, una mierda, pero verdad al fin y al cabo. ¿Crees que no me gustaría irme a una isla desierta y llevarte conmigo, a un lugar donde nadie intente matarnos ni juzgarnos? ¿Es eso? ¿¡Crees que para mí esto es fácil, ehh, lo crees!? —le grita, alterado—. Te he perdido ya dos veces. ¿Crees que quiero una tercera? Y sin embargo voy a hacerlo. ¿Y sabes por qué?   
—¿Por qué?  
—Porque te quiero, niñato estúpido.   
Bill tiembla. Tom nunca le ha dicho que le quiere y las lágrimas se le saltan, aunque no rompe a llorar en ningún momento.  
—Si me quisieras, no me harías esto.  
—Es todo lo contrario, Bill. Si te hubiera querido antes, lo habría hecho desde el principio.   
—Entonces ¿rompes conmigo?  
—Sí. No lo haría si no supiera que vas a superarlo y a afrontarlo.  
—¿Y cómo sabes tú que voy a ser capaz de afrontarlo?  
—Lo sé porque te has convertido en un hombre, en el Muñeco de los barrios bajos. Lo sé porque has sobrevivido a mil penurias y has hecho huir con el rabo entre las piernas al mayor hijo de puta de los barrios bajos; lo sé porque me has soportado a mí y a todos esos cabrones que se han metido contigo durante años. Lo sé porque ahora eres un hombre de verdad, mucho más hombre que cualquiera de los que hay aquí; sé que pelearás y no huirás otra vez y sé que dentro de unos años, serás el dueño de todo esto. Todos te respetarán y te temerán, porque lo que hay aquí no tiene ni punto de comparación con lo que tú has vivido. Eres el Muñeco de Stuttgart y nadie podrá contigo. Y tú lo sabes. Ahora sí sabes de lo que eres capaz.   
Bill se lo piensa detenidamente. De verdad quiere ver a su familia y a sus amigos, y por un momento se burla de aquellos que se han reído de él durante toda su vida en un lugar tan insignificante como Hamburgo. Recuerda lo que pensó el día que partió de su ciudad, huyendo de la verdad. Recuerda la promesa que se hizo.  
Algún día volveré convertido en hombre y mamá estará orgullosa de mí.  
Bill sale del coche.   
—Te dejaré ir y tú me dejarás ir a mí… con una condición. —Le dice a su hermano.  
—¿Cuál?   
Bill le muestra el anillo que le regaló para el día de su cumpleaños y las palabras, I feel near me brillan en él.  
—Cogerás a Gore, harás que alguien lo coja o lo harás tú mismo, no me importa y, cuando él haya desaparecido, cuando el peligro haya desaparecido, vendrás a por mí.   
—Bill…  
—¡Si no lo haces, iré yo a por ti y sufrirás las consecuencias del Muñeco de los barrios bajos! Me da igual que tardes años o meses, o lo que sea. Me da igual que ya no me quieras cuando lo consigas, que tengas pareja o incluso hijos cuando lo hagas. Me importa una mierda… pero me llamarás y me dirás que todo ha acabado entre nosotros o, por el contrario, que quieres empezar de nuevo, conmigo, porque todavía me quieres. Serás un hombre y lo harás, ¿y sabes por qué?   
—¿Por qué?  
—Porque Peter Pan no existe, Tom. Y todos, aunque nos joda, debemos crecer tarde o temprano y afrontar las consecuencias de nuestros actos. Aquella noche, hace ya un año, tú me hiciste algo en este mismo coche… —Bill señala el Cadillac negro, los asientos traseros más concretamente—. Y deberás afrontar las consecuencias de ese acto tarde o temprano, de la misma manera en la que yo las afrontaré ahora. Odias los finales inconclusos ¿no? pues entonces deberás acabar la historia tú mismo.   
Tom asiente con la cabeza al cabo de un rato, y antes se inclina velozmente sobre él para besarle en los labios; sin embargo, Bill aparta la cara y Tom sólo consigue besarle la mejilla.   
El hermano mayor sonríe y Bill, sin dirigirle una sola mirada, frío como la nieve, se dirige hacia la casa de Simone.   
—¡Bill! —le grita su hermano al cabo de unos segundos, cuando sus manos rozan la puerta. Ninguno de los dos mira al otro ni por un segundo, para no mostrar sus lágrimas congeladas. Tom se ríe—. Al final… al final el Muñeco soy yo.   
Bill reprime sus ganas de volverse y besarle, y rogarle que no le deje solo, igual que Tom reprime las suyas. Oye el motor del coche rugir al arrancar y lo observa de reojo alejarse en la lejanía sin decir una palabra.   
Antes de tocar el timbre de la puerta, Bill mira el anillo depositado en su dedo y recuerda el anillo que cuelga en el cuello de Tom, idéntico al suyo. Lo acaricia con una mano y lo siente cerca, sí, muy cerca.   
Se seca las lágrimas y suspira.   
Entonces, toca al timbre. 

Epílogo

Bill está sediento, así que lo primero que hace cuando llega a casa es correr hasta la nevera y coger una cerveza bien fresquita antes de dirigirse al amplio salón. Como siempre, el contestador telefónico está lleno de mensajes y lo primero que hace antes de tumbarse en el sofá es activarlo mientras recoge su correspondencia.   
El primer mensaje es de Georg, que lo saluda desde Australia en su Luna de Miel. Le pregunta por su nuevo caso, el de los asesinos de Berlín; quiere saber también si ha conseguido meter a esa banda de narcotraficantes en la cárcel y por cuánto tiempo. Curiosidad morbosa, como siempre.  
El siguiente mensaje es de Gustav, que le pregunta algo sobre el pirateo en la red. Bill apunta mentalmente que debe contestar enseguida con un rotundo, “sí, es ilegal y como sigas haciendo el tonto como hacker en la red, no pienso defenderte en los Tribunales. Búscate un abogado de oficio, por idiota”.   
Después, llega otro de su madre, Simone. Le pregunta cómo está y si necesita ayuda (una vez más) con algún caso en especial. Tras su jubilación prematura, su madre está necesitada de acción, algo que su hermanita pequeña, Helem, no consigue cambiar a pesar del trabajo que da. Bill se apunta en la mano, con bolígrafo, que mañana le toca recoger a su hermanastra de siete años de la escuela.   
Entonces, empiezan a llegar a mensajes nuevos de gente con la que Bill no suele hablar. El primero es de una tal Ricky, y el joven de veintisiete años salta sobre el sofá, con los ojos como platos. ¿Cuánto tiempo hace que no habla con ella? La última vez que la vio fue hace dos años, cuando vino de visita a Hamburgo acompañada de Aaron, (el nuevo director del hospital provincial de Stuttgart) y su novio Toro, además de sus dos hermanas mayores, Heidi y Sabela. El niño de Sabela, hijo de Black, vino con ellas, por supuesto. Su negro y enorme amigo no pudo venir; estaba demasiado ocupado haciendo el papeleo en la comisaría de policía de Stuttgart. Sin duda, el cuartel general había conseguido un hombre imposible de corromper.   
Heidi está contenta. Pronto se casará con otro chico, uno que Bill no conoce, pero supone que es bueno para ella.   
Ricky, como siempre, soltera y viajando de un lado a otro con su enorme camión, le grita a través del teléfono que se ha acabado, que ya lo tienen, que ya no hay peligro.   
Bill no sabe a qué se refiere e inmediatamente salta otro mensaje. Esta vez es Andreas, que le habla de su nuevo libro, el cual saldrá a la venta en Diciembre. Bill mira su estantería y encuentra la sección dedicada especialmente a los libros de su amigo; por ahora van cinco, y todos le han gustado por su dosis de crudeza y realismo.  
Entonces, los mensajes se acaban, y el joven hace una mueca de disgusto. Le da un nuevo sorbo a su cerveza y revuelve las cartas, una a una, con cansancio. Facturas, facturas, propaganda, facturas… y una carta. Bill la observa detenidamente; conoce esa letra.  
La observa con el corazón acelerado, agitándola en el aire entre suspiros. Cierra los ojos y mira el remitente; no hay. Sólo hay un nombre escrito, algo que le trae increíbles recuerdos.  
Sólo pone una cosa…

**Muñeco**

—Así que por fin ha llegado el momento. —Dice alguien a sus espaldas y Bill se gira. Derek se apoya en el cabezal del sofá, observando la cara con ojos curiosos y también, nerviosos.   
—Te dije que llegaría.   
—Ha tardado siete años en responder.   
—Eso no cambia nada.   
—¿Tú crees? —El joven quiere sentarse a su lado, pero Bill le fulmina con la mirada.  
—Vete a casa, Derek.   
—Eso no es justo, y tú lo sabes. Yo he estado a tu lado estos últimos siete años, y él no.   
—Lo sé.   
—¿Entonces? ¿Vas a ir a por él, sin más, vas a olvidarlo todo por él?  
Bill suspira.   
—Ya sabes cuál es la respuesta.   
Derek no dice nada. Con cuidado, se sienta en el sofá que hay al lado de Bill, lejos de él.  
—¿A qué esperas? —le pregunta, haciendo de trizas corazón—. Ábrela.   
A Bill le tiemblan las manos, pero no espera más.   
  
Con una sonrisa de felicidad que no ha vuelto a mostrar desde hace siete años, abre la carta. Su contenido le deja sin respiración.   
Por fin hay un final a lo acontecido siete años atrás… y también un nuevo comienzo.